

*Creía que no significaba nada para él.
Ahora no puede olvidarla.*

AUTUMN FALLS

DONDE EL AMOR NUNCA

Se rinde

¡La serie de romance en
un pequeño pueblo que te robará
el corazón y no querrás soltar!

TAYLOR GRAY

Portadilla

Taylor Gray

Donde el amor nunca
se rinde

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.

Avenida de Burgos, 8B - Planta 18

28036 Madrid

www.harpercollinsiberica.com

Título original: *Redemption River*

© 2026, Taylor Gray

© De la traducción del inglés, Carlos Ramos Malavé

© De esta edición, HarperCollins Ibérica, S. A., 2026

Publicada originalmente por One More Chapter, una división de HarperCollins Publishers Ltd. 1 London Bridge Street, London SE1 9GF

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA).

HarperCollins Ibérica S. A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.

® Harlequin, HQN y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales,
utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y
Marcas y en otros países.

Diseño de cubierta: HarperCollinsPublishers Ltd
Imágenes de cubierta: Shutterstock.com y Adobe Stock

ISBN: 9791370177034

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Mapa](#)

[Playlist](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo veinte](#)

[Capítulo veintiuno](#)

[Capítulo veintidós](#)

[Capítulo veintitrés](#)

[Capítulo veinticuatro](#)

[Capítulo veinticinco](#)
[Capítulo veintiséis](#)
[Capítulo veintisiete](#)
[Capítulo veintiocho](#)
[Capítulo veintinueve](#)
[Capítulo treinta](#)
[Capítulo treinta y uno](#)
[Capítulo treinta y dos](#)
[Capítulo treinta y tres](#)
[Capítulo treinta y cuatro](#)
[Capítulo treinta y cinco](#)
[Capítulo treinta y seis](#)
[Capítulo treinta y siete](#)
[Capítulo treinta y ocho](#)
[Capítulo treinta y nueve](#)
[Capítulo cuarenta](#)
[Capítulo cuarenta y uno](#)
[Capítulo cuarenta y dos](#)
[Capítulo cuarenta y tres](#)
[Capítulo cuarenta y cuatro](#)
[Capítulo cuarenta y cinco](#)
[Capítulo cuarenta y seis](#)
[Capítulo cuarenta y siete](#)
[Capítulo cuarenta y ocho](#)
[Capítulo cuarenta y nueve](#)
[Agradecimientos](#)
[Si te ha gustado este libro...](#)

Dedicatoria

Para Emily

Mapa





Playlist

PLAYLIST

Already Over – Sabrina Carpenter	♥
August – Taylor Swift	♥
Two Ghosts – Harry Styles	♥
You're So Vain – Carly Simon	♥
Vodka Cranberry – Conan Gray	♥
Used to Be Young – Miley Cyrus	♥
Ceilings – Lizzy McAlpine	♥
North – Clairo	♥
You're On Your Own, Kid – Taylor Swift	♥
Homesick – Noah Kahan y Sam Fender	♥
Kooks – David Bowie	♥
This Town – Niall Horan	♥
The 1 – Taylor Swift	♥
Lovefool – The Cardigans	♥
Satellite – Harry Styles	♥
I Know It Won't Work – Gracie Abrams	♥
"Slut!" – Taylor Swift	♥
Butterflies – Kacey Musgraves	♥
Dreams – Fleetwood Mac	♥
Rein Me In – Sam Fender y Olivia Dean	♥
If You Ever Want to Be in Love – James Bay	♥
18 – One Direction	♥
What If I Love You – Gatlin	♥

Capítulo uno

A Brodie Carter le encantaban las bodas. Arrellanado en su asiento, con los brazos extendidos sobre las sillas vacías que lo flanqueaban, el sol estival poniéndose tras la montaña y el aire dulce que trasladaba los aromas del manzanar, podía decir sin miedo a equivocarse que la de su hermano Logan estaba resultando ser una boda maravillosa. A Brodie no solo le caía muy bien la novia, Bella —era como la hermana mayor que nunca había tenido—, sino que las damas de honor eran, además, bastante guapas. El manzanar, propiedad de los padres de Bella, estaba engalanado con luces y farolillos, y lucía un aspecto sensacional; además, la comida había estado deliciosa, la música era la que él mismo habría elegido y, encima, todavía no había tenido que hablar con su padre, algo que constituía una ventaja añadida. En términos generales, una boda estupenda hasta el momento.

—Brodie, ¿qué haces que no bailas? —Willow, su hermana pequeña, se dejó caer en la silla contigua.

Brodie estiró el brazo para alcanzar su copa de champán.

—Quiero que Logan sea el centro de atención durante un rato —respondió.

Willow se rio por la nariz mientras se servía un vaso de agua.

—Pues no te quedes ahí sentado mucho rato, que sin ti es aburrido. —Se bebió el agua, jadeando aún por el cansancio de tanto baile, y se recogió los rizos pelirrojos en lo alto de la cabeza para refrescarse un poco.

Brodie estaba a punto de levantarse y decir: «Venga, vamos», cuando de pronto Willow se incorporó de un salto y dijo: «¡Anda, mira, ahí está Maeve!», y volvió a marcharse en dirección a la puerta

trasera de la casa, donde se hallaba una rubia de aspecto ciertamente desaliñado escrutando la multitud.

Si Willow no hubiera llamado su atención, Brodie ni siquiera se habría fijado en Maeve —el cabello recogido de forma descuidada, la ausencia de maquillaje, el vestido arrugado con flores estampadas y las botas negras, un conjunto más apto para pasar el día en el parque que para asistir a una boda—, salvo que ahora que había reparado en ella, percibió algo en su cara que lo intrigaba. Se echó hacia delante para mirarla mejor, observó sus ojos oscuros y cansados, ligeramente inclinados hacia abajo. Y la boca, la carnosidad del labio superior y el brillo rosa claro. Y bajo la melena revuelta, distinguió un rostro de facciones proporcionadas, casi perfecto. Cosas todas ellas que pasarían desapercibidas para un ojo inexperto, pero Brodie no tenía nada de inexperto. Había invertido años de duro trabajo en desarrollar la capacidad de distinguir un diamante en bruto entre la multitud. Había algo en esa mujer, Maeve, que lo atraía, y Brodie nunca dejaba pasar una oportunidad.

La vio sonreír abiertamente al ver aproximarse a Willow —tenía unos dientes bonitos— y se dejó envolver por su abrazo. Y allí apareció también Bella, más guapa si cabe, y muy serena comparada con Maeve, quien se señaló el vestido arrugado con gesto de resignación y sacudió la cabeza mientras Bella le tiraba del brazo en dirección a la barra.

Brodie las perdió de vista, de forma que, no teniendo nada mejor que hacer, se puso en pie. Y, sin darse ninguna prisa, caminó con las manos en los bolsillos en esa misma dirección, alzando la barbilla lo justo para poder ver mejor.

—¿A quién estás mirando? —le preguntó Noah, su hermano gemelo, al acercársele.

—No estoy mirando a nadie —respondió Brodie con el ceño fruncido, aunque de buen humor.

—Brodie, me doy perfecta cuenta cuando te fijas en alguien.

Noah llevaba en la mano una taza de café que Brodie dio por hecho que se habría preparado él mismo dentro de la casa. De haber tenido la oportunidad, sabía que Noah habría preferido estar en el rancho en lugar de tener que ponerse un traje y charlar de

trivialidades con los vecinos del pueblo. Incapaz de soportar cualquier tipo de formalidad durante demasiado tiempo, Noah se había deshecho de la corbata, llevaba desabrochados los botones superiores de la camisa y se había arremangado. El largo cabello le caía sobre los ojos, pero al menos había hecho el esfuerzo de afeitarse.

—No diría que me habría fijado en ella necesariamente, pero allá donde fueres... —Señaló con la cabeza en dirección a la rubia de la barra.

Noah siguió el curso de su mirada.

—¿Maeve?

—Eso parece. —Brodie entornó los ojos—. Me resulta vagamente familiar.

—En el instituto iba un curso por detrás de nosotros —le explicó Noah—. ¿No te acuerdas? Salía mucho con Piper, la amiga de Ethan.

A Piper, la amiga de su hermano Ethan, Brodie apenas la recordaba, como para recordar también a una de sus amigas. Meneó la cabeza.

Ambos miraron de nuevo hacia donde Maeve se servía un vaso de agua en la barra.

—Era lista —comentó Noah—. Ahora es doctora, creo. Te va a calar de inmediato.

Brodie le lanzó una mirada fulminante.

—Nada me gusta más que un buen desafío —dijo secamente y, dejando a su hermano con su café y una sonrisa de suficiencia, se acercó con arrogancia a las tres mujeres situadas junto a la barra—. Qué hay.

A Bella se le iluminó la cara nada más verlo.

—Hola, Brodie, ¿te lo estás pasando bien?

Brodie le rodeó la cintura con el brazo y la estrechó hacia sí.

—Desde luego —respondió—. Pero, lo más importante, ¿te lo estás pasando bien tú?

—Es el mejor día de mi vida. —La sonrisa de Bella era tan amplia que apenas lograba contenerla.

Verla así de feliz le produjo una carcajada.

—¡Logan es un hombre muy afortunado! —La soltó y alcanzó una copa de champán de la barra para poder brindar con ella.

Alguien intervino para llevarse a Willow de la conversación y Brodie aprovechó la ocasión para volverse hacia Maeve y decir:

—Creo que no nos han presentado.

—Ay, perdonad —dijo Bella—. Brodie, te presento a Maeve.

Él alzó su copa en dirección a Maeve y respondió:

—Es un placer conocerte, Maeve.

Ella le devolvió la sonrisa, levantando solo un poco su agua mineral. No parecía especialmente impresionada por la presencia de Brodie, algo que siempre lo atraía.

—Ibas un curso por detrás de nosotros, ¿verdad? —le dijo entornando los ojos, como si jamás olvidase una cara.

Por alguna razón, aquello hizo reír a Maeve, casi se diría que en contra de su voluntad, y respondió:

—Sí. —Pero, en lugar de agregar algo más, devolvió su atención a Bella y dijo—: Siento muchísimo haberme perdido tu gran día. En el trabajo estoy que no paro.

Brodie inclinó la cabeza, observando, intrigado por lo que se le antojó un desplante deliberado.

—No digas tonterías. —Bella le dio un cariñoso apretón en el brazo—. Me alegra que hayas podido pasarte. —A continuación, se volvió hacia Brodie—. Maeve es médica de urgencias —explicó.

—Impresionante. —Brodie recordó que Noah había dicho que era demasiado lista para caer presa de sus encantos, y esa idea le parecía divertida—. ¿Has salvado hoy alguna vida? —bromeó.

—Sí, lo cierto es que sí —contestó ella con sequedad.

Brodie frunció los labios, tanto por el desacostumbrado malestar que le produjo aquel desaire como por arrepentirse de su propia frivolidad. «Esfuézate un poco más», se dijo. Junto a él, vio a Bella enarcar una ceja, visiblemente satisfecha al confirmar que Maeve no se dejaba encandilar por sus zalamerías.

Antes de poder redimirse, no obstante, Logan se reunió con ellos.

A su hermano mayor se le veía relajado y feliz, como si hubiera rejuvenecido diez años, y enhebró las manos alrededor de la cintura de Bella al situarse a su espalda.

—¡Has venido! —le dijo a Maeve, quien con él se mostró toda sonriente, tal como pudo comprobar Brodie.

Charlaron un poco acerca de un caso que habían recibido en Urgencias, y de que Maeve no había podido escaparse antes. Hizo todas las preguntas adecuadas y escuchó con atención los detalles de la ceremonia, y Brodie hizo lo mismo, pese a que él hubiera estado presente y lo hubiera experimentado de primera mano. Pero, mientras hablaban, la estudiaba con sutileza: sus dedos de piel clara —y sin anillo— sujetando el vaso de agua; el hecho de que se hubiese abotonado el vestido tan deprisa que se le había olvidado un botón y alcanzaba a vérselo una franja del vientre; el rizo de su melena, que se acomodaba de forma sugerente justo por debajo de su clavícula. Sí, se sentía muy intrigado, más aún porque ella parecía no mostrar ningún interés en él.

En la pista de baile cambiaron de canción y Willow soltó un grito de júbilo porque se trataba de una de sus favoritas y, volviéndose hacia su grupo, exclamó:

—¡Venga, venid a bailar! Estiró el brazo y tiró a Brodie de la manga de la chaqueta.

—Vale —dijo él riéndose—, ya voy. —A continuación, se volvió hacia Maeve, extendiendo los brazos a modo de invitación—. ¿Bailas?

—No —repuso ella con profunda determinación en sus ojos marrones.

Capítulo dos

Maeve se escabulló de la boda de Bella y Logan lo antes que pudo sin que resultara grosera y se alejó por la acera a gran velocidad, regañándose a sí misma por haber siquiera acudido al evento. Viéndolo con perspectiva, había sido una idea terrible. Tenía la excusa perfecta para no ir y, aun así, había querido estar allí para dar la enhorabuena a su amiga Bella y verla con su precioso vestido, feliz y plena, haciendo realidad el sueño que merecía. De manera que se había arriesgado a la posibilidad de encontrarse con Brodie Carter, aunque, por lo que sabía de él, había dado por hecho que se mostraría lo bastante distraído por otras invitadas más glamurosas como para prestarle atención a ella.

Pero entonces se le había acercado, con ese atractivo tan natural y ese aire hollywoodiense, con su traje azul claro y el cabello revuelto de forma aparentemente despreocupada.

Sacudió la cabeza mirando al imaculado cielo ante su propia estupidez. ¿En qué estaría pensando? Solo podía justificarse diciendo que el cansancio producido por el turno de veinticuatro horas en Urgencias le había nublado el juicio. Pero, de todas las personas allí presentes, ¿por qué había tenido que acercarse Brodie a la barra durante los diez minutos que había permanecido ella allí?

—¿Por qué? —preguntó en voz alta.

Dejó caer la cabeza y se miró las botas, que aporreaban la acera. Tal vez ya hubiera hecho la ronda entre el resto de mujeres disponibles en la boda antes de que llegara ella y fue la posibilidad de tener algo nuevo donde elegir lo que llamó su atención.

Su casa quedaba a pocas decenas de metros del manzanar. Alcanzaba a ver la verja de alambre oxidado que delimitaba su jardincito en comparación con la cerca de estacas blancas de sus

vecinos. Tendría que llamar a alguien para que se la cambiara. Si al menos tuviera tiempo... Lo único que deseaba en aquel instante era dormir. Desde que salió del hospital había fantaseado con sus suaves sábanas blancas y la tan valiosa calma de su dormitorio.

Llegó a la cancela de su casa y estaba a punto de descorrer el pestillo cuando oyó unos pasos que corrían por la acera tras ella.

Dirigió hacia allí la mirada y lo que vio le provocó un nudo en el estómago.

Brodie avanzaba hacia ella, y no corriendo precisamente, sino más bien con unas amplias y lánguidas zancadas, con la chaqueta del traje desabotonada y una expresión cómplice, algo que hizo que a Maeve se le alojara el pánico en la garganta.

Se detuvo frente a ella, inalterado por el esfuerzo de la supuesta carrera, y se pasó una mano por el cabello, todavía perfecto.

—Stanford Stadium —dijo—. Estaba dando un concierto en solitario. Tú acudiste con Piper Adams, la amiga de Ethan. Mi hermano te consiguió pases VIP. Vestías una faldita rosa y botas plateadas. ¿A que sí?

Todos los vecinos de Autumn Falls sabían que los hermanos Carter habían formado un grupo de música y se habían presentado a una prueba para un concurso televisivo de talentos en su afán por animar a su madre cuando esta recibía un tratamiento de quimioterapia. Nadie esperaba que ganarían, y mucho menos que llegarían a convertirse en Silver Sky, el grupo de chicos mundialmente famoso y ganador de varios discos de platino. Tampoco se esperaban que Brodie Carter, al separarse el grupo, fuese a tener una carrera en solitario que liderase las listas de éxitos. Pero mirándolo ahora, con ese brillo en los ojos y los pómulos marcados, irradiando esa seguridad en sí mismo que parecía nacerle de dentro, saltaba a la vista que estaba destinado al estrellato.

Maeve descubrió que no sabía cómo responder y, llevada por el pánico, recurrió a la reacción instintiva de negarlo.

—No sé de qué estás hablando.

Brodie levantó las comisuras de los labios para esbozar una sonrisa torcida y arrogante.

—Claro que lo sabes. Me acuerdo de aquella falda.

Ella negó con la cabeza.

—En serio, no sé de qué me hablas.

Él se rio, mostrándole los hoyuelos en ambas mejillas, y sus ojos se arrugaron levemente por los extremos. Maeve pensó en todas las mujeres a quienes les temblaban las piernas al oír esa risa, al saberse el centro de sus atenciones. Claro está, ella misma había caído también en esa trampa, vestida con la falda de cuero rosa y las botas plateadas de vaquera que Piper le había prestado después de mucho rogarle.

—No me parece algo que yo me pondría.

Pero sí se la había puesto. Y vestida con algo diametralmente opuesto a su estilo habitual, maquillada por Piper, a quien se le daba de maravilla esa clase de cosas, y aliviada de poder tomarse un respiro de sus agotadores estudios universitarios, se había sentido una persona diferente. Una persona que mostró el arrojo de responder cuando vio los ojos de Brodie iluminarse al verla; en el instituto, todo el mundo quería a Brodie y él ni siquiera se había fijado en ella una sola vez. De manera que, al ver aquella sonrisa centrada solo en ella, cuando hacía solo media hora había oído su nombre coreado por un estadio lleno de admiradoras, de chicas que lloraban a su lado cuando cantó la primera nota mientras su cara se proyectaba en las gigantescas pantallas dispuestas por el estadio, se había sentido embriagada.

Si bien todos los hermanos tenían sus propias admiradoras, como vocalista, la estrella de Brodie siempre había brillado un poquito más, con aquel tono de voz tan mágico, y más aún cuando subía al escenario él solo.

Aquello hizo que Maeve flirteara cuando él flirteó con ella. Que se permitiese a sí misma divertirse un poco después de pasarse dos años enfrascada en sus libros, desde que comenzara a estudiar en Stanford. Resultó engañoso verse absorbida por el resplandor de alguien tan guapo, famoso y encantador como lo era entonces Brodie Carter; eso fue lo que se dijo a sí misma después para intentar racionalizarlo.

Y aquí estaba ahora Brodie, apoyado contra la estaca de la cerca del vecino, con los brazos cruzados y su sempiterna sonrisa

cómplice, casi burlona.

—Puedes negarlo todo lo que quieras, pero sé que eras tú. Los nombres se me dan fatal, pero las caras no se me olvidan. —Hizo una pausa y sonrió—. Tampoco las faldas. Ni las botas plateadas.

Maeve estaba a punto de negar con la cabeza con gesto desdenoso, incluso se planteó alejarse por el caminito del jardín y dejarlo allí plantado sin más, cuando horrorizada oyó a su espalda una vocecilla que decía:

—Hola, mamá. Te he visto a través de la cortina. Carole ha dicho que podía salir.

Maeve se quedó paralizada, la sangre le palpitaba en la cabeza mientras asimilaba la escena en instantáneas, cada palabra como un eco, las imágenes suspendidas en el tiempo. La música de la boda a lo lejos. El repiqueteo de la verja metálica cuando su hija, Zoey, se colgó de ella, el cordón desatado de su zapato. La sudadera azul marino de la recaudación de fondos del Hospital General de Jackson que ella se ponía para trabajar en el jardín y que a Zoey tanto le gustaba, pese a que le llegara casi hasta las rodillas cuando se la ponía. Sus *leggings* amarillo fluorescente, su gorro con borla de lunares rojos y los mechones de pelo que habían escapado de su trenza.

A continuación, su precioso bracito al tendérselo a Brodie, el puño enrollado como una salchicha, cuando le dijo:

—Soy Zoey. Bonito traje.

Observando los deditos de Zoey, pálidos y diminutos envueltos en la enorme mano bronceada de Brodie, Maeve apenas pudo mirarlo a la cara cuando le oyó decir:

—Es un placer conocerte. Yo soy Brodie. Tú tampoco vas mal vestida.

Zoey se miró como para comprobar lo que llevaba puesto.

—Gracias —respondió y, luego, se volvió hacia Maeve—. ¿De qué hablabais?

—De nada —repuso Maeve con un hilo de voz tensa.

—¿Por qué llevas puesta tu cara de estrés? —le preguntó Zoey con el ceño fruncido.

—Entra en casa —le dijo Maeve tratando de ignorarla—, yo voy enseguida.

Zoey no se movió. En su lugar, se fijó en Brodie, mirándolo atentamente de arriba abajo, esperando quizá obtener de él alguna respuesta.

Brodie, más que encantado de complacerla, respondió:

—Estaba recordándole a tu madre una vez que nos vimos hace mucho tiempo. —Se detuvo para hacer memoria.

Maeve lo vio haciendo cálculos mentales y el corazón empezó a darle golpes en el pecho como un tambor.

—Debió de ser uno de los primeros conciertos que hice sin el grupo —continuó él—. ¿Cuándo fue? ¿Hará unos ocho años?

—Yo tengo ocho años —declaró Zoey, sonriendo con orgullo ante aquel dato. Y mostró los hoyuelos en ambas mejillas.

Maeve notó que le costaba respirar.

Capítulo tres

Brodie percibió el momento exacto en que su cerebro registró aquellas palabras. Pasó de pensar «qué niña más mona» al más absoluto desconcierto que se produce al quitarse una venda de los ojos. Maeve se había quedado mirándolo, su piel pálida sonrojada de repente en las mejillas, y en sus ojos se atisbó un pánico fugaz antes de parpadear y mirar para otro lado.

Durante esos instantes, a Brodie le daba vueltas la cabeza como si estuviera en una montaña rusa, pero no la escuchaba. Como si su cuerpo percibiera el peligro, sintió el impulso instintivo de retroceder, de ignorar.

—Vale —dijo, dando un paso atrás—. En fin, solo quería decirte eso.

La niña seguía colgada de la verja y el chirrido que esta producía acuchillaba el aire mientras lo miraba con los ojos tan grandes y redondos como los de las vacas de Noah.

—Debería volver a la boda —añadió, señalando con el pulgar hacia atrás.

—Sí —replicó Maeve, ahora tranquila e impertérrita, como si hubiera adoptado su personaje de doctora imperturbable durante los escasos segundos que él había tardado en pronunciar esas palabras.

—Vale —repitió Brodie, incapaz de recurrir a una de sus ingeniosas y embaucadoras frases habituales. Daba la impresión de habersele quedado la cabeza hueca. Dio otro paso hacia atrás, tropezó con un adoquín suelto, se rio y añadió—: Tienes que arreglar esto. —Todo ello sin dejar de sentir el escrutinio de los grandes ojos de la niña.

Levantó una mano para despedirse antes de dar media vuelta y alejarse en dirección a la música de la boda, la barbilla ligeramente

alzada, tratando de no pensar en aquellos enormes ojos bovinos que seguían su retirada.

Cuando ya casi había llegado al manzanar, levantó un brazo, se aflojó la corbata y se desabrochó el último botón de la camisa antes de deshacerse de la chaqueta. De pronto, le resultaba todo demasiado asfixiante. Se notaba la piel ardiendo, como si tuviera gripe.

Al doblar la esquina de la casa principal del manzanar, alcanzó a ver las luces de la pista de baile, el aire encendido de colores, las hojas iluminadas de los manzanos, escuchó el rumor de las risas y el murmullo de las conversaciones. El chocar de las copas. Recorrió el camino de acceso, engalanado con velitas y banderines blancos de boda, recordando la arrogancia que le había embargado al recordar a Maeve aquella noche en el concierto, mientras se llevaba la copa de champán a los labios. Se había visto impulsado por el presuntuoso deseo de decirle lo que había decidido que ella ya sabía, pero, con total altanería, había fingido no recordar. Con toda su arrogancia, había dado por sentado que alguien no se olvidaría de haber pasado la noche con una celebridad.

Volvió a la fiesta tratando por todos los medios de aparentar indiferencia y se hizo con una copa de champán en la barra. Pero le temblaba la mano, de forma que volvió a dejarla sobre una mesa. Después se quedó de pie con las manos en los bolsillos, sin saber muy bien qué hacer.

Noah se le acercó por un costado.

—Bueno, ¿qué tal te ha ido con Maeve?

—¿Maeve? —Brodie frunció el ceño, fingiendo despreocupación—. ¿Qué pasa con ella?

Noah soltó una profunda carcajada de satisfacción.

—¿Te ha ignorado?

Brodie notó el sudor que le resbalaba por la espalda.

«Tengo ocho años».

—No —contestó con un resoplido, como si tal idea resultase absurda. Se notaba la boca seca, necesitaba beber algo, pero sabía que Noah repararía en sus dedos temblorosos.

—¿De qué habláis? —Era Ren, la novia de Noah. Una de las nuevas personas favoritas de Brodie, pues este admiraba a cualquiera capaz de mantener alerta al monosilábico de su hermano. Estaba preciosa con unos pantalones cortos en tono crema y un chaleco de encaje.

—De Maeve —explicó Noah.

—¿Maeve la de Zoey? —puntualizó Ren.

—¿A cuántas más conoces? —respondió Noah con brusquedad.

Ren le dio un cariñoso manotazo en la tripa.

—¡Solo quería asegurarme!

Willow apareció procedente de la pista de baile, engullendo un vaso de agua.

—¡Me muero de calor!

A Brodie le sucedía lo mismo.

—¿Qué hacíais hablando de Maeve? —preguntó Ren.

—A Brodie le gusta —respondió Noah como si fuera un hecho constatado, agarrando un zumo de naranja de un camarero que pasaba antes de darle las gracias.

Willow aceptó una copa de champán.

—¿Sabes que tiene una hija?

—¡Me da igual! —exclamó Brodie, exasperado—. ¡Ni siquiera sé qué hacemos hablando de Maeve!

—Uhhh, se pone a la defensiva —murmuró Willow con una risita.

Noah enarcó una ceja, se notaba que disfrutaba con aquello.

—Sí que te ha mandado a paseo.

Bella se les acercó y le pasó un brazo a Brodie por los hombros.

—¿Quién? —preguntó—. ¿Maeve?

—¡Os odio a todos! —dijo Brodie echando la cabeza hacia atrás.

Noah soltó una risotada.

Ren se cruzó de brazos y, con aire pensativo, preguntó:

—¿Quién es el padre de Zoey?

—No sé —dijo Bella negando con la cabeza.

—Nadie habla de ello —agregó Willow dando un sorbo a su copa de champán.

«Tengo ocho años».

—¡No sabía que fuerais todos tan cotillas! —Probablemente fuese la primera vez en su vida que Brodie recurría a la superioridad moral. Noah escupió su copa sorprendido, pero a Brodie le dio igual, tenía que zanzar aquel asunto o le iba a dar un fallo cardíaco—. Debería daros vergüenza.

Capítulo cuatro

Cuando Brodie llamó al timbre de la casita de madera color crema con el toldo y el frontón verdes y la verja metálica chirriante, oyó gritar a la niña: «¡Abro yo!».

Hubo de aferrarse a uno de los puntales del porche para evitar darse la vuelta cuando la vio aparecer tras el cristal y sonreír al verlo.

—¡Es el hombre del traje azul! —exclamó mirando hacia atrás.

Se oyó trajín en la cocina cuando Zoey abrió la puerta, ya sin su gorro, y con un largo flequillo que le tapaba un poco los ojos.

—Has vuelto.

—Así es —confirmó él, preguntándose si alguna vez el corazón le había latido tan deprisa. Sintió que había cometido un error.

—¿Se te ha olvidado algo?

Brodie meneó la cabeza.

Maeve apareció al final del recibidor. Lo miró como si tal vez hubiera sabido que vendría. Su rostro, sin embargo, se mostró inescrutable.

Se quedaron un segundo en silencio hasta que Maeve dijo:

—Será mejor que pases.

Brodie entró en la casa. Zoey observaba atenta todos sus movimientos.

—Perdona el desorden —dijo Maeve señalando con la mano los bártulos del pasillo—. No he estado en casa... —Brodie observó que se le habían sonrojado de nuevo las mejillas y se dio cuenta de que no era inmune a la tensión que impregnaba el aire.

Sacudió la cabeza para decirle que el desorden le daba igual y miró en torno a sí, pero apenas reparó en nada salvo en unos cuantos muebles desaparejados y montones de ropa para lavar en las

escaleras. Cuando llegaron a la cocina, la mesa estaba cubierta de diminutas cuentas de colores.

Zoey se sentó con una pierna cruzada por debajo del cuerpo y anunció:

—Estamos haciendo pulseras.

—Qué bien —respondió Brodie, asombrado por toda aquella parafernalia brillante; el hilo, las cuentas, los dijes, todo esparcido sobre el mantel de cuadros rojos. Pensó en las líneas limpias de la casa de la playa que tenía en Malibú, con sus sofás blancos y las superficies minimalistas.

Miró a Maeve y la pilló observándolo. Su hermoso rostro proporcionado y esos profundos ojos marrones parecían ahora un cuadro; lejanos, intocables.

—Toma asiento —le dijo, retirando de una silla situada en torno a la mesa unos libros de medicina—. ¿Quieres beber algo? ¿Café? ¿Una copa de vino?

Resultaba tan educada y formal que le dolía.

—Me vale con un vaso de agua, por favor —respondió Brodie sentándose en la desvencijada silla de madera. Tenía la boca muy seca.

En aquella cocina humilde, rodeado de cosas de niños, coloridas tazas de plástico en el escurridor y correo sin abrir apilado en la encimera, tuvo la sensación de haberse colado sin saberlo en el escenario equivocado, de que enseguida vendría alguien a llevárselo y acompañarlo al lugar donde realmente tendría que estar.

Maeve fue a servirle un vaso de agua y, al dejarlo sobre la mesa frente a él y volver a sentarse, dijo:

—Zoey, cariño, ¿por qué no vas a ver un poco la tele?

—No, has dicho que podíamos hacer pulseras. —Zoey frunció el ceño—. Llevo todo el día esperando.

Brodie vio a Maeve frotarse la frente. Parecía más cansada que antes, con pronunciadas ojeras. Pero no podía sentir lástima por ella. En aquel momento, no tenía claro si sería capaz de descifrar un solo sentimiento coherente de la maraña que le había inundado la cabeza.

Zoey se recogió el pelo detrás de las orejas y, mirándolo, preguntó:

—¿Quieres hacer una pulsera?

—Claro —respondió.

Le entregó entonces el hilo.

Sentado a la mesa, sintió que se abría bajo sus pies un abismo de tiburones y siniestras criaturas de las profundidades, pero la presencia de Zoey indicaba que se mantenía en precario equilibrio sobre la superficie, intentando no mirar abajo.

—Haces un nudo en un extremo y luego empiezas a enhebrar, así, mira. —Zoey le mostró una que ya había confeccionado antes. Era toda morada y rosa, con un diminuto colgante plateado en forma de estrella de mar.

—Me gusta —dijo Brodie con admiración, aunque notó un vuelco en el estómago y se preguntó si iría a vomitar. Agarró una cuenta y trató de concentrarse en enhebrarla en el hilo. Recordó haber hecho lo mismo con su hermana cuando eran pequeños.

Frente a él, Maeve levantó la pulsera que obviamente había estado haciendo antes de que él llegara y aparentó concentrarse en enhebrar cuentas blancas. No lo miraba. Zoey se afanaba en seguir con la suya, dejando ver la lengua entre los dientes mientras trabajaba.

Brodie le dio una patada a Maeve por debajo de la mesa para llamar su atención.

Ella levantó la cabeza.

Él enarcó las cejas.

La vio hacer lo mismo como diciendo: «¿Qué?».

Brodie señaló con la cabeza a la niña y después se señaló a sí mismo.

Vio a Maeve fruncir los labios mientras reflexionaba. A continuación, tras tomar aliento como para calmarse, asintió sucintamente.

El mundo se detuvo.

Brodie perdió la noción del tiempo. A saber si respiraba. Estuvo a punto de reírse al pensar: «Menos mal que hay una doctora en la casa».

Sintió presión en la cabeza. Calor en la cara. Se preguntó si estaría a punto de desmayarse. Tuvo la imperiosa necesidad de corregirla, de mirar a su alrededor y ver si estaban allí todos sus hermanos agazapados a punto de saltar y reírse de la broma, de retroceder en el tiempo y hacer que Maeve no se limitase a asentir con la cabeza.

Estaba empapando de sudor su camisa azul claro. Se le había secado la boca otra vez, no podía tragar. Se notaba el palpitir de la sangre en los oídos. Se centró en las uñas rosas de Zoey mientras agarraba el hilo. Por alguna razón, volvió a pensar en los sofás blancos de su casa de Malibú, tan prístinos, con las vistas al océano.

—¡Tienes que enhebrar las cuentas! —La voz de Zoey sonó tan potente que le hizo dar un respingo y, de inmediato, agarró una cuenta amarilla con forma de corazón, pero al agachar la mirada se dio cuenta de que le temblaban demasiado las manos como para enhebrarla. Lo intentó y se le cayó, después se agachó para tratar de recuperarla del suelo. Bajo la mesa, vio solo un Cheerio seco del desayuno y, luego, distinguió el corazón amarillo junto a los pies de Zoey. Pies pequeños y descalzos con uñas diminutas.

Creyó que iba a vomitar. Se incorporó con brusquedad y se golpeó la nuca con la mesa.

—¿Estás bien? —le preguntó Maeve, levantándose de un salto.

Brodie se incorporó demasiado deprisa, frotándose la cabeza.

—Sí, estoy bien. Perdona.

Maeve estaba en pie, con la boca cerrada, parpadeando con gesto inescrutable, podría ser de alivio o de miedo; todavía llevaba puesto el vestido de flores algo arrugado que hacía escasamente una hora se le había antojado tan intrigante. Y así, sin más, Maeve se convirtió para siempre en una presencia en su vida. Ya no era una simple cara bonita. Era la madre de su hija.

Su hija.

Se le nubló la vista.

Zoey se había agachado a recoger del suelo las cuentas que se habían caído al golpearse él la cabeza contra la mesa.

—¡Están por todas partes! —exclamó. Y a continuación—: ¡Hay un Cheerio!

—¡No te lo comas! —le advirtió Maeve.

Zoey volvió a incorporarse con una sonrisa, como si acabara de comerse el Cheerio. Lo único que vio Brodie fue su sonrisa mofletuda con hoyuelos y unos ojos que traslucían seguridad. De pronto, se encontró cara a cara con una versión femenina y más pequeña de sí mismo.

—En fin, debería irme —anunció.

—Vale —contestó Maeve con un gesto de asentimiento.

Se sentía incapaz de calibrar sus emociones; solo pensaba en el tiempo que le llevaría cruzar esa puerta.

—Pero si acabas de empezar. —Zoey levantó su pulsera, que solo tenía una cuenta enhebrada.

—En otra ocasión, te lo prometo —contestó él, saliendo de la cocina. Y se marchó antes de que nadie pudiera despedirse.

Con el corazón desatado, regresó casi corriendo al manzanar, donde la fiesta de la boda se hallaba en pleno apogeo. Se quedó plantado en el umbral contemplando el panorama mientras recuperaba el aliento. La banda de Autumn Falls había relevado al DJ: su madre a la guitarra; Hank Murphy al teclado; Claudette, la amiga de Bella, al micrófono. Vio a Logan y a Bella, sus narices pegadas mientras Logan le susurraba algo para hacerla reír; vio a su hermana bailando con Ren, y a las demás damas de honor arrebatadoras, ahora con el pelo suelto y sin zapatos mientras bailaban. Agarró una copa de un camarero que pasaba y se la tomó en dos tragos. A continuación, pasándose una mano por el pelo, dejó escapar el aliento, se sacó de la cabeza la última media hora y corrió hacia la pista de baile con una amplia sonrisa dibujada en la cara.

Capítulo cinco

Se lo había contado.

Su secreto de ocho años había salido a la luz, así, sin más.

Había pasado de una extenuación incapacitante a estar totalmente despierta en un abrir y cerrar de ojos.

Zoey estaba en la cama y ella sentada sola en el salón, al borde del sofá, con las manos apretadas sobre el regazo. ¿Cómo reaccionaría Brodie? ¿Le quitaría a Zoey? ¿La llevaría a los tribunales por haberle ocultado la verdad? ¿Le exigiría la custodia total?

No. Debía mantener la calma. Había sabido que algún día sucedería esto.

Se dejó caer sobre los cojines. Cerró los ojos y volvió a ver aquella noche en el concierto. Se vio a sí misma charlando con Brodie, lo vio reírse de algo que le había dicho. Recordó la agradable sorpresa de su mirada al estar riéndose y la sensación de triunfo que la invadió a ella. Conforme progresaba la velada, la percepción de que Brodie era famoso había ido disminuyendo. La vio desvanecerse ante sus ojos cuando se relajó. Con su hermano cerca, se mostraba casi tímido, se reía con mayor facilidad, y de pronto volvió a ser el mismo Brodie del instituto. El chico con el que había participado en la obra escolar, pero al que solo había logrado reunir el coraje de dirigirle la palabra en una ocasión.

Aquella noche, sin embargo, se mostró muy atento, interesado en todo lo que tuviera que decir. Recordó a Piper dándole un codazo con disimulo. A Brodie dándole la mano para conducirla escaleras abajo al bar subterráneo que había escogido Ethan. Oscuro y sudoroso.

Durante toda su vida, su lema había sido «Esfuézate, Maeve, no te distraigas». De manera que, por supuesto, esa noche dijo que se tenía que ir a casa, que tenía mucho trabajo al día siguiente. Brodie

frunció entonces el ceño. «¿Por qué te vas?! Si acabamos de empezar», le dijo, y le pasó el brazo por los hombros para atraerla hacia sí. «¡No te puedes ir!». Sonrió, se agachó y le susurró: «Eres la única razón por la que estoy aquí».

Ahora, en el salón en penumbra, Maeve abrió los ojos de golpe. No era aquel el momento de ponerse a pensar en aquella otra noche.

Había tenido novios antes y después de Brodie. Nunca nada serio —siempre andaba demasiado ocupada—, pero sí citas ocasionales con chicos en la escuela de medicina o médicos en el hospital. Pero fuera quien fuera, nadie —y no le gustaba admitirlo— había logrado estar cerca de igualar aquella única noche con Brodie. Una noche que para él fue una de tantas, pero para ella fue...

«No pienses en eso, Maeve».

No era solo el primer beso, aquel momento en el que él colocó la mano en su mejilla y agachó la cabeza con una sonrisa cómplice, sus ojos centelleantes como si ella fuera la única persona del mundo, ni el roce de su mano, fría sobre la espalda, ni las cosquillas que le hicieron las yemas de sus dedos en la pierna desnuda lo que recordaba con tanta nitidez. Estaban también los otros momentos, como cuando se quedaron despiertos hablando al tiempo que el perfil de la ciudad se iluminaba con el alba frente a la ventana de la habitación de hotel de Brodie, ella vestida con una de sus camisetas mientras se reían de cosas que ya no recordaba pero que le hicieron tanta gracia que estuvo a punto de llorar de la risa. O cuando él le preparó una taza de chocolate caliente porque dijo que el chocolate caliente de los hoteles a medianoche era una de sus cosas favoritas, y ella no le creyó, de manera que le preparó una y se quedaron despiertos bebiéndolo en la cama, como si fueran una vieja pareja casada. O cuando la desafió a una partida al *Super Mario* y ella lo sorprendió al saber dónde estaban escondidas todas las habitaciones secretas que él desconocía.

No había sido únicamente el error de una noche. Había sido, si se permitía a sí misma admitirlo —cosa que rara vez hacía porque las consecuencias le habían otorgado otra lectura—, una de las mejores noches de su vida.

Capítulo seis

Los festejos de la boda se prolongaron hasta altas horas de la madrugada. Hubo una *after party* en el club de polo de Logan, el Silver H, para cualquiera que deseara continuar. Y Brodie decidió continuar, sin dudarlo. Necesitaba distraerse todo lo posible. Cuando el Silver H cerró, acabó tomando un taxi con su hermana y algunos invitados más para ir a Jackson. Al día siguiente se celebraba un *brunch* en el rancho, organizado por sus padres. Brodie se presentó allí con su traje azul claro y sus gafas de sol y retomó la celebración donde la había dejado. Mientras siguiese habiendo gente, fiesta y distracciones, Brodie seguiría allí. No deseaba volver a su piso. No deseaba silencio. No deseaba tener que pensar. Pero hasta a él le costó aguantar sin parar durante treinta y seis horas, hasta que se puso el sol tras las celebraciones del domingo por la tarde y Logan se llevó a Bella al aeropuerto para dar comienzo a su luna de miel. Se acercaba la temporada de polo, por lo que no se ausentarían muchos días, dado que Logan tenía que estar en el club, de manera que Brodie les había ofrecido la *suite* del ático del castillo estilo toscano que tenía en su viñedo de Napa. Tras entregarle las llaves a Logan, hubo de admitir finalmente su derrota e irse a casa.

El bloque de apartamentos donde vivía se hallaba cerca del club de polo Silver H. Era nuevo y contaba con todos los servicios, lo que lo asemejaba mucho a vivir en un hotel, cosa que por lo general le resultaba extrañamente reconfortante. Pero esa noche, tendido en su cama, vestido con una camiseta y unos calzoncillos Calvin Klein, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza, mirando al techo, se le antojaba frío e impersonal y, siendo sincero, le daba un poco de miedo.

Ahora que se había quedado solo, no paraba de ver la sonrisa mofletuda de Zoey después de comerse el Cheerio. Quería cerrar los ojos y dormirse, igual que había querido bailar en la boda y charlar amistosamente en el *brunch*, y olvidarse así del asunto, pero daba la impresión de tener una nueva sombra, acechando de fondo en todo lo que hacía. Bailando con su hermana. «Tienes una hija». Riéndose con el discurso de Bella en el *brunch*. «Tienes una hija». Cuando estaba acompañado, Brodie era capaz de distraerse, levantarse e ir a charlar con cualquiera, tomarse otra taza de café, comerse otro *bagel* de salmón ahumado. Pero en casa, él solo, la sombra lo envolvía. Al entrar por la puerta. «Tienes una hija». Mientras se daba una ducha. «Tienes una hija». Al tratar de dormirse. «Una hija, una hija, una hija».

Se levantó y se asomó por la ventana. Alcanzaba a ver el campo de polo bajo la luz de la luna. Se imaginó a los caballos profundamente dormidos. Él también quería estar profundamente dormido. No era extraño en él quedarse levantado toda la noche, pero siempre lo hacía por decisión propia. Cuando escogía dormir, dormía como un tronco. Nada más poner la cabeza en la almohada, se quedaba frito.

Pero esa noche la sombra no le permitía dormir.

¿Cómo era posible que Maeve no se lo hubiera dicho?

Una hija. Era una responsabilidad increíble. Te cambiaba la vida. Pensó en su madre diciendo: «Tienes que ser generoso para ser padre».

Brodie exhaló. Generoso. No era una palabra que figurase en su vocabulario.

Tal vez la cría no fuese suya.

Pero era imposible negarlo viendo aquellos grandes ojos y los hoyuelos en las mejillas. La niña era hija suya, sin duda; era guapa, encantadora. Y se parecía a él.

Se quedó mirando el reloj, eran las cuatro de la madrugada. En el rancho, Noah y su padre no tardarían en levantarse. Recordaba aquellas mañanas frías y oscuras de su juventud, el silencio cansado mientras desayunaban sus gachas de avena, la lista de tareas que repartirse. El trabajo extenuante. Brodie no lo soportaba. Lo

detestaba. En el rancho, era como el niño al que no elegían para el equipo de fútbol, el estorbo.

«Tienes una hija».

Se estremeció.

Cerró los ojos con fuerza. Se tapó la cabeza con la almohada. No quería aquello. No lo había pedido.

Era evidente que Maeve no deseaba que él formara parte de aquello.

Se marcharía al día siguiente.

Se retiró la almohada de la cabeza y volvió a colocársela detrás al pensar en eso. Dormiría un par de horas, después se levantaría, haría la maleta y se iría al aeropuerto. En pocos días iba a reunirse con unos amigos en San Diego, así que llegaría un poco antes.

Hizo girar los hombros y se sintió mejor. Ahuecó la almohada y se tumbó de costado, se cubrió con la sábana y supo entonces que por fin podría dormir. Le encantaba el aeropuerto. Le encantaba la libertad que le brindaba. El mundo a su disposición.

Se despertó cinco horas más tarde, con el sol entrando por la ventana, los de sobra familiares sonidos del club de polo que llegaban hasta la habitación, los gritos y los golpes del mazo, el olor de la hierba recién cortada.

Se frotó los ojos, alcanzó el vaso de agua que tenía junto a la cama y vio su traje azul sobre la silla.

«Tienes una hija».

Se quedó quieto. Oía el latir de su corazón.

Vio la cara de la niña. Pequeña, perfecta, una combinación exacta de su madre y él.

De pronto, se imaginó la cara que pondría su padre si alguna vez descubriera que su hijo había huido de una revelación semejante. No gritaría, no resoplaría con desdén ni lo regañaría, simplemente frunciría los labios; tal vez se metiera las manos en los bolsillos, quizá lo miraría como para indicar que Brodie había hecho justo lo que esperaba de él.

Se puso en pie y se asomó por la ventana, vio la luz del sol reflejada sobre la frondosa hierba del campo de polo.

«Tienes una hija».

En ese instante supo que no había escapatoria. Si se subía a un avión, la sombra lo seguiría, y lo peor era que iría acompañada de la mirada de decepción de su padre.

Brodie volvió a llamar al timbre. Al no responder nadie, miró a través de la ventana, ahuecando las manos a los lados para intentar ver mejor. La pila de ropa para lavar seguía en la escalera. Volvió a bajar los escalones del porche y se giró para echar un vistazo a las ventanas de la planta de arriba.

—No están —le dijo una voz procedente del jardín vecino.

Brodie se volvió hacia la persona que había hablado y vio a una mujer de pelo canoso que lo miraba con desconfianza. Presumiblemente Carole, la niñera, de cuya casa había aparecido Zoey el día anterior.

—¿Sabe dónde están? —preguntó, ofreciéndole su mejor sonrisa.

Ella cruzó los brazos sobre su generoso busto y no le devolvió la sonrisa.

—Supongo que en clase y en el trabajo.

A menudo Brodie se olvidaba de lo que era la vida normal. Los trabajos, las clases, los compromisos.

La vecina se quedó mirándolo hasta que salió de la propiedad y volvió a montarse en su Aston Martin. Por alguna razón, el deportivo le resultó demasiado ostentoso a ojos de la mujer, de manera que se puso las gafas de sol y arrancó sin mirar atrás. Se fue directo al Hospital General de Jackson.

Capítulo siete

—Brodie, estoy trabajando, no puedes presentarte aquí sin más.

—Maeve se hallaba con los brazos cruzados frente a las puertas de plástico de Urgencias. Estaba agotada. Apenas había dormido desde la última vez que lo vio, aterrorizada por aquel preciso momento.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —A Brodie pareció darle igual dónde estuviera. Desprendía aquel aire suyo de poder irrumpir en cualquier lugar y obtener lo que quería sin ni siquiera intentarlo.

Maeve miró en torno a sí y vio que todas las miradas estaban fijadas en Brodie. La gente que esperaba su turno para ser atendida, las enfermeras del mostrador, el conserje, incluso un paciente con el gotero puesto que esperaba a que empujaran su silla de ruedas hacia el ascensor. Embelesaba a la gente. Ella cerró los ojos un segundo y, a continuación, con un suspiro resignado, le hizo un gesto para que la siguiera a una de las salas laterales. Cerró la puerta y, tras consultar su reloj, dijo:

—No tengo mucho tiempo.

Él asintió. Y entonces repitió su pregunta:

—¿Por qué no me lo habías contado?

—Lo intenté —respondió Maeve con un nudo en la garganta.

Brodie pareció sorprenderse al oír aquello, daba la impresión de que ya había ensayado en su cabeza cómo iría la conversación.

—¿Cuándo?

—Cuando me enteré. Le pedí a Piper que me consiguiera tu número a través de Ethan. Te llamé, te dejé un mensaje diciendo que me llamaras, que era importante. Pero jamás me devolviste la llamada.

Brodie se rio, incrédulo.

—¿Sabes cuántas mujeres me dejan mensajes diciendo que se trata de algo importante y que las llame?

Maeve alzó la vista y lo miró a los ojos.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellos. Como si Brodie acabara de escuchar sus propias palabras, se pasó una mano por el pelo.

—Te dejé montones de mensajes —aclaró ella.

Brodie empezó a caminar de un extremo al otro de la consulta, amueblada con un par de sillas, una camilla y un escritorio. Se detuvo junto a una de las sillas, apoyó ambas manos en el respaldo y dijo:

—Podrías habérselo dicho a mi madre, ella me habría localizado.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa? —Maeve aporreó el escritorio sin pensar—. ¡Quería contártelo a ti!

Brodie se dio la vuelta y se quedó mirando el impersonal suelo del hospital con la mandíbula apretada.

—Si hubiera sabido el motivo, te habría devuelto la llamada.

—¿Y luego qué? ¿Me habría llamado tu ayudante para encargarse de la cuestión logística? Brodie, mi vida implosionó cuando descubrí que estaba embarazada de Zoey. Tú no eras mi prioridad. Lo intenté. Traté de ponerme en contacto contigo y no me respondiste. —Notaba que se le iba desbocando el corazón. No era aquello lo que había querido decir. Lo había ensayado, lo había temido. Creía que lo había aceptado, había esperado el momento, sabiendo que algún día sucedería, pero ahora solo le salía un batiburrillo de palabras. ¿Cómo sería capaz de transmitir lo que habían supuesto para ella los últimos ocho años de su vida?—. Así que, siendo sincera, Brodie —zanjó sacudiendo la cabeza—, no es que estuviera pensando en ti en aquel momento. Y luego... —se cruzó de brazos—, bueno, vi que te hacías más famoso, y después te casaste y te fuiste a vivir a esa casa enorme, y parecías tener todo aquello que cualquiera pudiera desear.

Recordaba el anuncio de su boda. Se casó con otra estrella del pop. Todo el mundo dijo que no durarían, algunos aseguraron que era un truco publicitario, pero para Maeve constituyó otro motivo

más para mantenerse alejada de él. Era rico, estaba casado y vivía en una mansión. En comparación, ella tenía muy poco que ofrecerle.

Contempló a través de la ventana los árboles y el cielo azul. Costaba admitir sus propios miedos y errores, pero se había prometido a sí misma que, si alguna vez Brodie se lo preguntaba, sería franca.

—No quería que aparecieras de la nada y te llevaras a Zoey. —Giró la cara y lo miró a los ojos. Unos ojos que había visto en carteles y en televisión, los ojos de una celebridad que, había llegado a convencerse a sí misma, no eran reales—. Yo no tenía nada y tú lo tenías todo. Era joven y tenía miedo.

Él se quedó mirándola unos instantes, con el ceño fruncido. Era tan guapo que cuando fruncía el ceño no parecía que estuviese realmente enfadado, parecía más bien que estuviera interpretando el papel de persona enfadada.

Costaba creer que fuese el padre de su hija. Si no existiese entre ellos un asunto tan serio, se le trabaría la lengua en su presencia. Sin embargo, la existencia de Zoey era como un escudo frente a su estrellato.

Volvió a consultar el reloj.

—Tengo que irme —anunció. Se encaminó hacia la puerta, pero se detuvo y se giró—. Escucha, si quieres, puedes venir a cenar esta noche. Pero no quiero que entres en la vida de Zoey, la deslumbres y la engatuses diciéndole: «¡Qué hay, soy tu padre!», y después vuelvas a marcharte. No permitiré que eso suceda, Brodie.

—No era eso lo que pensaba hacer —respondió él, pero el movimiento delator de su nuez al tragar saliva antes de responder le hizo saber que eso era exactamente lo que haría y que él mismo también lo sabía.

—Si quieres conocerla mejor, me parece bien —prosiguió, obligándose a sonar directa cuando en realidad deseaba irse corriendo a casa, estrechar a Zoey entre sus brazos y cerrar con llave todas las puertas—. Pero todavía no vas a decirle quién eres. Primero decide qué es lo que vas a hacer. Esta no es una de tus conquistas, Brodie. Se trata de una niña pequeña que no tiene ni idea de que eres su padre.

Brodie asintió para indicar que la había oído, pero, en lugar de responder, desvió la mirada. Se apretó las sienes con los dedos.

—Todo esto va demasiado rápido para mí —dijo, arrugando el entrecejo, en un gesto casi suplicante. Maeve reparó en su bronceado reluciente, en las carísimas deportivas que calzaba, en las llamativas gafas de sol rojas que colgaban del cuello de su camisa—. No puedo pensar con claridad.

—Eso es lo que pasa con los niños, Brodie —declaró ella colocando la mano en el picaporte de la puerta—. Que no hay tiempo para pensar con claridad. Así son las cosas. O estás o no estás.

Capítulo ocho

Brodie se pasó por el rancho Silver Sky en el trayecto de vuelta del hospital, alterado, un poco perdido y en busca de distracción.

Al detener el coche en el camino de acceso, se tomó unos segundos para contemplar la inmensa casa familiar, con los rosales trepadores en espaldera rodeando la puerta, cuajados de flores rosas, y el amplio paisaje que se extendía más allá, con los pinos que señalaban hacia el monte Starlight, el verde de los pastos cubiertos de rocío y los tejados de los graneros bajo el sol, de un rojo intenso parecido al beicon. Le dio la impresión de estar viéndolo todo por primera vez, bajo una nueva luz, como si ahora existiera un antes y un después de Brodie Carter.

Se estremeció al pensarlo, se bajó del coche y se dirigió hacia el establo para ver si había alguien allí.

Tenía que ir paso a paso, no estresarse. Ese era su mantra vital. Ver adónde lo conducía el día.

«Tienes una hija».

Le temblaron las piernas y estuvo a punto de caerse, una sensación parecida a cuando su yate viraba a noventa grados entre las olas del Atlántico.

En el prado había un par de caballos, de cuyos nombres solo se sabía uno, que era Blue, el caballo de Noah, y solo porque le estaba terminantemente prohibido montarlo. Noah se mostraba muy protector con sus caballos.

Se aproximó a la cerca, dio un silbido y de inmediato una preciosa yegua dorada de crin blanca se le acercó.

—Hola, chica —le dijo, frotándole el hocico y dejando que ella le revolviera el pelo—. No tengo nada para ti, lo siento. —Inhaló el aroma cálido del animal, sintió la suavidad de su hocico—. Eres

preciosa. —Se preguntó si Zoey sabría montar a caballo. Frunció el ceño al pensarlo, no sabía de dónde había salido esa idea. No deseaba esa clase de pensamientos intrusivos.

—Benditos los ojos que te ven. —Noah estaba apoyado en el vano de la puerta del establo, observándolo con los brazos cruzados y una sonrisa de suficiencia mientras él hablaba con la yegua como un bobalicón—. No te suelo ver aventurarte tan lejos de la casa.

—Ja, ja. —Brodie se apartó de la cariñosa yegua y le lanzó a su hermano una mirada fulminante.

Noah se acercó con el vestigio de su sonrisa engreída aún esbozada en el rostro. Con su camisa de cuadros, una camiseta arrugada, vaqueros manchados de barro y botas, aquella era la versión de su gemelo que Brodie mejor conocía.

—¿Qué haces por aquí?

—Poca cosa. —Brodie intentó imaginarse la cara que pondría Noah si le contara lo de Maeve. Conociéndolo, seguramente se limitaría a asentir y dejar que su cerebro asimilara la información. Brodie se notaba el estómago retorcido como un muelle.

—¿Estás bien? —le preguntó Noah.

No compartían un sexto sentido de hermanos gemelos, pero sí eran capaces de entenderse bastante bien el uno al otro.

—Todo bien —repuso Brodie algo rígido. Estaba tan tenso que seguramente cualquiera lo habría notado. Noah, sin embargo, nunca lo presionaría, nunca hacía demasiadas preguntas—. ¿Y tú?

Noah contempló los pastizales.

—Tengo que ir a reunir parte del ganado. ¿Me echas una mano? —le sugirió, aunque ambos sabían bien cuál iba a ser la respuesta.

Brodie se preguntó si salir a montar un rato podría ayudarlo a relajarse, pero su conformidad plantearía demasiadas preguntas y levantaría sospechas.

—Ya me conoces, el lazo se me da fatal.

—La práctica suele ser de ayuda —dijo una voz a su espalda.

Brodie puso los ojos en blanco antes de darse la vuelta. Ahí estaba Emmett Carter, con la silla de montar al hombro, la cara medio tapada por el sombrero y la barba ya más blanca que negra.

—Hola, papá.

—¿Has venido a ayudar?

Brodie tragó saliva, porque nadie lo ponía tan nervioso como su padre. Salvo ahora, quizá, Maeve.

—Solo me había pasado un rato.

—Sería muchísimo más útil que hubieras venido a ayudar.

Silencio.

Mientras Brodie se devanaba los sesos en busca de una respuesta, Noah le lanzó una mirada compasiva. Emmett aguardó unos instantes, dejando que calara su mensaje, antes de añadir:

—¿Vas a quedarte mucho? Estaría bien que le dijeras a tu madre qué andas haciendo.

Responsabilidad, obligaciones. ¿Tendría que decirle a Zoey esa clase de cosas?

Tras ellos se oyó el golpetazo de la puerta mosquitera de la casa principal y allí, en el umbral, apareció su madre, Martha Carter.

—¡Brodie! Qué bien que sigas aquí. ¡Pensé que quizá te habrías marchado ya! —gritó mientras Emmett reanudaba su camino hacia el establo—. ¿Quieres quedarte a cenar?

Brodie contempló la ancha espalda de su padre y fue incapaz de imaginarse algo peor que pasarse toda una comida entera sentado frente a él. Hubiera o no tomado una decisión respecto a si aceptar la invitación de Maeve, respondió:

—No puedo, mamá, lo siento, tengo planes.

Conforme Martha se acercaba, Noah enarcó una ceja y preguntó:

—¿Te fue bien en la boda?

Brodie experimentó un instante de confusión, como si aquello de «irle bien» formase ya parte de otra vida.

—No en el sentido en que estás pensando.

—¿Qué significa eso? —preguntó Noah entre risas.

Pero Brodie descubrió que no podía contárselo. No podía o no quería.

—Nada —respondió con una carcajada superficial. Decirlo en voz alta haría que fuese real. En aquel momento, Maeve y Zoey eran como las figuritas de *Star Wars* de su infancia; dispuestas todas en su dormitorio, pero solo existían si decidía agarrarlas para ponerse a jugar. Si le contaba a su familia la verdad sobre Zoey, se imaginaba

el efecto dominó consiguiente. Se verían atraídas y consumidas por los Carter. Él perdería autonomía cuando pasaran a formar parte de sus vidas. Se sentiría atado al rancho y a Autumn Falls, le gustara o no. Carecería de escapatoria. Sufriría una regresión, volvería a ser el niño que su padre veía en él; el inútil sin nada que ofrecer salvo tener una voz para el canto superior a la media. La idea le produjo un escalofrío por todo el cuerpo que solo pudo interpretar como miedo—. Bueno, será mejor que me vaya.

—¿Tan pronto? —preguntó Martha—. Quería enseñarte cómo va la tienda. —Su última empresa era The Silver Pantry, un viejo granero que estaba reconvirtiendo en tienda de productos orgánicos y artículos de estilo de vida.

Pero Brodie ya se marchaba, de pronto se notaba la camiseta muy ceñida, la piel le ardía otra vez, y sus piernas lo alejaban de allí todo lo rápido que le permitía la educación.

—Sí, me encantaría verlo! Vendré mañana. —Dibujó una amplia sonrisa para contrarrestar el gesto de decepción de su madre. Pero esa sonrisa fácil se esfumó en cuanto le dio la espalda.

Capítulo nueve

La puerta se abrió de golpe.

—¡Brodie! —Era evidente que Zoey había estado esperando su llegada.

Brodie llevaba como mínimo los últimos diez minutos debatiéndose acerca de marcharse o no.

—Zoey, ¿verdad? —La señaló y fingió confusión.

Ella se carcajeó. Estaba monísima con una camiseta de Taylor Swift y unos pantalones cortos teñidos a mano.

Él sonrió. A continuación, le entregó una enorme caja de cuentas y dijo que había comprado en la juguetería del pueblo de camino hacia allá.

Había entrado en la tienda como si estuviera haciendo algo ilegal, abrumado por tantos animales de peluche, juegos de Lego y, francamente, cosas que jamás pensaba que tendría que volver a ver en su vida. La chica del mostrador había escogido la caja de cuentas por él.

—¡Guau! —exclamó Zoey, entusiasmada. Y, casi de inmediato, agregó—: Mamá se va a volver loca.

—¿Por qué? —Brodie no entendía cómo era posible que ya hubiese hecho algo mal sin siquiera poner un pie en la casa.

—Porque esto es como un regalo de Navidad. —Zoey parecía maravillada por la caja de colores.

Brodie se relajó. Le debía a la niña ocho regalos de Navidad; uno por cada año que Maeve se lo había ocultado. Se envalentonó con esa respuesta mientras Zoey se le adelantaba corriendo en dirección a la cocina y él recorría el pasillo tras ella sintiéndose validado en su decisión.

Pero, al llegar a la cocina, vio a Maeve escuchando, embelesada, mientras Zoey le mostraba la caja y, juntas, examinaban con atención cada pequeño compartimento, señalando las pinzas diminutas y las cuentas estampadas con las letras del abecedario. Cuando Maeve levantó la vista, no vio fastidio en su gesto; se limitó a darle un empujoncito a Zoey en el hombro y dijo:

—¿Le has dado las gracias?

—Sí —respondió Zoey de inmediato sin apartar los ojos de las cuentas de colores. Se lo pensó mejor y dijo—: No. —Miró entonces a Brodie—. Gracias, Brodie.

—De nada —le dijo él con un gesto de asentimiento. Le dieron ganas de responder: «Soy tu padre». En su lugar, miró a Maeve—. Esto es para ti. —Le tendió un ramo de flores, igualmente excesivo. Mientras que la caja de cuentas parecía divertida por el despilfarro que constituía, el ramo resultaba de inmediato demasiado caro, ostentoso incluso, entre el desorden cotidiano que reinaba en su hogar.

Durante su brevísimo matrimonio, pagaban a un tipo para que cambiara las flores de su casa casi a diario.

Brodie intentaba no pensar en aquella época. Se hallaba en el apogeo de su carrera en solitario, pero se sentía más solo que nunca. Celeste M. gozaba de unos niveles de popularidad similares a los suyos y tenía una belleza de modelo. Quedaban bien en las fotos, todos decían que eran la pareja perfecta. Sus representantes deliraban con la idea del matrimonio. Viéndolo con perspectiva, estaban jugando a ser adultos, con su casa enorme y sus perros pequeños.

Aparte de haberse criado en el rancho, su matrimonio era la única otra referencia de vida familiar que había tenido. Cinco minutos en casa de Maeve y Zoey bastaron para decirle que su matrimonio había sido tan malo como sugería el *National Enquirer*.

Cuando Maeve le dio las gracias por las flores, él retrocedió un paso de forma instintiva, metiéndose las manos en los bolsillos, con la excusa de echar un vistazo a su alrededor. No quería decirle a Zoey que era su padre. Sería muy mala idea. Se asomó al salón, se fijó en el suelo de madera y en la gruesa alfombra, en la mesita baja

cubierta de papeles y rotuladores, en el iPad abierto sobre su soporte y en el libro que descansaba sobre el desgastado sofá.

—Esta era la casa de mi abuela —dijo Maeve tras él—. No he tenido tiempo para reformarla mucho, así que no me juzgues por el mobiliario. —Lo dijo a modo de broma, pero Brodie se preguntó si por dentro estaría pensando: «Me va a aniquilar en el juzgado».

—Está muy bien —comentó, dándose la vuelta, las manos aún en los bolsillos. En la pared a su espalda había unas astas de alce y una acuarela con el monte Starlight al caer el sol—. Qué acogedor.

—Es una forma educada de decirlo —contestó ella con una mueca. Brodie se rio sin poder evitarlo.

Maeve sonrió y se recogió el largo cabello detrás de la oreja en un gesto casi cohibido.

Resultaba extraño interactuar con ella. Por un lado, era evidente que existía cierta atracción, dado que se habían acostado juntos, aunque ella no fuese en absoluto su tipo. Por otro lado, era una completa desconocida y, a efectos prácticos, el enemigo, dado que le había ocultado la existencia de su hija durante ocho años. Pero «enemigo» no se le antojaba una palabra adecuada. Porque, al oír el ruido de un millón de cuentas diminutas cayendo al suelo, volverse y ver que Zoey los miraba con cara de culpa sosteniendo el paquete cuyo envoltorio había rasgado con demasiado entusiasmo, se sintió aliviado —aunque le avergonzara reconocerlo— de que Maeve no se lo hubiera contado antes.

Maeve fue a por el cepillo y el recogedor y Brodie acercó una silla a Zoey.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

—Pulseras con nombres —le respondió la niña—, como Taylor Swift. —Se señaló la camiseta, estampada con la cara de Taylor.

Brodie asintió para darle la razón.

—Taylor es la mejor —comentó. A continuación, se sacó el teléfono del bolsillo y agregó—: Hace tiempo fui a uno de sus conciertos y grabé un vídeo...

—¿Fuiste? —lo interrumpió Zoey con un grito ahogado—. ¿En serio?

—Sí. —Brodie se rio, pasando las fotos en su teléfono para encontrarla—. La próxima vez que vaya de gira, te llevo..., si quieres. Zoey lo miró como si todo su mundo se hubiera detenido.

—Mamá, ¿has oído eso? —Miró hacia la cabeza de su madre mientras esta barría las cuentas desperdigadas.

—Sería increíble, cielo, ¿a que sí? —Maeve levantó la cabeza y sonrió a su hija, compartiendo su entusiasmo.

Brodie no pudo evitar sentir cierta arrogancia ante la reacción de Zoey y pensar que aquel podría ser un buen momento para terminar de impresionarla y decirle que, cuando él estaba en Silver Sky, también llenaba estadios con chicas que vestían camisetas con su cara estampada. Se arrellanó en su silla y dijo:

—Sí, ¿y sabes qué, Zoey? Yo cuando era joven...

—Iba un año por delante de mí en clase —lo interrumpió Maeve antes de que pudiera terminar. Se levantó con el cepillo y el recogedor—. Brodie iba un año por delante de mí en clase —repitió, con más determinación, mirándolo a los ojos en señal de advertencia.

Brodie frunció el ceño.

—Sí, ya lo sé, eso ya me lo has dicho —contestó Zoey, y miró a su madre como si estuviera perdiendo la cabeza.

Maeve dejó el recogedor lleno de cuentas en el suelo, junto a la puerta de atrás, para terminar de limpiarlo más tarde, y dijo:

—¿De verdad? Qué tonta. —A continuación, articuló algo con la boca dirigido a Brodie, sin emitir sonido, que al principio a él le resultó incomprensible, hasta que la vio poner manos de *jazz* y negar firmemente con la cabeza, y entonces supo qué quería decir: «No la engatuses».

Molesto por no poder deslumbrar a Zoey con su pasado, Brodie se preguntó por un momento qué otras cosas podía ofrecerle, y finalmente se volvió hacia la tarea que tenía ante él y dijo:

—¿Y qué nombre vas a poner? —Señaló con la cabeza la pulsera de Zoey.

—¡Zoey! —exclamó la niña con gesto exasperado, como si su madre y él estuvieran desconcertándola por igual.

Cenaron *pizza* y ensalada. Y agua en vasos que tenían nubes diminutas impresas.

Por alguna estúpida razón, cuando Maeve lo invitó a cenar, Brodie se imaginó una comida de tres platos en la que empezarían con una copa de vino blanco muy frío y terminarían sacando el *bourbon* bueno para ponerse a hablar de la logística.

Le pitó el teléfono cuando se disponía a alcanzar otra porción de *pizza* de *pepperoni* y se detuvo, lo sacó del bolsillo y leyó el mensaje. Eran sus amigos de San Diego, que le preguntaban a qué hora llegaría.

—Mamá dice que nada de teléfonos en la mesa —lo reprendió Zoey.

Brodie levantó la mirada de la pantalla y vio que Maeve miraba a cualquier parte menos a él.

—Perdón —dijo—. No se me ha ocurrido. Sí, es muy maleducado.

Zoey asintió para darle la razón.

Por un instante, Brodie pensó en San Diego con añoranza. Se imaginó tendido en la cubierta del yate, abriendo una cerveza y echando la caña de pescar mientras consultaba el teléfono a su antojo.

Más tarde, mientras tomaban helado de vainilla con virutas, después de que Zoey les contara cómo le había ido el día en el colegio y recitara las letras de varias canciones de Taylor Swift, Brodie le preguntó:

—¿Qué te gustaría ser cuando seas mayor?

—Veterinaria, *youtuber*, actriz —respondió la niña del tirón, levantando la mano para ir enumerando las profesiones—. Y también me gustaría dirigir un santuario de animales.

Brodie sonrió impresionado.

—Vaya, son profesiones muy complementarias.

Desde el otro lado de la mesa, oyó a Maeve resoplar o quizá reírse mientras se comía el helado. Se sorprendió a sí mismo confiando en que estuviera riéndose. Había advertido que, siempre que Zoey y él hablaban, Maeve alcanzaba su vaso de agua o se llevaba la servilleta a los labios para ocultar el rostro como si necesitara unos segundos para tranquilizarse.

—¿Tú crees? —preguntó Zoey con gesto de confusión.

—¿Por qué no? —dijo él, volviéndose para mirarla directamente—. Te formas como veterinaria, montas un pequeño santuario en el jardín de atrás, te grabas salvando a un hámster con la patita rota, lo subes a YouTube y después vas subiendo otros vídeos en los que se lo vea cojeando con unas muletas chiquititas. —Hizo una imitación. Zoey emitió un resoplido por la nariz al reírse, cosa que la hizo reír más aún. Y eso hizo reír también a Brodie—. En nada de tiempo tendrás un millón de seguidores —agregó sin dejar de sonreír.

—¿Lo ves, mamá? —dijo Zoey volviéndose hacia Maeve—. Sí que podré ser *youtuber* cuando sea mayor.

Maeve sonrió, aunque su sonrisa fue menos abierta que la de su hija.

—Eso parece, ¿verdad? —dijo.

Brodie se dio cuenta de que aquella elección laboral debía de ser una discusión habitual y, por un momento, pensó que había metido la pata. Pero ¿cómo iba a saberlo?

—¿Puede venir Brodie a cenar todos los días? —preguntó Zoey, arrellanándose en su silla muy satisfecha de sí misma.

A Brodie se le formó un nudo en la garganta. Aquello era divertido y todo eso, pero la idea de sentarse todas las noches a la mesa a comer *pizza* y helado y a hablar de Taylor Swift hizo que empezaran a sudarle las palmas de las manos.

Por suerte, antes de poder responder, a Maeve le saltó el busca. Brodie estuvo a punto de bromear diciendo: «Nada de teléfonos en la mesa», hasta que la vio responder y decir:

—¡Ay, no!

—Eso significa que mamá tiene que trabajar —explicó Zoey como si tal cosa.

Capítulo diez

Maeve nunca había sentido tanto alivio al recibir una llamada de emergencia. Se levantó de la mesa.

—Lo siento, Brodie, me temo que tendremos que volver a hacer esto en otra ocasión. Zoey, llamaré a Carole, ¿vale?

—Jo, odio a Carole —se quejó Zoey.

—No odias a Carole.

—Me obliga a lavarme la cara con una manopla de baño.

Brodie se rio con disimulo.

Maeve lo fulminó con la mirada. Ya le fastidiaba que anduviera encandilando a Zoey con las entradas para Taylor Swift —no quería ni imaginarse la reacción cuando su hija se enterase de lo de Silver Sky—, y ahora allí estaba, tan relajado y sonriente, compartiendo una broma con Zoey, con el brazo apoyado en el respaldo de la silla como si estuviera en su casa. Había intentado convencerse a sí misma de que podría gestionar aquello, de que podría ser lo bastante madura para permitirle entrar en sus vidas, pero deseaba que se fuera. De su casa. De su espacio. Era demasiado guapo, demasiado gracioso, demasiado tranquilo. Se movía en un estrato social muy distinto al de ella, uno en el que había dinero, poder y belleza cincelada. ¿Qué quería? ¿Qué planeaba hacer? Deseaba que volviese a su mansión en primera línea de playa en Malibú, de la que había visto fotos en el *Architectural Digest*, y sabía que tenía cuadros originales de Keith Haring en las paredes y una elegante bodega con control de temperatura.

—Puedo quedarme con ella —propuso, sonriendo con la mirada como si no hubiera cosa más sencilla o más evidente.

—No —repuso Maeve con demasiada rapidez.

—¡Sí! —exclamó Zoey al mismo tiempo. Entonces miró a su madre arrugando la nariz y preguntó—: ¿Por qué no? —Se volvió a continuación hacia Brodie—. Podríamos ver *Harry Potter*.

—Solo si es una de las cuatro primeras —respondió él sin perder un segundo—. Todavía no he terminado de leer el quinto libro.

Zoey soltó una risita.

Maeve se dio cuenta de que estaba perdida.

Su hija se bajó de la silla y corrió a encender la tele. De camino, se detuvo y dijo:

—Puede hacerlo, ¿verdad, mamá? Ser mi canguro, digo. Porfa. —Juntó las manos en un gesto de súplica.

Brodie observaba la escena, sentado en su silla con su deslumbrante sonrisa. Relajado e inocente, y Maeve supo que la pelota estaba ahora en su tejado.

Quería volver a negarse. Todas las células de su cuerpo le decían que no. Pero debía mostrarse racional. Brodie era un Carter. Eran buena gente. Era el padre de Zoey, le gustara o no. Era, en el fondo —quizá—, el mismo chico del instituto a quien todos adoraban, el que encandilaba a los profesores y a las mujeres del comedor, la estrella del equipo de fútbol pero también el protagonista de la obra escolar, el que cantaba para los ancianos en la comida de Acción de Gracias benéfica. Era Brodie Carter, no el Lobo Feroz.

Aun así, deseaba que se fuera.

Pensó en la cantidad de veces que se había imaginado que sucedía algo así, y todas esas veces se veía relajada, segura de sí misma como madre de Zoey y abierta a que aquel hombre formara parte de la vida de su hija. No había tenido en cuenta, sin embargo, sus propias emociones involuntarias. La inseguridad al verlo llegar armado con regalos extravagantes y perfectamente escogidos, el terror al percatarse de la cantidad de dinero —y de poder— que tenía al alcance de la mano. Pero, sobre todo, la envidia, los profundos celos que crecían dentro de ella cuando lo veía hacer reír a Zoey sin apenas esfuerzo. Se imaginaba el futuro y veía la relación que construirían, acudiendo a conciertos de Taylor Swift en su descapotable deportivo y subiéndolo todo a YouTube. Brodie sería el padre divertido.

Maeve no quería estar celosa.

Necesitaba espacio para pensar. El mundo que tenía tan firmemente controlado se iba desbaratando delante de sus narices.

—Voy a cambiarme de ropa y lo pienso.

Una vez en su dormitorio, llamó a Bella.

—¿Confiarías en Brodie Carter para que cuidara de tu hijo?

—Sí, por supuesto —respondió Bella sin vacilar. A continuación, se quedó callada—. ¿Por qué? ¿Brodie va a cuidar de Zoey?

—Más o menos —dijo Maeve, crispando el gesto, pues no se sentía preparada para responder preguntas—. ¿Podrías no mencionarle esta conversación a Logan, por favor?

—Vale... ¿Te encuentras bien, Maeve?

—Sí —contestó con un suspiro—. Estoy bien. Tengo que colgar.

Regresó a la planta de abajo, cambiada de ropa y lista para irse a trabajar.

—Vale, puedes quedarte con ella.

Zoey soltó un grito de alegría.

—Pero hay condiciones.

—Desde luego —contestó Brodie con una media sonrisa, como si no esperase otra cosa, aunque Maeve se preguntó si alguien le habría dicho que no alguna vez en su vida.

Tras ella, pilló a Zoey haciendo un baile de la victoria y la ahuyentó hacia el salón antes de regresar para sacar la silla situada frente a Brodie.

—No saldréis de casa —le dijo—. Ninguno de los dos, ni juntos ni por separado.

—No, señora —respondió Brodie negando con la cabeza.

—No hagas eso —le dijo ladeando la cabeza.

—¿El qué?

Maeve no respondió porque sabía que él sabía a qué se refería, a juzgar por su sonrisa de suficiencia.

—Lo siento —dijo Brodie levantando las manos—. No llevo bien que me echen la bronca. Pregúntales a mis hermanos.

—No te estoy echando la bronca, Brodie. No soy tu profesora. —Echó la cabeza hacia atrás.

—No, desde luego que no. —Volvió a sonreírle con suficiencia, aparentemente incapaz de contenerse.

—Voy a llamar a Carole —anunció ella empujando su silla para levantarse.

—No. —Brodie volvió a levantar las manos—. No, por favor. Lo siento. —Recompuso el gesto—. Me pondré serio. —Sacudió la cabeza como si estuviera intentando deshacerse de su inmadurez—. Vale —agregó con gravedad—. Estoy listo. —Echó los hombros atrás—. ¿Puedo llevarla al cine?

—Brodie, acabo de decirte que no salgáis de casa.

—¿Has dicho eso?

Maeve se llevó las manos a la cabeza. Le pitó el teléfono y el busca volvió a sonarle.

—Tengo que irme, en serio. Por favor, Brodie, no vayáis a ninguna parte, no hagáis nada. Pero... —suspiró—. Mañana es día de escuela. Zoey tiene que estar en la cama a las ocho. Para ti eso es aburrido, lo sé. Veis la tele, se va a la cama y tú te quedas en el sofá el resto de la noche. Sube si se asusta. No es nada glamuroso ni emocionante, es... —se sintió extrañamente culpable por las palabras que pronunció a continuación— la vida de padre.

Brodie abrió un poco la boca como si fuese a protestar, pero pareció pensárselo mejor y alzó levemente la barbilla para indicar que lo entendía.

—Me queda claro —dijo.

Ella entornó los ojos, tratando de ver más allá de su encanto, de su belleza y de esa sonrisa sutil que sin duda le abriría las puertas allí donde fuera.

—¿De verdad?

—Sí, señora —contestó con un gesto de asentimiento.

Maeve suspiró.

—Perdón —le dijo él conteniendo una sonrisa.

Maeve lo ignoró. No le quedaba otro remedio que confiar en él. Era el padre. Y, aunque la idea no le gustara, aquella ya no era únicamente su responsabilidad.

—Cuida de ella.

Antes de que Brodie pudiera responder, Zoey apareció en el umbral.

—¿Vamos a ir al cine? —preguntó mirando a Brodie con una sonrisa emocionada, como si hubiera escuchado parte de la conversación pero se hubiese sentido culpable de seguir poniendo la oreja para oírla hasta el final.

—Qué va, lo siento, pequeña —contestó Brodie sacudiendo la cabeza—. Tenemos que quedarnos en casa.

—¿Por qué? —se lamentó Zoey—. Solo porque lo dice mamá... —De pronto, fijó la mirada en Maeve como si fuese la peor persona del mundo.

Maeve se estremeció.

Pero entonces Brodie agregó:

—Qué va, no es eso. Es que mañana tienes clase. Nadie sale por ahí la noche antes de ir al cole. Ni siquiera yo. —Puso una cara que daba a entender que la sola idea era una auténtica locura—. Un día entre semana —continuó, dirigiendo sus pasos hacia el salón—, lo que uno quiere es quedarse en casita cómodamente en el sofá viendo *Harry Potter*, pero la tercera tampoco quiero, porque esa es terrorífica.

Zoey lo siguió y Maeve alcanzó a sentir la desconfianza de su hija, como si supiera que la estaban engañando, pero siempre que el plan incluyese a Brodie, les seguiría la corriente.

—¿Podemos comer palomitas?

Brodie miró a Maeve, que en circunstancias normales habría dicho que no porque ya habían tomado helado, pero no quería alimentar su fama de madre cruel, así que respondió:

—Sí, están en el armario de encima del tostador.

—*Harry Potter* y palomitas —dijo Brodie inclinando la cabeza—. Me parece la noche perfecta.

Volvió a oírse la alegre risilla de Zoey.

—Vale, tengo que irme —anunció Maeve, le dio un beso a Zoey y le lanzó a Brodie una última mirada de advertencia—. Divertíos. —Y se marchó antes de poder cambiar de opinión. Pero, una vez fuera, miró hacia atrás, contempló el acogedor salón con luz tenue, la

película detenida en la tele, y supo que aquel era el comienzo. Para bien o para mal.

Miró hacia el cielo, lanzando una plegaria silenciosa: «Por favor, que no le rompa el corazón».

Entonces vio que Brodie la había pillado mirándolos, con los ojos arrugados y una amplia sonrisa al ver que se sabía descubierta. Se despidió de ella con un gesto informal de la mano. A Maeve se le formó un nudo en el estómago sabiendo lo fácil que le resultaba todo a él, con esa belleza de anuncio, despatarrado en el sofá, pinchando a Zoey en las costillas para que su hija se despidiera también con la mano. Brodie Carter estaba en su salón. Ella le devolvió el gesto y se apresuró a darse la vuelta, negándose a considerar los efectos que su presencia allí podría provocar en su propio corazón.

Capítulo once

Los pájaros cantaban cuando Maeve volvió a casa. Los pinzones y los gorriones se aferraban al comedero que había colgado su abuela en el álamo temblón. Cuando Zoey era muy pequeña, se sentaba allí con ella y le señalaba todos los pajaritos que acudían a alimentarse. Maeve lo mantenía repleto de comida en recuerdo de su abuela y Zoey se sabía de memoria todas las especies de aves que buscaban allí su sustento. Ahora, sin embargo, los pájaros solo servían para recordarle que ya era de día y ella no había dormido nada.

La casa estaba en silencio cuando entró. Nada más enterarse de que no volvería hasta por la mañana, se lo había comunicado a Brodie y le había dado el número de Carole, pero él había respondido al mensaje con el emoji del pulgar hacia arriba, diciendo que no importaba, que podía quedarse.

A Maeve se le hacía rara la idea de que estuviera en su casa. Su veloz cochecito aparcado fuera. Sus zapatos en el pasillo.

Se asomó al salón y vio a Zoey dormida en un sofá bajo su colcha y a Brodie durmiendo en el otro, acurrucado bajo la colcha de su abuela, que por lo general estaba colgada del respaldo. Se detuvo en el umbral y los observó dormir. Brodie boca arriba, sus piernas demasiado largas para el sofá, por lo que le asomaban los pies por el extremo. Zoey acurrucada como un ratoncito, todos sus animales de peluches colocados en torno a ella. Maeve se imaginó la escena, la ausencia total de negociación que habría sido necesaria para que Brodie le permitiera acampar abajo. Seguro que Zoey se había mostrado encantada.

Brodie abrió un ojo, como si hubiera sentido su presencia en la habitación. Después, el otro ojo. A continuación, se estiró y preguntó:

—¿Qué hora es?

—Las siete —respondió Maeve, y la invadió una extraña sensación de intimidad por el hecho de que estuviera despertándose y estirándose delante de ella, con el pelo revuelto. Se incorporó y se frotó la cara.

La noche que habían pasado juntos ocho años atrás, él ya estaba levantado y vestido cuando ella se despertó. Cualquier vestigio del chaval de Autumn Falls se había esfumado y, en su lugar, había reaparecido la persona famosa. «Tengo que irme a trabajar», le había dicho, como si se fuese a la oficina. Con un beso rápido en la frente, se había marchado diciendo: «Disfruta del servicio de habitaciones». Ella había recogido sus pertenencias y había salido huyendo, pues no se imaginaba nada más humillante que quedarse allí comiendo huevos Benedict a modo de premio de consolación.

—Siento haber tardado tanto —le dijo ahora.

—No te preocupes —respondió él negando con la cabeza. Bostezó de nuevo—. He dormido bastante bien, la verdad.

Maeve nunca dormía bien en casas ajenas. Saltaba a la vista que Brodie era una de esas personas capaz de dormir en cualquier parte, o quizá, pensó amargamente, tendría mucha práctica.

—¡Mamá! —Zoey se despertó—. ¡Brodie me ha dejado dormir en el sofá! —Su voz sonaba alegre.

—Ya lo veo. —Maeve enarcó una ceja en gesto de fingida reprimenda hacia su hija, pues ambas sabían que no era algo que le estuviera permitido hacer.

—¡Si me dijiste que lo haces siempre! —exclamó Brodie con el ceño fruncido.

Zoey reprimió una sonrisa culpable.

—Has tenido mucha suerte —dijo Maeve—. Ahora ve a prepararte para ir al cole y yo te haré el desayuno.

Tras mucha persuasión, Zoey acabó recogiendo todos sus peluches y se fue arriba a cambiarse.

Brodie siguió a Maeve hasta la cocina. Había dormido con los vaqueros y una camiseta. La observó meter el pan en el tostador y preguntó:

—¿Has dormido algo?

—No —repuso ella mientras echaba unas cucharadas de café en la cafetera.

—¿No estás agotada? —le preguntó Brodie sacando una silla.

—Sí. —Se volvió para mirarlo—. ¿Tostadas o cereales?

—No suelo desayunar —dijo él meneando la cabeza—. Solo un café. ¿Quieres que lo prepare yo?

Maeve ni siquiera se detuvo, de tan desacostumbrada como estaba a tener a otro adulto en casa que le prestara ayuda.

—No, gracias, yo me apañó.

—¿Esto siempre es así? —preguntó Brodie sentándose a la mesa.

Maeve no sabía cómo responder. No era capaz de distinguir si la estaba juzgando. No quería que pensara que no podía gestionarlo sola.

—No siempre. No pasa nada —respondió, encendiendo la cafetera—. Estoy acostumbrada. —Pero el tono le salió más defensivo de lo que pretendía.

Sentía su mirada clavada en la espalda mientras sacaba del armario la crema de cacahuete y la untaba sobre el pan tostado.

—Quiero decírselo.

Maeve dejó de untar crema y se volvió hacia él con el cuchillo todavía en la mano.

—Quiero que esperes. Deja que te conozca mejor.

Brodie tamborileó con los dedos sobre la mesa. Una vez más, ella se preguntó con qué frecuencia oiría la palabra «no».

—¿Por qué?

—Brodie, eres nuevo en su vida. Es excesivo llegar y decirle que eres su padre. Anoche estuviste a punto de contarle que, en otra época, fuiste tan famoso como Taylor Swift...

Percibió su ofensa ante la expresión «en otra época».

—O sea, seguro que sigues siendo tan famoso...

—No, claro que no. —Brodie le restó importancia a su intento de enmendar sus palabras.

A Maeve no se le había ocurrido pensar que tal vez siguiera anhelando ese nivel de fama. A veces, en mitad de la noche, se metía en su Instagram, lo veía con una modelo medio desnuda en una playa de Malibú con su tabla de surf bajo el brazo o haciéndose

un selfi en el mejor campo de golf del mundo, y daba por hecho que disfrutaba de haberse retirado.

—En fin —zanjó, devolviendo su atención al pan tostado—. Es demasiado. Es muy pequeña. Hemos de tomarnos nuestro tiempo.

Brodie lo reflexionó durante dos segundos antes de aceptar, en apariencia, su razonamiento y decir:

—Podría recogerla del colegio. —Se puso en pie para servir el café cuando estuvo preparado—. Llevarla a tomar un *smoothie* a la cafetería o algo así. ¿Lo tomas con leche?

Maeve se fijó en las tazas que había elegido. No eran sus habituales tazas de café. Por instinto, estuvo a punto de decirle que le gustaban las de rayas para tomar el café por las mañanas, pero se detuvo a tiempo. Se había acostumbrado mucho a vivir sola.

—Sin leche, gracias.

Brodie se giró hasta quedar apoyado contra la encimera, con una mano en torno a su taza de café. Por alguna razón, le parecía evidente que no era la clase de persona que utilizaría el asa.

—Si sales con ella a la calle —contestó Maeve tras respirar profundamente—, alguien os sacará una foto y entonces perderé, perderemos, el control de la narrativa. —Vio que Brodie estaba a punto de protestar diciendo que se mostraba en exceso cautelosa, pero siguió hablando antes de que pudiera hacerlo—. ¿Por qué si no iban a fotografiarte con una niña de ocho años?

—Podría ser mi sobrina —sugirió él encogiéndose de hombros.

—Pero no lo es —contestó Maeve.

Brodie suspiró, claramente molesto. Desvió la mirada hacia la ventana y entornó los ojos para protegerlos de los rayos del sol. Tenía el pelo de punta y una barba incipiente le cubría la cara. Su atractivo era una presencia imponente en la habitación, parecía consumir parte del aire, hacía que resultase difícil respirar. Le daban ganas de limitarse a decir: «Vale, haz lo que quieras».

Entonces Maeve vio más allá de su perfil y se fijó en lo que Brodie estaba mirando: un gorrión en el comedero de aves y un jilguero dándose un baño en el cuenco del agua. Pensó en lo mucho que había tenido que luchar para llegar donde estaba y echó los hombros hacia atrás, resuelta.

—Bueno, ¿cómo lo voy a... lo vamos a hacer? —preguntó él, volviéndose cuando el silencio se prolongó demasiado sin que se hubiera salido con la suya.

—No lo sé —admitió ella, rezando para que se lo tragara la tierra y así desapareciera—. Tracemos un plan. —Se acercó al pasillo para gritar—: ¡Zoey, el desayuno está listo!

Cuando regresó, Brodie se había cambiado de sitio hasta quedar de pie en el vano de la puerta de la cocina, y estuvieron a punto de chocarse. Parecía haber recuperado su actitud normal, sin una pizca de resquemor, como si nada pudiera disgustarlo durante demasiado tiempo.

—¿Trabajas este fin de semana?

—¿Por qué? —Maeve se apretujó contra él para cruzar el umbral con desconfianza. ¿Cómo era posible que alguien oliese así de bien tras pasar la noche en el sofá?

La siguió hasta el interior de la cocina, donde ella se entretuvo poniendo las tostadas sobre la mesa y sirviéndole el zumo a Zoey.

—Podríamos ir a la cabaña —sugirió con los ojos iluminados, como si jamás hubiera existido una idea mejor—. Es de mi tío. Está en mitad de la nada. No hay nadie en kilómetros a la redonda. Solíamos ir allí a escribir canciones. Llamaré para ver si está vacía, pero él apenas la usa. ¿Te parece bien? —Ya se había sacado el teléfono del bolsillo.

Maeve se echó mantequilla en la tostada, se moría de hambre, apenas había comido nada desde la *pizza* de la noche anterior.

—Brodie, no pienso alojarme contigo en una cabaña en mitad de la nada.

Aquello pareció darle que pensar y levantó la mirada del teléfono con una sonrisa.

—¿Por qué no?

—No te conozco —contestó ella, exasperada, inclinando la cabeza.

—Venga, no fastidies. —Resopló como si fuera el razonamiento más estúpido que había oído en su vida—. Si crecimos juntos.

—Apenas me habías dirigido la palabra antes de que nos... —se detuvo antes de agregar, quizá con demasiada formalidad—: antes de aquella noche.

—Tenemos una hija en común, Maeve —le dijo él enarcando una ceja con una sonrisa cómplice—. Creo que nos conocemos bastante bien el uno al otro.

Maeve estaba a punto de protestar y mandarlo callar al mismo tiempo, pero se zanjó el tema al oír a Zoey bajando las escaleras antes de colgarse de la barandilla y correr hacia la cocina.

—¿No te parece que el uniforme de mi cole es feísimo? —le preguntó a Brodie, tirándose del cuello del polo color granate.

—Horrendo —convino él—. Pero todos nos lo tuvimos que poner.

—¿Tú te pusiste esto? —Zoey se miró el polo con el escudo del colegio de primaria de Autumn Falls.

—Desde luego —contestó él con gesto afirmativo.

Zoey se sentó en su silla y agarró su tostada, y de pronto pareció vestir el uniforme con un poco más de orgullo.

—A Brodie le encanta Harry Potter, mamá. Es un Gryffindor, como yo.

Maeve se había sentado y estaba untando mermelada en su segunda tostada. Levantó la vista y miró a Brodie.

—No eres un Gryffindor —le dijo incrédula.

Brodie abrió la boca en señal de perplejidad.

—¡Sí que lo soy! —exclamó a la defensiva, sacando la silla más cercana a él—. ¿Y tú qué eres?

—Mamá es una Ravenclaw —contestó Zoey mientras masticaba—. Hizo el cuestionario dos veces y aun así le salió Ravenclaw.

—¿Quién quiere ser Ravenclaw? —dijo Brodie con una risita de camaradería.

Zoey le devolvió el gesto.

—Para ser alguien que todavía no ha terminado de leerse el quinto libro —se defendió Maeve dejando su tostada—, no me parece que estés en condiciones de burlarte de mí.

Brodie frunció el ceño, fingiendo haberse ofendido.

—¿Te estás riendo de mí por leer despacio?

—¿Mamá? —Zoey enarcó las cejas.

—No —contestó Maeve con un suspiro—. Sí. Supongo que sí.

—Qué cruel —dijo Brodie meneando la cabeza.

—Sí, mamá. —Zoey cruzó los brazos sobre el pecho.

Brodie se inclinó hacia Zoey y, sin apartar la mirada de Maeve, susurró:

—Típico de los Ravenclaw.

Zoey asintió, abriendo mucho los ojos con gesto de complicidad.

Maeve meneó la cabeza, negándose a sucumbir a la sonrisa que amenazaban con esbozar sus labios, ni a la sensación de que aquello parecía una familia.

—Mis disculpas —contestó.

—Espero que sean sinceras —dijo Brodie, sonriendo él sin ninguna reserva. Maeve recordó entonces que el poder de su atención era tan cegador como el sol.

Hubo de apartar la mirada, apuró el café y se puso en pie antes de decir:

—Zoey, tenemos que irnos.

Su hija asintió, sujetando su trozo de tostada entre los dientes mientras se ponía la mochila antes de volver a sacarse la tostada.

—¿Vas a venir esta noche también, Brodie? —preguntó.

Maeve le había dicho que eran viejos amigos que se estaban poniendo al día, que hacía años que él no pasaba por el pueblo, cosa que Zoey debió de interpretar como que estaría allí cada segundo del día.

—Por desgracia, esta noche no —contestó Brodie mientras volvía a colocar su silla bajo la mesa y se acercaba a meter su taza en el lavavajillas. A continuación, las siguió hasta el recibidor—. Pero puede que el fin de semana sí —dijo, mirando a Maeve intencionadamente por encima de la cabeza de Zoey al tiempo que esta se ponía los zapatos del colegio.

—¿Por qué? —preguntó la voz amortiguada de Zoey—. ¿Qué pasa el fin de semana?

Maeve no podía creerse que lo hubiera mencionado delante de la niña y, fulminándolo con una mirada de perplejidad, se encogió de hombros como si ya no tuviera elección.

Brodie escogió ignorar por completo el trasfondo y sonrió por encima de la cabeza de Zoey.

—Excelente —declaró—. Entonces, te enviaré la dirección de la cabaña.

—¿Una cabaña?! —dijo Zoey con un grito ahogado.

Cuando Maeve frunció los labios, él le guiñó un ojo, como si con una pizca de su encanto juvenil fuese a compensar el haberse salido con la suya.

Ella sacudió la cabeza para hacerle saber que no había funcionado, al tiempo que intentaba ignorar la explosión de estrellitas que tuvo lugar en su estómago.

Capítulo doce

La cabaña se levantaba junto a la orilla del río Redemption, en las estribaciones más profundas del monte Starlight. Se trataba de una pequeña estructura de madera construida por Joel, tío de Brodie, marido de la hermana de su madre. Era su retiro de pesca. Cuando Brodie llamó para preguntar si podía usarla ese fin de semana, el tío Joel se mostró encantado de que hubiera alguien que fuera a echar un vistazo a la cabaña. Desde su operación de cadera, no había pasado por allí en todo el año.

—Estaréis tú y un generoso número de bichejos, supongo.

—No hay problema. —Brodie no soportaba las arañas—. Gracias, tío Joel.

—No hay de qué, Brodie. Sabes que puedes usarla cuando quieras.

En muchas ocasiones, Brodie había deseado que el tío Joel fuera su padre. El tío hacía cosas como sacar su guitarra en una reunión familiar y, sin disculparse ante el escarnio de Emmett, convenía con la madre de Brodie en que aquel sería un buen momento para cantar una canción. Brodie los observaba a él y a su tía Eleanor cantando juntos sin ninguna vergüenza y le maravillaba, incluso le daba envidia, que dos personas estuvieran tan en sintonía, mientras su padre ponía los ojos en blanco y se marchaba fuera. La idea del simple júbilo resultaba algo ajeno a Emmett. Le sorprendía la idea de que su padre pudiera reírse. El tío Joel se reía a todas horas. Golpeaba el suelo con el pie mientras rasgueaba su guitarra y cerraba los ojos cuando sentía el ritmo de la música. Brodie recordaba una vez en la que rondaría los trece años y su madre dijo: «Brodie, cántale al tío Joel esa canción que escribiste la semana pasada». Su padre se encontraba también allí. Brodie se había

estremecido, sintió la vergüenza que le producía preferir estar en su habitación escribiendo canciones a salir a cabalgar por el rancho. Y otra vergüenza más profunda: que su madre nunca dijera: «Brodie, cántasela a tu padre». Pero le cantó a su tío la canción que había escrito y, pese a que su padre no levantó la mirada de su catálogo, después su tío resopló y dijo: «Menuda voz tienes, chaval. Se me ha puesto de punta el vello de la nuca». A continuación, se rio como si le resultase increíble. «Menuda voz».

A veces, Brodie se preguntaba si la ambición de toda su vida giraba en torno a aquellas palabras: que alguien por fin hubiera encontrado el valor a algo de lo que hacía.

Su Aston Martin no estaba hecho para el camino de tierra que conducía a la cabaña. Iba dando tumbos por todos los surcos y oía el rechinar del metal, pero mereció la pena al llegar y ver las vistas. El sol de la mañana se reflejaba en la superficie vidriosa del agua, y los destellos de los pinos resultaban tan deslumbrantes, tan perfectos que costaba distinguir si eran reales. Sobre su cabeza, el cielo presentaba el color azul cobalto del dibujo de un niño.

En dos ocasiones, había agarrado el teléfono para llamar y cancelar el fin de semana, y ambas veces se había dicho a sí mismo que no lo hiciera. Aún quedaba tiempo de marcharse y fingir que jamás había sabido de la existencia de Zoey, de seguir viviendo su vida con total normalidad. Así era como había gestionado casi todas las situaciones hasta ese momento. Pero entonces recordaba su sonrisa después de comerse el Cheerio del suelo, o cuando apareció en el umbral en pijama con sus animales de peluche cuando se quedó a cuidar de ella y le dijo con sus grandes ojos esperanzados: «Es más divertido aquí abajo». Cuando la miraba, se veía a sí mismo. Era difícil darle la espalda a algo así.

Brodie se bajó del coche, se quitó las gafas de sol y se quedó unos segundos contemplando la escena. La madera rojiza de la cabaña, las viejas sillas Adirondack del porche, las hojas secas rizadas, el crujido de las tablas al subir los escalones hasta la puerta de entrada. Se metió las manos en los bolsillos traseros y miró hacia el río, recordó acudir allí con su hermano pequeño Ethan siempre que querían aislarse y escribir canciones para el nuevo álbum. Oía el

eco de las risas, las conversaciones que no se interrumpían para contemplar las vistas, empujar la puerta y dejar caer sus bolsas de viaje, agarrar una cerveza fría, despatarrarse sobre las Adirondacks, todavía sin pensar, quizá quitarse incluso las camisetas y los vaqueros y zambullirse en el agua clara y fría. Era algo que daban por sentado, aquella época, aquel disfrute, aquel propósito. Y, aun así, ¿en qué consistía la felicidad si no en esos momentos en los que vivías plenamente, dando la vida por sentada?

—¡Brodie! —El sonido de la voz de Zoey le hizo darse la vuelta y sonreír al verla venir corriendo por el camino—. ¡Esto es increíble! ¿Podemos nadar en el río? ¡Mira, un columpio! ¿Crees que está embrujada? ¡Hala, una canoa!

Brodie dejó escapar el aire, abrumado por su entusiasmo.

—Paso a paso, pequeña. ¿Dónde está tu madre?

—Por allí. —Señaló hacia atrás sin mucho interés, como si su madre y el trayecto hasta allí ya se le hubieran olvidado, quitándose las Crocs para mojar los dedos de los pies en el agua fría.

Brodie se bajó del porche dando un salto y rodeó la cabaña por un lateral hasta ver a Maeve cerrando su coche, que había aparcado camino arriba para evitar los baches, algo que probablemente debería haber hecho él también. Ella no había reparado en él, así que la observó sin ser visto y se fijó en que se paraba a cerrar los ojos y tomar aire. La mayoría de la gente disfrutaría de la oportunidad de respirar el aire puro del campo, pero daba la impresión de que estuviera preparándose para lo que estaba por venir. Con los ojos cerrados, le pareció más suave que nunca antes, con el cabello rubio recogido en una trenza por encima del hombro y el flequillo retirado a cada lado de la cara. Seguía estando pálida, con unas ojeras muy pronunciadas, y se preguntó cuántas emergencias más habría tenido esa semana. Vestía unos pantalones de pana holgados de color marrón ceñidos con un maltrecho cinturón de cuero y una fina camiseta amarilla de manga corta. Él no lo habría escogido como atuendo de nadie, pero a ella le sentaba bien. En la mano llevaba un sombrero de paja para el sol, que se puso nada más abrir los ojos y empezar a descender la ligera

pendiente. Fue entonces cuando lo vio. Él la saludó con cierta culpa porque le hubiera pillado mirándola.

—Hola.

—Hola —respondió ella alzando la mano.

—¿Te ha costado encontrar el sitio?

—Qué va.

—Bueno, bienvenida. —Señaló la cabaña y el paisaje de postal y sonrió; los rayos de sol se filtraban entre los pinos, cubriéndolo todo con sus destellos. Se apoyó contra el muro de la cabaña, se cruzó de brazos y experimentó un fugaz momento de orgullo por poder llevarla a un lugar de semejante belleza, quizá incluso asombrarla un poco. Lo cierto era que jamás había llevado allí a una mujer y, de pronto, se preguntó por qué no. Era el sitio perfecto.

Pero Maeve pareció impertérrita ante la majestuosidad del lugar. Al acercarse y quedarse de pie junto a él, centró su atención en localizar dónde estaba Zoey. Cuando la hubo visto chapoteando en la orilla, se volvió hacia él, lo miró muy seria y dijo:

—Puedes ahorrarte la sonrisa, Brodie. He venido por Zoey, nada más.

Brodie se sintió momentáneamente desconcertado por aquella declaración. ¿Tanto se le notaba? Pero luego, al verla enarcar una ceja para dejar claro que lo tenía bien calado, sintió que empezaba a dibujársele en la cara la sonrisa de culpabilidad e hizo lo posible por reprimirla.

—Entendido —contestó agachando la cabeza.

Una parte de él se preguntó si le resultaba más fácil flirtear con ella que recordarse a sí mismo que le había ocultado la existencia de su hija. Que cada vez que la veía, en su cerebro se activaba una alarma de advertencia que decía: «No es amiga tuya». Pero no soportaba esa clase de presión en la vida. Y no soportaba tener que sentir eso por nadie, en especial por una mujer, en especial por una tan guapa y, pese al atuendo, tan sumamente atractiva como Maeve.

La vio echarse hacia un lado para contemplar la cabañita de madera.

—Esto es muy bonito —declaró, como si ahora que había dejado las cosas claras pudiera reconocer el encanto del paisaje.

—Hace mucho que no viene nadie por aquí, así que puede que haya muchas arañas dentro. —Se estremeció solo de pensarlo.

Esta vez fue Maeve quien sonrió, y los ojos se le iluminaron de un modo que no había visto antes.

—¿Te dan miedo las arañas, Brodie?

—En absoluto —contestó él tras una pausa, al darse cuenta de que estaba provocándolo—. Solo pensé que te interesaría saberlo.

—A mí las arañas me dan igual —dijo ella metiéndose las manos en los bolsillos de los pantalones.

—Me alegro —respondió él—. A mí también.

Maeve dio una patada a las hojas secas del suelo con una sonrisa en la cara. Brodie sonrió también. Los dos de pie, uno al lado del otro, sin mirarse.

Capítulo trece

—¡Brodie! —gritó Zoey desde la orilla—. ¡Ven a ver los peces!

De inmediato, Brodie bajó corriendo en dirección al río, donde Zoey aguardaba expectante.

Maeve lo vio alejarse, quitarse las chanclas con una patada y meterse en el agua hasta los tobillos junto a su hija, mirando hacia donde esta señalaba. Vestía unos pantalones cortos color caqui y una sudadera gris jaspeado remangada, y junto a Zoey, con sus pantaloncitos cortos y su camiseta a rayas rojas y blancas, parecían estar posando para una sesión fotográfica de moda, con el impresionante paisaje extendiéndose ante ellos. Aquello sirvió para recordarle, tras aquel inesperado y extraño momento semejante al flirteo que acababa de tener lugar, que las cosas con Brodie siempre eran demasiado perfectas. En el instituto, siempre había podido elegir a las chicas más guapas. Siempre jugaba en los mejores equipos; a veces lo había visto en los partidos de polo de los viernes por la noche, formando equipo con Jack y Logan, recorriendo el campo a toda velocidad, con una sonrisa de regocijo, encantado con la competición. Sus palabras, sus actitudes, su ropa, todo era llamativo e inmaculado, pero, como ella misma había descubierto, no era de los que se quedaban cuando te despertabas a la mañana siguiente. Tuvo una boda fastuosa y después un divorcio catastrófico, gozó de una fulgurante carrera en solitario, pero entonces canceló su tercer álbum y su discográfica lo demandó; su madre siempre se lamentaba de que acudía al rancho cargado de regalos pero se marchaba antes de que alguien pudiera mantener una conversación con él; su hermana se quejaba de que seducía a sus amigas y luego era ella la que tenía que recoger los pedazos. Era

como una urraca. Agarraba cualquier cosa brillante y después la soltaba cuando se aburría.

Vio a su hija tumbarse junto a él en el embarcadero, sus narices casi tocando el agua para poder ver mejor los gigantescos peces, y de pronto se le alojó un nudo de preocupación en la garganta. Zoey era siempre muy brillante.

Maeve se llevó las manos a las caderas y vio a Brodie arrojarle agua a la cara fingiendo ser un pez y a Zoey chillar y a continuación reírse y darle un empujón.

Era siempre muy brillante y muy vulnerable.

Y pese a que Maeve conocía todas esas historias sobre él, Brodie era como un ilusionista, capaz de hacerte dudar de todo lo que sabías con una simple sonrisa y esos hoyuelos.

Se sentó en el borde del porche y mantuvo la mirada clavada en su hija. «Por favor, no le rompas el corazón», articuló en silencio mientras Brodie se quitaba la sudadera, dejaba el teléfono sobre el embarcadero y se lanzaba al agua, haciéndole gestos a Zoey para que hiciera lo mismo. Su hija la miró para ver si le parecía bien que se tirase al agua completamente vestida y Maeve sonrió y asintió. ¿Quién era ella para detenerlos?

Debía mantenerse distanciada del encanto cegador de Brodie, aunque solo fuera para poder recoger los pedazos del corazón de Zoey si todo salía mal.

Pero, se dijo a sí misma, por ahora allí estaban y era todo por Zoey. Y Zoey —que en aquel momento chillaba por lo fría que estaba el agua y salpicaba a Brodie— se lo estaba pasando de maravilla.

Maeve fue a abrir la puerta de la cabaña, pero estaba cerrada con llave. Pensó en pegarle un grito a Brodie para preguntarle dónde estaba la llave, pero eso supondría interrumpirlos y poner fin a la diversión. Tenía que meter en el frigorífico la leche que había llevado y hacer la cama por si acaso decidían quedarse —algo que todavía no tenía claro—, pero no podía hacer ninguna de esas cosas.

Brodie se impulsó para salir del agua y le hizo un gesto a Zoey para que lo imitara, y entonces volvió a empujarla al agua y ella se partió de risa. Siguió haciéndolo cada vez que salía del agua.

Cuando Maeve se bañaba con Zoey, era para enseñarle a nadar.

No, tenía que controlar la envidia. No lo permitiría.

Sin nada mejor que hacer, y reticente a perder de vista a su hija durante demasiado tiempo, se sentó en una de las sillas Adirondack y se dedicó a observarlos. La madera erosionada por el clima estaba suave al tacto cuando apoyó las manos en los reposabrazos. Se quitó los zapatos con los pies y estiró las piernas frente a ella. No cerró los ojos, jamás cerraría los ojos mientras Zoey estuviera en el agua, pero se permitió acomodarse en la silla simplemente porque no tenía otra cosa que hacer. Al principio, su cuerpo se resistió, alerta, como si aquella oportunidad de relajarse fuese un truco, pero, transcurrido un tiempo, sintió que empezaban a aflojarse los hombros. Se quedó sentada, observando, hasta que oyó a Zoey decir: «Tengo hambre», y a Brodie responder: «Tendrás que cazar lo que quieras comer». Zoey ahogó un grito. Y Brodie asintió, como si nunca hubiese hablado tan en serio. A Zoey empezó a temblarle el labio inferior de un modo tan familiar que Maeve enseguida se levantó de la silla y se dirigió hacia ella cuando la niña empezó a llorar.

Brodie abrió mucho los ojos, perplejo, mientras se secaba el torso con la camiseta.

—¡Estaba de broma! ¡En serio! Tengo un montón de cosas para comer: patatas fritas, Pop-Tarts, palomitas..., puede incluso que alguna manzana si consigues alcanzarla.

Maeve le acarició el cabello mojado a Zoey, asegurándose de no mirar a Brodie medio desnudo.

—¿Has oído eso? Tiene Pop-Tarts.

Zoey se giró para mirar a Brodie con desconfianza.

—¿Son de chocolate? —preguntó.

Brodie hizo una mueca mientras volvía a ponerse la camiseta.

—¿Acaso las hay de otro sabor?

Maeve rebuscó en la bolsa de viaje y sacó una toalla, que Zoey envolvió alrededor de su ropa empapada mientras Brodie metía la llave en la puerta y la abría de un empujón.

—Las damas primero.

—¿Quieres que entre primero para que me encuentre con las arañas? —le preguntó Maeve mirándolo con suspicacia.

—Claro que no —repuso él con un resoplido. Y, mirando a Zoey, añadió—: Eso no sería típico de un Gryffindor.

Maeve agarró su bolsa y, pasando frente a él, murmuró:

—Teniendo en cuenta que hiciste trampa en el cuestionario, no me sorprendería que...

Pero no llegó a terminar la acusación porque la distrajo el interior de la cabaña. Avanzó unos pocos pasos y giró sobre sus talones para intentar asimilarlo todo. La estancia principal era pequeña, con paredes revestidas de madera y gruesas vigas en el techo. Unos ventanales situados a cada extremo ofrecían las mejores vistas. Dos enormes sofás dominaban la zona de estar, cubiertos con grandes cojines y mantas de cuadros. Sobre el suelo de madera destacaban oscuras alfombras estampadas, deshilachadas por el uso y el paso de los años. El mobiliario —las mesas y los aparadores— parecía hecho a mano, como si, cuando el tío Joel se daba cuenta de que necesitaba algo, saliese al bosque y se fabricara cualquier cosa con la madera que encontrara allí. Las rugosas paredes estaban adornadas con tapices y grandes cuadros y fotografías que encajaban con el paisaje. Maeve nunca había estado en un sitio más perfecto.

—Está bien, ¿eh? —dijo Brodie, su voz cargada de orgullo.

Ella se adentró más en la habitación y pasó una mano por las suaves mantas del respaldo del sofá.

—Es alucinante.

Zoey ya había salido corriendo y gritó:

—¡Esta es mi habitación!

—Zoey, no es seguro que nos quedemos —le respondió Maeve con otro grito.

—Pensaba que sí —dijo Brodie con el ceño fruncido.

—Pensé que podríamos ir viéndolo sobre la marcha. —Maeve se giró y se apoyó contra el brazo del sofá—. No quiero que resulte todo demasiado abrumador.

Brodie restó importancia a sus preocupaciones con un gesto de la mano.

—Zoey se lo está pasando de maravilla.

—Llevamos aquí media hora.

—No tiene sentido ponerle fin antes siquiera de que haya empezado, eso sería tentar a la suerte. —Mientras hablaba, volvió a salir al porche para recoger una enorme bolsa de la compra y llevarla a la cocina.

Maeve lo siguió y recogió su bolsa de provisiones, más pequeña que la de él.

—Tienes que relajarte —le dijo Brodie, sacando champán y unos cereales con malvaviscos, con un tono medio burlón en la voz, como si supiera que aquella frase resultaba de lo más molesta—. Fluye un poco.

—No empieces —le respondió ella entornando los ojos.

—Perdón —dijo él con una sonrisa.

—Brodie —insistió ella mientras sacaba las cosas que había llevado para comer. Se dio cuenta de que había comprado cosas sensatas como leche y pan—. Si he sobrevivido los últimos ocho años, ha sido gracias a la planificación y la organización, no a relajarme y fluir.

Se arrepintió inmediatamente de haberlo dicho. El ambiente de la habitación se modificó y los movimientos de Brodie perdieron su acostumbrada jovialidad.

Cuando le quitó la leche para meterla en el frigorífico, ella aguardó una respuesta ingeniosa, algo en referencia a que, si le hubiera contado lo de Zoey, podría haberla ayudado en esos años. Sabía que estaba en su derecho a decir algo parecido en relación con eso, de modo que se preparó.

Pero la respuesta no llegó. En su lugar, Brodie suavizó el gesto y adoptó su famosa sonrisa, antes de encogerse de hombros y decir:

—Nunca es demasiado tarde para aprender.

Capítulo catorce

Brodie había imaginado que Maeve se quedaría escondida en la cabaña mientras Zoey y él jugaban juntos, pero, tras el momento en la cocina, parecía más abierta a sus sugerencias. Quizá sintiese que estaba en deuda con él.

Cuando sugirió que sacaran las canoas, la reticencia de Maeve solo se apreció en una leve vacilación antes de responder:

—¡Suenan divertido!

Brodie no tenía claro si lo había propuesto para castigarla o para sacarla de su zona de confort. Sus sentimientos en torno a ella seguían siendo confusos.

Y sí que fue divertido. Él fue con Zoey en la canoa para dos y Maeve fue sola en la individual. Llevaba un insulso bañador Speedo, pero Brodie no pudo resistirse a lanzarle alguna que otra mirada cuando Zoey no estaba acusándolo de no esforzarse lo suficiente con los remos. Las llevó a todos sus rincones favoritos del río, recovecos que no habían cambiado desde la última vez que estuvo allí, lugares para pescar a los que solía ir con Ethan cuando necesitaban un momento de meditación que les trajera de vuelta la inspiración, un hueco entre las rocas que formaba una somera poza que, con el sol del verano, se calentaba como un *jacuzzi*. A Zoey le encantó poder tumbarse boca arriba como una estrella de mar. Las emociones de Maeve era incapaz de descifrarlas. Tenía la guardia tan alta que casi no se le veían ni los ojos.

En el camino de vuelta, la corriente del centro del río hizo casi todo el trabajo por ellos y Brodie no pudo evitar observar a Maeve cuando aprovechó la oportunidad para mirar a su alrededor y contemplar el paisaje. Sin saberse observada, llevaba las emociones escritas en la cara. El asombro que le provocaban los gigantescos

pinos que se alzaban imponentes sobre ellos. La belleza de los rayos de sol reflejados en la superficie del agua.

—¡Mirad, un águila! —exclamó él, señalando. Ellas gritaron asombradas y él experimentó un intenso placer por su respuesta.

Entonces se sintió estúpido por esa sensación de heroicidad. Oyó las voces de sus hermanos en la cabeza: «¡Eso no es un águila, Brodie!». Riéndose. Más rápidos que él en la canoa. Todo era una carrera para ganar. En Autumn Falls siempre sintió aquello: el miedo a no ser capaz de crecer nunca.

—¿Crees que podría comernos? —le preguntó Zoey al darse la vuelta, sacándolo de sus cavilaciones.

—Si tuviera mucha hambre, es posible —respondió sin más.

Ella entornó los ojos para ver si estaba bromeando y, al decidir que así era, le dijo:

—Tú eres más grande, así que te comería a ti primero.

Brodie se rio, sorprendido por la respuesta. Zoey volvió a girarse con arrogancia. Él se quedó mirándole la nuca, el cabello castaño y húmedo recogido en una descuidada coleta, con algunos mechones pegados al esbelto cuello. En eso consistía que tu hija te hiciera reír.

«Tu hija».

De pronto, se preguntó si iba a empezar a hiperventilar.

«Respira, Brodie. Respira».

Se centró en un punto fijo de la canoa, pensó en cosas tranquilas, como esquiar por pistas de las blancas montañas nevadas, pedir un expreso después de comer, ver el partido de la NBA en la cama mientras las olas de Malibú rompían en la orilla frente a su ventana.

Lo cierto era que su vida no estaba diseñada para tener una hija.

—Perdona, ¿qué has dicho? —preguntó al darse cuenta de que Zoey le había dicho algo.

—Te he preguntado si tienes novia —repitió ella, exasperada porque no hubiera escuchado hasta la última de sus palabras.

—No. —Negó con la cabeza—. ¿Y tú tienes novio?

—¡No! —exclamó Zoey como si la idea le repugnara. A continuación, regresó a su idea inicial y preguntó—: ¿Quieres que mi madre sea tu novia?

Brodie se rio. Por un instante, pensó en su última novia, Angelina, una supermodelo de Milán. Habían estado juntos seis meses, se veían más o menos una vez cada quince días y ambos salían con otras personas. Él no buscaba relaciones con doctoras de pueblo que seguramente exigirían más compromiso que ese.

—¡Zoey! —intervino Maeve con tono reprendedor desde la canoa de al lado.

—¿Qué? —preguntó Zoey, fingiendo inocencia—. Solo preguntaba. Me has dicho que siempre debo preguntar cuando tenga una duda.

—Perdona, Brodie —dijo Maeve, ignorando a su hija, con las mejillas sonrosadas por la vergüenza.

Brodie sacudió la cabeza como si careciera de importancia, pero descubrió que el rubor de Maeve le resultaba sorprendentemente enternecedor. Se volvió hacia Zoey y dijo:

—Creo que tu madre sería una novia maravillosa, pero ahora mismo estamos todos bien como estamos.

Zoey empezó a remar de nuevo, más calmada. Brodie miró a Maeve, quien le dedicó una breve sonrisa de agradecimiento. Por un instante, se imaginó lo que sería tenerla como novia. Le vino a la mente la calidez. Los colores del otoño.

Pero, al mismo tiempo, una presión claustrofóbica le nació en el pecho y le hizo temer de nuevo ponerse a hiperventilar.

Empezó a remar con más esfuerzo, queriendo llegar a la cabaña y protegerse de las preguntas.

Pero no cesaron. Su hija resultó ser una máquina de hacer preguntas. Las lanzaba como si fueran dardos.

Su hija. Le sorprendió siquiera pensarlo. Volvió a llamarla Zoey en su cabeza.

—¿Te gustan los patos? Creo que son mi ave favorita. ¿Cuál es la tuya?

—El flamenco. ¿Cómo no elegir un pájaro que se sostiene sobre una sola pata?

—¿Crees que los peces ven lo mismo que nosotros?

—Sí.

—Si tuvieras que ser un árbol, ¿cuál serías?

—Ese.

—¿Por qué miras tanto tu teléfono?

—Es una adicción que intentaré superar ahora que me la has señalado.

Junto con las preguntas, llegaron también las actividades. A Brodie le dolía el cuerpo. Habían montado en canoa, habían escalado rocas, habían caminado, habían construido casitas con ramas y hojas, habían hecho un concurso de zambullidas y carreras a nado.

La cúspide llegó cuando Zoey abrió un baúl en uno de los dormitorios y encontró toda la ropa de cuando su tía Eleanor participaba en concursos de belleza.

—¡Dios mío! —Se le iluminaron los ojos—. ¡Esto es increíble!

Poco después, estaba mirándose al espejo con un vestido que le quedaba tan grande que se le amontonaba alrededor de los tobillos, enormes mangas abombadas y tanto *strass* que brillaba como el papel de aluminio.

Brodie se vio en el espejo detrás de ella, sentado en una silla con una tiara en la cabeza y una banda alrededor del torso, con los brazos embutidos en una apretada chaqueta de lentejuelas y los ojos visiblemente cansados.

Maeve entró en la habitación y soltó un resoplido de sorpresa al verlo.

—Ay, madre —dijo con una voz de doctora comprensiva.

Zoey se dio la vuelta y sus enormes ojos marrones se llenaron de pánico.

—No nos vamos, ¿verdad?

Brodie, a quien le había horrorizado la idea de que tuvieran que acortar el fin de semana, descubrió ahora que deseaba estar en casa, servirse un *gin-tonic* y echarse un rato. Se notaba exhausto, mental y físicamente.

—Deberíamos irnos a casa, Zo —respondió Maeve, que debió de percibir su agotamiento—. Ha sido un día muy largo. Estamos todos muy cansados.

Brodie experimentó cierto alivio al pensarlo.

—¡No! —Zoey parecía estar a punto de echarse a llorar, y su vestido emitió un intenso brillo cuando empezó a moverse—. Porfa.

—Se volvió entonces hacia él—. Por favor, haz que nos deje quedarnos. ¡Porfa!

Brodie apenas podía levantarse de la silla.

—Os podéis quedar, claro —respondió, y hasta él se dio cuenta de que a su voz le faltaba convicción.

Maeve enarcó una ceja y levantó la comisura del labio esbozando una media sonrisa, como si supiera que mentía.

—Creo que lo mejor será que te dejemos tranquilo, Brodie. Han sido muchas cosas en un solo día.

Él estiró los hombros lo mejor que pudo dentro de la chaqueta satinada, intentando recuperar la energía. Recordó la vida en el grupo de música, las giras extenuantes, las agendas apretadísimas con un día libre al año, las entrevistas promocionales, los ensayos. ¿Qué le había ocurrido con el paso de los años? Su padre diría que se había vuelto un blando. Pensó con anhelo en las horas que pasaba tumbado en la cubierta de su yate, con los brazos detrás de la cabeza, absorbiendo los rayos de sol.

—No. —Zoey empezó a llorar en silencio, encorvando los hombros de forma que las mangas abombadas del vestido cayeron deshinchadas como un peluche con poco relleno.

Una voz dentro de Brodie le decía que no necesitaba aquello. Ya había hecho bastante para impresionar a la cría. Podían hacer la maleta, él se montaría en el coche y se largaría de allí.

Estuvo a punto de decir: «Tu madre tiene razón», pero algo lo detuvo. No fue el temblor del labio inferior de Zoey —que, si bien resultaba descorazonador, era algo que su endurecido corazón bien podía soportar—, sino el estoicismo del lenguaje corporal de Maeve. Ella también había escalado rocas, había ido a pasear con ellos, se había dejado convencer para zambullirse en el agua y echar carreras de natación, se había enfrentado a una retahíla de preguntas similar, había ayudado a Zoey cuando su casita de palos y hojas no paraba de venirse abajo. Lo único que no había hecho era ponerse un vestido de concurso de belleza, pero solo porque se había ofrecido voluntaria para limpiar después del pícnic que habían preparado para cenar. Y, aun así, metería a la niña disgustada en el coche, la llevaría

de vuelta a casa, la arroparía en la cama, la despertaría a la mañana siguiente y volvería a hacerlo todo otra vez.

Eso le hizo sentirse débil. Y no soportaba sentirse débil. Le recordaba a la vida bajo el techo de su padre. La sensación de que no era lo bastante bueno, de que no daba la talla, de que carecía del temple necesario para ganarse la vida con el sudor de su frente. Se imaginó que Emmett entraba en ese momento y decía: «Te cargan con un mínimo de responsabilidad y te derrumbas. Típico de ti». Su reflejo ataviado con la ropa del concurso de belleza no hizo sino reforzar esa sensación de incapacidad.

—Quedaos —dijo entonces, con mayor convicción esta vez.

Maeve inclinó la cabeza en señal de incertidumbre, con las cejas enarcadas.

—¿Estás seguro, Brodie?

Zoey se atrevió a secarse los ojos y a sonreír esperanzada.

—Por supuesto —respondió él—. No todos los días salen del baúl los vestidos de Miss América de la tía Eleanor. Toma... —Se quitó la tiara y se la lanzó a Maeve—. Vas muy poco arreglada para la ocasión.

Capítulo quince

Zoey estaba arropada bajo las sábanas color crema y las mantas de cuadros.

—Ha sido el mejor día de mi vida —dijo.

Brodie pasaba por delante de la puerta y se detuvo al oírla decir eso. Ahora que ya se iba a la cama —y él no tenía que actuar, podía sentarse en el sofá y tomarse por fin una copa—, le parecía todo mucho más fácil.

—Bien, me alegro —oyó decir a Maeve—. Ahora duérmete, porque estás muy cansada.

Brodie se asomó sin que ellas lo vieran y vio a Maeve darle un beso en la frente y retirarle el pelo de la cara.

—Lláname si necesitas algo —le dijo a su hija. A continuación, apagó la luz de la mesilla y se dirigió hacia la puerta.

Brodie se apartó para que no lo pillara escuchando.

—Mamá —dijo Zoey.

—Dime.

—Podría ser tu novio.

Brodie reprimió una sonrisa. Qué monada. La cría era insistente.

—No, Zo. —Oyó reírse a Maeve—. No podría.

Brodie ladeó la cabeza y frunció el ceño al pensar en la facilidad con que había descartado la idea. Miró su reflejo en un viejo espejo dorado del pasillo. ¿Por qué no? ¿Qué tenía de malo? Sabía que era un hombre más guapo que la media, las mujeres acudían a él en manada.

—¿Por qué no? —Zoey dio voz a su pregunta.

Maeve se quedó callada.

De pronto, Brodie creyó que iba a decirle que era su padre y estuvo a punto de parársele el corazón, mientras un terror

atenazador le trepaba por la columna. Qué frívolo había sido al sugerirle a Maeve que se lo contara. Ahora se daba cuenta de que no estaba en absoluto preparado para aquella revelación. Maeve, por supuesto, no dijo nada más que:

—Porque no es más que un amigo.

Y Brodie sintió que volvía a latirle el corazón.

Salió a sentarse en una de las sillas Adirondack del porche, apoyó el tobillo sobre la rodilla contraria y se quedó contemplando los últimos destellos de sol sobre la superficie del agua. Pensó en Maeve refiriéndose a él como un amigo. Le hizo gracia que se hubiera visto obligada a decirlo porque sabía que él no era alguien a quien, en circunstancias normales, consideraría candidato a una amistad. Se imaginó que sus amigos se dedicarían a hablar de literatura y a analizar complejos dilemas médicos. Sabía que lo tachaba de veleidoso. Pero ella tampoco era alguien con quien en otras circunstancias se relacionaría. Sus amigos eran despreocupados y divertidos, solo bastaba con pegarle un toque a cualquiera de ellos y sugerirle un viaje improvisado a los Alpes o a Long Island y se apuntaría sin dudar. Cuando alguno de ellos entraba en la fase de «casado y con hijos», él solía descartarlo con una amarga mirada de lástima. Se los imaginó perplejos si lo vieran, allí en la cabaña, jugando a las casitas.

Maeve salió al porche con el pelo recogido de forma descuidada en lo alto de la cabeza, vestida con unos pantalones grises de chándal y la camiseta amarilla.

—Qué vista más alucinante —dijo.

Brodie advirtió que no se esforzaba por ponerse elegante. Tampoco es que hubiera esperado que lo hiciera, simplemente no estaba acostumbrado a ello. Por lo general, se encontraba con *leggings* ajustadísimos o abdómenes al descubierto. Pero no era solo el hecho de que no se vistiera para impresionar a nadie, era que se ponía prendas que a él le provocaban un rechazo absoluto, como zapatos Birkenstock —con esos dedos redondeados como asquerosos champiñones— combinados con calcetines blancos de deporte. No parecía importarle lo que él pensara de su aspecto, cosa que, había de admitir, constituía una anomalía entre las mujeres que

conocía. Una parte de él se preguntó si lo haría a propósito para fastidiarlo, pero le parecía demasiado forzado para alguien como Maeve. Cabía la posibilidad de que realmente le diera igual lo que él pensara.

Le hizo un gesto para que se sentara en la otra Adirondack.

—¿Quieres tomar algo? —Había sacado el champán y un par de copas. Ella se rio al verlas, y Brodie supo que estaba burlándose de su elección. A casi todas las mujeres que conocía les encantaba la idea de tomar una copa de champán en una cabaña de montaña.

—Me encantaría, gracias. —Se sentó en la silla junto a él y se recostó, pero desde luego no se relajó.

La espuma rebasó el borde de la copa y le resbaló por el lateral de la mano. Se sacudió el líquido de un manotazo mientras le tendía la copa.

—Perdona, por lo general escancio mejor.

—No pasa nada. No suelo beber champán y ver la puesta de sol.

Brodie pensó entonces que tal vez no se había burlado de él, sino que quizá se había sentido momentáneamente desconcertada por semejante sibaritismo.

Dio un sorbo a su copa. Él hizo lo mismo.

—¿Te gusta? —le preguntó, sabiendo que era una pregunta con varias implicaciones.

—Sí —contestó Maeve encogiéndose de hombros—. Está muy bueno.

—Es de mi viñedo en Napa —le explicó él—. En realidad, no es champán, no se nos permite llamarlo así porque no viene de Champagne, pero está a la altura de los mejores. —Estaba alardeando, no podía evitarlo, lo hacía de manera automática con las mujeres.

Maeve sonrió educadamente, no parecía muy impresionada con la calidad de su espumoso *vintage*.

—No sabía que tuvieras un viñedo —respondió en su lugar—. Debe de llevar mucho trabajo.

—¡Para la gente que lo dirige, sí! —bromeó Brodie.

—¿Tú no te implicas? —Pareció sorprenderse.

—No paso el tiempo suficiente allí —dijo encogiéndose de hombros—. Pero cuando voy es genial. Aunque es más una inversión.

Su gesto de asentimiento silencioso le indujo a decir algo más, no le gustaba la impresión que estaba formándose de él, como si se dejara caer por el viñedo un par de veces al año para probar el *pinot noir*.

—De hecho, he aprendido muchas cosas —admitió, porque los valores de Maeve parecían muy distintos a los de la gente con quien solía relacionarse, gente más preocupada por cuándo se abriría la siguiente botella—. No pensaba que fuesen a interesarme tanto las vides, pero... —Miró para ver si lo estaba escuchando—. En fin, son unas tipas bastante complejas.

—Sí —convino ella—. John-Luke tiene algunas en el manzanar. A veces lo veo ahí hablando con ellas.

—Admito que yo nunca les he dicho nada a mis vides —respondió, y ella se rio, con la boca cerrada y los ojos arrugados mientras bajaba la mirada hacia la copa que descansaba sobre su regazo. Daba la impresión de que parte de la incomodidad entre ellos iba disminuyendo.

Pero entonces volvieron a sumirse en el silencio.

Brodie no soportaba ningún tipo de incomodidad social. Sabía que probablemente tendría algo que ver con su padre: los prolongados silencios que acompañaban a la severa desaprobación de Emmett cuando los chicos habían hecho algo malo, silencios que Brodie ansiaba llenar, hacer alguna broma, para que todo volviese a estar bien y, al final, huir lo más lejos posible.

Pero fue Maeve quien rompió el silencio.

—¿Qué te ha parecido el día de hoy? —preguntó, y Brodie se la imaginó empleando el mismo tono cuando se plantaba junto a la cama de un paciente y lo examinaba con calma.

—Bien —contestó. Y a continuación—: ¡Agotador! —Intentó hacerla reír y funcionó. Soltó una carcajada, aparentemente sorprendiéndose a sí misma—. Imagino que casi todos los días son así. —Señaló hacia donde dormía Zoey, pensando que a él también le vendría bien cerrar los ojos y echar una cabezada.

—Sí —confirmó Maeve, aún con el vestigio de una sonrisa—. Es duro.

—A mí me lo dices. —Dejó escapar el aire. Las partes más difíciles habían sido cuando se sentaba a descansar y Zoey entraba corriendo, le agarraba la mano y lo arrastraba para ir a ver a una pobre rana que temblaba bajo una roca o le suplicaba que trepara a un pino a por una piña.

—La cosa va mejor ahora que es mayor.

—¿Mejor? —le preguntó Brodie, notando que ponía los ojos como platos.

La vio fruncir el entrecejo y mirarlo como si estuviera de broma.

—Sí, mucho mejor.

Brodie sacudió la cabeza. No podría haber pasado ocho años haciendo eso. Estaría hecho polvo. De nuevo, le vino a la mente la imagen de él tumbado en la cubierta de su yate.

—Caray. —Se preguntó si se le estaría escapando algo—. Y además eres médica. —Estaba perplejo.

Ella se rio y él creyó verla relajarse un poco. Se arrellanó en su silla y, girando la cabeza hacia él, dijo:

—Supongo que... —hizo una pausa y apretó los labios como si estuviera pensando en qué decir— es difícil, pero te acostumbras. —Dio un trago a su copa, empañada por la condensación—. Me las apañé, lo hice lo mejor que pude.

—¡Por favor! —Por lo que Brodie había visto hasta el momento, se la imaginó siendo la mejor estudiante—. Te imagino sentada en clase con un bebé pegado al pecho, abriéndote camino con todos esos profesores malhumorados de Stanford.

Él ni siquiera se imaginaba entrando en un sitio como Stanford, mucho menos con el objetivo de acceder a la escuela de Medicina. Había dejado el instituto a los quince años, cuando firmaron con el sello discográfico. Habían tenido profesores privados, pero no prestaba excesiva atención. ¿Quién deseaba estudiar cuando fuera había hordas de chicas fanáticas y entrevistadores solicitando audiencia, y ciudades que explorar al anochecer? Estaba viviendo su mejor vida, y el álgebra no era una de sus prioridades.

Maeve dejó su copa de champán sobre el suelo del porche y, tomando aliento como si estuviera reuniendo valor, dijo:

—No fui a Stanford, Brodie.

Brodie era lo bastante intuitivo como para saber que aquella declaración significaba algo. Se descubrió queriendo rebobinar cinco minutos y volver a hablar del viñedo.

—Perdona, error mío, pensaba que sí.

—Me refiero —explicó ella tras pensarlo unos instantes— a que sí que estuve en Stanford —se corrigió—. Pero no cuando tuve a Zoey.

Brodie cambió ligeramente de postura en su silla. Pensó en decir que su viñedo tenía un castillo de estilo toscano del siglo XIV. En su lugar, dijo aquello que tenía intención de decir, que fue:

—¿Qué ocurrió?

Maeve se mordió el labio inferior durante un segundo, después encogió la pierna para sentarse encima y se volvió hacia él como si supiera que, en algún momento, tendría que pasar por ello.

—Mis padres digamos que no se alegraron mucho del hecho de que me quedara embarazada. O de, en fin... —tragó saliva—, de las circunstancias en torno al embarazo.

Cuanto más tiempo pasaba con Maeve, más se acordaba de la noche que habían pasado juntos. Su recuerdo principal era el de una chica muy guapa con unas botas plateadas muy sexis. Pero empezaba a recordar otras cosas también. Muchas risas, por ejemplo. Y abrir un paquete de chocolate caliente del hotel cuando, por lo general, lo pedía al servicio de habitaciones. Tenía la sospecha de que habían jugado al *Super Mario*, algo que no solía suceder en las noches que pasaba con otras mujeres. De un modo u otro, en su opinión, aquello no tuvo consecuencias que le cambiaran la vida. No hubo ojos tristes ni cabezas gachas en señal de vergüenza.

—Mis padres me pagaban Stanford y, bueno, cuando supieron que había un bebé en camino, decidieron que ya no merecía la pena invertir su dinero en eso. —Alzó la vista y entornó los ojos con cierta ironía, como si aquella fuese la manera educada de expresar lo que habían dicho realmente sus padres—. Tenían la sensación de que no había «aprovechado al máximo mi potencial». —Sonrió con

amargura al decirlo, como si llevara mucho tiempo viviendo con esas palabras, con esa decepción.

Era evidente que sus padres tenían los mismos valores que su padre.

—¿Y dónde estudiaste entonces? —le preguntó, reacio a renunciar a la feliz imagen de Maeve con un bebé enganchado al pecho y una sudadera de Stanford, recorriendo alegremente el campus con sus amigos universitarios, que estarían embobados con el bebé.

—En la Universidad de Jackson.

Aquello hizo pensar a Brodie.

—Ni siquiera sabía que Jackson tuviera universidad.

Maeve se rio y, con mucha diplomacia, dijo:

—Es muy pequeña, pero no está mal.

—Pero no es Stanford.

—No —negó con la cabeza—, no es Stanford. Pero salió bien. Mi abuela vivía en la casa de Autumn Falls y me dejó venir a vivir con ella. Se opuso a mis padres, cosa que sé que fue muy difícil para ella. —Maeve dejó de hablar y alcanzó la copa de champán que había dejado en el suelo.

Durante esa pausa, Brodie trató de pensar en qué había estado haciendo él en esa época. Una gira mundial. Pasándoselo de maravilla, por mucho que le doliese admitirlo.

Saltaba a la vista que Maeve necesitaba cambiar de tema y, mirando hacia el agua mientras daba un sorbo al espumoso, dijo:

—Nunca había visto el río tan tranquilo. Es perfecto.

El sol había desaparecido detrás de los pinos y los últimos haces de luz bailaban entre las ramas y se reflejaban en la superficie del río como peces plateados.

—Ve a nadar —sugirió Brodie. Se sintió extrañamente culpable por haber estado recorriendo el mundo, dándose baños de multitudes en diversos estadios internacionales mientras Maeve vivía con un bebé recién nacido, que también era el suyo, una abuela y, al mismo tiempo, iba todos los días a Jackson a estudiar un grado en Medicina.

—¡Ni hablar! —exclamó mirándolo como si fuera una sugerencia descabellada—. No podría.

—¿Por qué no?

—Porque no.

—Eso no es una respuesta. —A continuación, señaló las vistas y agregó—: En serio, hazlo, no te arrepentirás. Yo me encargo de tenerlo todo controlado aquí.

Tenía un motivo oculto para sugerirlo: ansiaba tener un rato para relajarse en silencio y no pensar en nada. Se esforzaba al máximo por evitar mantener cualquier tipo de conversación profunda, y era una buena táctica, hasta que la vida lo arrollaba como un tren de mercancías. Parecía suceder cada vez con mayor frecuencia últimamente. Primero, cuando su hermano mayor, Jack, había muerto hacía unos años, y ahora con lo de Zoey.

Trataba de no pensar demasiado en cosas en las que no quería pensar, pero aquellos momentos importantes lo zarandeaban cuando menos lo esperaba.

Lo de Jack aún lo afectaba. Lo había visto tan poco en los años previos a su muerte que resultaba fácil imaginárselo todavía con vida, viviendo en Los Ángeles, rodando su nueva película. Jack y él no habían estado muy unidos de adultos, pero de niños Brodie había pasado mucho tiempo con él escondiéndose del trabajo en el rancho. Jack conocía los mejores escondites. Habían pasado muchas horas juntos riéndose por lo bajo escondidos en el hueco que había entre la pared y el gallinero mientras uno de sus hermanos los llamaba, tratando de encontrarlos para que echaran una mano. Comían galletas que habían birlado de la casa y decían chorradas. Solo cuando el imponente vozarrón de su padre se dejaba oír por el patio con la amenaza de un horrible castigo, Jack empujaba a Brodie para que saliera del escondite y se llevara él la primera reprimenda. Después salía él, cuando a Emmett ya se le había pasado un poco el cabreo. Sucedió una y otra vez, pero Brodie nunca aprendía. Cuando Jack murió, fue como si todos aquellos recuerdos de su infancia cobraran vida de pronto, asomando la cabeza cuando menos lo esperaba, llenándolo de cantidades equivalentes de desprecio y nostalgia hacia la vida en Autumn Falls, un lugar por el que, hasta ese momento, albergaba poco cariño. Esos recuerdos habían

seguido muy encendidos desde entonces, por mucho que él se hubiera esforzado en volver a apagarlos.

Capítulo dieciséis

Para Maeve, los últimos ocho años aparecían desdibujados. Era como recordar haber corrido una maratón: sabía que había sido difícil, pero las únicas pruebas eran el dolor corporal y el cansancio que se le filtraba hasta lo más profundo de su ser. Jamás durante todo ese tiempo pensó que estaría nadando en el río Redemption al caer el sol mientras Brodie Carter vigilaba a Zoey.

El agua estaba agradablemente fría y acariciaba su piel con cada brazada que daba. Cuando se volvió y echó la cabeza hacia atrás, un delicioso escalofrío recorrió su cuero cabelludo y, al quedarse allí sumergida, solo alcanzaba a oír el grave murmullo del agua. Flotó como lo haría Zoey, con los brazos estirados. Sobre ella, el difuso contorno de la luna conforme se oscurecía el cielo. Se sentía resguardada del mundo, levitando por encima de la vida real.

Entonces oyó que Zoey la llamaba y, de inmediato, se irguió en el agua y escrutó la cabaña para ver qué sucedía. Pero lo único que vio fue a Brodie apilando leños para encender una hoguera justo delante del porche. Le pegó un grito para preguntar si había sido Zoey y él negó con la cabeza. A continuación, sonrió. Esa famosa sonrisa torcida que había vendido un millón de álbumes y adornaba los pósteres de innumerables dormitorios.

A Maeve le dio un vuelco el estómago y se le entrecortó la respiración. Se reprendió a sí misma y comenzó a nadar en dirección a la orilla.

Relajarse demasiado era peligroso. Había demasiadas sombras, eventos que se avecinaban para los que debía ponerse la armadura, hacerse fuerte. Nunca más se permitiría volver a dejarse distraer por esa sonrisa, a sucumbir a ella.

—¿Te ha sentado bien el baño? —le preguntó Brodie, caminando con indiferencia hacia la orilla para alargarle una de las toallas de baño azul marino.

Aquella breve interacción le resultó extrañamente íntima, como si fueran pareja. Sus manos se rozaron al aceptar la toalla y, de pronto, fue muy consciente de que llevaba puesto solo el traje de baño. Eso le hizo retroceder varios pasos mientras se envolvía con la toalla.

—Sí, gracias, ha estado muy bien.

Brodie le sostuvo la mirada un segundo más de lo normal. Ella se preguntó si él también habría experimentado esa sacudida con el roce de sus manos. Pero entonces se limitó a asentir y regresó a encargarse del fuego.

Unas llamas pequeñas lamían la base de la pila de leños. Le sorprendió que supiera encender un fuego, cosa que resultaba absurda, pues se había criado en el rancho, pero en la actualidad se lo veía tan pulcro que costaba imaginárselo ensuciándose las manos.

Había bajado las sillas del porche y las había colocado a ambos lados del fuego.

Una parte de ella deseaba dar por zanjado el día, y la excusa de ir a cambiarse le pareció la oportunidad perfecta, pero también sabía que no tendrían muchas más ocasiones de estar a solas. Sobre todo en un entorno tan aislado de la vida real. Y todavía había cosas que debía decirle.

Se enrolló la toalla alrededor de la cintura y se puso la sudadera del hospital de Jackson por encima del bañador mojado antes de sentarse junto al fuego.

Brodie estaba sentado al borde de su silla, atizando las llamas con un palo. Tenía un aspecto infantil a la luz del fuego, con el cabello revuelto y ese brillo en la mirada, como cuando estaba en el instituto.

—Dijiste que solías venir aquí con Ethan, ¿verdad? —le preguntó.

Ethan era el hermano pequeño de Brodie, iba al mismo curso que ella. No paraba de faltar a clase. Demasiado molón para ser amigo de Maeve, pero ella lo conocía a través de su amiga Piper, la que la convenció para ir al concierto de Brodie.

Brodie levantó la vista, y en sus ojos ella vio algo que le confería el aspecto de estar siempre riéndose de algún chiste, con la comisura de los labios levantada y el suave batir de sus negras pestañas.

«No lo mires, Maeve». Agachó la vista.

—Sí, aquí es donde escribimos muchas de las canciones de Silver Sky. Los dos solos. Eran buenos tiempos.

—¿Lo echas de menos? —preguntó ella. Hacía años que nadie veía a Ethan. Pero, tiempo atrás, Maeve se había encontrado con Piper en el supermercado y su amiga le había contado que creía haber visto al esquivo hermano Carter en su calle. «Fue muy raro. Miré por mi ventana y juraría que vi a Ethan de pie bajo la farola».

Maeve le había respondido que no creía que fuese a situarse bajo una farola si no quería que nadie supiera que estaba allí, como parecía ser el caso, habida cuenta de que nadie había sabido nada de él, pero Piper se mostró insistente. «Era él, Maeve, lo sé», había aseverado.

—Sí, lo echo de menos —contestó Brodie, asintiendo sin dudar—. Era como... —Se detuvo, tratando de pensar en una analogía—. No sé, no puedo explicarlo. Puedo escribir una canción yo solo, pero con Ethan se convierte en otra cosa. Él es capaz de ver una letra o una melodía y saber exactamente qué cambiar para llevarla a otro nivel, otorgarle empaque a una canción. —Entonces se rio—. Ni siquiera sabía que conociese esa palabra.

Maeve se rio a pesar de todo.

La sonrisa en los ojos de Brodie no hizo sino intensificarse por haberla hecho reír.

El aire pareció detenerse, quedarse inerte por un instante.

Maeve notó el calor en la cara y se retiró el cabello húmedo del cuello. «No lo mires, Maeve».

Se quedaron sentados en silencio, pero no era el mismo silencio de antes. De pronto, parecía cargado de certeza y no de incomodidad. Ella oía su propia respiración, vio el movimiento de su cuello al verlo tragar saliva. Debería haberse ido a la cama. Trató de mantenerse centrada, se obligó a no mirarlo, pero no pudo evitarlo, su mirada se sintió atraída hacia su lado del fuego, hacia el azul

hipnótico de sus ojos. «No es real, Maeve», se advirtió a sí misma. «No es más que el efecto de la luz».

—Brodie, quería decirte que... —empezó con cautela.

—¿Tiene que ver con Ethan? —preguntó él frunciendo el ceño.

Percibió una esperanza en su pregunta que le hizo sentir lástima y negó con la cabeza.

—No, tiene que ver con tu madre.

—¿Mi madre? —Se señaló el pecho para confirmarlo.

La tensión cayó como una piedra, desapareció en un instante al oírla mencionar a su madre.

—Sí. —Maeve asintió y se echó hacia delante para agarrar una ramita del suelo y arrojarla al fuego—. Me ha ayudado mucho con Zoey.

—¿Lo sabe? —preguntó Brodie ladeando la cabeza.

—No —contestó ella con una mueca—. Y me siento fatal por ello. —Se mordió una uña, una terrible costumbre que había adoptado en la escuela de Medicina, de manera que escondió las manos bajo las mangas de la sudadera—. Mi abuela murió cuando Zoey tenía tres años. Fue algo inesperado. —Recordaba haber llegado a casa una tarde y encontrarse a su abuela aparentemente dormida en su sillón. En el suelo, junto a ella, había una bolsa de manzanas que le habría dado John-Luke en el manzanar al pasar por allí. Seguía con el abrigo puesto. De pie en el umbral, Maeve lo supo de inmediato, había visto mucha muerte en el trabajo como para saber que su querida abuela se había ido. Se había acercado a ella y, al pegar la mejilla a la suya, se le habían llenado los ojos de lágrimas. «Gracias por todo», le había dicho. Estrechó las manos entrelazadas de su abuela y pronunció una oración para que descansara en paz. Al ponerse de pie, sintió que el mundo había cedido bajo sus pies.

»Y durante un tiempo estuve fatal —continuó diciéndole a Brodie, que la observaba con demasiada intensidad para su gusto, como si fuera capaz de descifrar todo aquello que pensaba—. Mi abuela siempre había cuidado de Zoey, así que sin ella me sentí abrumada por todo. Un día, estando en el supermercado, a Zoey le dio una rabieta y yo ya no podía más; había tenido un mal día —agregó en

tono de broma para intentar aligerar la gravedad de lo que estaba contando.

Brodie le dedicó una sutil sonrisa.

«No me mires de esa forma».

Maeve trató por todos los medios de no dejarse distraer por las arrugas que se le formaban en torno a los ojos cuando sonreía.

—El caso es que —prosiguió, obligándose a devolver la mirada al fuego— tu madre estaba allí e intentó ayudarme, pero a mí me aterraba tanto que se involucrara que me alejé corriendo de ella. Literalmente, tomé a Zoey en brazos y hui. Debió de pensar que estaba loca. Después de aquello, siempre que la veía, la evitaba, aunque solo intentaba ayudarme. Venía y llamaba al timbre, y yo fingía no estar en casa.

—¡Es una mujer muy insistente! —contestó Brodie con una sonrisa irónica.

—¡A mí me lo vas a decir!

Brodie se carcajeó y aquello pareció acercarlos de pronto, unirlos, casi como si fueran familia, compartiendo íntimamente la conducta de una madre.

Maeve se apresuró a retomar su relato.

—Yo había encontrado una niñera que se ocupaba de Zoey por las tardes. Me parecía fantástica, a Zoey le encantaba, pero entonces las cosas empezaron a irle mal en la vida y yo no me di cuenta a tiempo. Un día vino tu madre y se la encontró borracha e inconsciente en el pasillo. —Se estremeció al recordarlo—. Fue grave. No debería haber permitido que ocurriera eso. Martha me llamó a la universidad, toda tranquila mientras yo entraba en pánico, y me hizo decirle dónde guardaba la llave de repuesto, me dijo que se llevaría a Zoey a casa y que no me preocupara. —Suspiró al levantar la vista y mirar a Brodie—. Como es natural, yo me fui de clase de inmediato para venir a buscarla, y allí estaba, dormida en una cuna, que probablemente había sido tu cuna, en Silver Sky. A mí me costaba respirar. Zoey era la nieta de tu madre y ella no tenía ni idea. Fue horrible. —Se cubrió las mejillas con las manos—. No podía decirle nada.

Brodie se echó hacia delante, el ceño fruncido, las manos entrelazadas frente a él.

—¿Pensaste que podríamos haberte ayudado? ¿Haberte dado dinero? ¿Haberte facilitado las cosas?

—Por supuesto que lo pensé. —Lo miró por encima del fuego, vio sus ojos claros, muy abiertos, que le recordaban tanto a los de Zoey. Se quedó mirándolo, casi suplicante, cuando dijo—: Recuerda que tú eras tan famoso, Brodie, que podías tener lo que quisieras. Y yo ya te había ocultado la verdad. No sabía cómo reaccionarías. —Suponía un riesgo, su sinceridad, mostrarle su vulnerabilidad, pero le parecía que no había otra manera—. Eras multimillonario y yo estaba en la casa de mi abuela con una niñera borracha y sin apenas poder ganar lo suficiente para comer, trabajar y echarle gasolina al coche mientras estudiaba a tiempo completo. No me hallaba en un lugar seguro. Y puede que no hubieras intentado quitarme a Zoey —el miedo a que apareciera y se llevara a su hija siempre le había quitado el sueño por las noches—, pero no podía correr ese riesgo. Estaba asustada, era joven, no tenía a nadie. —Absurdamente, notó que se le llenaban los ojos de lágrimas, ¡y no era ninguna llorona!—. Sé que parece una excusa, Brodie, pero es que no quería perder a mi hija.

Capítulo diecisiete

Brodie quería detenerla, decirle que no era necesario que dijera todas esas cosas. Pese a que deseara oírlas. Se sentía un hipócrita al esperar aquella justificación, porque sabía con certeza que, si ella se lo hubiera contado en aquel entonces, él habría intentado tapar el problema con cantidades obscenas de dinero y la situación habría seguido siendo la misma: su madre se habría ofrecido a ayudar.

Se recostó en su silla y suspiró al mirar a Maeve, sentada con el cabello húmedo apelmazado en mechones, vestida con la sudadera holgada y la toalla, con un gesto de terror y un brillo en la mirada, quizá provocado por las lágrimas contenidas.

—Me gustaría pensar que no habría intentado quitártela —le dijo.

Si bien deseaba aferrarse a ese hilo de pensamiento —se sentía con el derecho moral de hacer que Maeve se arrepintiese de sus decisiones pasadas—, al decirlo recordó brevemente que su exmujer, Celeste, y él habían exigido tener unicornios en su boda. Le dolía pensar demasiado en su propio ego. La adictiva diversión que constituía exigir lo imposible cuando el dinero no era un problema. La certeza de que la vida giraba a su alrededor, sin asomo de duda. Se imaginaba de gira diciendo: «Quiero ver a mi hija ahora». Pensó en Celeste, abrazando a sus perritos y diciendo: «Brodie, vamos a tener un bebé. ¡A los perros les encantaría!». Y él oponiéndose. Podría haber llevado a Zoey a casa para que jugaran con ella. Se estremeció al pensar en lo que sabía de su antiguo yo. Todo se basaba en la diversión. En aquella época de su vida, se lo hacían todo. Incluso cuando Celeste y él se dieron cuenta de que no se soportaban el uno al otro, se limitaron a cederles las riendas a sus abogados para que se hicieran cargo del asunto. No habría podido

cuidar de una hija. Ni siquiera sabía cómo pagar sus facturas cuando terminó su carrera musical.

—Lo único que deseaba era seguridad —dijo Maeve—, y eso podía conseguirlo yo sola. No podía arriesgarme a lo que pudiera suceder si te lo contaba. No te conocía.

Brodie se miró las manos un momento, después levantó la vista, la miró a los ojos y asintió lentamente. La vio dejar caer los hombros un centímetro.

—Pero, como has dicho, no me conoces.

—No —sus ojos parecían ahora más duros—, pero yo me conozco mejor a mí misma. Y sé de qué soy capaz.

Brodie se quedó unos segundos pensando en eso. Solo se oía el discurrir del agua del río sobre las rocas. Los últimos rayos rojizos de sol teñían el aire de un brillo etéreo. Se preguntó si podría decir lo mismo de sí mismo. Recordar aquella época de su vida con Celeste bastó para hacerle retraerse, como si hubiera recibido un golpe en el campo de fútbol.

¿Se conocía a sí mismo? ¿Sabía de qué era capaz? Pensó en su padre: «Algún día, Brodie, crecerás y te darás cuenta de que la vida no consiste solo en jugar y divertirse».

Maeve se recostó en su silla, encogió las rodillas y apoyó los pies descalzos en el borde del asiento.

—Me da miedo la reacción de Martha cuando se entere. Se ha portado muy bien conmigo y yo he..., bueno, ya sabes.

Brodie se pasó la mano por el pelo, preguntándose qué diría su madre. Trató de imaginársela enfadada, pero solo alcanzó a ver su rostro suavizándose al saber que tenía una nieta de verdad, y que era Brodie de entre todos sus hijos quien lo había logrado.

—Creo que se alegrará mucho cuando se entere.

—Yo creo que es posible que se enfade.

—No, ella no es así —contestó él meneando la cabeza. Pensó en todas esas veces en que su madre acudía a sentarse en su cama y decía cosas como: «Sé que es difícil, Brodie, pero el hecho de que no penséis lo mismo no significa que no seas especial para tu padre». Brodie sabía que era mentira, pero le hacía sentirse mejor

de igual modo. «Y para mí eres lo más especial del mundo, todos lo sois».

Cuando su madre enfermó y ellos hicieron la prueba para el concurso de talentos, Brodie escribía canciones como si no existiera un mañana. El bolígrafo se movía a gran velocidad sobre el papel. Las letras le salían de dentro como una terapia. Cada miedo, cada terrorífica incertidumbre en relación con el futuro se plasmaban en esas canciones. Hubo quien dijo que fueron las canciones las que los hicieron ganadores del concurso. Desde luego, a Ethan y a él les reportaron millones de dólares. Seguían siendo la banda sonora en bodas y funerales. Una alquimia de la que se había olvidado por completo.

—Brodie, siento mucho no habértelo contado —dijo Maeve.

Brodie apenas podía enfrentarse a la franqueza de su mirada. Su historia era como escuchar algo muy lejano, un desvío del rumbo de su vida que, aun cuando hubiera visto la señal, habría pasado de largo a toda velocidad. No le gustaba admitirlo, pero, cuanto más lo pensaba, más se alegraba, de hecho, de que no hubiera habido señal alguna. Pero se sentía incapaz de decirlo en voz alta. Semejante confesión no haría sino socavar todo aquello que ella había vivido, todos sus miedos y su ansiedad. Y, no obstante, se sintió como un hipócrita al asentir para dar a entender que aceptaba lo que le había parecido una justificación, y ahora su disculpa.

Lo único en lo que podía pensar era que, teniendo en cuenta quién era ocho años atrás —aún se estremecía al ver las fotos de su boda en la revista *People*, con el manto de pétalos de rosa y el carruaje dorado tirado por caballos/unicornios—, no estaba seguro de que su hija hubiera llegado a convertirse en la cría inquisitiva, fuerte y vivaz con la que había pasado el día.

Su hija.

Estiró el brazo para dar un trago al champán. A continuación, balanceando la copa entre los dedos, dijo:

—Siento no haberte devuelto las llamadas.

Maeve parpadeó como si la hubiera pillado por sorpresa.

—Sí que recibí el disco y una foto firmada.

Brodie se estremeció al oírlo y se llevó el pulgar y el índice a la frente al pensar en cómo solía trasladarle todas las cuestiones administrativas a su equipo de representación.

—Espero que la hicieras pedazos.

—La guardé para Zoey.

Asintió, avergonzado, complacido, confuso. Después, se echó hacia delante en su silla y, tras un momento de silencio, dijo:

—Has hecho un gran trabajo con ella, mucho mejor de lo que podría haber hecho yo.

—Gracias, Brodie —replicó ella, de nuevo visiblemente sorprendida—. Te lo agradezco de verdad.

Sus miradas se encontraron durante un instante, la de ella trasluciendo una sonrisa de agradecimiento, cargada de vulnerabilidad.

Brodie contaba con experiencia suficiente para saber que la chispa que percibió entre ellos como un ascua desprendida del fuego no era producto de su imaginación, un escalofrío electrizante que recorrió su cuerpo, pero, nada más sentirlo, nada más ver que ella lo sentía también, Maeve se giró bruscamente, como si se hubiera prometido a sí misma no abrir nunca esa puerta.

Capítulo dieciocho

Maeve no había dormido tan bien desde hacía años, acurrucada en una cama individual al lado de Zoey. Había tardado un rato en quedarse dormida, reviviendo la conversación con Brodie, reproduciendo una y otra vez el sutil gesto de asentimiento que le había dedicado para señalar que entendía las decisiones de su pasado. Nunca sería capaz de expresar con palabras lo importante que había sido para ella aquel gesto, que consiguió relajar todos los músculos de su cuerpo aunque fuera un poquito, una tensión que no había sido consciente de llevar auestas durante los últimos ocho años.

Se decía que eso era lo único que le importaba; si se detenía a pensar en las miradas por encima del fuego que le aceleraban el corazón, se convencía a sí misma de que no significaban nada. Brodie dominaba con maestría el arte de las miradas provocativas.

Gruesas mantas colgaban como cortinas sobre las ventanas y el sol se filtraba a través de las rendijas, confirmando a la habitación un brillo cálido y el agradable aroma de la lana caliente. Zoey roncaba suavemente en la cama adyacente. Maeve se debatió entre acurrucarse y dormir un poco más o levantarse y disfrutar de unas valiosas horas a solas antes de que nadie se despertara.

Eligió lo segundo y, tras ponerse el pantalón del chándal y una sudadera naranja con capucha bien holgada, fue a prepararse un café.

En la cocina, le sorprendió ver la cafetera encendida y medio llena, y una nota en la encimera que decía: *¡Sírrete!*, escrita con la clase de caligrafía torcida y decidida que imaginó que emplearía alguien como Brodie.

Se sirvió una taza y miró a su alrededor, pero no había ni rastro de él en la cabaña.

Envolviendo con las manos la gruesa taza de cerámica, salió al porche. Allí ya no había cortinas que bloquearan la luz del sol, que bañaba el porche como una capa de pintura amarilla, filtrándose entre los pinos y álamos temblones, tiñendo las hojas con el dorado color del otoño.

Se sentó en los escalones del porche para contemplar el río, sobre cuya superficie reposaba una neblina cálida, y suspiró al dejarse imbuir por la calma del paisaje.

Fue entonces cuando vio a Brodie nadando allí, con movimientos ágiles y fluidos, el agua resbalando sobre su piel bronceada con cada movimiento, la luz del sol reflejada en las gotas que caían de las yemas de sus dedos, el cabello oscuro echado hacia atrás. Se quedó mirándolo con la taza en los labios. Al darse cuenta de lo que hacía, salió de su ensimismamiento, bebió un trago de café demasiado caliente y se quemó la boca. Y en lugar de pensar en sus brazos bronceados y musculosos, pensó en lo sorprendente que resultaba verlo tan activo y atlético. La hizo avergonzarse de haber estado la noche anterior haciendo el muerto en el agua.

Mientras lo veía nadar entre la neblina, percibió una serenidad en el ambiente que la hizo sentir como una intrusa. Brodie siempre parecía estar dando el espectáculo, y, sin embargo, allí estaba él solo, nadando en el río de su infancia.

Se había vuelto a quedar mirándolo. Cerró la boca, tragó saliva, sintiendo la invasión de su mirada, pero sin poder apartarla.

Antes de que se le pudiera ocurrir ponerse en pie y volver a entrar en la cabaña, él dejó de nadar y, mirando hacia allá, la saludó con la mano al verla.

Maeve forzó una sonrisa y le devolvió el saludo. Intentó comportarse con naturalidad, pero resultaba evidente que había estado observándolo. ¿Cómo era posible que el simple gesto de devolverle el saludo con la mano le pareciera trillado y ensayado, como si fuera una admiradora embelesada?

Brodie nadó hacia la orilla y, cuando llegó a la zona menos profunda, salió caminando del agua. Ella intentó no quedarse

mirándolo otra vez, sin prestar atención al sol reflejado en su torso desnudo.

—¡Buenos días! —le dijo él con una sonrisa.

—Hola. —Vio su toalla colgada de la barandilla y, cuando se acercó lo bastante, tiró de esta y se la lanzó, con la esperanza de que se cubriera con ella.

En su lugar, Brodie se limitó a secarse por encima y a continuación se enrolló la toalla alrededor de la cintura, dejando su pecho al descubierto, los músculos dorados y unos hombros lo bastante anchos para tapar el sol al colocarse de pie frente a ella.

—Se está de maravilla en el agua —comentó, echándose el pelo hacia atrás con ambas manos.

Maeve se lo imaginó en una sesión fotográfica y deseó que regresara la versión anterior que había visto de él, esa en la que no se sabía observado. Al levantar la mirada, lo único que vio fue a él, y su visión quedó impregnada por aquella piel brillante y esos abdominales marcados a base de gimnasio.

—¿Crees que podrías...? —Levantó la mano y señaló vagamente la región de su torso.

—¿Qué? —Brodie pareció confundido.

Maeve arrugó la nariz, avergonzada por tener siquiera que decirlo.

—Ya sabes, cortarte un poquito.

—¿A qué te refieres? —Brodie se miró el cuerpo.

—A esto. —Ella movió la mano arriba y abajo—. El rollito de sesión de fotos.

Brodie soltó una carcajada al entender a qué se refería.

—Perdona —dijo—. ¿La imagen de mi torso desnudo te resulta excesiva?

—Francamente, sí. —Al traste su idea de comportarse con naturalidad—. Sobre todo a las siete de la mañana.

Brodie se rio de nuevo mientras agarraba su camiseta de la barandilla y se la ponía. A continuación, se dejó caer en la silla situada frente a los escalones donde estaba sentada ella. Dejó las manos colgando a los lados de los reposabrazos de la Adirondack y ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Así que te distraigo? —preguntó.

Maeve cerró los ojos un segundo, notó que le ardían las mejillas y se avergonzó de haber dicho nada. Se puso a la defensiva.

—No me distraes. Me pareces demasiado...

—¿Qué?

—Demasiado exhibicionista, supongo.

Él enarcó una ceja fingiendo ofenderse.

Maeve se encogió de hombros como si estuviera limitándose a ser sincera, pero en el fondo sabía que estaba intentando bajarle el ego para estar en igualdad de condiciones.

—A veces, contigo, cuesta distinguir lo que es auténtico de lo que no lo es, Brodie —dijo.

Pero, lejos de desanimarlo, aquello solo le sirvió para esbozar una lenta sonrisa torcida y murmurar:

—Es todo auténtico, cariño.

Maeve sacudió la cabeza en señal de desesperación. Hubo de reírse. Frente a ella, Brodie sonreía con sus hoyuelos y sus ojos voraces, y saltaba a la vista que disfrutaba con la situación.

Exasperada, Maeve agarró su taza de café y se puso en pie.

—¡Devuélveme a la normalidad! —exclamó.

Las carcajadas de él la siguieron hacia el interior de la cabaña.

Capítulo diecinueve

Brodie seguía reclinado en la Adirondack, medio dormido, medio recordando, con entusiasmo renovado, a Maeve enfundada en una espantosa sudadera naranja y señalándole el cuerpo mientras le pedía que se cortase un poquito. A él le había encantado ver sus mejillas sonrosadas y sus intentos por justificar su petición.

La neblina se había disipado del río. Un cormorán se secaba las alas sobre una rama caída. El sol calentaba cada vez más conforme avanzaba la mañana.

Bostezó y estiró los brazos por encima de la cabeza. Cuando los dejó caer a los costados, se dio un susto de muerte al ver a Zoey de pie en los escalones del porche comiendo un tazón de los cereales con malvaviscos que él había llevado.

—En casa no están permitidos —le explicó, metiéndose cucharadas de cereales en la boca.

—Cuando éramos pequeños, a nosotros tampoco nos dejaban.

—¿Y por qué los has comprado? —le preguntó Zoey frunciendo el ceño.

Ya empezaba otra vez con las preguntas.

—Para que creyeras que soy un tío molón y divertido —contestó tras pensarlo unos instantes.

La niña tenía la boca llena de cereales e intentó no reírse.

—¿Me traes a mí otro tazón? —le preguntó Brodie, conteniendo él también la sonrisa.

—Claro.

Dejó el suyo en la mesa del porche y volvió a entrar. Uno o dos minutos más tarde, regresó con un tazón lleno hasta el borde de cereales y leche, llevándolo con la concentración de un funambulista hasta donde estaba sentado él.

—Es genial, gracias —le dijo, aceptando el tazón lleno a rebosar, tratando de no derramárselo encima—. Eres como un sirviente en miniatura.

Zoey volvió a reírse y, recuperando su propio tazón, se sentó en la Adirondack de enfrente, recostándose en ella mientras sujetaba el tazón con ambas manos. Las piernas le asomaban en horizontal por el borde de la silla. Por alguna razón, a Brodie le pareció la imagen más enternecedora que había visto en todo el fin de semana.

Se metió en la boca una cucharada de cereales, tratando de no pensar demasiado en la inesperada explosión de emociones que le produjo verla sentarse en una silla. Mientras masticaba, el dulzor de los cereales le invadió la boca.

—Caray —dijo—. Esto tiene todo lo que no deberían tener unos cereales.

—¿A que están buenos? —convino Zoey, con la boca llena, tratando de que no le resbalara la leche por la barbilla.

—Sí, están increíbles —confirmó Brodie con una carcajada.

Señaló el cormorán y Zoey le preguntó cómo se sabía el nombre. Él respondió que debía de habérselo enseñado su padre.

—Yo no tengo padre —soltó entonces ella.

Brodie se quedó de piedra. El corazón le dio un vuelco, mezcla de anhelo y terror. No sabía cómo responder. ¿Qué debería decir? De ningún modo podría decirle la verdad sin que Maeve estuviera presente. Empezaron a sudarle las palmas de las manos. Ni siquiera tenía claro que estuviera preparado para decírselo. De manera que, tras una pausa ligeramente prolongada, contestó:

—Te doy al mío si lo quieres.

Ella puso los ojos en blanco como si estuviera diciendo tonterías y después ahogó un grito al ver a un pez saltar en el agua. A Brodie le alivió profundamente aquella distracción.

—¿Quieres ir a pescar?

—¿Los peces se mueren al pescarlos?

—Por lo general, sí.

Zoey dejó la cuchara en su tazón y lo pensó unos instantes.

—¿Y nos los comeremos?

—Sí.

—Vale.

—Bien. Deja que vaya a cambiarme y sacamos la barca. —Se levantó de un brinco, ansioso por un respiro, con el corazón aún desbocado por el comentario acerca del padre. Mientras subía los escalones del porche, se dio cuenta de que debería preguntarle a Maeve si le parecía bien que se llevase a Zoey a pescar y dijo—: ¿Dónde está tu madre?

—Haciendo yoga —repuso Zoey moviendo los pies, que asomaban por el extremo de la silla al ritmo de alguna melodía de su cabeza mientras se terminaba los cereales.

Brodie tuvo que hacer un esfuerzo por no dar marcha atrás. El yoga era otro de sus fetiches. Las mujeres siempre lo hacían en el yate, generalmente en ropa de baño —concluyó—, para que los hombres que se encontraran a bordo pudieran contemplar sus respingones traseros durante el desayuno. Una actitud cínica, era consciente, pero solo porque él hacía lo mismo: se bajaba el traje de neopreno antes de salir del agua con la tabla de surf debajo del brazo; hacía *snow* vestido solo con una camiseta térmica blanca de manga larga y pantalones de esquí, con el cabello revuelto. Sabía cuáles eran sus mejores ángulos.

Zoey entró con él y sacó su iPad para ver la tele en el salón. Brodie subió al piso de arriba con el pretexto de cambiarse, pero en realidad era porque le intrigaba la imagen de Maeve haciendo yoga.

En el rellano, aflojó el paso al acercarse a la puerta de su dormitorio, que estaba entreabierta. Miró a través de la rendija y la vio de pie sobre una pierna, con los brazos por encima de la cabeza y los ojos cerrados, vestida con unos *leggings* negros y un chaleco gris. Ropa sencilla e insulsa. Nada de *athleisure* llamativo ni bikinis minúsculos. Estaba haciendo yoga de verdad. Mientras la observaba, se distrajo mirando la pátina de sudor que le cubría la piel, su rostro relajado y sereno, el cabello recogido en la coronilla, con algunos mechones que le caían por el cuello. La tranquila simplicidad de la imagen lo dejó sin aliento. Dio un paso atrás sintiéndose de pronto un intruso, incluso algo avergonzado de su visión del mundo, y fue a ducharse y cambiarse.

Esperó abajo, viendo YouTube con Zoey, hasta que Maeve bajó a reunirse con ellos, deteniéndose al pie de la escalera.

Vestía unos pantalones a la altura de las rodillas y una camiseta blanca holgada, los horrendos zapatos de champiñones y el cabello todavía recogido en la coronilla después del yoga, como si estuviera haciendo un esfuerzo consciente por repelerlo y, aun así, por algún extraño motivo, le provocaba justo el efecto contrario.

—Mamá, Brodie me va a llevar de pesca —dijo Zoey emocionada, con un ojo todavía en la pantalla del iPad.

Maeve asintió y dijo:

—¿Sabes que los peces se mueren, Zo?

—Sí —respondió la niña como si fuera evidente.

Brodie, que no quería parecer un padre inútil y despreocupado, dijo:

—Se lo he dicho yo. Está más que preparada para las consecuencias.

—De acuerdo —respondió Maeve tras meditarlo unos instantes—. Pues buena suerte.

Zoey se levantó de un brinco y fue a ponerse sus Crocs. Brodie salió con Maeve y le dijo:

—¿Quieres venir tú también?

—No —respondió ella negando con la cabeza—. Me parece que es bueno que paséis tiempo los dos solos.

Brodie experimentó una inesperada punzada de decepción al ver que no estaba deseosa de pasar más tiempo con él.

—¿Estás segura?

—¿Una hora aquí sola leyendo mi libro en completo silencio? —respondió Maeve con una carcajada—. Segurísima.

El se rio también porque, tras haber pasado solo un día agotador, compartía ya aquella broma sobre la paternidad. Por un segundo, experimentó algo físicamente imposible: se sintió ligero y contento y, al mismo tiempo, notó como si tuviera el peso del mundo entero sobre los hombros.

Corrió hacia la barca, tratando por todos los medios de no sentir nada en absoluto.

Se trataba de un pequeño bote de remos. El mismo que solían utilizar Ethan y él. A Ethan le encantaba remar y, con mucha frecuencia, eso implicaba que Brodie podía relajarse en la proa y disfrutar del paisaje, o dormir un poco. Ese día, sin embargo, él manejaba los remos mientras Zoey preguntaba cosas del estilo de: «¿Y los peces se mueren enseguida?», y al mirar el anzuelo de la caña y la caja de gusanos secos que él había encontrado en el armario de la pesca: «¿Y crees que les duele?».

Para cuando se encontraban a medio camino del mejor rincón del río para pescar, Brodie, que se debatía porque nada le gustaba más que salir de pesca, preguntó:

—Zoey, ¿prefieres que nos limitemos a mirar los peces en lugar de pescarlos?

Ella levantó sus grandes ojos marrones hasta encontrarse con los suyos y, tras una breve pausa, dijo que sí con la cabeza.

—De acuerdo —convino él, sonriendo para sus adentros. Entonces, al verla acomodarse, visiblemente aliviada de saber que ningún pez resultaría herido durante la excursión, le entregó los remos—. Tu turno.

—Ja, ja —replicó ella con ironía, y por un momento le recordó a su hermano gemelo, Noah. Aquello le produjo un sobresalto. Era la primera vez que veía realmente en ella el parecido con la familia Carter; y, cómo no, resultaba ser cuando Zoey lo miraba con sorna. Una vez más, el sentimiento fue una mezcla de orgullo y de terror asfixiante.

—No, en serio —le dijo—. Estoy cansado. Ponte a remar.

—Tengo ocho años —respondió ella confundida—. Yo no remo.

Brodie recogió los remos, colocó las manos detrás de la cabeza y se tumbó boca arriba.

—Vale, pues entonces tendremos que quedarnos aquí.

Zoey se quedó evaluándolo con la mirada, la cabeza torcida, tratando de dilucidar si hablaba en serio o no. Ahora se parecía a Maeve. Brodie la observaba disimuladamente con los párpados medio cerrados. Al no verlo hacer ademán de moverse, Zoey

refunfuñó y, echándose hacia delante, agarró los remos y empezó a remar, levantándolos casi por encima de su cabeza con cada palada.

Brodie abrió un ojo y la observó. La imagen lo hizo sonreír. Si no iba a aprender a pescar, por lo menos aprendería a remar. Al pensarlo, se sintió de pronto como su padre cuando lo obligaba a hacer algo que a todas luces era demasiado joven para hacer o se mostraba reacio a hacerlo. Se dio cuenta de que obligar a tu hijo a hacer algo de lo que se consideraba incapaz le reportaba cierto orgullo.

Tumbado en la barca, se agitó un poco, algo incómodo. Resultaba extraño empatizar con su padre. No tenía claro si aquello era bueno o malo.

Capítulo veinte

Maeve levantó la vista de su libro y vio a Zoey remando en dirección a la orilla. Los remos no paraban de salirse del agua a mitad de palada, o a veces ni siquiera llegaban a impactar contra la superficie, pero era evidente que se estaba esforzando al máximo e iba progresando, aunque fuera despacio.

Brodie estaba recostado sobre los codos.

Cuando se acercaron, se hizo cargo de los remos para llegar hasta tierra y Zoey bajó de un salto aunque todavía se hallaban en la parte menos profunda, salpicándose los pantalones cortos de tanta prisa como tenía por contárselo todo a su madre.

—No pasa nada, no hemos matado ningún pez, pero Brodie me ha obligado a remar, que es injusto, pero al final me ha dado igual. Y, mira, me ha salido una ampolla en la mano. —Le mostró la piel sonrosada de la palma de la mano.

—Parecía un trabajo difícil —la elogió Maeve—. Bien hecho.

Brodie se acercó corriendo tras dejar el bote encallado en tierra firme.

—Lo ha hecho muy bien —dijo—. Ha nacido para ello.

Maeve notó una punzada de celos al pensar que, aparentemente, Brodie era capaz de persuadir a Zoey para hacer cualquier cosa. Ni por lo más remoto se imaginaba que su hija hubiese accedido a remar si se lo hubiera pedido ella.

Sin embargo, mientras Zoey procedía a contar cada segundo de la excursión con todo lujo de detalles y emoción —en especial la parte en que Brodie había dicho que no tenían por qué pescar—, además de aquella ligera envidia, Maeve sintió otra cosa que no logró identificar.

Brodie se plantó junto a Zoey y, quitándole un bicho o algo del hombro de la camiseta, declaró:

—Lo has hecho de maravilla. Mucho mejor que yo a tu edad. Esta niña tiene buenos músculos. —Le dio un apretón a Zoey en el bíceps y ella lo flexionó con orgullo—. ¡Mira eso! —agregó con fingido asombro.

Maeve observó la interacción, el cuidado que ponía Brodie con Zoey, lo bien que se lo habían pasado juntos, y se dio cuenta de que el sentimiento que afloraba dentro de ella era de esperanza.

Quizá aquello fuera posible. No deseaba concederle demasiado espacio, tan solo un pequeño hueco en las defensas que había levantado en torno a él para tal vez dejarlo entrar; solo si se esforzaba de verdad!

Pasaron el resto del día juntos. Zoey se dedicó a dibujar y a prensar flores con Maeve. Brodie le enseñó a lanzar piedras planas para que rebotaran en el agua y después ella lo obligó a hacer saltos mortales y pinos en el agua. De vez en cuando, Brodie se dejaba caer en una silla, pero entonces Zoey le tiraba del brazo para que volviera a levantarse para hacer un concurso de zambullidas o algo parecido.

Cuando Zoey se cansó mucho, entraron en la cabaña y ella se puso a ver la tele. Brodie y Maeve volvieron a sentarse en el porche.

—¿Qué estarías haciendo ahora en circunstancias normales? —le preguntó Maeve.

Brodie lo pensó unos segundos, consultó el reloj y respondió:

—No sé, de sobremesa en algún lado. O haciendo surf, si estuviera en casa.

—¿En casa? —repitió ella—. ¿Dónde dirías que está tu casa?

—Ahora mismo, en Malibú —repuso—, pero no sé si lo considero mi hogar.

Maeve dio un trago al vaso de agua que había sacado consigo. En la hierba, los pájaros picoteaban las migas del almuerzo.

—¿Y dónde está tu hogar?

—En ninguna parte —respondió Brodie con una sonrisa tras pensarlo un momento—. Y en todas partes.

Ella miró hacia el cielo, sintiendo que su estilo de vida era incorregible.

—¿Y cuál sería tu plan... con Zoey... si..., o sea, cuando le digas quién eres?

—Estaré aquí —dijo encogiéndose de hombros, como si fuera lo más normal.

—¿Todo el tiempo? —preguntó ella, frunciendo el entrecejo con incertidumbre.

—No todo el tiempo —repuso él como si eso fuera una locura—. Pero sí cuando quiera verme.

Maeve se puso en pie al descubrir que aquella conversación la ponía demasiado tensa.

—¿Y qué pasa si quiere verte todo el tiempo? —preguntó, apoyándose contra la barandilla.

Brodie se quedó callado, en ausencia de una respuesta inmediata. A continuación, sonrió y dijo:

—Pues parte del tiempo que quiera verme.

Maeve frunció el ceño.

Brodie se levantó también y se acercó a ella.

—Estoy de broma. Estaré aquí —le aseguró—. Ya se nos ocurrirá algo. Momentos en los que tenga que estar aquí y momentos en los que no.

Maeve asintió, notando que lo tenía demasiado cerca para poder concentrarse. Se dio la vuelta y dirigió sus pasos hacia el agua. Lo que Brodie había dicho era justo, pero le encogía un poco el corazón: «Momentos en los que tenga que estar aquí».

Jamás habría esperado de él algo más que una disponibilidad parcial, pero siempre quedaba ese resquicio de esperanza.

Esperanza. Dio una patada a una piedra. Daba la impresión de que la vida con Brodie exigiría gran cantidad de esperanza. Dejándose embelesar por esa sonrisa persuasiva, abrigando la esperanza de que no la decepcionara.

—Maeve —dijo él, de pie junto a ella en la orilla—. No te preocupes tanto.

Ella le lanzó una mirada. ¿Tan evidente resultaba?

Ahí estaba otra vez esa sonrisa. No debería haber mirado.

Pero estaba mirando. El bosque en torno a ellos de pronto se le antojó callado. Se fijó en la curvatura de sus labios al sonreír, en el lento parpadeo de sus oscuras pestañas, en el embrujo hipnótico de su mirada azul cielo. Y se acordó de todo, como si estuviera sucediendo en aquel mismo instante. De cómo él había estirado el brazo, tan cerca, de cómo ella se había echado ligeramente hacia delante, atraída por el hilo invisible del deseo, de las ganas de sentir la palma de su mano acariciándole la mejilla, de besar y ser besada como aquella noche tan trascendental, de revivir un momento grabado con tal intensidad en su memoria que le provocó un escalofrío que le recorrió la espalda.

Entonces vio la araña patuda y negra que tenía en el hombro.

—Brodie, tienes una araña en el hombro. ¡Dios mío! —Ahogó un grito.

Brodie se quedó paralizado, miró a su derecha y vio la enorme araña negra que le trepaba en dirección al cuello, y entonces se volvió loco, empezó a sacudirse la camiseta y a dar saltos de un lado a otro, horrorizado. Se sacó la camiseta por la cabeza y la arrojó al suelo antes de darse la vuelta y entrar corriendo al agua y zambullirse por completo.

Maeve no pudo por menos de observar su reacción con gesto perplejo.

—¿Crees que ya se ha ido? —preguntó él cuando emergió del agua.

—Yo creo que sí —contestó Maeve con una carcajada, todavía asombrada por su reacción.

Brodie exhaló y se retiró el pelo de la cara.

—Ha estado cerca —dijo estremeciéndose, y comenzó a salir del agua.

—Es cierto que no te gustan nada las arañas, ¿eh?

—Las odio. —Se estremeció de nuevo. Su torso bronceado resplandecía con el agua y su rostro traslucía una vulnerabilidad enternecedora mientras sacudía la camiseta. No había fachada, no fingía hacerse el macho. Estaba a punto de volver a ponérsela cuando se detuvo y dijo—: Mejor me pongo otra distinta.

—Brodie —respondió Maeve—, creo que el pobre bicho ya no está.

—No pienso correr el riesgo. —Arrojó la camiseta al suelo, incapaz siquiera de mantenerla en las manos.

Ella lo siguió de regreso a la cabaña, llevando consigo la camiseta aún caliente por el roce de su piel, pensando que habían logrado escapar todos por un pelo.

Capítulo veintiuno

Brodie se montó en su coche con una sonrisa dibujada en la cara. Por el espejo retrovisor, vio el Volvo plateado de Maeve dar marcha atrás para ascender por la abrupta pendiente en dirección al camino de tierra principal, Zoey sentada en la parte de atrás, con la ventanilla bajada, despidiéndose con la mano. Él llevaba el Aston Martin descapotado, y la miraba de reojo, devolviéndole a ratos el gesto y, de vez en cuando, poniendo caras tontas. Eso le recordó a cuando se montaba en un coche cuando estaba de gira, con las chicas gritando y agitando las manos. Solía hacer alguna estupidez como levantar los dos pulgares y sacar la lengua, y ellas se volvían todavía más locas. En aquel entonces, le encantaba que lo adorasen, era adolescente, ¿cómo no iba a gustarle? Pero no era algo que siguiera anhelando, constituía un alivio no tener que rastrear los arbustos en busca de *paparazzi* o esconderse tras una gorra de béisbol cada vez que se aventuraba a ir al centro.

Pero, con Zoey, parecía haberse vuelto adicto a que lo adorase. Esa idolatría. Se le hinchaban el pecho y el ego al sentir que había bordado el tema de la paternidad. No alcanzó a ver a Maeve a causa del sol que se reflejaba en el parabrisas, pero se la imaginó poniendo los ojos en blanco si supiera los pensamientos que le rondaban por la cabeza.

Maeve. Recordó aquel momento junto al río. Habría querido matar a la puñetera araña. Aunque probablemente debería darle las gracias. No le parecía buena idea cruzar esa barrera con la madre de su hija. Eso complicaría demasiado las cosas.

—¡Hasta luego, cocodrilo! —gritó Zoey cuando el Volvo alcanzó el camino principal.

Brodie ahuecó las manos y, gritando, respondió:

—¡No pasaste de caimán!

Zoey se alejó partiéndose de risa y él juró haber visto el atisbo de una sonrisa en el rostro de Maeve al acelerar, cosa que le produjo más arrogancia de la que debería.

Se volvió y miró hacia la cabaña de madera, el reflejo de los pinos en el río, las nubes que volaban sobre la montaña, y notó su cuerpo invadido por un extraño calor al que no estaba acostumbrado.

Volvió a traerle a la mente más recuerdos de la infancia: acudir ahí a alborotar con sus hermanos, pero también el recuerdo de estar en casa, de su madre preparando tortitas en los días de vacaciones. Verse sentado en el sofá con el pijama puesto cuando fuera nevaba. Jugar al baloncesto bajo los rayos de sol. Un tiempo en que era demasiado pequeño para ser de utilidad en el rancho salvo para dar de comer a las gallinas.

Se detuvo a pensar, con la muñeca apoyada en el volante, en todos los pequeños momentos que había disfrutado de niño. Había tenido que soportar el grueso del trabajo en la granja, pero había partes que le gustaban: los caballos, jugar al polo con Logan; y también disfrutaba montando en *quad* con Jack, y la camaradería que se creaba durante los grandes acontecimientos, como el marcado de las reses y el arreo del ganado. Eran los intervalos entre tareas lo que le gustaba. Tumbarse en la hierba bajo el calor abrasador cuando llegaba el agotamiento y que uno de sus hermanos le echara un cubo de agua por encima, hablar de chicas que les gustaban del colegio cuando regresaban de alguna tarea mundana, abrir una Coca-Cola bien fría después de limpiar los establos. Todos esos momentos que sucedían cuando se terminaba el trabajo. O quizá todos los momentos en los que su padre no estaba presente.

Con un suspiro, puso en marcha el motor y arrancó, prestando atención al terreno pedregoso para no dañar el coche, aunque curiosamente menos preocupado ahora, como si el espacio dedicado en su cabeza a semejantes frivolidades se hubiera visto reducido al tener que pensar en la vida de una niña.

La idea le provocó un escalofrío y le hizo buscar en su interior a la persona que se preocuparía del daño que una piedra podría causarle

al chasis.

Al llegar a la carretera, empezó a llover y se distrajo intentando subir la capota. Fue una buena transición fluida. Se vio arropado en el interior oscuro del vehículo, con la música atronando por encima del ruido de los limpiaparabrisas, mientras el sol dibujaba un arcoíris en el espejo retrovisor, algo que, si aún escribiera canciones, quizá añadiría como metáfora de algo que era incapaz de nombrar. Algo que, si Ethan estuviera allí, eliminaría tachándolo de cliché. Esa idea lo hizo sonreír con tristeza. A continuación, se detuvo y llamó a su hermano Noah para ver si le apetecía ir al Firestone a tomar una copa.

Noah lo convenció para pasar más tiempo en el rancho. Le dijo que su madre tenía muchas ganas de mostrarle The Silver Pantry, su nuevo proyecto. Brodie albergaba la cínica sospecha de que aquella nueva empresa era la forma que tenía Martha de atraer a sus hijos al rancho, de ofrecerles y mostrarles algo que fuera suyo y no estuviera tan vinculado a su padre y al rancho. O tal vez aquello fuera injusto y su madre simplemente deseara tener algo suyo. No lo tenía claro.

De un modo u otro, al día siguiente se pasó a visitar el rancho. Seguía lloviendo a intervalos. Cayó con fuerza por la noche, pero durante el día se convirtió en una llovizna veraniega. Aguardó a que escampara, a que el sol asomara detrás de las nubes antes de dirigirse hacia allá.

Las carreteras de Autumn Falls seguían resultándole muy familiares, pese a haber estado fuera tantos años. Cuando llegó al desvío del rancho Silver Sky, aminoró y miró hacia las grandes verjas situadas al final del camino, tratando de imaginarse la vida tras ellas. Se vio a sí mismo bajando a desayunar cuando era niño, sirviéndose demasiados cereales porque estaba distraído charlando con sus hermanos, riéndose, derramando la leche. El sonoro suspiro de su padre. Quizá por eso le había llevado a Zoey los cereales con malvaviscos y se había mostrado encantado de que le llenase el tazón hasta el borde. El suspiro de Emmett aún resonaba en su cabeza. Creía oírlo cada vez que salía dando tumbos de una discoteca después de una noche de fiesta, y con total deliberación se

iba a tomar una copa más; cuando enfilaba sus esquís hacia un empinado fuera de pista; cuando volaba a Hawái porque allí había unas olas de escándalo o celebraba una fiesta en su casa de Malibú sin ningún motivo más allá de que podía hacerlo. Todas esas cosas parecían ser una batalla contra aquel suspiro.

Brodie aparcó en el extremo del camino más cercano al edificio de The Silver Pantry, alejado del rancho principal. No deseaba admitir que lo hacía para evitar a su padre, pero ese era probablemente el motivo.

The Silver Pantry se ubicaba en lo que antes fuera un viejo granero, aunque sería imposible saberlo solo con verlo ahora. Lo habían reconstruido, con un porche que cubría la amplia puerta de entrada, cubos galvanizados llenos de flores en el exterior y enormes ventanales. Habían pintado la fachada de listones de madera de un elegante gris claro, con las palabras *The Silver Pantry* escritas sobre la madera en un tono más oscuro justo encima de la puerta.

En cuanto su madre lo vio a través de la ventana, abrió de un tirón la pesada puerta del establecimiento.

—¡Brodie! Hola, cariño. —Al rodearle el cuello con los brazos, Brodie percibió su olor de siempre, a perfume y a mamá. Cuando se apartó, se miró el delantal manchado de frutas de verano y agregó —: Perdona que esté hecha un desastre. Estoy haciendo mermelada.

—No estás hecha un desastre —le aseguró él, sacudiendo la cabeza solo con pensarlo—. Estás preciosa.

Ella restó importancia al cumplido con un gesto de la mano, fingiendo avergonzarse, pero Brodie la vio sonreírle con ternura.

—¿Qué te parece? —le preguntó ella, señalando la fachada del edificio.

Brodie dio un paso atrás y levantó la vista.

—Ha quedado increíble —respondió. Entonces frunció el ceño al mirar más arriba y ver aparecer a su padre en el tejado.

Martha vio a Emmett al mismo tiempo y explicó:

—Hay una grieta que no descubrimos hasta que empezó a llover anoche. La está arreglando tu padre. Le he dicho que llame a un techador, pero insiste en hacerlo él. Se está excediendo mucho.

—¿Y eso por qué? —Brodie se apartó más para poder ver mejor a su padre, que contemplaba el tejado con el entrecejo fruncido.

—Supongo que no quiere admitir que se está haciendo viejo —respondió su madre encogiéndose de hombros.

Brodie resopló. En su cabeza, su padre siempre había sido viejo. Viejo y gruñón.

—Creo que quizá se deba a que ha habido muchos cambios últimamente —prosiguió Martha—. El regreso de Logan, que Noah esté más centrado... —Miró intencionadamente a Brodie, pero no dijo más al respecto; él sabía que su madre no estaba de acuerdo con su estilo de vida—. Imagino que le hace pensar en todo aquello que ha quedado atrás. —Hizo una breve pausa—. En Jack. —Frunció los labios al recordarlo—. En Ethan, que a saber dónde estará. Pues, claro, se preocupa.

Brodie miró de nuevo hacia arriba, contempló el perfil de su padre en el tejado y no le convenció el argumento de su madre. Pero, tal vez porque sintiera que las cosas habían cambiado de manera intrínseca ahora que él también era padre, o quizá llevado por una lástima inusual al pensar que lo que decía su madre pudiera ser cierto, gritó:

—¿Te echo una mano?

—¿Quién lo pregunta? —respondió su padre con un grito.

—Yo.

—No —contestó Emmett tras una pausa—. Estoy bien.

Brodie frunció el ceño. En circunstancias normales, se reiría y dejaría correr el asunto, pero aquel día era diferente. Sentía que él era alguien diferente. Acababa de pasar un fin de semana con su propia hija.

—Puedo ayudarte si quieres ayuda.

—Me apaño bien así, gracias —dijo su padre riéndose para sí—. Trabajo más rápido yo solo.

Brodie se metió las manos en los bolsillos y se sintió absurdamente avergonzado por el desprecio de su padre, en especial con su madre allí mirando. No porque fuera a juzgarlo, sino porque no quería provocarle lástima, y aun así acertó a vislumbrarla en su cara. Sabía que, de haber sido cualquier otro —Noah, Logan e

incluso Ethan—, su padre habría dicho que sí. Y, por lo general, a él le daría igual. Pero aquel día pareció agravar un sentimiento que no deseaba explorar. Potenció la imagen que tenía de sí mismo, la de ser el tipo de persona que alguien no desearía que formara parte de la vida de su hijo.

Sintió un vacío en la tripa. Zoey lo tenía en altísima estima y, sin embargo, su padre lo veía con muy malos ojos. Qué patético era sentirse idolatrado por una niña de ocho años. ¿Y por qué? Por comprar unos cereales poco saludables y por disfrutar viendo YouTube. Miró a su padre y se preguntó cómo lo miraría si lo hubiera visto confeccionando pulseras de Taylor Swift o disfrazándose con Zoey con los vestidos de concursos de belleza de la tía Eleanor.

Sería la misma mirada que le dedicaba cuando, de niño, escribía una nueva canción: no era indiferencia, era inexpresividad. Como si, al no tratarse de ganado, de pesca o de algo similar, para su padre careciera por completo de importancia.

No quería ni pensar en lo que opinaría su padre si se enterase de que Brodie había engendrado a una niña sin saberlo.

Por suerte, le sonó el teléfono en ese preciso momento, aliviando la tensión. Era su amigo Caleb, que llamaba para preguntarle por su excursión en barco.

Brodie se quedó mirando el sendero de grava mientras Caleb se enfrascaba en un relato acerca del estrés y las calamidades que había supuesto llevar el barco hasta el puerto. Mientras su amigo hablaba, él barría las piedrecitas con el pie y se reía.

Su madre se quedó allí un rato, pero Brodie le hizo un gesto para indicar que tardaría cinco minutos, de manera que volvió a entrar para seguir con su mermelada.

—Bueno —dijo Caleb al teléfono—, entonces, ¿a qué hora llegas?

Brodie rodeó el granero por un lateral.

—Lo cierto es que no tengo claro que vaya a poder ir —dijo con una mueca de arrepentimiento.

—¿Qué?! ¡No podemos ir sin Brodie!

Brodie sonrió y se imaginó con anhelo la espuma de las olas en la cara.

—Tengo algunos asuntos que gestionar aquí —se excusó.

—¿Qué cojones tienes que gestionar que sea más importante que San Diego?

Brodie miró a través de la ventana de la despensa y vio a su madre empleando un cazo para meter la brillante mermelada carmesí en hileras de tarros de cristal.

—Cosas de la vida —explicó vagamente, sabiendo que sonaba esquivo.

—A mí me da que tienes una oferta mejor, Brodie. ¿La conozco?

—No, es que... —No le apetecía dar explicaciones, no deseaba la intrusión del mundo exterior, de forma que respondió—: No, no la conoces.

Alzó la mirada y vio a su padre darse la vuelta como si hubiera estado escuchando la conversación. Suspiró, porque, claro, precisamente su padre tenía que oír esa parte en concreto.

Después de intentar convencerlo un rato más, Caleb colgó el teléfono.

Brodie se guardó el móvil en el bolsillo.

Sobre su cabeza, oyó un ruido y vio que una de las tejas resbalaba del lugar donde su padre estaba intentando arreglar la gotera, pues se le había escurrido entre las manos. Se quedó atascada unos segundos en el canalón y su padre gritó:

—¡Cuidado!

A continuación, la teja cayó y se agrietó al golpear el suelo.

—Joder. —Sentado a horcajadas sobre el tejado, su padre comenzó a arrastrarse hacia la escalera. No era propio de Emmett que se le escurrieran las tejas. No cometía errores y no le haría ninguna gracia.

—¿Quieres otra? —Junto a la puerta lateral había una pila de tejas a estrenar.

Emmett se detuvo.

—Quédate ahí, yo te la subo —dijo Brodie, decidido de pronto a que lo viera como alguien útil, quizá simplemente a que lo viera.

Emmett no respondió, pero tampoco siguió acercándose a la escalera. Brodie lo interpretó como un sí.

Agarró una teja y empezó a subir. Se detuvo al llegar arriba y estiró el brazo para alargársela a su padre.

—Gracias.

Brodie asintió.

Estaba a punto de volver a bajar cuando reparó en las vistas. Desde allí arriba se divisaba todo el rancho. Los graneros de tejados rojos, el prado, los pastizales, hasta las montañas.

—¿Ocurre algo? —quiso saber su padre.

Brodie frunció el ceño al oír su tono, como si quisiera que se fuera.

—No, solo estaba contemplando las vistas.

Emmett echó un vistazo rápido y después siguió con sus tejas. Estaba claro que había visto aquello cientos de veces.

A Brodie le dio la impresión de que lo estaba despachando. Imaginó que, de haber sido Noah, lo más probable era que su padre le hubiera pedido consejo. Noah treparía hasta allí con agilidad y juntos repararían el tejado. Joder, seguro que habían reconstruido el granero los dos juntos en un primer momento.

No estaba celoso. No quería eso. Llevaba una vida espléndida haciendo cosas de las que disfrutaba. De nuevo pensó con anhelo en la excursión en barco y se reprendió por haberla rechazado.

—¿Te vas a quedar ahí plantado todo el día?

Brodie se quedó mirando a su padre con incredulidad, observó su barba canosa, el maltrecho sombrero que llevaba siempre puesto, la camisa de cuadros, zurcida y remendada tantas veces que casi ya no le quedaba nada del tejido original, los rasgos severos y familiares de su rostro. Pero entonces, delante de sus narices, su padre le pareció de repente mayor de lo normal, quizá más frágil. O quizá fuese esa la realidad, mientras que lo único que él veía siempre era aquel recuerdo temible.

Se había criado con pánico a aquel hombre. Siempre en guardia cuando estaba cerca de él, alerta a las reprimendas constantes, los rapapolvos, los suspiros de insatisfacción, las miradas. Pero lo que más le costaba asimilar era la sensación de que no le caía bien pero lo soportaba. La decepción impenetrable, como si a su padre no le quedara otro remedio que aguantarlo. No había amor ni respeto. Si tuviera que renunciar a uno de sus hijos, Brodie sabía que lo escogería a él. Incluso Jack, pese a sus discusiones con Emmett, había sido un buen ranchero cuando se veía obligado, y un

competidor despiadado. Brodie nunca lograba estar a la par. A él le gustaban la diversión y las bromas, conocer gente nueva y pasarlo bien; todo aquello que su padre despreciaba.

Mirándolo ahora, con la cabeza agachada sobre su tarea, pensó que, como padre, él nunca querría ser de esa forma.

Y, aun así, le dieron ganas de contarle que había obligado a remar a Zoey y al final ella había acabado disfrutándolo. ¿Qué esperaba de Emmett? ¿Orgullo?

Ser hijo de aquel hombre implicaba vivir siempre cautivo de él. Y, no obstante, su padre parecía no tener idea del papel tan monumental que había desempeñado en su vida.

—¿Alguna vez te he caído bien? —No pretendía decirlo en voz alta. O tal vez sí. Quizá hubiera llegado el momento.

—¿Perdona?

—Ya me has oído.

Emmett dejó sus herramientas y se quedó unos instantes reflexionando sobre sus palabras, con la cabeza agachada, los ojos ocultos bajo el sombrero.

Brodie no oía nada salvo el golpeteo de su corazón en el pecho. Se sintió como un niño. Como Zoey. Se los imaginó en una situación similar: ella mirándolo llorosa con sus grandes ojos marrones, desesperada por que le diera algo que él no sabía si podía darle.

Su padre alzó la vista, con los ojos tan entornados, tan desdeñosos, que Brodie apenas alcanzaba a verlos.

—Mi trabajo como padre no era ser tu amigo, Brodie, sino convertirte en un hombre.

Brodie sintió que le temblaban los músculos en tensión a causa de la vergüenza que le provocaba la frialdad en las palabras de su padre.

—Enseñarte el valor del trabajo duro, de la responsabilidad y el respeto. Para que pudieras salir al mundo y tomar buenas decisiones. Para que encontraras un propósito. Te casaras con una buena chica. Formaras tu propia familia. —Pareció dejar una pausa deliberada para que ambos pudieran recordar su desastroso matrimonio con Celeste. Vio a sus padres, que solo habían coincidido con la novia en una ocasión, durante la fastuosa ceremonia,

sentados entre multitud de celebridades, fuera de lugar e incómodos. Después, sus rostros cuando les dio la bienvenida a la impresionante mansión que se había comprado, que contaba hasta con un estanque japonés lleno de carpas *koi* y un invernadero para mariposas.

El posterior silencio de su padre dio a entender que había fracasado a la hora de inculcarle tales valores a su hijo.

Brodie no entendía cómo era posible que su padre estuviese avergonzándolo por su desastroso y brevísimo matrimonio —un error que cometió a los veintitantos años—, cuando estaba de pie en lo alto de una escalera preguntándole por qué siempre lo había mirado por encima del hombro.

—No estoy hablando de mi matrimonio ni del grupo musical. ¡Estoy hablando de antes de todo eso! —exclamó, haciendo un esfuerzo, aun sabiendo que sus palabras caerían en saco roto—. Hablo de cuando era niño. ¿Alguna vez te paraste a pensar que no valía lo mismo para todos? ¿Alguna vez me miraste y pensaste: «Lo que estoy haciendo no funciona»?

—¡Claro que sí! —le espetó Emmett, feroz como un cocodrilo.

«Hasta luego, cocodrilo».

«Tienes una hija».

Brodie temió por un momento estar a punto de perder el equilibrio sobre la escalera, la cabeza le daba vueltas, se notaba mareado. Miró un instante las tejas para recuperar el aliento y después miró a su padre y preguntó:

—¿Y por qué entonces no hiciste nada distinto?

Pero Emmett no respondió. Volvió a bajar la cabeza y se concentró en la tarea de reparar el tejado.

Brodie bajó las escaleras prácticamente volando de tanta prisa como tenía por huir del frío desaire de su padre. A lo lejos, en el camino de acceso, vio su coche refulgir bajo los rayos de sol.

Su madre salió de The Silver Pantry y dijo:

—¿Vienes a echar un vistazo? He abierto un refresco de flor de saúco y... —Se detuvo al ver la expresión de Brodie—. ¿Qué ocurre?

Brodie sacudió la cabeza y fingió que todo iba bien.

—Nada.

Su madre miró hacia arriba, donde Emmett aporreaba el tejado con el martillo. Brodie no alzó la vista.

En su lugar, forzó una sonrisa y, colocándole una mano a su madre en el hombro, respondió:

—¡Me encantaría tomarme un refresco de flor de saúco! Venga, enséñame la tienda.

Capítulo veintidós

Brodie hizo lo posible por transmitir entusiasmo mientras su madre le mostraba escobas trenzadas a mano, aceite de oliva artesanal y jabones de manteca de karité con capullos de rosa en su interior. Se tomó un par de vasos de refresco y se apoyó contra el reluciente mostrador de madera, asombrado por la cantidad de trabajo invertido en aquel lugar. Pero, cuando llegó el momento de marcharse, se montó en su coche y cruzó las verjas antes de que nadie pudiera detenerlo.

Durante el trayecto de vuelta a casa, empezó a llover de nuevo. Las nubes pendían bajas y grises en el cielo. Se preguntó si sería demasiado tarde para llamar a Caleb y volver a apuntarse a la excursión en barco.

Le sonó el teléfono mientras pensaba en ello y vio el nombre de Maeve en la pantalla. Sin saber por qué, aquella imagen compensó el último par de horas. Le imbuyó de una nueva sensación de, si no felicidad, al menos interés.

—¿A qué debo el placer? —preguntó al descolgar.

Ella se mostró resuelta.

—Me han convocado a una reunión. Carole va a recoger a Zoey del colegio, pero me preguntaba si..., bueno... —Vaciló como si de pronto hubiera reflexionado lo que estaba a punto de decir—. Seguramente estés ocupado, pero...

—No estoy ocupado. —Se incorporó a Main Street.

—Vale. Pues... me preguntaba si querrías hacerte cargo cuando lleguen a casa. Ya sabes, cuidar de Zoey. Solo si quieres. Con Carole está bien.

—¿Carole la que le hace lavarse la cara con una manopla?

Maeve se rio.

Él notó un cosquilleo por la espalda.

—No es tan mala.

Brodie sonrió como un idiota mirando la carretera, imaginándose la cara de Maeve mientras hablaba, el vestigio de la carcajada que había dejado escapar en contra de su voluntad. Por él. Eso le hizo sentir peligrosamente bien. Un placer culpable que debería evitar. Pero a Brodie se le daba muy mal evitar la emoción del placer.

—Sí, me encantaría hacerlo.

—¿Seguro?

—Por supuesto.

Siguió una pausa.

—Gracias, Brodie.

Estuvo a punto de aporrear el volante en señal de victoria, pero mantuvo un tono deliberadamente calmado cuando dijo:

—De nada, Maeve.

Solo cuando colgó el teléfono y dejó de sonreír por lo que a todas luces le había parecido un flirteo, recordó por qué Maeve le pedía ayuda para cuidar de la niña. No porque fuese el amigo soltero, sexi y divertido que se llevaba de maravilla con Zoey, sino porque él era el padre de la niña.

Le vino a la cabeza la cara arrugada de su padre mirándolo con severa desaprobación. Se le desbocó el corazón, frenético, como un ratón atrapado en una trampa, y se preguntó si debería parar el coche unos minutos.

Se detuvo en el arcén de Main Street y entró en el supermercado a por una Coca-Cola. Pensó que necesitaba azúcar. Entonces compró otra para Zoey, y a continuación la dejó y escogió una *light* y sin cafeína. ¿Podían tomar eso los niños? Añadió un par de chocolatinas y una bolsa grande de palomitas.

Maeve le había dicho que Carole estaba esperándolo, pero al llegar lo fulminó con la mirada como un *bulldog* que custodiara su territorio.

—Vengo a encargarme de ella. —Brodie sonrió de oreja a oreja, pero eso no sirvió para ablandarla—. Para darte el relevo. —¿De qué estaba hablando? Se sentía como si estuviera hablando con la directora del colegio.

Zoey salió al pasillo y empezó a poner caras y a hacer tonterías a espaldas de Carole. Brodie enarcó las cejas a modo de advertencia, pero le costó contener la risa.

Carole lo miró de arriba abajo con desdén y, mientras recogía su monedero, dijo:

—Estaré en la casa de al lado si me necesitas.

—Sí, señora —replicó Brodie, avergonzado por su tono.

Zoey prorrumpió en carcajadas en cuanto se cerró la puerta.

—¡No hagas eso! —le dijo Brodie, dándose cuenta de que había empezado a sudar bajo el escrutinio de Carole—. Ya piensa muy mal de mí.

Se notaba que eso a Zoey le daba igual, salió corriendo y se subió de un salto al sofá.

—He pensado que podíamos ver la primera de *Harry Potter* y luego ver las demás en orden siempre que vengas. —No lo miró, simplemente dio por hecho que él compartiría su razonamiento.

¿Y por qué no iba a hacerlo? Le parecía una idea muy sensata. Pero lo único que oyó fue: «Siempre que vengas». Imaginó interminables horas de *Harry Potter*, que cambiarían en algún momento a cualquier otra cosa que vieran los niños. Le parecía bien ver una película, le encantaba ver una película, de hecho, pero lo que no le parecía tan bien era que le organizaran los planes, tener obligaciones en la agenda. Llevaba voluntariamente una vida muy libre y sencilla, deseaba poder sacar su maleta y subirse a un avión siempre que le viniera en gana.

Habían tratado de comprometerlo con horarios cuando estaba en el grupo y lo llevó bien porque allí estaban sus hermanos para atarlo en corto si desaparecía. Además, acompañado por ellos, daba la impresión de que estaba siempre con amigos en lugar de tener cada segundo de su tiempo planificado. Sin embargo, cuando inició su carrera en solitario, todos esos compromisos le pasaron factura. Trescientos sesenta días todos meticulosamente organizados por colores y franjas horarias. Cinco días de vacaciones. Tres días que empezaban con una explosión de entusiasmo y promesas, y terminaban con él desencantado y, aunque le costaba admitirlo, solo. Pero, como decía su representante, «por lo menos eres rico».

—Me parece un planazo —dijo mientras Zoey se ponía cómoda, ahuecando los cojines del sofá, e hizo lo posible por mostrar el mismo entusiasmo que le había demostrado en la cabaña.

Pero, de pronto, todo le pareció un poco más forzado. Era más consciente de su presencia en el sofá de al lado, de que tenía ocho años y de que no sabía qué decirle a una niña de ocho años. Sacó la Coca-Cola *light* y las palomitas. A Zoey se le iluminaron los ojos.

—¡Sí! —exclamó tirando de la anilla de la lata, y soltó una risita de culpabilidad cuando la espuma se desparramó por todas partes. Él compartió sus risas, pero le pareció menos gracioso que cuando había estado con ella antes, y se levantó para ir a buscar papel de cocina y limpiar el estropicio—. Lo siento, Brodie —le dijo, como si fuera capaz de percibir su cambio de humor.

Eso le hizo volver a la realidad, no quería que a Zoey le diese miedo derramar nada o ensuciar cuando estuviera con él.

—No digas tonterías, no pasa nada. Ni siquiera es culpa tuya, probablemente la haya agitado yo en la bolsa.

Se imaginó a Maeve mirándolo y quiso dar la talla en su presencia.

Zoey pareció calmarse y volvió a acurrucarse contra los cojines, sujetando la lata de refresco como si fuera su posesión más preciada.

—¿Preparado? —preguntó, con el dedo sobre el mando a distancia.

—Preparado —respondió él, obligándose a relajarse, y le devolvió la sonrisa cuando ella le sonrió con los dientes mellados—. ¡Anda, se te ha caído un diente!

—Sí. —Zoey sacó la lengua por el hueco que había dejado el diente—. El Ratoncito Pérez me dejó un dólar.

—Qué pastón.

—Quiero que se me caigan todos para tener montones de dinero. Brodie se guardó sus ideas acerca de ese razonamiento.

—¿Tú tienes montones de dinero? —le preguntó ella.

Brodie abrió mucho los ojos.

—Bueno, pues...

Vaciló, pensando por un momento en su riqueza. Echó un vistazo al salón anticuado, a los muebles, que según Maeve apenas habían

cambiado desde el fallecimiento de su abuela. El sofá desgastado que envolvía a Zoey como un abrazo, la televisión la mitad de grande que la que tenía él en su casa, y seguramente una decimosexta parte de la pantalla del cine que tenía instalado en el sótano. Pensó en su viñedo y luego en el refresco de flor de saúco casero de su madre. La mesita para el café hecha a mano que tenía en Malibú, fabricada con un bloque de ónice, comparada con la de mimbre y bambú que tenía Maeve, con un libro debajo de una de las patas para calzarla. Se paró a pensar en lo mucho que le gustaba a Zoey estar en aquella estancia. Lo a gusto y a salvo que parecía, lo feliz que se sentía de estar en casa. Cuando él estaba en Malibú, nunca lo hacía más de una semana, como mucho. Y en lo referente a Autumn Falls, aquello era lo máximo que se había quedado desde hacía años.

Tanto dinero y ningún deseo de estar en casa.

Como le había dicho a Maeve, su hogar no estaba en ninguna parte. Al decirlo entonces, se había sentido despreocupado y libre, y ahora, sin embargo, le dio un poco de lástima no tener ningún sitio en el que desear estar. Se preguntó si Maeve lo habría interpretado así cuando se lo dijo. ¿Habría sentido pena por él en lugar de quedarse impresionada? Sabía por instinto que a ella, al contrario que a la mayoría de personas de su vida, se le daba bien leer entre líneas, ver más allá de las apariencias. De pronto, se sintió incómodo, consciente de que no era lástima la impresión que había querido transmitir.

Miró a Zoey, acurrucada bajo las mantas, y finalmente, a modo de respuesta, dijo:

—¿Sabes? Hay cosas mucho mejores que el dinero.

Ella se encogió de hombros y pulsó el Play para empezar a ver *Harry Potter*.

Brodie pasó la primera mitad de la película observando el perfil de Zoey, que estaba absorta en las imágenes. Veía sus ojos abrirse por el miedo o el suspense, la veía sonreír y reírse y preguntar: «¿Crees que existen los magos?» y «¿Preferirías poder volar o ser invisible?».

Pensó en su padre. «Mi trabajo como padre no era ser tu amigo». Trabajo duro. Responsabilidad. Miró a Zoey sorbiendo la Coca-Cola.

Él no sabía ser algo distinto de un amigo. Lo más probable era que fuese ella quien le enseñara a ser responsable.

Intentó concentrarse en la película, pero no podía. No paraba de pensar en un futuro sentado en ese salón, una y otra vez, varias horas seguidas. Le había dicho a Maeve que estaría allí cuando Zoey quisiera que estuviera. Le había dicho que no se preocupara. Pero incluso la paternidad intermitente exigía estar presente. Si no, ¿qué sentido tenía?

¿Qué dirían sus padres si eludiera sus responsabilidades ahora que estaba al tanto de ellas? Daba igual llevar una vida libre de obligaciones cuando era únicamente su vida la que malgastaba.

Notó una presión claustrofóbica que le crecía en el pecho y empezó a tirarse del cuello de la camiseta.

Pero, por otra parte, ¿qué sentido tenía estar presente si luego no sabía comportarse como un padre, si no era capaz de ofrecerle los principios morales básicos que se esperaban de él?

Quizá pudiera ofrecerle a Maeve mucho dinero. Quizá sí que sirviera para algo. Al menos, podría cambiar la mesita del café.

Se echó hacia delante, incapaz de ponerse cómodo, apoyó los codos en las rodillas y entrelazó las manos bajo la barbilla.

—¿Quieres jugar a las Barbies? —le preguntó Zoey cuando terminó la película.

—Claro.

Intentó compararlo con cuando estaba con Willow. De niños, solía enfrentar a los Pequeños Ponis de su hermana con los dinosaurios de él. A Willow no tenía que enseñarle nada. Y siempre se lo pasaban muy bien juntos. Aunque la mayor parte del tiempo que pasaba ahora con Willow lo invertía en flirtear con sus amigas bailarinas.

Zoey se fue corriendo, regresó con las muñecas y dejó la caja sobre la mesa.

Brodie se irguió en el sofá, estiró los hombros y se obligó a espabilar. Estaba siendo ridículo. Era capaz de gestionar una pequeña dosis de vida doméstica. No era tan difícil. Y no tenía que estar allí todo el tiempo.

Zoey le entregó una muñeca de plástico y un centelleante cepillo para el pelo.

—A la tuya hay que cepillarle el pelo.

Se puso a cepillarle el pelo a la Barbie distraídamente, con los pensamientos dispersos. ¿Por qué había querido ayudar a su padre a reparar el tejado? Él no quería reparar un tejado. Podía pagar a alguien para que reparase un tejado. Se lo había ofrecido a modo de favor, pero se había convertido en una prueba para ver si lo necesitaba o no. Para demostrarse que no era un completo inútil. Volvió a pensar en todo lo que había dicho su padre acerca de la tarea de ser padre. El estrés de su expresión al decirlo. La carga. Porque hacerlo mal implicaba consecuencias catastróficas. Podía arruinarle la vida a una persona. Hacer que nunca tuviera ganas de ir a casa.

—Brodie, ¿qué estás haciendo?

Se dio cuenta entonces de que estaba tirándole tan fuerte del pelo a la muñeca para deshacerle los nudos que casi le arranca la cabeza.

—Perdón —dijo, volviendo a dejar la Barbie sobre la mesa. Se notaba mareado. Se preguntó si tendría algo de fiebre. Sintió una pátina de sudor en la frente—. Quizá sea mejor que te mire a ti. —Vio su coche a través de la ventana del salón y sintió el impulso de marcharse. Pero no podía marcharse, estaba allí atrapado cuidando de su hija.

—¿Eres mi padre?

—¡Caray! —Brodie regresó sobresaltado a la realidad. Zoey también había dejado su muñeca sobre la mesa y lo miraba con los ojos muy abiertos y las manos entrelazadas en el regazo. Brodie tragó saliva, tenía la boca seca como el serrín—. ¿Qué te hace pensar eso?

—No sé —respondió ella encogiéndose de hombros—. Me gustaría, supongo. Si vivieras con mi madre y estuvieras aquí todos los días y en Navidad y en mi cumpleaños y vinieras con nosotras de vacaciones y no te fueras nunca. Me gustaría que estuviéramos los tres juntos, para siempre.

A Brodie se le heló la sangre en las venas, invadido por un terror claustrofóbico y paralizante.

—Ya. —Consiguió reírse como si aquello fuera lo deseable.

Zoey, por su parte, no se rio. Se limitó a preguntar:

—¿Lo eres?

Brodie se sintió incapaz de decir nada durante unos segundos, solo se notaba el pulso palpitándole en la cabeza, el sudor de las manos, el deseo instintivo y casi primario de levantarse y huir. Pero entonces logró dominar la respiración y mirarla directamente a los ojos.

—No —respondió.

Capítulo veintitrés

Maeve condujo de vuelta a casa desde el hospital emocionada por verlos a ambos. Le sorprendía el alivio que sentía sabiendo que Brodie y Zoey estaban juntos en casa, riéndose y bromeando. La idea de que, si bien aún la ponía muy nerviosa, Zoey pudiera quizá disfrutar de la influencia de tener dos padres, cosa que, según su razonamiento, solo podía aportar riqueza a su vida. A no ser que Brodie la pifiara. Pero se había quedado gratamente sorprendida con él en la cabaña. No estaba a la altura de su reputación. Parecía más de fiar, menos veleidoso.

Y aquello no tenía nada que ver con el hecho de que, cuando le dirigía la mirada, ella sintiese un cosquilleo por todo el cuerpo; cuando le sonreía, apenas pudiese responderle, y, cuando la miraba a los ojos, sintiera toda la atención del universo centrada en ella. Tal y como sucedió la noche del concierto. Tal y como sucedía a veces cuando se despertaba en mitad de la noche tras haber soñado con él.

En absoluto volvía a casa emocionada ante la idea de verlos por algo que tuviera que ver con el propio Brodie.

—Hola, chicos, ya estoy en casa.

Vio los zapatos de ambos junto a la puerta principal. Unos grandes y otros pequeños.

—¡Estamos aquí! —gritó Brodie, y a ella le resultó extraño oír la profundidad de su voz dentro de casa. Por un segundo, se paró a pensar en lo que sería volver y que estuviera esperándola una pareja, alguien que se alegrara de verla, que le preguntara cómo le había ido el día. Alguien que le provocara un cosquilleo en el estómago al oír su voz. Alguien que deseara estar allí esperándola, con un brillo en la mirada.

Arrojó las llaves al cuenco de la entrada. Brodie no era su pareja.

Contempló su reflejo en el espejo del recibidor; cansada, siempre cansada. «Cálmate, Maeve», se dijo.

Al mismo tiempo, se ahuecó un poco la melena y se frotó las mejillas para darse un poco de color antes de entrar a verlos.

El salón estaba hecho un caos. Barbies por todas partes; palomitas abiertas sobre la mesa, tiradas por ahí; un juego de mesa que habían empezado pero no terminado; latas de Coca-Cola vacías..., y saltaba a la vista que ahora Zoey había insistido en hacer un tutorial de belleza.

Maeve apretó los labios para evitar reírse al verlos, Brodie con el pelo recogido con una cinta, ambos con la cara embadurnada con una mascarilla facial verde y rodajas de pepino en los ojos.

—¡Llegas demasiado pronto! —dijo Zoey levantándose una rodaja de pepino—. No estamos listos para que vuelvas.

Pero Brodie se levantó de un brinco, se quitó las rodajas de pepino y se comió una entera.

—Creo que sí que lo estamos —dijo, y a Maeve le dio la impresión de que él llevaba listo desde hacía ya un rato.

Notó que se disipaba parte de su entusiasmo.

—Lo siento, no sabía cuánto tiempo iba a tardar.

—¡No hay problema! —dijo Brodie con una sonrisa, haciendo que se le cuarteara la mascarilla—. Nos lo hemos pasado de maravilla, ¿a que sí? —Miró hacia Zoey.

Maeve se preguntó si estaría pecando de cautelosa, consciente de que su reticencia podría estar quizá demasiado arraigada.

—Voy a lavarme esto. —Brodie se señaló la mascarilla y entró en el baño de la planta de abajo.

—¿Te lo has pasado bien, Zo? —le preguntó Maeve a su hija mientras empezaba a recoger los paquetes vacíos.

—¡Genial! —exclamó Zoey, tratando de no mover la cara mientras hablaba para que no se le cuarteara la mascarilla.

Maeve volvió a sentir ese cosquilleo. Estaba nerviosa pero entusiasmada.

—Me alegro.

Se hallaba en la cocina, deshaciéndose de la basura, cuando Brodie apareció en el umbral y, todavía con restos de barro por los lados de la cara, dijo:

—Me voy a ir ya.

Maeve asintió y se dio cuenta de que le temblaban los dedos. Había pensado ofrecerle algo de beber, pero en su lugar respondió:

—Sí, claro, de acuerdo. Te acompaño a la puerta.

Brodie se le adelantó y ella intentó no distraerse con el aroma que desprendía, ni con la imagen de la camiseta ceñida a su espalda, ni con el cabello rubio rizado a la altura de su nuca. «Mantente firme, Maeve».

Brodie se detuvo junto al salón. Ocupada como estaba en intentar no mirarlo, Maeve se chocó contra su espalda. Y pegó la nariz al suave tejido de algodón de su camiseta.

—¡Perdona! —Se apartó de un brinco—. Lo siento.

Él pareció no inmutarse, se dio la vuelta y enarcó una ceja.

—¿Estás bien? —preguntó.

—¡Claro! —respondió ella alegremente.

Brodie se apoyó entonces contra el marco de la puerta del salón y, con esa actitud desenfadada tan propia de él, dijo:

—Adiós, Zoey.

—Adiós —respondió su hija.

Maeve se recompuso. Se dijo a sí misma que simplemente no estaba acostumbrada a tener a un hombre en casa. No fue hasta que la puerta se abrió y Brodie estuvo en los escalones de la entrada cuando ella reunió el coraje de decir lo que había querido decirle.

—Brodie... —empezó, y su propia voz se le antojó más insistente de lo que pretendía.

—Dime. —Lo vio darse la vuelta y, por un instante, se quedó sin palabras. Tenía el cabello húmedo después de haberse lavado la cara, lo llevaba medio echado hacia atrás y medio caído hacia delante, y con esa mirada más inquisitiva que deslumbrante le pareció añorado, quizá como cuando iban al instituto, o aquella noche durante el concierto. Se sentía incapaz de hablar, pero sabía que debía decir lo que iba a decir antes de cambiar de opinión.

Cerró la puerta tras ella y bajó los escalones para ponerse a su altura.

—Brodie, creo que deberíamos contarle la verdad a Zoey. —Estaba tan nerviosa que apenas lograba concentrarse, en parte por verse tan cerca de él y en parte por lo que acababa de decir. Pero atisbó el nacimiento de una sonrisa al pensar en ello, y conforme hablaba fue creciendo su confianza en esa idea, su confianza en él—. Creo que es hora de decirle que eres su padre.

Silencio.

Se dio cuenta al verlo mirar a la derecha. Cuando cerró la boca. Cuando tragó saliva antes de hablar. Y se fustigó por dentro por haberse permitido creer.

—Pues es que... —vaciló.

Ella aguardó. El corazón en vilo. «Por favor, no lo digas», pensó, viendo de pronto la imagen de su hija, tumbada inocentemente en el sofá con la mascarilla facial y rodajas de pepino en los ojos. Le dieron ganas de abrazarla y estrecharla contra su pecho. Se vio a sí misma chocándose con él hacía escasos minutos, como una colegiala alborozada con una imaginación desbordante.

—Es que voy a estar fuera un tiempo —respondió Brodie pasándose una mano por el pelo.

Maeve apretó los puños y se clavó las uñas en las palmas de las manos. Rechinó los dientes. Estiró la espalda. Sabía, por el bien de Zoey, que debía concederle el beneficio de la duda.

—Ah, vale. ¿Entonces...?

Brodie giró la cabeza de un lado a otro y puso una mueca de incertidumbre.

—Entonces, creo que lo mejor es posponerlo un poco. Podemos volver a hablarlo cuando regrese.

Apenas podía creérselo. Notó un vuelco en el estómago.

—¿Y cuándo será eso?

—Con esta clase de viajes, es difícil saberlo —contestó él tras tomar aire—. Podría ser una semana, podría ser un mes. —Se rio como si acabara de decir algo gracioso.

Ella sacudió la cabeza, apenas capaz de creer lo que estaba oyendo.

—¿Qué? —Brodie tuvo la osadía de fingir inocencia.

—¿De verdad vas a hacer esto? —Tenía que confirmarlo.

—¿Hacer qué? —De nuevo, aquel gesto de inocencia.

Maeve dio un paso adelante, se acercó más a él notando que la ira recorría su cuerpo, le atenazaba los músculos, y, resistiendo las ganas de empujarlo con ambas manos, lo acusó entre dientes:

—Estás huyendo.

—No estoy huyendo, me voy de vacaciones. —Lo dijo como si ella estuviera haciendo una montaña de un grano de arena.

—Estás huyendo y lo sabes. —Maeve podía aceptar que huyera de ella, pues había sido tan estúpida como para caer presa de sus encantos, pero huir de Zoey... Frunció los labios al pensarlo—. No tenías planeadas unas vacaciones.

—¡Sí que las tenía! —exclamó él riéndose.

—No te atrevas a reírte de mí. —Le hervía la sangre en las venas.

—No me estoy riendo de...

—Estamos hablando de la vida de una niña —lo interrumpió—. De la vida de tu hija. Dijiste que deseabas formar parte de ella. No puedes irte de vacaciones cuando estás empezando a conocer a una niña de ocho años, Brodie, no es así como funciona. —Tuvo que apartarse de él—. Sabía que harías esto. —Se dio la vuelta y se llevó las manos al pelo—. Era demasiado bueno para ser verdad. La cabaña, las bromas, que se te dieran genial los niños. —Sacudió la cabeza, perpleja ante su propia ingenuidad—. Hasta tu maldita sonrisa. Eres perfecto durante cinco minutos, pero no es más que... —Buscó las palabras exactas—. ¿Qué es, Brodie? ¿Una farsa?

Él no dijo nada. No la rebatió. Se le había borrado la sonrisa por completo. Ya no bromeaba aludiendo a las vacaciones. Se había quedado sin respuestas ingeniosas. Solo quedaba el silencio que confirmaba que se marchaba y no sabía cuándo volvería. Quizá, con suerte, se lo contaría a Zoey transcurridos seis meses y entonces aparecería en su vida de forma esporádica con entradas para ir a ver a Taylor Swift.

—¡Qué estúpida soy! —exclamó, y a punto estuvo de dar una patada al suelo.

Brodie hundió las manos en los bolsillos, sin mirarla a los ojos.

—Lo siento.

—¿Que lo sientes? —Maeve se rio con ironía y después suspiró, sabiendo ahora que ya no había marcha atrás y que, en algún momento, tendría que abordar la tarea de explicarle a su hija que aquel hombre caprichoso y de poco fiar era su padre. Asegurarse, no sabía cómo, de que nunca se acercara demasiado a él porque siempre acabaría decepcionándola—. Será mejor que te vayas.

Brodie se quedó mirando el desgastado felpudo durante un segundo, después volvió a levantar la vista y, con el ceño fruncido y los ojos tristes de un niño arrepentido, se limitó a asentir.

Maeve no quería mirarlo, no quería sentir ni un ápice de lástima por él, de modo que se dio la vuelta, entró en casa y cerró la puerta sin mirar atrás.

Se quedó allí parada durante un segundo, en el mismo sitio donde hacía escasamente un cuarto de hora se había mirado en el espejo. Qué tonta. ¿Quién se dejaba engañar dos veces por el mismo hombre? Quizá le enviara otra foto firmada. Cerró los ojos y sintió de pronto el picor apabullante de las lágrimas.

—¡Mamá!

—Ya voy, cielo —respondió, apresurándose a secárselas.

Capítulo veinticuatro

Brodie corrió a casa. Se sentía peor de lo que imaginaba. Se había convencido a sí mismo de que se las habían apañado admirablemente bien sin él todos esos años y de que, en cierto sentido, Zoey estaría mejor sin él. No era capaz de darle lo que necesitaba. Pero, al ver cómo lo miraba Maeve, como si la hubiera decepcionado en muchos aspectos, se sintió destrozado y tuvo ganas de ser mejor persona. No sabía qué era peor, decepcionar a Zoey o decepcionar a Maeve. No tenía que ser así. No tenía que salir tan mal.

Se plantó junto a la ventana de su apartamento, mirando de forma distraída los gigantescos campos de polo a través de la cortina de lluvia.

«Sabía que harías esto».

¿Tan predecible era? Ni siquiera él se había dado cuenta de lo que iba a hacer hasta ese momento. Pero Maeve lo había calado desde el principio. La lluvia resbalaba formando riachuelos sobre el cristal de la ventana. Vio cómo una gota se juntaba con otra y después otra. Se dio la vuelta, se sacó el teléfono del bolsillo y le envió un mensaje a Caleb. *Me apunto de nuevo. Nos vemos mañana.*

En respuesta, recibió el emoji del bíceps.

Le resultó extrañamente infantil.

Arrojó el teléfono sobre la cama.

Había tomado la decisión correcta. No deseaba una vida en la que languidecía frente a ventanas lluviosas con un dolor en el pecho. Contempló en torno a sí el dormitorio vacío, sin cuadros en las paredes, sin pertenencias. No necesitaba un hogar. Era un espíritu libre. Un minimalista.

Se sentó en la cama con los codos en las rodillas y la barbilla apoyada en las manos entrelazadas.

No siempre había sido un minimalista. De niño, su lado de la habitación estaba lleno de juguetes, pelotas de baloncesto, equipamiento de polo, libros, bolígrafos y papeles. En el lado de Noah había lazos, premios de rodeos y, en una ocasión, un potrillo huérfano llamado Bumblebee que, cuando su madre no miraba, Noah coló en la planta de arriba para que durmiera en su cama.

Brodie sonrió en la oscuridad y apretó los labios contra los dedos.

Era el mejor dormitorio del mundo. Se tumbaban en sus respectivas camas y se lanzaban la pelota el uno al otro, obligándose a pagar prendas cuando a alguno se le caía al suelo.

Recordaba haber hecho lo mismo en el autobús de la gira cuando formaban parte de Silver Sky. O cuando lanzaba tiros a canasta con Ethan en la cancha que había cerca del estudio de grabación. Brodie poseía una energía inagotable que implicaba que era incapaz de estarse quieto mucho tiempo y le costaba soportar las interminables horas de grabación. Se aburría, se distraía. Cuando estaba con sus hermanos, no importaba tanto porque salían todos a la cancha al terminar de grabar, o lo sobornaban con la promesa de echar un partido si se quedaba a grabar otra más. Después terminó, Silver Sky se disolvió y, de pronto, Brodie se encontró solo. Ya no había nadie a su lado a quien lanzarle la pelota, nadie que le dijera que era hora de irse a casa a dormir, nadie que le hiciera ver que las canciones que escribía rayaban en el cliché.

Suspiró, mirando de nuevo hacia la lluvia incesante. El sentimiento que crecía en su interior le gustaba tan poco como el clima. Cuando llovía, se largaba a algún sitio donde hiciera calor —no tenía ropa para lluvia—, y cuando se sentía taciturno, hacía algo para subirse el ánimo. Se recordó a sí mismo que ese era el motivo por el que se iba a San Diego.

Se levantó para ir a sacar la maleta de la balda superior del armario, la abrió sobre la cama y empezó a meter ropa. Mientras hacía el equipaje, se preguntó si Maeve le lanzaría alguna vez la pelota a Zoey. Estaba bastante seguro de que Carole, la niñera, nunca lo hacía. ¿Le habría enseñado alguien a encestar? ¿Habría

llevado alguien a cenar a Maeve alguna vez? ¿De dónde salió aquella idea? Claro que la gente, los hombres, la llevaban a cenar. Seguramente neurocirujanos guapos e inteligentes que la engatusaban con anécdotas sobre sus heroicidades en el quirófano. Notó una tensión en el estómago. ¿Qué era? ¿Envidia?

«Supéralo, Brodie».

Contempló su reflejo en el espejo del baño mientras recogía sus artículos de aseo personal y sacudió la cabeza. No deseaba pensar en ello. Ya se notaba en los músculos el impulso de moverse, su cerebro ya planeaba la mejor ruta para llegar a San Diego. Ya lo compensaría cuando regresara.

Brodie tenía pensado marcharse a la mañana siguiente sin avisar, pero al pasar por delante de las verjas del rancho Silver Sky, la culpa le hizo poner el intermitente y desviarse, sabiendo que su madre se disgustaría si no pasaba a despedirse. Seguía lloviendo a mares; el clima, como concluyó el compositor que llevaba dentro, iba en sintonía con su estado anímico. Aquel día no había arcoíris.

Cuando aparcó en el camino de acceso, vio que el coche de Logan ya estaba allí, lo que, si bien resultaría agradable ver a su hermano, implicaría que se quedara más tiempo del previsto cuando, en realidad, deseaba marcharse cuanto antes.

Corrió hacia la puerta y ya estaba empapado cuando la abrió. Logan y su madre estaban sentados a la mesa de la cocina. Martha hizo una mueca al verlo calado y dijo:

—Brodie, ¿por qué no llevas abrigo? —Como si siguiera teniendo la edad de Zoey.

—Porque nunca estoy en un sitio donde llueve. —Se echó el pelo hacia atrás y se despegó la camiseta mojada del pecho. A continuación, miró a Logan, que lo observaba divertido porque Martha se había levantado y, con una toalla que sacó del baño de abajo, intentaba secarlo mientras él trataba de apartarla—. Estoy bien —protestó, retirando una silla para sentarse frente a su hermano—. ¿Qué tal en Napa?

—De maravilla —replicó Logan sin vacilar—. Muy chulo el sitio que tienes allí. Y un vino fantástico.

—¿Crees que podría venderlo en la tienda, Brodie? —preguntó su madre.

Brodie se encogió de hombros como si no se hubiera parado a pensarlo antes.

—Por supuesto —respondió, sintiendo una punzada de orgullo por las elogiosas palabras de Logan.

Como un tonto, miró a su alrededor para ver si su padre andaba cerca para oír la conversación cuando Logan comenzó a entusiasmarse hablándole del viñedo a Martha.

—En realidad, no tengo mucho que ver con eso —admitió Brodie.

—Me dijeron que mostraste mucho entusiasmo.

—Eso sí que no parece un cumplido —contestó Brodie con una risotada.

De pronto, se abrió la puerta y entró Noah, empapado, con el largo impermeable negro subido hasta la barbilla, y no tardó en dejar un charco en el suelo en torno a las botas.

—Vamos a necesitar ayuda ahí fuera —anunció a modo de saludo.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido? —Logan y su madre se levantaron al momento. A Brodie le dio un vuelco el corazón, aquello era lo último que necesitaba.

—El río se ha desbordado. —Noah revolvía en los cajones en busca de cosas mientras hablaba—. El ganado está arriba y el nivel del agua va subiendo demasiado rápido.

Martha ya estaba poniéndose las botas y Logan se enfundó el abrigo y se caló el sombrero mientras Noah agregaba:

—Tenemos que trasladar a los animales. Ya.

Brodie cerró los ojos. Deseó haberse marchado la noche anterior nada más terminar de hacer el equipaje. Salvar a las vacas del río era la tarea que menos le gustaba. Solo había ocurrido una vez en su vida, y ocupaba un puesto de honor en la lista de experiencias que no deseaba repetir jamás. Intentar arrastrar al ganado hasta un lugar seguro era una auténtica pesadilla.

Pero, si Logan y su madre iban, Brodie sabía que él tendría que ir también.

Noah ya se disponía a volver a salir por la puerta.

—Brodie, hay un impermeable de sobra en...

—Ya lo sé —lo interrumpió—. En el gancho que hay junto a la puerta.

Se levantó y, reticente, se enfundó un impermeable verde oscuro, se subió la cremallera y se puso la capucha. Hacía tiempo que no se ponía uno de esos. Se cambió las deportivas por un par de botas viejas de Noah y siguió a los demás bajo la lluvia torrencial.

En el patio, todo eran gritos y alboroto. Su padre iba a salir al campo, con la cuerda colgada al hombro. Rocky, el perro, ladraba, desesperado por echar a andar. Noah le señaló a Brodie la preciosa yegua dorada que había visto el otro día.

—Puedes ir montado en Dove —le dijo.

Brodie la ensilló y se montó. No pudo negar el torrente de adrenalina que recorrió su cuerpo al verse trotando por el pastizal. Esa era la parte divertida. Logan le llevaba una ligera ventaja. Brodie sabía que podía sentir la distancia entre ellos. No era el momento de ponerse a echar carreras, pero lo llevaban todos dentro como algo innato. Sintió el cosquilleo en la piel a cada metro de distancia que acertaba, consciente de que Logan se esforzaría por conservar su ventaja.

Entonces llegaron al pastizal norte y el suelo bajo sus pies empezó a desaparecer bajo el agua. La hierba no era nada más que un terreno inundado. Algunas reses vadeaban con el agua hasta la cintura, otras se habían apiñado en terrenos más elevados. Su padre intentaba acorralarlas para mantenerlas alejadas de la zona más profunda. Una pequeñita intentaba nadar, pero se la llevaba la corriente. Resultaba imposible saber dónde quedaba la orilla del río, pero la corriente en la zona central era fuerte, formando espuma y remolinos, y arrastrando ramas y troncos de la montaña. Montado a lomos de su caballo, con destreza y rapidez, Noah le echó el lazo a la ternera, que se agitaba nerviosa, y se preparó cuando la cuerda se tensó contra el embate del río.

Brodie tenía recuerdos de aquello de cuando era niño. Su padre arrebatándole el lazo para hacerlo él después de que Brodie hubiera

errado la primera vez. «¡Por eso hay que practicar!». Incluso durante las emergencias había siempre una lección que aprender.

—Brodie, ¿eso es tu teléfono? —gritó Logan por encima del ruido de la lluvia mientras seguía a Martha río arriba.

Brodie no lo había oído, pero ahora lo notaba vibrando en el bolsillo. Se retorció dentro del impermeable para intentar alcanzar el bolsillo trasero. Llovía con demasiada fuerza para alcanzar a ver la pantalla en condiciones, pero creyó ver que era Maeve quien llamaba.

—¿Diga?

—¿Zoey está contigo?

—No. —Fruunció el ceño—. ¿Por qué iba a estar conmigo? ¿Dónde está? —Sintió un escalofrío que le helaba la sangre al mirar alrededor y contemplar el diluvio.

—No la encuentro. No está aquí. —El pánico en la voz de Maeve era palpable.

—¿Dónde está? —Brodie estaba medio gritando, protegiendo el móvil con la mano para oír mejor.

—¡Que no lo sé! —respondió Maeve, gritando también—. Quería verte, te había hecho algo. Tuve que decirle que te ibas. Se puso muy triste y se fue a su habitación... Y no está allí. ¿Qué voy a hacer?

—Vale, más despacio. —Brodie intentó pensar con claridad, pero se sentía incapaz de gestionar el pánico en la voz de Maeve, o el sinfín de hipótesis catastróficas que acudían a su cabeza, cada una más terrorífica que la anterior. Las emergencias no eran su punto fuerte. Miró en torno a sí buscando a Logan o a los demás, pero estaban todos más arriba, enfrascados en el rescate del ganado—. Así que me está buscando. ¿Sabe dónde vivo? —Empezó a dar la vuelta a Dove, pensando en regresar a su apartamento.

—No, pero sabe que Martha es tu madre... Conoce el rancho.

—Pues estoy en el rancho —respondió Brodie, mirando en dirección a la casa, que no era más que un punto en la distancia. Debería regresar—. Así que, si aparece aquí...

—¡Brodie! —oyó de pronto gritar a una vocecilla aguda.

Miró hacia el otro lado del río y vio a una figurita montada en una bicicleta roja pedaleando como loca por el camino del bosque, como si él mismo la hubiera invocado.

—¡Brodie! —gritó de nuevo, saludándolo a través de la lluvia, con el pelo pegado a la cara, haciendo equilibrios con la bici sobre el barro. Sin duda era Zoey.

Brodie pensó que se le iba a salir el corazón por la boca de tan rápido como le latía.

—¡Quédate ahí! —gritó—. ¡No te muevas! —Había agua por todas partes, el nivel subía por momentos y el barro resbalaba por la montaña.

—Brodie, ¿qué está pasando? —La voz de Maeve sonaba aún más frenética al otro extremo de la línea.

—Está aquí. —No podía apartar la mirada de Zoey mientras galopaba río abajo. Tan pequeña, tan inestable. Levantando los pies de los pedales cuando la bicicleta entró en el alud de barro—. ¡Quédate donde estás! —Delante de sus narices, el sendero en el que estaba la niña se convirtió en una masa de barro resbaladizo y burbujeante. Era culpa suya que estuviera allí—. ¡No, Zoey! ¡Para! —gritó, se volvió para avisar a los demás y vio que el más cercano era su hermano mayor—. ¡Logan!

Al otro extremo de la línea, Maeve gritaba pidiendo detalles. Él se sentía incapaz de gestionarlo todo. Zoey intentaba frenar, pero la bici patinaba, el lateral del sendero estaba demasiado inclinado y resbaladizo para que pudiera darse la vuelta y pedalear hacia un terreno más elevado. Quizá el instinto la llevara a intentar salvar su reluciente bicicleta roja, porque trató de aferrarse a ella cuando la corriente la alcanzó.

—¡Deja la bici! —gritó Brodie, espoleando a Dove para que se adentrara en el agua—. ¡Déjala!

Pero Zoey no la dejó y, en su lugar, se agarró al manillar y la fuerza de la corriente la arrastró y se la tragó.

—Por favor, no. —No alcanzaba a ver nada más allá de su cabeza, con la barbilla levantada mientras la corriente se la llevaba—. Maeve, la sacaré, te lo prometo. —Dejó caer el teléfono sin pensarlo más, se arrancó el impermeable y se lanzó al río.

—Brodie, ¿qué estás haciendo? —gritó Logan, ajeno a lo que había sucedido en la orilla contraria—. ¡Sal del agua!

Pero él no le hizo caso.

—¡Agárrate a una rama! —le gritó a Zoey, que agitaba los brazos tratando de ir contracorriente.

Logan le pegó un grito a Noah.

La fuerza del agua era brutal, nada comparada con las pacíficas aguas del río cuando habían estado nadando en la cabaña. Era imposible luchar contra ella. Brodie notaba cómo lo arrastraba, nadaba con todas sus fuerzas, pero los remolinos se lo tragaban, se chocaba contra los troncos y ramas caídas, vencido por el poder de la corriente.

Miró hacia arriba y, con gran alivio, vio que Zoey había logrado agarrarse a la rama de un árbol que sobresalía por encima. Trató de enfrentarse a la poderosa corriente para llegar hasta donde ella estaba, pataleando contra la inmensa fuerza del agua, que intentaba arrastrarlo río abajo.

—¡Ibas a marcharte sin despedirte! —gritó Zoey por encima del ruido del agua, aferrada a la rama, con los ojos llenos de lágrimas.

En aquel momento, su partida no era la mayor de sus prioridades.

—Sujétate fuerte, Zoey.

—¿Por qué no ibas a despedirte? —Había empezado a llorar. Parecía muy pequeña e indefensa frente la violencia de la naturaleza; si se resbalaba, el agua se la tragaría en un abrir y cerrar de ojos.

—No lo sé —respondió él, demasiado consciente de la precariedad de la situación, tratando de agarrarse a algo que no fuera la rama a la que se aferraba ella, porque no aguantaría el peso de los dos—. Porque soy estúpido —le dijo, y consiguió hacer pie en el fondo y estirarse para alcanzar lo que parecía ser la raíz de un árbol—. Porque no pienso lo suficiente en los sentimientos de los demás.

—Solo tenías que despedirte —dijo ella con la voz temblorosa.

—Lo sé, lo sé. ¡Lo siento! —Estaba ya muy cerca, solo tenía que estirar el brazo, pero, cuando consiguió agarrarse a la nudosa raíz, una piedra arrastrada por el agua embarrada le golpeó la pierna, haciéndole perder el equilibrio, y el río se lo llevó de inmediato.

—¡Brodie! —Era uno de sus hermanos el que gritaba su nombre.

Logró enderezarse y nadar con más fuerza de la que había nadado en toda su vida contra la férrea corriente descontrolada, tratando de aferrarse a cualquier cosa que alcanzase en la orilla, mientras el agua lo embestía, metiéndoselo en la boca y en los ojos. Zoey estaba llorando.

—¡Brodie, ayúdame!

Al otro lado, Noah se acercaba galopando. Lanzó el lazo, pero se adelantó y falló.

Lo único que sabía Brodie era que tenía que salvar a esa niña. Su hija.

Estiró los brazos, ya casi alcanzaba a tocar su camiseta de rayas. Entonces oyó el crujido de la rama al quebrarse y el grito de Zoey al verse arrastrada por el río. Tan solo pudo sumergirse e intentar agarrarla antes de que desapareciera entre los remolinos de olas grises, y al hacerlo sintió que tocaba con la mano su delgado bracito. La agarró y, sujetándola con más fuerza que a nada en su vida, tiró de ella hacia sí mientras el agua desbocada los arrastraba a ambos río abajo.

—Ya te tengo —le dijo, rodeándole la cintura con el brazo—. Agárrate a mí con los brazos y las piernas y no te sueltes. Pase lo que pase, ¿vale?

Zoey asintió, sus ojos muy abiertos por el miedo, y se aferró a él como si fuera un mono.

Aquella era su hija.

Le daba igual lo que le ocurriese a él, pero no podía permitir que a la niña le sucediera nada.

De repente, se vio bajo el agua, absorbido por los remolinos, zarandeado contra los troncos y ramas que caían procedentes de las montañas.

Emergió y tomó aire a bocanadas. Tenía que mantener la cabeza de Zoey por encima del agua, eso era lo único importante.

¿Dónde narices estaban Noah y Logan? El río los arrastraba ahora hacia las profundidades del bosque, entre los árboles, y allí a sus hermanos les costaría más trabajo acceder con los caballos.

Sentía el peso de Zoey, del agua, de su propia ropa tirando de él hacia el fondo. Cada vez más profundo. Se estaba ahogando, le costaba tomar aire. Notaba el fuego en los pulmones.

«Que no hunda la cabeza. Eso es lo único que importa».

De pronto, oyó su nombre.

—¡Brodie! ¡Agarra! —Y el golpe del lazo nuevamente contra la superficie.

Más que verlo, lo sintió, pero desapareció antes de que pudiera alcanzar la cuerda.

Brodie se hundió. Zoey se sujetó con más fuerza.

Volvió a emerger y tomó aire. Noah le tiró la cuerda de nuevo. Esta vez Brodie estiró el brazo y sintió el áspero lazo sobre la mano.

«Que no hunda la cabeza».

Se agarró y enredó el brazo alrededor de la cuerda, sintió el tirón de la fuerza combinada de sus hermanos contra la violencia despiadada del río.

No veía nada, pero alcanzaba a oír el llanto de Zoey. Si la oía llorar, eso significaba que respiraba; y, si el río no lo mataba y a ella le sucedía algo, Maeve ya se encargaría de acabar con él. Notó el tirón de sus hermanos en la cuerda. Le costaba mantener la cabeza por encima de la superficie. El agua se le metía en la boca.

—Soy tu padre —logró decir, medio ahogado—. Tu padre soy yo. —Notó que Zoey le apretaba el cuello con los brazos como un cepo. Estaba calculando el tiempo (segundos, minutos) que tardaría en sacarla del agua y ponerla a salvo.

Hasta que su mundo fue absorbido por el turbio remolino gris del río en torno a él.

Capítulo veinticinco

Al despertar, Brodie se encontró mirando unos preciosos ojos color caramelo.

—¿Estoy en el paraíso?

—Suerte tendrías si llegaras ahí —contestó Maeve enarcando las cejas con ironía.

Él intentó sonreír. Sintió el dolor de cabeza e hizo una mueca. Más aún cuando trató de levantarse. Al mirar a su alrededor, vio las paredes blancas, los fluorescentes del techo y los diversos aparatos y tablas. Le dolía todo.

Maeve vestía ropa quirúrgica de color azul pálido y llevaba un estetoscopio alrededor del cuello.

—¿Cómo te encuentras?

—Fatal.

Vio que ella intentaba no sonreír. A continuación, revisó sus constantes vitales y dijo:

—Creo que vivirás.

Entonces fue él quien se rio. De nuevo, le dolió y le provocó un ardor en la garganta.

—¿Zoey está bien?

—Sí, está bien —contestó Maeve con un gesto de asentimiento. Tragó saliva y añadió—: Gracias a ti.

Brodie consiguió esbozar una leve sonrisa de orgullo, como si no hubiera sido para tanto, pero Maeve agregó:

—Solo que si no hubieras decidido marcharte en un primer momento...

Brodie negó con la cabeza y gruñó de dolor; tenía que dejar de moverse.

—Prefiero que te limites a lo de «Sí, está bien. Gracias a ti».

Maeve lo miró un segundo, atravesándolo con la súbita seriedad de sus ojos, y asintió.

—Eres su héroe —admitió.

Brodie sintió un calor en el pecho.

—Tienes suerte, Brodie, porque podría haber sido mucho peor.

—Al menos habría muerto siendo un héroe.

Maeve meneó la cabeza y dijo:

—Hablo en serio.

—Yo también —bromeó él, algo inquieto, antes de agregar—: ¿Te habrías quedado triste?

Maeve se detuvo y lo miró unos instantes sin parpadear. Brodie se preguntó si se le estaría acelerando el pulso. Entonces ella se encogió de hombros y, con cierta indiferencia, respondió:

—Devastada.

Brodie no pudo por menos de reírse. Le dolían los pulmones.

Entró un enfermero para medirle la presión arterial y, pasando junto a Maeve, preguntó:

—¿Cómo se siente, señor Carter?

—Como un héroe —respondió él sin dejar de mirar a Maeve, que, a modo de respuesta, se limitó a poner los ojos en blanco, pero ¿acaso fue un ápice de alivio lo que alcanzó a ver bajo esa máscara de profesionalidad?

Brodie volvió a quedarse dormido con una sonrisa en la cara, pensando en Zoey con los brazos apretados alrededor de su cuello, imaginándosela rescatada por sus hermanos. A continuación, pensó en Maeve cuando lo ingresaron en el hospital, llevándose las manos al pecho, desesperada, llorando al ver que se debatía entre la vida y la muerte. Su héroe.

No, se recordó a sí mismo. El héroe de Zoey.

Maeve solo le había dado las gracias. Casi por eso mereció la pena.

Se despertó en un pabellón diferente. La luz del sol entraba a raudales por la ventana. Allí estaban Logan y Noah.

Noah estaba encogido lo mejor que podía en una silla demasiado pequeña, con la barbilla apoyada en la mano y los ojos cerrados. Logan, de pie junto a la ventana con las manos en los bolsillos,

contemplaba lo que fuera que sucediera en la calle. Se volvió al oír moverse a Brodie y su rostro cansado esbozó una sonrisa.

—Hola.

—Hola —contestó Brodie con un bostezo.

Noah abrió los ojos y, sin moverse, dijo:

—Menudo rescate.

Brodie se revolvió para incorporarse en la cama y notó que seguía doliéndole todo.

—Creí que decías que eras capaz de atrapar cualquier cosa con el lazo.

Noah se rio, irguiéndose en la silla, y se encogió de hombros antes de responder:

—Admitiré que no fue mi mejor lanzamiento.

Brodie enarcó las cejas como si se estuviera quedando corto.

—¡Tres intentos! Si parecías yo.

—Qué puedo decir —contestó Noah inclinándose hacia delante con los codos en las rodillas—, me entró el pánico.

Brodie fingió no estar impresionado y, a continuación, sonrió y dijo:

—Gracias por llegar, aunque fuera tarde.

Noah sacudió la cabeza, con una media sonrisa en los labios, incrédulo al ver que le estaba echando la bronca por no haber sido lo bastante rápido en el rescate. Después señaló con la barbilla la puerta abierta y dijo:

—Así que es tu hija, ¿no?

Brodie tomó aliento, todavía más aterrorizado por esa idea que por haber estado a punto de ahogarse, y asintió.

—Sí.

—Vale —contestó Noah devolviéndole el gesto.

Brodie dejó escapar el aire. Curiosamente se esperaba algo más, quizá un poco de sorpresa o incredulidad. La indiferencia de la respuesta de Noah hizo que su corazón recuperase un ritmo más pausado. Se descubrió mirando con culpa a Logan, preguntándose si sería de ahí de donde vendría la reprimenda.

Pero Logan se limitó a acercarse y, colocándose en pie junto a la cama, dijo:

—Eres un hombre afortunado, es una cría fantástica. Y Noah tiene razón, fue una misión de rescate impresionante, Brodie. La verdad, no pensé que fueras capaz de algo así.

Brodie se quedó mirando la sábana de la cama y esta vez el orgullo que lo invadió le pareció más infantil, casi tímido. Volvió a levantar la vista y encogió un hombro antes de responder:

—Algún día, cuando seas padre, lo entenderás.

Logan entornó los ojos y sacudió levemente la cabeza.

—Sigues siendo un fanfarrón de mierda.

—Un dólar al tarro de las palabrotas —dijo una vocecilla.

Se giraron los tres y vieron a Zoey de pie en el umbral. Llevaba unos *leggings* rojos y la sudadera del Hospital General de Jackson que tanto parecía gustar en su familia.

—Mis disculpas, señorita —contestó Logan irguiéndose.

—No importa —repuso Zoey, pero, mirando muy seria a Logan, añadió—: Puedes darle el dinero a mi madre. Estamos recolectándolo para la nueva ala infantil.

—Así lo haré —convino Logan con un gesto de asentimiento.

Noah se situó tras él intentando contener la risa que le producía ver a su hermano controlado por una cría de ocho años.

—Os dejaremos solos —anunció.

Brodie asintió, pero, al ver alejarse a Noah, agregó:

—Te agradezco mucho que te dedicaras a practicar con el lazo años atrás.

Noah se rio por la nariz. A continuación, miró a su gemelo a los ojos y dijo:

—Yo también.

Los hombres salieron. Logan todavía avergonzado porque lo hubieran pillado soltando un taco.

—¿Puedo pasar? —preguntó Zoey, que seguía de pie en el umbral.

—Siempre —contestó Brodie asintiendo.

Atravesó la habitación y se detuvo junto a la cama. Llevaba el pelo cepillado y recogido de la cara con una coleta descuidada, tenía los ojos cansados y aún rojos, y presentaba algunos rasguños y moratones en el cuello.

A Brodie no le hizo falta mirar el monitor que había junto a la cama para saber que se le acababa de disparar el pulso.

—Muchas gracias por salvarme —declaró la niña con solemnidad, las manos enlazadas frente a ella, moviendo nerviosa los dedos—. Fue una tontería por mi parte meterme en esa situación. No volveré a hacerlo.

Brodie se resistió a sonreír. Las palabras de Zoey salían directamente de la boca de su madre.

—Si lo hicieras, no dudaría en volver a salvarte —le aseguró él con igual solemnidad.

Zoey lo miró con esos ojos grandes, marrones y desgarradores iguales a los de su madre.

Brodie se incorporó un poco más y trató de ignorar el dolor de los hematomas del pecho.

—Lo siento, Zoey. Siento no haber aceptado tu oferta de formar parte de tu familia. —Estuvo a punto de sonreír, pero fue como si sus rasgos tomaran vida propia y su boca adoptó un rictus serio. Lo invadió una sensación extraña, una especie de picor detrás de los ojos. ¡¿Lágrimas?!—. Fue, de lejos, la mayor estupidez que he hecho en mi vida. Lo siento.

—No pasa nada.

—Sí que pasa. —Tomó aire por la nariz y trató de no reprimir la emoción—. Me gustaría ser tu padre, Zoey. Más que cualquier otra cosa. —Se detuvo y replanteó la frase—. Sería un honor ser tu padre. Verte crecer. Estar a tu lado. Escucharte. Hacerte reír, con suerte. Darle una paliza a cualquier chico que se atreva a besarte.

—Puj —contestó Zoey con una mueca.

—Bueno, espera y verás. —Brodie enarcó una ceja con gesto cómplice—. Allí estaré. —Levantó las manos adoptando una pose de boxeo y fingió dar un puñetazo al aire. El hombro lesionado le lanzó un latigazo de dolor que le llegó a la cabeza.

Zoey se rio y a continuación se puso seria.

—¿Y qué pasa con mi madre?

En realidad, Brodie no sabía qué estaba insinuando, pero pensó que, fuera lo que fuera, sería mejor eludir la cuestión.

—Lo que tienes no va a cambiar, Zoey. —No sabía cómo conseguiría cumplir todo lo que le estaba ofreciendo, pero, viéndola allí de pie, mordiéndose el labio inferior con gesto nervioso, retorciéndose las manos y tratando de comportarse como una adulta, sí sabía que se lo ofrecería de igual modo—. Esto es una cosa tuya y mía. Es algo añadido a lo que ya tienes. Y te aseguro desde ya que quiero estar..., no..., que estaré a tu lado. —Se sintió más fuerte conforme lo decía, lo invadió un orgullo desconocido que pareció solidificar sus músculos, endurecer su semblante y ayudarlo a respirar con determinación. Fue como si de pronto entendiera lo que había sentido Clark Kent la primera vez que se convirtió en Superman. Entendió en ese instante de qué trataban todos esos cómics. De eso. De la responsabilidad. De echarle valor, de rescatar..., bueno, no de rescatar, pero sí de anteponer a los demás. De la generosidad. Fue como si hubiera mudado de piel y se sentía cómodo. Raro, pero bien. Como si vistiera un traje hecho a medida que le sentaba como un guante.

»Estaré a tu lado, Zoey. Aunque decidas que no me quieres cerca. Y, si es así, no pasa nada. Pero siempre estaré esperando cerca, listo para cuando me necesites.

«No llores, Brodie. No llores. Superman nunca lloraba».

Zoey asintió con determinación en la mirada.

—Creo que debería pensármelo.

—Adelante —convino él devolviéndole el gesto—. Tómame tu tiempo —agregó—. No pienso ir a ninguna parte.

Zoey se giró y caminó hacia la puerta, en cuyo umbral apareció para recibirla Maeve, que al parecer había estado allí desde el principio. Claro que había estado allí, pensó Brodie, un poco avergonzado ahora por todo su rollo de Superman. ¿Quién dejaba a su hija de ocho años ir sola de visita a un hospital?

Maeve le pasó un brazo por los hombros a Zoey. Miró a Brodie y, cuando sus miradas se encontraron, él se atrevió a sonreír, inesperadamente nervioso al no saber cómo lo recibiría ella.

Maeve se limitó a asentir, igual que su hija, con gesto inescrutable. ¿Qué se esperaba? ¿Que iba a derretirse y a ponerle ojitos después de su discurso? Sí, la verdad. Aunque no estaba mal tenerla cerca. Al

fin y al cabo, él no era Superman. No era más que un tipo divertido e inseguro que resultaba que tenía una hija.

Con una madre muy guapa.

Sin volver a mirarlo, Maeve le puso la mano en la espalda a Zoey y la alejó hacia el pasillo.

Brodie se dejó caer sobre las almohadas y cerró los ojos.

—Caray —murmuró, sin tener claro cómo se sentía.

—Un público difícil, ¿eh? —Logan volvió a entrar en la habitación con arrogancia, las manos en los bolsillos y una mueca de suficiencia.

—Ni te lo imaginas —contestó Brodie meneando la cabeza. Se miró el pulso en el monitor y le sorprendió ver que sus pulsaciones eran normales.

Noah entró también con un café. Se dejó caer en la silla con las piernas separadas y apoyó los codos en las rodillas.

—Si todo lo demás falla, quizá podrías darles un concierto.

—Así es como acabé metiéndome en este lío —dijo Brodie enarcando una ceja.

Capítulo veintiséis

Las risas cesaron de forma abrupta cuando Martha y Emmett entraron en la habitación del hospital.

Martha inclinó la cabeza en señal de alivio en cuanto vio a Brodie incorporado en la cama. Fue directa a él y lo envolvió en un abrazo.

—Me alegro mucho de que estés bien. Ufff. No vuelvas a hacer eso nunca. O hazlo si es para salvar a alguien. Pero no. No sé lo que habría hecho si...

—Estoy bien, mamá. —Levantó la mano para colocarla sobre la de ella y tranquilizarla, aunque le dolía todo el cuerpo después del abrazo.

Su padre se acercó y le dedicó un sucinto gesto de asentimiento.

—¿Cómo estás, papá? —le preguntó él.

—Así que tienes una hija, ¿no es así? —se limitó a responder Emmett.

Detrás de su padre, Brodie vio a Noah hacer una mueca, y Logan y él volvieron a abandonar la habitación.

—¡Ahora no, Emmett! —le reprendió Martha—. Ya ha tenido bastante.

—No le pasa nada. —Emmett señaló vagamente a Brodie—. ¿Qué piensas hacer? —En su voz era palpable el tono acusador.

Brodie trató de encontrar las palabras adecuadas y se encogió un poco.

—Ser padre.

—Ya. —Emmett asintió, reflexionando con incredulidad—. Entonces, ¿doy por hecho que vas a volver a trasladarte aquí?

—Bueno, a ver, ya sabes...

—No, Brodie, no sé.

—Claro que va a volver a trasladarse —zanjó Martha—. Zoey es su hija. Sigo sin poder creérmelo. Todas las veces que he cuidado de ella sin darme cuenta. Ahora que lo sé, te veo en ella todo el rato. Solo con los hoyuelos debería haberme percatado. Era un bebé monísimo, Brodie. Tenía unas piernecitas rollizas, como el muñeco de Michelín. Y sus pies eran como cuñas de queso diminutas. Adorable.

—Una pena que te lo perdieras —dijo Emmett sin vacilar.

—¡Como si tú hubieras pasado horas con nosotros cuando éramos bebés! —le espetó Brodie, sintiendo que volvía a brotarle el pánico.

—Una hora más que tú, Brodie.

—¡Emmett!

—Es que es típico —se defendió Emmett con un suspiro—. Qué frustrante. Siempre es igual, Brodie. Esto es justo a lo que me refería: la responsabilidad, las buenas decisiones. Pero tú siempre andas huyendo, sin importarte lo que dejes atrás. —Se frotó la cara con una mano—. Quizá ahora no te quede más remedio que madurar.

—Quizá —respondió Brodie en un tono infantil del que se arrepintió.

—Parad ya —rogó Martha—. Ya basta. —Y, en tono más amable, preguntó—: ¿Cuándo las veremos?

Brodie se alegró de darle la espalda a su padre, que se había acercado a mirar por la ventana.

—Dame un poco de tiempo para limar asperezas y a lo mejor podemos comer juntos un día, o algo así.

—Sería maravilloso —le aseguró Martha apretándole la mano—. Tómame todo el tiempo que necesites. Aquí estaremos. —Sonrió y, en un susurro, agregó—: ¡Muy emocionados! —Y agitó los puños entusiasmada como una niña el día de Navidad.

Capítulo veintisiete

Habían transcurrido un par de días. Brodie había salido del hospital y regresado a su apartamento. Era el mayor tiempo seguido que había vivido allí, incluso tenía leche en la nevera. Su cuerpo se había recuperado. Su mente, sin embargo, seguía intentando ponerse al día, combatiendo la sensación abrumadora que le provocaba intentar ceñirse a su consigna de «vivir el presente».

La austeridad de su piso significaba que no había distracciones. Había pasado demasiado tiempo en Instagram, siguiendo el viaje de San Diego, haciendo *zoom* en las fotos del yate de Caleb rompiendo las olas. Parecía muy divertido. Se estaba planteando si debería comprarse una PlayStation para tener algo que hacer cuando el número de Maeve apareció en la pantalla de su móvil. Se descubrió sonriendo al responder.

—Hola.

—Hola, Brodie, soy Zoey.

Le invadió una inesperada punzada de decepción y placer.

—Hola, ¿qué puedo hacer por ti? —preguntó él, dando un sorbo a su café, con la mano alrededor de la taza.

—¿Te gustaría que hiciéramos algo juntos?

Fue como un puñetazo en la tripa, tan exquisito que resultó doloroso. Mejor que navegar, observó.

—Sí —respondió, tratando de fingir indiferencia, embargado por las emociones y con un nudo en la garganta que le dificultaba hablar

—. ¿Qué tienes pensado?

—Pensaba en Disneyland.

—¡Zoey! —Oyó de fondo el tono de advertencia de Maeve.

—Vaaale —capituló la niña.

—¿Qué te parece si empezamos yendo al parque? —sugirió Brodie—. ¿Jugamos un poco al baloncesto?

—¿Podemos ir a tomar un Sueño de Nata y Galletas?

Brodie había vivido en Autumn Falls lo bastante como para saberse todos los sabores de batido de la cafetería.

—Zoey... —oyó que volvía a decir Maeve.

—No tenemos por qué ir a por un batido —dijo Zoey—. Puedo llevar agua.

Brodie sonrió para sus adentros.

—Me encantaría tomarme un Sueño de Nata y Galletas contigo.

—¿Sí?

—Sí.

Un cuarto de hora más tarde, Brodie llamó a la puerta de casa de Maeve con los nervios a flor de piel, alisándose el pelo en el reflejo, tirándose de la camiseta. Era peor que cualquier cita. El miedo al rechazo era intenso.

Maeve abrió la puerta increíblemente guapa con una camisa blanca y unos vaqueros cortos. Seguía con los horrendos zapatos de champiñones, pero ya les había tomado cariño. El pelo le cubría un ojo, como si no hubiera tenido tiempo de hacerse nada. Y él sintió que sus inusuales nervios se intensificaban.

—Te veo mejor —dijo ella.

—Me encuentro mejor —respondió él—. Del todo recuperado. —Cosa que contradecía el nudo constante que había aparecido en su estómago.

Maeve pareció sentir su nerviosismo y le sonrió con sus oscuras pestañas.

—Me alegro.

Brodie nunca había estado tanto tiempo con una mujer que lo atraía sin como mínimo besarla. Eso hacía que se sintiera incómodo en sus movimientos, como si de pronto ya no se acordara de cómo mantenerse en pie.

—¿Te parece bien esto? —preguntó Maeve.

Brodie asintió, aunque se notaba cada vez más aterrorizado.

—¿Qué vas a hacer si hay fotógrafos o algo así? —preguntó Maeve, en apariencia impertérrita—. ¿Te asegurarás de que Zoey

esté a salvo, por favor?

—Maeve, ya no soy popular. La gente ya no me hace fotos. Soy aburrido.

—No creo que eso sea estrictamente cierto —contestó ella enarcando las cejas con incredulidad.

¿Significaba eso que no creía que fuese aburrido?

«¡Concéntrate, Brodie!».

—Mira, tarde o temprano tendremos que afrontarlo —le dijo—. Si veo un fotógrafo o alguien me saca una foto con el móvil, tiendo a sonreír y saludar. Es la mejor forma de gestionarlo.

Maeve asintió con incertidumbre.

Brodie quiso pedirle que los acompañara. Pero, antes de poder decir nada más, Zoey bajó corriendo las escaleras vestida con un peto y camiseta amarilla.

—Anda, si pareces un Minion —bromeó él.

Zoey se detuvo, se miró la ropa y, de inmediato, se dio media vuelta y volvió a subir las escaleras.

—Tengo que cambiarme.

—¡No lo decía por...! —gritó él, pero Maeve negó con la cabeza y dijo:

—Ya la has fastidiado, has arruinado el día.

—¿Lo dices en serio? —Notó que empezaba a sudar.

—¡No! —Maeve se rio, incrédula—. Brodie, se cambia de ropa unas cinco veces al día. No pasa nada. —Pareció darse cuenta entonces de que estaba nervioso de verdad—. Lo harás bien.

—¿Quieres venir tú también? —preguntó Brodie, y no fue la elegante invitación que tenía pensada, sino algo a medio camino entre la desesperación y la esperanza.

Ella suavizó el gesto, pero, aun así, meneó la cabeza.

—No. Vosotros dos divertíos juntos.

—¿Estás segura? —preguntó Brodie. Le gustaría sentarse frente a ella mientras tomaba un batido, incluso se había descubierto preguntándose qué sabor escogería. Le pegaba ser adicta al Serenata de Fresa. Era el batido favorito de Willow—. Cuantos más, mejor.

—Brodie, no me necesitas allí, lo harás bien —lo tranquilizó Maeve.

Quiso decirle que lo había malinterpretado. No era que la necesitara —aunque le sería de utilidad—, sino que deseaba tenerla allí.

Zoey volvió a aparecer con una camiseta morada por debajo del peto.

Antes de que Brodie pudiera volver a pedirle que fuera con ellos, Maeve dijo:

—Adiós, chicos, divertíos.

—Adiós, mamá.

Por un momento, Brodie se mostró reacio a bajar del porche, se sintió atraído por la sensación de calidez y familia que se generaba cuando estaban juntas, pero apartó la mirada de la cariñosa sonrisa de Maeve y se volvió hacia su hija.

—Vale, vas a enseñarme a lanzar a canasta, ¿verdad?

—¡Ay, sí!

Capítulo veintiocho

Zoey se fue riéndose. Eso era algo bueno, se dijo a sí misma Maeve, apoyada contra la pared del recibidor.

Cerró los ojos. ¿Podría hacer aquello? ¿Todos los días, para siempre? ¿Abrir la puerta y encontrarse con la sonrisa radiante de Brodie, soportar su flirteo, su enfoque despreocupado y feliz acerca de la vida? Mirarlo en los cumpleaños de Zoey, en su graduación, en su boda. A él y a sus muchas novias. ¿Podría charlar, reírse y comportarse con normalidad?

Sí, se dijo a sí misma mientras recorría el pasillo, porque tenía que hacerlo. Porque aquello era algo bueno.

Hacía mucho tiempo que Maeve no tenía un sábado libre sin trabajo y sin Zoey.

Se preparó un café y se sentó en el jardín, trató de relajarse contemplando los pájaros, pero no paraba de consultar su móvil por si acaso había ocurrido algo. Se los imaginaba juntos bebiendo batidos de galletas y nata. Él contando chistes tontos y haciendo reír a Zoey. Notó un vuelco en su interior —¿envidia, tristeza?—, pero cayó en la cuenta de que no se debía al tiempo que pasara Brodie con su hija, sino al deseo que ella tenía de estar allí con ellos. Deseaba haber dicho que sí a la invitación de Brodie. Pediría un Serenata de Fresa y Zoey le diría a Brodie lo asquerosas que eran las fresas. Se preguntó qué batido tomaría Brodie. Probablemente un Sueño de Nata y Galletas para contentar a Zoey. Pero, si tuviera que elegir por él mismo..., el Alud de Tres Chocolates.

¿Qué narices hacía pensando en los batidos favoritos de Brodie?

Se puso en pie de forma apresurada. «No seas ridícula, Maeve».

A fin de mantenerse ocupada, limpió la casa de arriba abajo. Para cuando terminó, no quedaba una sola mota de polvo. Ni Cheerios

tirados debajo de la mesa de la cocina. A continuación, preparó un pastel.

Cuando la puerta mosquitera rebotó indicando que ya habían vuelto, oyó decir a Zoey:

—Guau, mamá, ¿has horneado algo? —Y a Brodie—: Mamá nunca hornea nada.

Maeve corrió hacia la puerta de la cocina para defenderse.

—¡Sí que horneo!

Brodie estaba quitándose las deportivas con los pies, con una pelota de baloncesto bajo el brazo; como en su casa. Tenía que controlarse un poco.

—¿Cuándo? —preguntó Zoey arrugando la nariz.

Maeve miró a su alrededor como si la respuesta fuese a presentarse sola.

—Ahora —contestó al cabo.

Vio a Brodie sonreír con suficiencia, como si la hubiera pillado haciendo algo para impresionarlo.

¿Había estado intentando impresionarlo? ¿O solo se aburría? Y, en caso de estar intentando impresionarlo, ¿qué la inducía a pensar que sus mediocres intentos como repostera conseguirían su objetivo?

Zoey se quedó mirándola como si sucediera algo extraño, a continuación se inclinó hacia Brodie y susurró:

—Nunca he visto a mi madre hornear nada, jamás.

Maeve supo que se estaba sonrojando. Que se había excedido al hornear un pastel de manzana. Que, dejándose llevar por alguna extraña fantasía, sí que había intentado impresionarlo. Demostrarle los placeres de la vida de pueblo. ¿Estaría loca? Brodie no solo había crecido allí, isino que aquella no era su vida normal! Ya había visto el caos en el que vivía habitualmente.

—¿Ha estado bien el baloncesto? —preguntó, entreteniéndose en cortar el pastel para no tener que mirar a Brodie.

—Brodie no sabía que yo estaba en el equipo —explicó Zoey, apartando una silla de la mesa—. ¡Qué rico! —Sonrió al aceptar la porción que Maeve le había cortado.

—Es buena —comentó Brodie, apoyado contra el vano de la puerta, con los brazos cruzados.

—Mamá es buena también. —La voz de Zoey sonó amortiguada por el trozo de pastel que se había metido en la boca.

—En el colegio no se me daba mal. —Maeve se recogió el pelo detrás de la oreja, demasiado consciente de la presencia de Brodie en su casa; tan deslumbrante, limpio, con ese aroma a azúcar caliente. Había menos peligro antes, cuando desconfiaba de él—. Y sí que horneo, por cierto. A veces —añadió, deseando de inmediato no haberlo hecho.

—No he dicho que no lo hicieras. —¿Era aquello una sonrisa disimulada? ¿Se estaría dando cuenta de lo incómoda que se sentía? ¿Por qué de pronto se ponía incómoda con él?

Parecía que todo había cambiado. Ahora que había salido a la luz la verdad sobre el origen de Zoey, le parecía distinto a antes. No había ningún secreto que esquivar, ni murmullos acusadores. La conversación no se centraba ya en dar explicaciones y en el deseo de que la entendiera. Ya estaba; Brodie era el padre ausente. Estaba sucediendo. Zoey y él podrían construir su propia relación, él ni siquiera tenía por qué estar en la casa. Pero allí estaba. Uno ochenta de estatura, con los hoyuelos, el cabello rubio revuelto y el bronceado de surfista. Manipuló el pastel con torpeza mientras lo servía.

—¿Quieres un poco, o ya tienes sobredosis de azúcar después del batido?

Brodie aceptó el plato y se acercó a la mesa con su porción rota y desmigajada.

—Claro que me como un poco de pastel. Por nada del mundo dejaría escapar una oportunidad tan única.

Maeve puso los ojos en blanco, nunca en su vida había tenido tantos motivos para hacerlo como con aquel hombre.

¿Estaría burlándose de ella? No podía interpretar las señales, era demasiado consciente de su presencia en la casa, sentado a la mesa. Pensó que había querido acompañarlos a jugar al baloncesto y a tomar batido. Deseaba formar parte de las risas y de los comentarios cómplices.

Ella y el resto de mujeres del mundo.

Tomó aire para calmarse. «Es el padre de tu hija. Nada más».

De repente, como si su mente hubiera estado reprimiéndola hasta que se resolviera el asunto, le vino a la cabeza la imagen de la noche que había pasado con él. Sentada al otro lado de la mesa, recordó exactamente cómo era el roce de sus labios, su mano recorriéndole el brazo para entrelazar los dedos con los suyos y levantárselos por encima de la cabeza. Recordó el peso de su cuerpo. El olor de su piel. Las arrugas que se le formaban en torno a los ojos cuando sonreía,teniéndolo a escasos centímetros de distancia.

—El pastel está buenísimo —comentó él con la boca llena.

—Sí, mamá, esto se te da muy bien.

Por un segundo, Maeve se olvidó de lo que estaban hablando.

—Creo que a tu madre se le da bien todo —contestó Brodie.

—Yo también.

Maeve no podía soportarlo. Le sudaban las palmas de las manos. No quería estar sentada, no quería ponerse en pie. Solo sentía el palpar por todo el cuerpo al recordar cómo Brodie le rodeaba la cintura con los brazos y la besaba con una sonrisa despreocupada en los labios.

—¿Café? —preguntó.

Zoey echó la silla hacia atrás.

—¿Puedo ir a ver la tele?

Maeve asintió.

Brodie se giró sobre su silla. Parecía demasiado grande para la cocina. Maeve se imaginó a su abuela poniéndole caras por detrás, levantando los pulgares para expresar su aprobación. A su abuela le habría encantado Brodie, con su encanto sofisticado y sus cumplidos.

—¿He hecho algo? —preguntó él, con el codo en la mesa y la barbilla apoyada en el puño mientras la observaba—. Siento que te estoy poniendo nerviosa.

Maeve negó con la cabeza, perpleja.

—En absoluto.

Brodie entornó los ojos como si se diera cuenta de que estaba mintiendo. Antes de que pudiera decir nada, ella agregó:

—¿Qué batido has tomado?

Brodie torció el labio como si no se esperase aquella pregunta.

—El de siempre. El Alud de Tres Chocolates.

A Maeve se le formó un nudo en la garganta. Había acertado.

—¿Cuál es tu favorito? —le preguntó él.

—El Serenata de Fresa.

—El favorito de Willow —contestó Brodie con una sutil sonrisa. ¿Habría estado intentando adivinar también el de ella? No, claro que no, porque no se comportaba como un adolescente patético.

Zoey regresó corriendo y preguntó:

—¿Quieres jugar al *Mario Kart*?

—Siempre quiero jugar al *Mario Kart* —respondió Brodie, se puso en pie y siguió a Zoey hacia el salón lanzando una mirada divertida a Maeve mientras salía.

Maeve dejó escapar el aliento y se derrumbó contra la encimera de la cocina. Contempló los restos de su pastel y, debatiéndose entre tirarlo a la basura y probar un poco, sacó un tenedor y pinchó parte de la manzana dulce y de la masa azucarada. No estaba ni medio mal, quizá Brodie sí que se hubiera quedado impresionado, pensó, y con la misma rapidez frunció el ceño y murmuró:

—Contrólate, Maeve.

Capítulo veintinueve

Brodie regresó la tarde siguiente y fueron todos al parque. Zoey caminaba entre ellos, sujetándoles las manos. Maeve vio sus manos unidas y le encantó, lo detestó y lo temió al mismo tiempo. Se descubrió mirando en torno a ella con inseguridad, alerta a cualquiera que pudiera estar observándolos, a la espera de sacar una foto. Temía que todo se magnificara con ellos tres, sin importar lo que dijera Brodie al respecto.

Aún veía con claridad la cara de Zoey cuando, antes del accidente en el río, le había dicho que Brodie se marchaba, que su estilo de vida lo llevaba lejos de allí, y su hija había roto a llorar. Pero ahora estaban todos jugando a la pelota y se olvidó del asunto, volvió a disfrutar del momento, esquivando los empujones de Brodie, ahuyentándolo de un manotazo, su piel perlada de sudor, competitivos, riéndose, demasiado cerca. Se detuvo para dar un paso atrás, aliviada de contemplar cómo él levantaba a Zoey en brazos para que pudiera encestar. Jadeando en la banda y compartiendo una botella de agua. Se estremeció por dentro al sentir que su mano tocaba la suya cuando le quitó el agua. Era demasiado consciente cada vez que la miraba a los ojos y esbozaba aquella sonrisa torcida tan ensayada.

«Esto no es real», se repetía a sí misma a todas horas. Era el período de la luna de miel antes de que interviniese la vida real.

Se fueron a casa y, claro, Zoey insistió en que jugaran de nuevo al *Mario Kart*, pero en esa ocasión hubo que penalizar a Brodie con tiempos muertos porque era demasiado bueno.

—¿Antes no se te daba muy bien? —le preguntó él con brillo en la mirada, y Maeve supo que estaba hablando de la noche que habían pasado juntos; había dado por hecho que se le habría olvidado. Veía

las imágenes de su habitación de hotel con la Nintendo Switch conectada a la televisión. Se acordaba de su boca posándose sobre la de ella, sus dedos recogiendo suavemente el pelo detrás de la oreja, la palma fría de su mano contra la espalda. Se le encendió la piel de nuevo.

—¡Mamá, te has estrellado! —exclamó Zoey. Maeve miró la pantalla y vio a la pobre Princesa Peach volcada sobre la pista. Brodie sonrió con malicia junto a ella cuando su Mario cruzó la línea de meta.

Mientras Maeve preparaba la cena, Brodie y Zoey salieron al jardín de atrás a echar carreras. Los observaba a través de la ventana de la cocina y se lo imaginó jugando allí siempre, sudado y riéndose. Jamás sería capaz de relajarse.

Cuando Zoey cenó, Brodie le hizo preguntas sobre el colegio y los chicos que le gustaban, cosa que hizo que su hija pusiera caras de horror.

Más tarde, estuvieron todos haciendo pulseras con nombres.

—¿Para quién es la tuya? —preguntó Zoey, inclinada sobre la mesa para mirar qué letras había enhebrado Brodie en su pulsera. Al verlo, declaró encantada—: ¡Mamá, Brodie ha hecho una para ti!

Maeve levantó la vista de su pulsera, que llevaba el nombre de Zoey, y vio a Brodie levantar una con *Maeve* escrito con dos estrellitas a cada lado.

—Anda, es preciosa, gracias —dijo, consciente de que Zoey sonreía de oreja a oreja junto a él.

—¡Póntela! —le rogó Zoey, y Maeve se descubrió estirando el brazo con reticencia hacia Brodie para que este le anudara la pulsera a la muñeca. Sabía que estaba sonrojada y no lo soportaba.

Brodie, sin embargo, parecía estar disfrutando mucho con el proceso.

—Ahí tienes —dijo mientras ataba el nudo con fuerza—. Queda genial.

Maeve no llevaba bien tanta atención; ambos sonriéndole con sus hoyuelos idénticos.

—Bueno, hora de acostarse —anunció poniéndose en pie.

—¿Puede leerme un cuento Brodie?

—Seguramente tenga que...

—Me encantaría —la interrumpió Brodie.

Maeve se preguntó si alguna vez podría volver a relajarse en su casa.

Cuando Zoey se hubo cepillado los dientes y puesto el pijama, Brodie subió las escaleras y dijo:

—¿Qué leemos?

Zoey estiró el brazo hacia su estantería con la colección de *Harry Potter*.

—He pensado que podíamos leer el número cinco —sugirió—. Que es hasta donde has llegado.

Fue un detalle tan dulce que Maeve se descubrió parada frente a la puerta viendo cómo Brodie aceptaba el libro y respondía:

—¡Muy buena idea!

Zoey se metió debajo de la sábana y él se sentó en la mecedora que había junto a la cama. No abrió el libro de inmediato, en su lugar se quedó unos segundos contemplando la cubierta y, luego, tras pensarlo unos instantes, dijo:

—Zoey, tengo que confesarte una cosa.

Maeve se quedó paralizada. ¿Iría a marcharse de nuevo? Por favor, que no se fuera. Pese a que escasos minutos atrás hubiera deseado que se marchara, solo se refería a abandonar la casa. Estuvo a punto de cruzar los dedos. «Por favor, no la decepciones».

Brodie tragó saliva y alzó la vista mientras Zoey lo miraba con desconfianza y los ojos muy abiertos.

—No soy un Gryffindor.

Maeve estuvo a punto de derrumbarse contra el marco de la puerta del alivio que la invadió.

Brodie agachó de nuevo la vista, e hizo otra breve pausa antes de prepararse y confesar:

—Soy un Hufflepuff.

Zoey se aferró a la colcha durante un segundo y, a continuación, relajó las manos y dejó caer los hombros.

—Yo también.

—¿Qué?! —exclamó Brodie, sorprendido. Le lanzó una mirada a Maeve y esta asintió.

Brodie se volvió de nuevo hacia Zoey con la boca abierta, y luego otra vez hacia Maeve.

—Pero si... —Parecía estar recordando sus bromas acerca de que ella fuese una Ravenclaw. Ambos unidos en su superioridad de Gryffindor. Vio la relajación gradual de su rostro al darse cuenta de que ella solo lo había hecho por ellos, para que Zoey y él se vincularan.

Se encogió de hombros como indicando que cualquiera habría hecho lo mismo.

Brodie se rio, totalmente desconcertado, y devolvió su atención a Zoey.

—De todos modos, creo que los Hufflepuff son los mejores.

Zoey asintió muy seria y agregó:

—Y los Ravenclaw.

Brodie miró a Maeve con una sonrisa en la cara que carecía de su habitual picardía y sensualidad, solo transmitía una calidez auténtica.

—Y los Ravenclaw —convino él.

Maeve quiso salir corriendo a su dormitorio y cerrar la puerta con pestillo. ¿Por qué no le habrían puesto turno aquella noche? Prefería a los pacientes, el estrés y las horas extra. Cualquier cosa mejor que tener que enfrentarse a esa sonrisa.

Dejó a Brodie sentado en la silla junto a la cama de Zoey, leyendo con las distintas voces que hacían que su hija se partiera de risa, y se entretuvo en la planta de abajo, decidida a poner fin a sus pensamientos descarriados.

De pronto, una voz justo detrás de ella dijo:

—¿Todo bien?

Dio un respingo.

Brodie sonrió al ver que había conseguido asustarla.

Maeve se encontró atrapada entre la encimera de la cocina y el cuerpo de pecho amplio y metro ochenta de Brodie, que sonreía como si la vida fuera una gran broma hilarante y sensual.

Maeve arrojó hacia el fregadero el trapo que había estado usando para limpiar las superficies, después levantó la barbilla y, con decisión, dijo:

—Solo quiero dejar claro que no vamos a hacer esto.

Él estiró el brazo para alcanzar una manzana del cuenco que había a su espalda, sobre la encimera, y estuvo a punto de rozarle el brazo con el suyo.

—¿Hacer qué?

—Esto. Lo nuestro —contestó ella, señalando a ambos.

Él le dedicó una media sonrisa mientras daba un mordisco a la manzana.

—Ya lo sé —dijo, masticando y sonriendo al mismo tiempo. A continuación, se volvió y se alejó para recoger su jersey, que había lanzado sobre una silla.

Maeve expulsó el aire, consciente de la fina línea entre el alivio y la vergüenza. ¿Estaría solo en su cabeza? Brodie se mostraba tan sereno y despreocupado que costaba saberlo.

Lo vio caminar hacia la puerta principal, pero se detuvo en el recibidor y regresó a la cocina.

—Por cierto —dijo, dando otro mordisco a la manzana—, Logan te ha invitado a comer el domingo.

—¿Por qué? —preguntó Maeve, y fue entonces ella quien frunció el ceño.

Brodie ladeó la cabeza, masticando con gesto divertido.

—Mi madre quiere veros a Zoey y a ti. Hemos pensado que sería mejor hacerlo en un territorio más neutral.

—Oh, Brodie... —dijo ella, desencajando los ojos por el pánico.

—No te preocupes. Está bien. Y, además, yo cuidaré de ti. —Hizo una pausa y, con brillo en la mirada, agregó—: Pero no en el sentido que estás pensando.

Antes de que Maeve pudiera responder, Brodie se lanzó el jersey por encima del hombro y se marchó con aquella sonrisa perversa y descarada.

Capítulo treinta

La casa de Logan y Bella se encontraba a las afueras del pueblo, rodeada de hectáreas de frondosos prados de hierba y árboles que se estremecían con la brisa, pinos tan altos como alcanzaba la vista, señalando hacia el cielo como flechas. La casa lucía un aspecto bastante tradicional por fuera, pero por dentro... Maeve ahogó un grito al contemplar las vistas que ofrecía la pared de ventanas frente al paisaje extenso y virgen. Era agradable encontrar una distracción para los nervios.

—Qué casa tan bonita —admiró.

—Mejor ahora que tiene muebles —repuso Bella mirando con picardía a Logan, quien se encogió de hombros como si nunca hubiera llegado a encontrarle el sentido a la decoración de interiores.

A continuación, entró Martha por las puertas plegables abiertas, con un vaso de limonada en la mano, y sugirió:

—A lo mejor ahora puedes comprarte tú también algunos muebles, Brodie.

Maeve notó que se le tensaba el cuerpo al ver a Martha, tan elegante y hermosa con sus pantalones anchos verde aceituna y una camisa negra cruzada.

—Ja, ja —dijo Brodie—. Muy graciosa. —Después le colocó una mano con suavidad a Maeve en la espalda para indicarle con discreción que todo iría bien, y añadió—: Puede que ya lo haya hecho.

Martha pareció sorprenderse de sus palabras y dijo:

—¿En serio? ¿Qué has comprado?

Brodie dejó caer la mano, alcanzó un vaso que Logan le ofrecía y Maeve sintió la ausencia de su caricia tranquilizadora y al mismo tiempo una mayor facilidad para respirar ahora que no estaba.

—Vale. No he comprado nada, pero reconozco que quedarían bien algunos cuadros en las paredes.

Los demás se rieron. Martha enarcó las cejas en señal de cariñosa desaprobación y se volvió hacia Maeve.

—Hola, Maeve, cielo —dijo—. ¿Cómo estás? —Le dedicó una amplia sonrisa, un poco como la de su hijo y, en consecuencia, un poco como la de Zoey, que hizo que Maeve se relajara al momento ligeramente.

—Estoy bien, gracias, Martha.

Martha asintió, aún con su sonrisa de bienvenida, y, mientras salían al jardín, se volvió hacia Zoey.

—¿Y tú? —le preguntó—. Me han dicho que viviste una gran aventura en el río.

—Ah, no tuve nada de miedo —repuso Zoey.

—Pues sí que eres valiente —contestó Martha negando con la cabeza—. Yo habría estado aterrorizada.

—¿Debería llamarte *abuela*? —preguntó Zoey.

—Puedes llamarme como quieras, cariño.

Salieron al jardín, Martha con la mano apoyada suavemente en el hombro de Zoey, hasta donde se hallaba Emmett hablando con Logan.

—Vale, así lo haré —declaró Zoey—. Y a Emmett lo llamaré *abuelo*.

Emmett se encontraba en mitad de una frase, dejó de hablar y se giró para mirar a Zoey, sin palabras de pronto.

Maeve vio que estiraba la mano hacia el respaldo de una de las sillas, posiblemente para recuperarse de la sorpresa.

—Estoy segura de que le gustaría mucho —contestó Martha.

Miraron todos a Emmett, quien consiguió recuperar la voz para decir:

—Sería un privilegio.

Zoey sonrió radiante.

Siguió un incómodo momento de silencio. Emmett lanzó una mirada a Brodie, Martha sonrió. Maeve era consciente de un trasfondo del que no tenía ni idea.

—Oye, Zoey —dijo Logan—, ¿quieres venir a ver los caballos?

—¿Qué caballos tienes aquí? —preguntó Brodie haciendo una mueca.

—Hay dos —contestó Bella poniendo los ojos en blanco—. Uno está lesionado y el otro está aquí para que no se sienta solo.

—Cuidado, Logan —dijo Brodie con una carcajada—, te estás convirtiendo en Noah.

Salieron todos, salvo Maeve y Martha, que supieron que se les había brindado aquella oportunidad de charlar en privado.

Maeve se quedó mirando el suelo de madera unos segundos antes de hablar.

—Siento no habértelo dicho.

Martha suspiró, y las finas arrugas que bordeaban sus ojos se pronunciaron más mostrando cierta tristeza, y entonces dio un par de pasos hacia delante.

—No estoy enfadada, Maeve. Bueno, un poco sí —admitió—. Es mi nieta. Supongo que estoy más bien decepcionada; no contigo, sino por haberme perdido la oportunidad. Podría haber cuidado de ella, podría haber ayudado más.

—Y me has ayudado —se apresuró a interrumpirla Maeve, sintiendo el peso de la culpa como un saco de piedras.

—Podría haber hecho más —insistió Martha meneando la cabeza. A continuación, estiró la mano y la colocó suavemente sobre el brazo de Maeve—. Sin embargo, estoy muy familiarizada con el concepto de «podría haber hecho». Y la cuestión, Maeve, es que lo entiendo. —Le dio un cariñoso apretón en el brazo antes de apartar la mano—. Estoy triste, pero lo entiendo. —Se recogió el cabello negro azabache detrás de la oreja, mostrando unos pequeños pendientes dorados en forma de herradura—. Entiendo lo que es capaz de hacer una madre para proteger a su hijo. De haber sido yo, me habría costado mucho confiar en Brodie en aquella época de su vida; en especial con su... —hizo una pausa y, con menos calidez, agregó—: su matrimonio. —Fue la primera vez que Maeve veía un atisbo de desdén en el rostro de Martha Carter.

Maeve asintió y, por un segundo, se sintió demasiado superada como para hablar. Que aquella mujer pudiera mostrarse tan amable con ella después de todo, que pudiera ser tan comprensiva, le hizo

pensar en sus propios padres y darse cuenta de que la compasión era un regalo, no algo que se diese por hecho.

—Gracias, Martha.

Martha sonrió y sus ojos brillaron igual que los de Brodie.

—Gracias a ti, Maeve. Zoey es mi primera nieta y me hace mucha ilusión tenerla, y tenerte a ti, en la familia. Ahora, venga, vamos a reunirnos con los demás.

Atravesaron la casa y salieron por la puerta de atrás, donde casi todos los hombres se habían marchado con Zoey y Logan a ver a los caballos. Hasta Emmett había salido con ellos. Maeve observó cómo el anciano se sacaba un paquete de caramelos de menta del bolsillo de la camisa y le daba un par a Zoey para que se los ofreciera a los dos inquisitivos caballos.

Noah y su novia, Ren, estaban a cargo de la barbacoa.

—Creo que ya está lista, Noah —estaba diciendo Ren, con las manos hundidas en los bolsillos de sus pantalones cortos, mirando intencionadamente el carbón.

—No está lista —respondió Noah sacudiendo la cabeza.

—Es que no entiendo por qué no la ponéis de gas —contestó Ren negando con la cabeza—. ¡Ah, hola, Maeve!

—Nadie que quiera cocinar un filete en condiciones utiliza gas —se defendió Noah—. Hola, Maeve.

—¿Todo bien, Maeve? —preguntó Ren dando un trago a su limonada—. ¿Sabes? Tu Zoey es capaz de tomarse un Sueño de Nata y Galletas más rápido que nadie que yo haya visto jamás.

—Se sentirá muy orgullosa de ello —contestó Maeve riéndose.

Ren le guiñó un ojo y siguió insistiéndole a Noah para que empezara a cocinar la carne.

Bella salió con los filetes y, cuando la vio, Logan corrió para ayudarla, pero entonces Martha tomó las riendas y le dijo a Bella que le enseñase a Maeve el lugar. En el prado, Emmett estaba ayudando a Zoey a subirse en uno de los caballos mientras Brodie montaba guardia.

Allí estaba su hija con sus abuelos, pensó Maeve con una punzada de arrepentimiento porque no hubiera sucedido antes.

Bella agarró su vaso y le hizo un gesto a Maeve para que la siguiera. Recorrieron uno de los senderos de la propiedad, que desembocaba en un pequeño arroyo con un puente.

—¿Cómo lo llevas? —le preguntó Bella cuando estuvieron lo bastante lejos de los demás.

Aunque Maeve y ella se habían conocido vagamente en el instituto, se habían hecho amigas mediante Heather, la madre de Bella, que era enfermera en el hospital. A menudo compartían coche para ir al trabajo porque Maeve vivía al lado del manzanar y, como resultado, había acabado haciéndose amiga de Bella.

Maeve dio un trago a su limonada y oyó el tintineo de los hielos.

—Estoy bien.

Bella enarcó una ceja dando a entender que sabía que mentía.

—Lo estoy —insistió Maeve—. Resulta todo un poco extraño, pero en el buen sentido, para Zoey. —Señaló con la cabeza hacia el prado, donde Emmett guiaba lentamente un caballo—. Parece encantado con ella.

—Creo que Emmett puede ser un blando debajo de esa fachada —contestó Bella para darle la razón.

Hacía un día cálido, y las nubes blancas se deslizaban perezosas por el cielo azul claro. Bella se detuvo un segundo para recogerse el pelo y, a continuación, miró a Maeve y dijo:

—¿Y qué pasa con Brodie?

Maeve entornó los ojos y alcanzó a ver el brillo en la expresión de su amiga.

—¿Qué pasa con Brodie?

Bella se encogió de hombros y siguieron andando, pero, cuando Maeve la miró de reojo, vio que la estaba observando. Era la viva imagen de la inocencia con su camiseta blanca inmaculada de manga corta, sus vaqueros azul claro y sus sandalias, pero Maeve reconoció la astucia detrás de sus ojos.

—En serio —dijo con un suspiro—, no hay nada entre nosotros. Claro que no lo hay, tenemos que centrarnos en Zoey, pero...

—¿Pero...? —Se habían detenido sobre el puentecito y Bella se giró y se apoyó contra la barandilla.

Maeve se apoyó al otro lado.

—Pero a veces parece que hay algo ahí. Y entonces, nada más pensar eso, me doy cuenta de que todas las mujeres a las que conoce Brodie deben de pensar lo mismo.

Bella se rio.

—¿Lo ves? —Maeve la miró con los ojos muy abiertos—. ¡Nadie se molesta en negarlo!

Bella arañó los listones del puente con la sandalia.

—¿Y si contigo y con él la cosa fuera distinta? Ahora es mayor, quizá esté listo para cambiar.

—¿Crees que se ha aburrido de las supermodelos macizas? —preguntó Maeve con ironía.

—Tú también estás maciza —contestó Bella encogiéndose de hombros.

—¡Qué va! —Maeve restó importancia al cumplido con un gesto de la mano, avergonzada—. Qué tontería. Ni siquiera sé qué hago hablando de ello. Jamás funcionaría.

—Podría funcionar.

Maeve miró los cubitos de hielo y el limón de su vaso.

—¿Y qué pasa si no? ¿Y si todo sale mal? Entonces, ¿qué? Sería perjudicial para Zoey. Perjudicial para mí. Y volvemos a estar como al principio.

—No del todo —respondió Bella, impulsándose hasta quedar sentada sobre la barandilla del puente—. Él seguiría siendo su padre.

Maeve enarcó las cejas en gesto inquisitivo.

—¿No confías en que se quede aquí si las cosas salen mal?

—No es que tenga un historial brillante que digamos.

—Cierto —admitió Bella.

—Eso me consuela mucho.

Bella se rio y dijo:

—Pero la gente cambia, Maeve.

Maeve miró hacia donde estaba Brodie, que se había montado en el caballo detrás de Zoey y cabalgaba cada vez más rápido alrededor del prado.

—¿Tú crees? —preguntó, señalándolo con la cabeza.

Bella se giró para mirar y volvió a reírse.

A continuación, vieron que Emmett silbaba entre dientes y Brodie aminoraba la velocidad del caballo hasta alcanzar un trote ligero. Zoey soltó un grito de júbilo y pidió que volvieran a hacerlo, pero Brodie dijo que no con la cabeza, llegaron hasta donde se encontraba Emmett y, al bajarse del caballo, le entregó las riendas a su padre para que pudiera enseñar a su nieta debidamente.

Bella se giró de nuevo hacia Maeve.

—Siempre he sentido debilidad por Brodie. Me parece que lo pasó muy mal con Emmett cuando era pequeño.

—¿A qué te refieres con que lo pasó mal? —preguntó Maeve con el ceño fruncido. No deseaba añadir la compasión a sus ya de por sí complicados sentimientos hacia él.

—¡La carne está lista! —anunció Noah con un grito, y todos dirigieron sus pasos hacia la mesa. Brodie se plantó junto al caballo para que Zoey pudiera subirse a sus hombros.

—¿Por qué no pruebas a preguntárselo? —Bella sonrió, se bajó de la barandilla y emprendió el camino de vuelta hacia la barbacoa.

Capítulo treinta y uno

Se sentaron todos en torno a una gran mesa alargada en el porche de Logan y Bella. Saltaba a la vista para los allí presentes que aquel tipo de reunión no se daba con mucha frecuencia en la familia Carter. Emmett, incómodo, y a menudo interrumpiendo las conversaciones con algo que hacía sentir incómoda como mínimo a una persona. Eran personas como Ren las que mantenían el ritmo de la conversación; podría ganar un premio a su capacidad para pasar por encima temas escabrosos aportando nuevos datos o temas de conversación. Maeve le preguntó a Martha por The Silver Pantry, pues en el pueblo circulaba el rumor de que pronto se celebraría la inauguración.

—Ren ha accedido a llevar la cafetería —dijo Martha con orgullo, y Ren sonrió tímidamente a causa de la noticia.

—Es asombroso —dijo Bella—. Enhorabuena a las dos.

—Gracias —respondió Ren, apoyando la cabeza en el hombro de Noah, porque tanta atención la avergonzaba.

Bella les rellenó a todos el vaso de agua.

—¿Sabíais que John-Luke quiere vender el manzanar? —preguntó.

—¡No lo sabía! —contestó Martha con un grito ahogado.

—Sí —confirmó Bella con un gesto de asentimiento—. Mi madre quiere viajar. Volver al Reino Unido un tiempo. Creo que sienten que se están haciendo viejos y quieren un cambio de ritmo.

Emmett alcanzó su vaso.

—Es un manzanar precioso —comentó.

—¿No tiene también vides? —preguntó Logan arrellanándose en su silla—. Brodie, a lo mejor podrías comprarlo tú.

—Sería una pena que se murieran esos árboles —se apresuró a decir Emmett sin perder un segundo.

En esa ocasión, todos los sentados a la mesa parecieron incomodarse. Maeve pilló a Bella mirándola con los ojos muy abiertos desde el otro lado de la mesa.

—¿Te estás quedando conmigo? —preguntó Brodie dejando su tenedor.

—Brodie —intervino Noah, con un tono amistoso que le advertía de que no empeorase las cosas.

Pero Brodie lo ignoró.

—Sabes que poseo un viñedo en muy buen estado, ¿verdad? —le espetó a su padre.

Emmett se limpió las manos en su servilleta y, sin mirar a Brodie, dijo:

—No me cabe duda, solo digo que se trata de un manzanar muy antiguo y necesita cuidados adecuados. No es algo que deba comprarse llevado por un impulso.

—¿Y crees que eso es lo que haría yo?

Emmett le clavó la mirada con dureza y respondió:

—Sé que eso es lo que harías.

Brodie parecía dispuesto a responder cuando intervino Noah:

—Zoey, ¿quieres que te enseñe a lanzar la cuerda?

—Sí, señor —respondió Zoey, que ya había arrastrado su silla hacia atrás.

—Muy bien, entonces. —Noah se rio, se puso en pie y dio un trago de agua rápido antes de abandonar la mesa—. ¿Tienes cuerda en el granero, Logan?

—Sí —contestó Logan levantándose también—. Yo te la traigo.

Noah miró con desconfianza a Brodie, que se notaba que estaba echando humo, y a continuación clavó la mirada en su padre y preguntó:

—¿Quieres ayudar?

—Estoy bien donde estoy —contestó Emmett negando con la cabeza.

Noah entornó los ojos un segundo y de nuevo se fijó en Brodie, todo tenso y con los labios apretados.

—De acuerdo —le dijo a Emmett—, pero luego no quiero que le digas a la niña que le he enseñado mal.

Emmett resopló al pensarlo, pero el truco pareció funcionar, porque arrojó su servilleta sobre la mesa y se puso en pie para seguir a Noah. Entonces se detuvo y, como si acabara de ser consciente de su falta de educación, dijo:

—Gracias, Logan y Bella, por una comida encantadora.

Nadie se atrevía a mirarse a los ojos.

—Sí, gracias, chicos —masculló Brodie, poniéndose en pie para dirigir sus pasos hacia la casa.

Una vez más, Bella miró a Maeve desde el otro lado de la mesa y le hizo un gesto con la cabeza para que siguiera a Brodie.

Maeve creía que tal vez fuese mejor que lo hiciese otro, y por suerte Martha se ofreció.

—Voy a hablar con él —dijo.

—Quizá sea mejor que vaya Maeve —sugirió entonces Bella, horrorizándola—. Es doctora, ¿no? Se le da bien hablar con la gente, resolver sus problemas.

—No soy esa clase de... —empezó a decir Maeve, fulminando a su amiga con la mirada, pero esta se encogió de hombros y reprimió lo que, sin lugar a duda, era una sonrisa traviesa.

—Siempre está bien contar con una nueva perspectiva sobre las cosas, ¿no te parece? —sugirió.

—Desde luego, tú misma. —La madre de Brodie se echó a un lado de buena gana—. Creo que ya ha oído todo lo que tengo que decirle.

Al otro extremo de la mesa, Ren se inclinó hacia delante, observando, intrigada por el giro de los acontecimientos. Maeve notó que se sonrojaba a causa del trasfondo y, sin querer llamar más la atención sobre el tema, echó su silla hacia atrás y dijo:

—Claro. Veré qué puedo hacer.

Dentro, cruzando el palaciego salón, tomó aliento tratando de no pensar en lo que sabía que serían miradas disimuladas entre las mujeres que se habían quedado sentadas a la mesa, y fue en busca de Brodie.

Lo encontró en la planta de arriba, donde había un segundo salón con una orientación superior, de modo que las vistas eran aún más increíbles. Veían a Zoey recibir su lección con el lazo.

Brodie estaba de pie frente al ventanal, de espaldas a ella, pero miró por encima del hombro al oír que alguien se acercaba y, por un momento, pareció sorprendido de que fuese ella.

—Perdona —le dijo—. Necesitaba un respiro.

Maeve asintió. Atravesó la estancia, reparando conforme avanzaba en el estiloso mobiliario, los grandes lienzos abstractos, los tonos cálidos y discretos de las paredes, que servían para acentuar las vistas.

—Qué habitación más bonita —comentó cuando llegó hasta él—. ¡Me hace pensar que debería haber hecho mucho más con mi casa!

—A mí me gusta tu casa —contestó Brodie sacudiendo la cabeza.

Fue gracioso oírsele decir con tal franqueza, pues no imaginaba que a Brodie pudiera gustarle su casa, que conservaba aún los muebles de su abuela.

—Muy amable por tu parte —respondió—, pero sin duda necesita algún que otro arreglito y un poco de mimo.

Se quedaron callados, ambos mirando a Zoey en el jardín, mientras Noah le enseñaba a sujetar la cuerda, haciéndola reír. Emmett observaba la escena apoyado contra la cerca del prado.

—Bella me comentaba que tu padre y tú no os lleváis muy bien —comentó Maeve.

—¿Has estado hablando de mí con Bella? —A Brodie se le iluminaron los ojos al pensarlo.

Maeve negó con la cabeza y miró al suelo, frustrada.

—¿Alguna vez podrás tener una conversación seria?

—No mientras haya una chica guapa cerca. —Se movió hasta quedar apoyado contra el respaldo del sofá, con las piernas estiradas frente a él y los brazos cruzados.

—Vale, me voy. —Maeve se dio la vuelta dispuesta a marcharse.

Brodie se rio, se incorporó de un brinco y estiró la mano para detenerla.

—Perdona, perdona. Ya me centro, te lo prometo.

Pero Maeve solo podía pensar en el roce de su mano contra su brazo. Fue el sentimiento culpable de ser una hipócrita lo que la hizo quedarse donde estaba.

Se acomodó junto a él sobre el respaldo del sofá. Brodie apoyó las manos a ambos lados, volvió a estirar las piernas y arrugó el gesto antes de hablar.

—Mi padre. Vale. —Se quedó pensativo—. Supongo que le molesto. —Hizo una pausa—. Es muy serio, siempre lo ha sido. A mí me gusta la música, la gente y disfrutar de la vida. A él le gusta el ganado y estar solo, y no tengo idea de si disfruta de la vida o no. —Se encogió de hombros—. Lo decepciono porque cree que no tengo un objetivo.

—Es que no lo tienes —contestó ella sin pararse a pensar.

—Caray. No te cortes. —Se rio, y en torno a sus ojos aparecieron pequeñas arrugas, además de los hoyuelos en las mejillas, que acompañaban a esa sonrisa que siempre reducía la intensidad de las situaciones.

—Pero es la verdad —insistió ella encogiéndose de hombros.

—Puede ser —admitió él—, pero aun cuando tenía un objetivo, cuando estaba en el grupo de música, cuando me lancé en solitario, seguía decepcionándolo, porque no lo hacía a su manera. Somos demasiado distintos.

Por la ventana, Emmett había intervenido para corregir la manera en que Zoey sujetaba la cuerda.

—Puede que compre el manzanar solo para demostrarle que está equivocado —dijo Brodie.

—Entonces sí que se morirán los árboles.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó él con el ceño fruncido.

Se giró para mirarlo y se fijó en su boca apretada a causa del enfado, un poco parecida a la de su padre.

—Porque no puedes vivir de determinada manera solo para fastidiar a alguien. Nunca acaba bien. Compra el manzanar porque quieras comprarlo, se mueran o no se mueran los árboles, pero no lo hagas porque tu padre te ha dicho que no puedes.

Brodie sopesó unos instantes ese argumento y luego dijo:

—¿Acaso tú no trabajas tan duro a todas horas para fastidiar a tus padres?

Maeve se dispuso a hablar, a defenderse, y entonces se detuvo y lo pensó unos segundos, y se rio al ver que la había pillado.

—Creo que mi problema es que estoy intentando hacer que se den cuenta de que cometieron un error.

—Interesante —repuso él, ladeando la cabeza para animarla a continuar.

Ella se encogió de hombros.

—Yo solo quería ser doctora. Por supuesto, quería ayudar a la gente, pero además sabía que se me daría bien. Lo disfrutaba, me gusta la parte científica y el trabajo, y me parecía lo adecuado. —Se detuvo y miró a Zoey, que se estaba enredando con la cuerda al intentar lanzarla—. Cuando me quedé embarazada, me di cuenta de que, para ellos, que yo estudiara Medicina en Stanford era más por el prestigio. Por el renombre, ¿sabes? No era por mí.

Le sorprendía lo fácil que le resultaba hablar con Brodie. Que, cuando la miraba, le hacía sentir que no quería estar hablando con ninguna otra persona, como si lo que ella tuviera que decir fuese muy valioso. Y eso le hacía decir cosas valiosas, que no le contaba a mucha gente.

—No me esforcé tanto solo para fastidiarlos, ¡creo que me esforcé tanto con la esperanza de que tal vez se fijaran en mí!

Brodie asintió para indicar que la entendía. Se lo imaginó con sus discos de platino y los álbumes en lo más alto de las listas de éxito, ansiando un simple «bien hecho».

Maeve se giró hasta quedar sentada de cara a la ventana en lugar de mirar el perfil de Brodie, pues el sol se reflejaba en su cabello, que le caía revuelto sobre la frente, y realzaba los ángulos definidos de sus pómulos. Resultaba más fácil hablar con él si no lo miraba. Y se descubrió queriendo hablar con él, le gustaba hablar con él. Vio a Zoey fuera, intentando lanzar la cuerda otra vez, sin conseguirlo.

—¿Sabes que un día, hace un par de años, se presentaron en mi puerta? Dijeron que estaban de paso. —Se detuvo al recordarlo, la sorpresa de ver a sus padres con su ropa elegante allí de pie. Habían vuelto al pueblo a saludar a viejos amigos del club, dijeron. Ella se quedó petrificada al verlos, pensó que quizá fuese producto de su imaginación, como un espejismo—. Mi abuela solía decir que una persona se pone a prueba cuando se ve si es capaz de reconocer o no sus errores. Ver si está dispuesta a cambiar. Creo que por eso se

sentía tan frustrada con mis padres; no solo pensaba que me habían decepcionado a mí, sino que ellos, mi padre en especial, la había decepcionado a ella también. Deseaba que fuera mejor.

—¿Y los dejaste pasar? —preguntó Brodie, visiblemente intrigado por aquel giro de los acontecimientos.

—Ah, sí —respondió, y le hizo gracia pensar en la posibilidad de que no los hubiera dejado entrar porque al verlos se hubiera dado cuenta de la cantidad de tiempo que llevaban ignorándola—. Tomamos café. Conocieron a Zoey. Hicieron algunas preguntas sobre mi trabajo y luego se fueron. Eso fue todo, no hicieron mención a lo sucedido. No llegaron a reconocer el hecho de que no nos veíamos desde hacía años. Me gusta decirme a mí misma que eran demasiado orgullosos para decir que lo sentían. O al menos demasiado orgullosos para darme la enhorabuena por haberlo logrado al final, pero quién sabe.

—Apuesto a que estaban orgullosos —dijo él con determinación—. Yo estaría orgulloso de ti si fueras mi hija.

Maeve se giró y le sonrió sorprendida y agradecida.

—Gracias, Brodie.

—Es la verdad —insistió él, sosteniéndole la mirada. Maeve sintió el escalofrío sobre la piel incluso después de que hubiera apartado la mirada y la fijara en Zoey y en Emmett, juntos en el jardín trasero—. ¿Quieres decir entonces que mi padre está secretamente orgullosísimo de mí? —Miró hacia atrás levantando una comisura de los labios como si supiera que era mentira.

—Supongo que me refiero a que, de vez en cuando, debes de haberte esforzado mucho. No todo el mundo se convierte en superestrella. A la gente le encantan tus canciones...

Brodie sonrió con el cumplido.

—Brodie, no te digo esto para alimentar tu ego.

—No, ya lo sé. —Intentó dejar de sonreír—. Pero es agradable oírlo. Te lo agradezco.

Ella puso los ojos en blanco. Y eso lo hizo reír de nuevo.

—¿Te desesperas conmigo?

—Sí —contestó ella, pero no pudo evitar esbozar una sonrisa.

Se percató de que Brodie la hacía reír. Aparte de Zoey, no había habido muchas risas en su vida a lo largo de los últimos años, no había habido tiempo ni motivos. Pero Brodie tenía algo capaz de dar la vuelta a una situación, de hacerla más ligera y que te dieras cuenta de que la vida podía ser más divertida de lo que pensabas.

—No sé, Brodie —continuó, tratando de ponerse seria un segundo—, ¿alguna vez piensas que tu padre se equivocó y no puede admitirlo? Debe de ser muy molesto estar diciéndole a tu hijo una cosa todos los días y luego el hijo se marcha y te demuestra que estabas equivocado. Quizás le hagas sentir como un tonto. Quizás por eso te molesta, porque ser de cualquier otra forma equivaldría a reconocer que se equivocó. Quizá sea orgullo.

Brodie enarcó las cejas y pareció pensarlo unos instantes, asintiendo mientras movía la cabeza de un lado a otro.

—Es una manera interesante de verlo.

—No digo que tenga que ser eso por narices, pero es una posibilidad. O, cuando menos, podría formar parte del motivo. —Maeve se encogió de hombros—. El orgullo es algo muy poderoso. Cuesta mucho admitir nuestros errores.

Brodie asintió de nuevo, le dio un empujoncito en el hombro y preguntó:

—¿Tú crees que a tus padres les haces sentir como unos tontos?

—A todas horas —respondió Maeve con una sonrisa que indicaba que se trataba de una mentira descarada—. Ojalá pensara de ese modo. Sigo creyendo que su opinión lo es todo. A veces me preocupa que todo lo que hago es intentar demostrar que no soy una fracasada. —Hizo una pausa y se pasó una mano por el pelo, sorprendiéndose a sí misma por estar contándole esas cosas, pero allí apareció de nuevo esa mirada, como si deseara oír lo que ella tuviera que decir, como si le interesase de verdad—. Hicieron que lo que más quiero en el mundo, Zoey, pareciera mi mayor fracaso. Y yo la miro y me cuesta entender cómo podría ser cierto eso.

—Si Zoey es tu mayor fracaso, entonces, créeme, ilo estás haciendo mejor que bien!

Una vez más, volvió a pillarla desprevenida con su sinceridad. Maeve sonrió con más timidez de la que se creía capaz, avergonzada

por tantos elogios.

El propio Brodie pareció sorprenderse de la autenticidad de su reacción. Apparentemente sin pensar, estiró el brazo y le retiró del ojo un mechón de pelo suelto.

—Creo que tus padres son tontos.

Maeve se apresuró a recogerse el cabello, muy consciente de que le había tocado la piel con los dedos.

—Bueno, puede que tu padre también lo sea —respondió, tratando de ignorar el momento—. A lo mejor siente más vergüenza que rabia.

—Puede ser. —Brodie se irguió un poco más y echó los hombros hacia atrás—. ¿Ves? Esto es lo que necesito: alguien sensato en mi vida.

—¿Sensato? —repitió Maeve antes de pararse a pensar en ello—. ¡Eso es lo peor de todo!

—¡Qué va, no lo es! —Brodie frunció el ceño, casi perplejo—. Ser sensata es genial. Te lo digo como un cumplido. Sensata, guapa y... —Se detuvo.

Volvió a aparecer esa tensión, ese chisporroteo.

El aire pareció cambiar a su alrededor. De pronto, se le antojaba cargado, denso. Fue como si se detuviera el tiempo. Los ruidos de fuera se desvanecieron. Solo oía su respiración, sentía sus manos lado a lado sobre el sofá, casi tocándose. El sol se colaba por el ventanal.

Esta vez, Maeve no podía apartar la mirada, se quedó cautivada por la certeza, la esperanza, de que Brodie iba a inclinarse hacia ella. Se estaba inclinando, muy despacio, acercando los dedos muy levemente a los suyos sobre el respaldo del sofá. Tragó saliva. Sintió la caricia rebotar por todo su cuerpo como una descarga eléctrica. Entonces Brodie acercó también su otra mano, la deslizó por debajo de su melena y la ahuecó contra su nuca, atrayéndola hacia sí. Cada caricia encendía dentro de ella algo que había estado a la espera. Y descubrió que quería que lo hiciera, quería estar lo bastante cerca para sentir el roce de sus labios, el olor de su piel, el beso, la liberación de todo aquello que bullía entre ellos. La embargó el alivio de entregarse al momento, rodeándole el cuello con las manos y

dejándose arrastrar y envolver con fuerza, permitiéndose sentir la sonrisa de la victoria en los labios de él mientras la besaba, recordar las chispas y las llamas que prendían cuando estaban juntos. Como aquella noche. Cuando se dejó llevar por completo.

Cerró los ojos, movió la mano a su hombro, a la suavidad de su camisa, y acarició con el pulgar la piel desnuda de su cuello, tensando el vientre, abandonada toda razón durante una milésima de segundo para disfrutar de aquel hermoso momento...

La razón. Esa palabra le hizo volver de inmediato a la realidad. Su sensatez la llevó a apartarse y decir:

—Deberíamos bajar, reunirnos con los demás.

—Sí. —Brodie dejó caer la mano al instante. Sin embargo, sus ojos tenían un brillo travieso cuando asintió, como si viera exactamente la guerra que se libraba en su interior.

Su corazón estaba entrando en colapso. Las piernas la transportaban con el piloto automático. Temía aparentar la misma inquietud y desasosiego que sentía por dentro. Aquello no era propio de ella.

Cuando llegaron al pie de la escalera y atravesaron el salón de abajo en dirección al porche, Brodie, con ese tono informal que solo él podía emplear, preguntó:

—¿Te gustaría cenar conmigo alguna vez?

Maeve se detuvo en seco, sorprendida al oír su pregunta.

—No —respondió enseguida. Y a continuación añadió—: Me refiero a que no creo que sea buena idea.

Brodie se metió las manos en los bolsillos, caminando despacio, relajado como siempre, hacia las puertas abiertas.

—¿Por qué no? ¿Qué es lo peor que podría ocurrir?

—Que Zoey resultara herida.

Él se detuvo y se giró para mirarla con un brillo juguetón en los ojos.

—Zoey no vendría a la cena.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Vale, olvídate de Zoey —le dijo él—. Ella se queda al margen, protegida. Estás sola conmigo en ese aspecto. Entonces, ¿qué?

«Podría resultar herida yo», pensó.

Maeve sabía que la respuesta era un no por mucho que su mente irracional deseara decir que sí, por mucho que él intentara persuadirla.

—No te convengo, Brodie. Mírame. —Se señaló el vestido, que sin saber cómo ya se le había arrugado, y las botas arañadas—. Soy descuidada, mi casa está hecha un desastre, estoy siempre ocupada. No encajo en tu estilo de vida. ¡Deja de poner esa cara!

—¿Qué cara?

—¡Esa! Esa mirada arrogante, como si todo lo que digo te hiciera sentir mejor.

—Es mi cara normal —se rio.

Maeve se detuvo y se tapó los ojos, notando como se le encendían las mejillas.

—No puedo estar a la altura de esto. —Lo señaló moviendo la mano arriba y abajo.

—¿De qué estás hablando?

—De ti —respondió, avergonzada por tener siquiera que decirlo—. Eres demasiado para mí.

La boca de Brodie dibujó una sonrisa aún mayor.

Maeve trató de no mirarlo directamente. En su lugar, se fijó en su cuello, algo que fue mala idea, en el hueco de piel tostada como el caramelo.

—No se me dan muy bien este tipo de cosas, Brodie. Entiendo mi vida tal como es. No doy para tanto. Y no quiero que nada estropee eso.

—¿Y si lo mejorase? —preguntó él, con una media sonrisa en los ojos.

Le sostuvo la mirada con determinación, como si ella fuera distinta a las demás mujeres que conocía, como si pudiera confiarle cualquier cosa. Lo notaba en su interior, la tentación de decir que sí con la cabeza, de dejarse caer y creer que él estaría allí para atraparla. Estaba tan cerca... El riesgo al alcance de la mano.

Y de pronto entró Zoey corriendo, agitando una fotografía enmarcada.

—¡Brodie, ¿por qué no me habías dicho que eras famoso?!

A Maeve le dio un vuelco el corazón.

Brodie, sin embargo, adoptó de inmediato su personaje de padre divertido y, caminando hacia ella, dijo:

—No soy famoso.

Pero Zoey llevaba en la mano una fotografía en la que aparecía con sus hermanos en el grupo.

Sentado a la mesa, Logan los miró con cara de arrepentimiento, como si no hubiera tenido la previsión de ocultar cualquier prueba relativa a Silver Sky.

—¡Parece que sí! —insistió Zoey, señalándolo en la imagen—. Parece que eres tan famoso como Taylor Swift.

—Nadie es tan famoso como Taylor Swift —respondió Brodie con un resoplido. A continuación, apartó una silla, muy relajado, y se sentó, aupando a Zoey sobre su regazo. Sosteniendo el otro extremo de la fotografía con ella, añadió—: Era famoso. Todos lo éramos. —Señaló a sus hermanos—. Pero ya no lo somos. Algunas personas saben quién soy, pero eso es como una versión un poco más exagerada de la gente que te conoce a ti en el colegio.

Zoey lo pensó un segundo mientras todos la observaban, atentos, como si alcanzaran a ver los mecanismos de su cabeza. Entonces miró a Brodie y dijo:

—¿Por eso, cuando le dije a la gente del cole que eres mi padre, Suki Watson respondió que su madre dice que tenías cierta reputación?

Maeve se atragantó.

Noah se rio.

Emmett, al otro lado de la mesa, enarcó sus pobladas cejas.

—Reputación de hacer música muy buena —respondió en cambio Brodie sin vacilar.

Zoey sonrió, encantada de saber que su padre había sido una estrella del pop en otra época.

Maeve, sin embargo, sintió el peso del comentario en la boca del estómago. Sirvió aquello para recordarle muy oportunamente que Brodie Carter no era un hombre al que una pudiera confiarle su corazón.

Capítulo treinta y dos

Era la primera semana de las vacaciones escolares y Maeve tenía que trabajar. Pero, por primera vez, en lugar de tener que andar mendigando que alguien cuidara de su hija, contaba con Brodie. Aparecía por el camino de entrada cinco minutos antes de que ella tuviera que marcharse, nunca antes, pero jamás tarde, aunque ella diría que apuraba demasiado, con sus gafas de sol puestas, pantalones holgados, camiseta carísima con un aire estudiadamente descuidado, dispuesto para pasar el día.

—Hay una lista de... —decía Maeve.

—Números de emergencias en el frigorífico —la interrumpía él—. Lo sé. —Entonces Zoey corría hacia la puerta vestida con lo que le apeteciera aquel día y una enorme sonrisa pensando en la diversión que se avecinaba.

Durante su turno en el hospital, Maeve recibía actualizaciones con fotografías de Zoey comiendo helado, dando de comer a los pingüinos en el zoo, escalando el monte Starlight. A veces, Brodie también aparecía en la imagen, y ella se esforzaba por no contemplar su rostro sonriente, sus dientes blancos y perfectos y el modo en que se le ceñía la ropa al cuerpo. Parecía experto en aparentar que la vida era fácil.

Cuando ella volvía a casa, a veces Brodie se quedaba un rato, a veces se marchaba de inmediato. Maeve no soportaba admitir que, esas veces, sentía una punzada al verlo alejarse por el camino de entrada. Durante los escasos espacios de tiempo libre que tenía en el trabajo, se daba cuenta de que la invadía un calor en el pecho ante la idea de irse a casa, de que Brodie estuviera allí. A veces, se preguntaba si él se marchaba a propósito para hacerla sentir así,

pero nadie podía ser tan calculador, tan diestro en seducir a una persona, ¿o sí?

Zoey llevaba dos semanas de vacaciones cuando Maeve regresó a casa un día y su hija llegó corriendo y le dijo:

—¡Alguien le ha pedido un autógrafo a papá! ¿A que es genial?

Maeve oyó poco más allá de la palabra «papá».

—¿A que sí? —convino, menos convencida. Eso sirvió para recordarle que el tipo al que alcanzaba a ver sentado distraídamente a la mesa de su cocina haciendo figuritas de arcilla seguía siendo una estrella. Que algún día celebraría otra fastuosa boda y viviría en una casa carísima y estilosa como su hermano, y que su hija se iría a quedarse con «papá».

Se le formó un nudo en la garganta y de pronto sintió que tenía ganas de llorar.

—Ha sido genial, mamá. Ha sacado el boli y ha firmado y se han hecho un selfi. ¡Y yo flipaba! —Zoey no se cansaba del tema.

—Suenan muy emocionante —contestó Maeve, siguiéndola por la casa hasta la cocina.

Brodie alzó la vista y levantó la comisura del labio esbozando una sonrisa burlona, como si supiera que a ella le parecía de todo menos emocionante.

—¿Se me permite decir que ese episodio ha durado menos de un minuto? —se defendió—. El resto del día lo hemos pasado haciendo cosas muy educativas, ¿a que sí, Zoey? —Parecía importante para él que Maeve lo supiera. Porque, claro está, ella era sensata.

¡Por amor de Dios! ¿Qué narices le pasaba? No quería que desestabilizara su vida, pero, al mismo tiempo, quería que estuviese allí cuando ella llegara a casa. No quería sus atenciones ni su flirteo, pero luego no quería que la viera como una persona sensata. La estaba volviendo loca.

Fue a prepararse una taza de café solo para calmarse un poco.

Brodie se levantó de la silla.

¿Ya se marchaba?

—Hemos ido al museo, ¿a que sí? Y a la biblioteca...

Pero a Zoey nada de eso parecía interesarle.

—Y luego, cuando estábamos en el parque, ha venido la mujer con su trozo de papel y un boli, y ha molado un montón.

Maeve puso en marcha la cafetera y se volvió para mirarlos. Brodie aguardaba, observando con las manos en los bolsillos.

—¿Tú has tenido un buen día, Maeve?

Nunca le preguntaba eso, tampoco es que lo necesitara, pero la pilló desprevenida.

—Pues sí, gracias por preguntar.

Brodie encogió un hombro como si no fuera para tanto.

—Bueno, colega —dijo a continuación—, tengo que irme.

Por un segundo, Maeve se planteó preguntarle si le apetecía quedarse a cenar. Después pensó que, si todo aquello no era más que un elaborado plan, estaba funcionando muy bien.

Zoey había vuelto a entretenerse con la arcilla.

—Adiós. Te veré el fin de semana.

Maeve frunció el ceño. Sus turnos en el hospital eran tan frenéticos últimamente que ya no sabía ni qué día era.

—¿Qué pasa el fin de semana? —preguntó, confundida.

—Es la feria del río Redemption.

—¿Es este fin de semana? —preguntó Maeve mientras se acercaba a consultar el calendario del frigorífico.

—¡Sí, mamá! —exclamó Zoey, exasperada por la incapacidad de Maeve para llevar la cuenta de acontecimientos de tamaña importancia. Después señaló a Brodie y agregó—: La dirige Brodie.

Ante lo cual Brodie agitó una mano en señal de modestia y explicó:

—No la dirijo yo, Zoey, soy el maestro de ceremonias. El presentador. Presento las cosas.

—¡No es verdad! —contestó Maeve riéndose de esa idea.

—Qué poca fe. —Brodie enarcó una ceja—. Debo informarte de que la señora Hernandez me lo pidió con mucha educación el otro día y yo, por supuesto, le dije que sí.

—Parece muy impropio de ti —intervino Maeve tratando de no sonreír.

—¿Y qué es propio de mí, si puede saberse? —preguntó él secamente.

—¡No presentar la Feria de Verano del Río Redemption! Es que no te imagino presentando el concurso de mermeladas ni el desfile de disfraces. Más bien huyendo en dirección contraria.

—Eso me resulta muy insultante —repuso Brodie manteniendo su mirada azul profundo clavada en ella, aún con cierto brillo burlón—. Para tu información, me chifla la Feria de Verano del Río Redemption.

Maeve intentó por todos los medios no devolverle la sonrisa. No permitir que se le notase en los ojos. La cháchara informal en su cocina con aquel hombre le parecía cada día más y más natural.

—Voy a ir disfrazada de pato —anunció Zoey.

—Me parece una idea excelente —respondió Brodie, todavía con un ojo puesto en Maeve.

Mientras caminaban por el pasillo en dirección a la puerta, Maeve reunió el valor para decir:

—¿Querías quedarte a cenar? Solo tenemos palitos de pescado, pero...

—Me encantan los palitos de pescado —dijo él—, pero... —hizo una mueca— tengo planes.

—Ah, vale —contestó ella, y se apresuró a disimular la decepción y la vergüenza que le provocaba habérselo pedido y que él la rechazara.

—A decir verdad —prosiguió Brodie, que debió de notar su cambio de actitud—, me habría quedado encantado, pero... —consultó su reloj— es que ya llego tarde.

—¿Vas a algún sitio elegante? —preguntó Maeve, pensando que iba a reunirse con uno de sus hermanos en el Firestone. O quizá tuviera una cita...

«Maeve, para».

—En realidad, he quedado con unos amigos en Las Vegas.

—Perdona, ¿qué has dicho? —le preguntó ella, medio atragantada—. ¿Que te vas a Las Vegas? Pero si tienes que estar en la feria el sábado.

—Sí, no es más que una noche. —Se encogió de hombros como si no fuera para tanto.

La última vez que Maeve había tenido vacaciones había sido para ir a pasar el fin de semana a un parque temático al norte del estado. Como la ingenua que era, se había imaginado a Brodie instalado en Autumn Falls. Que Zoey —quizá ella misma— lo mantenía atado allí. Pero no, claro que no. Seguiría yéndose por ahí los días que no lo viera. Retomaría su existencia libre, despreocupada y sin ataduras. Aquella noticia, aunque evidente, la hizo sentir estúpida. Pensar que le habría merecido la pena quedarse por ellas..., por ella.

—Suenas divertido —dijo con toda la indiferencia que pudo—. Siempre que necesites ausentarte durante más tiempo, siéntete libre, Brodie. Puedo recurrir a Carole. No tienes la obligación de estar aquí a todas horas.

Brodie entornó sus ojos azules con tal complicidad que Maeve temió por un momento haber expresado sus pensamientos en voz alta sin darse cuenta.

—No es ninguna obligación, Maeve. Lo estoy disfrutando.

Ese era el problema, pensó ella. Para él era divertido. Todavía no había tenido que enfrentarse a las rabietas ni a la monotonía.

Siempre era consciente de que su presencia ahí era meramente circunstancial. Que para él seguían siendo una novedad, algo de lo que aún no se había cansado. No quería pensar eso de él, pero resultaba imposible no hacerlo, sobre todo con las notificaciones que le llegaban a todas horas al teléfono y que leía con una sonrisa, dando la impresión de que siempre había cosas más emocionantes en su mundo. ¿Qué ocurriría cuando se acabase la diversión del parque y los batidos? ¿Dónde se iría Brodie entonces?

Capítulo treinta y tres

Desde que Zoey era pequeña, la Feria de Verano del Río Redemption se contaba entre sus días favoritos del año. Maeve nunca tenía tiempo de hacerle un disfraz y siempre lo compraba por internet. Ahora, sin embargo, formaba parte de la familia Carter y a Martha Carter se le daba de maravilla confeccionar disfraces de niños.

Cuando Martha se pasó por casa para dejarlo, Zoey se quedó con los ojos como platos.

—No sé si se parece lo bastante a un pato —se justificó Martha mostrándole el traje hecho de tela de toalla blanca, con unas enormes patas naranjas y un pico acolchado—. A lo mejor pareces más un ganso.

—Me gustan los dos —respondió Zoey, y lo aceptó como si fuera un tesoro—. Es alucinante. Muchas gracias.

—De nada, Zoey. —El cariño en la mirada de Martha era inconfundible. Cuando la niña se fue corriendo a cambiarse, Martha miró a Maeve y dijo—: Qué mona es. Me dan ganas de comérmela.

—Sería desperdiciar un buen disfraz —bromeó Maeve con una media sonrisa.

Martha se carcajeó, dándole un cariñoso manotazo en el brazo.

—Me alegra que haya sucedido todo esto, Maeve, de verdad te lo digo. Creo que a Brodie le ha venido realmente bien.

Maeve asintió, recogiendo el pelo detrás de las orejas, consciente de la facilidad con que se sonrojaba al oír el nombre de Brodie, imaginándolo de camino a Las Vegas y preguntándose si Martha lo sabría.

—Sé que se comporta como si no se tomara nada en serio ni se preocupara demasiado, pero me doy cuenta de que esto es muy

importante para él. Solo quería darte las gracias por decírselo, por confiar en él.

Maeve no sabía qué decir. A lo largo de la vida de Zoey, jamás había pensado que Martha Carter se presentaría en su puerta a darle las gracias con semejante cariño y amabilidad. Pensó fugazmente en sus propios padres allí de pie, rígidos como estatuas, viendo solo los aspectos negativos de la situación. Sin importar sus cada vez más complicados sentimientos hacia Brodie, de pronto le daba menos miedo pensar en quién tenía Zoey en su vida ahora. Se sentía, de hecho, agradecida.

La Feria de Verano del Río Redemption se celebraba en el recinto ferial a las afueras de Autumn Falls, donde el río bordeaba el terreno formando una herradura. Había siempre un despliegue de actividades, desde el desfile de disfraces infantiles y el espectáculo de animales de Pee Wee hasta el concurso de flores y plantas, e incluso atracciones mecánicas.

The Silver Pantry había montado un puesto donde vendía café y cosas de picar, además de una selección de hermosos artículos para el hogar. Se había corrido la voz de que vendían también porciones de la famosa tarta de coco de Martha, de manera que ya había una cola que llegaba casi hasta la noria.

—Vamos a ver a Brodie. O sea, a papá. —Zoey, con su disfraz de pato blanco, sus enormes patas naranjas y su pico, tiró de la mano de Maeve hacia el lugar donde, micrófono en mano, Brodie iba llamando a los concursantes de la competición de perros.

Logan andaba por allí cerca con su caballo, Jojo, al que estaba preparando para el siguiente evento. Cuando pasaron junto a él, dijo:

—Oye, Maeve, ¿dónde está Zoey?

—¡Estoy aquí! —exclamó la niña.

—Yo solo veo un pato gigante —respondió Logan con expresión confusa.

—¡Soy yo! —insistió Zoey riéndose.

—¡Pues me habías engañado! —aseguró Logan sacudiendo la cabeza.

Le desearon suerte y siguieron su camino para ver a Brodie, mientras Maeve pensaba de nuevo en lo que suponía tener tanta familia alrededor de Zoey, ayudándola. Saber que ya no estaba tan sola.

Por un momento, se preguntó lo que sería formar parte de esa familia, si Brodie y ella estuvieran juntos. Pero desterró esa idea de inmediato. Sobre todo cuando lo vio subido al escenario.

Brodie estaba en su salsa. Tranquilizando a los nerviosos concursantes y haciendo bromas cuando los animales hacían algo inesperado. El público lo adoraba. Se había vestido para la ocasión, con unos pantalones azul marino, corbata y una camisa blanca remangada hasta el codo, el pelo peinado hacia un lado como una antigua estrella de cine.

—Qué guapo está —comentó Zoey.

Maeve no pudo por menos de darle la razón. Estaba totalmente fuera de su alcance. ¡Si viajaba a Las Vegas en avión privado! Puso los ojos en blanco. En comparación, su vida resultaba de lo más rural y mundana.

Cuando las vio, sonrió y las saludó con la mano, sin siquiera interrumpir su discurso.

Maeve se apoyó en la barandilla que rodeaba el escenario y lo observó desenvolverse con soltura. Sin dejarse abrumar por la atención, seguro de sí mismo, tenía a la multitud comiendo de la palma de su mano. Se mostraba tan carismático que costaba trabajo apartar la mirada.

Cuando llegó el turno del desfile de disfraces, Brodie se mostró muy profesional —Zoey no recibió ningún trato especial—, pero a Maeve no se le escapó el guiño que le dedicó cuando la vio pasar por delante de donde él estaba con el micrófono. La ternura de su mirada le derretió el corazón.

Estaba metida en un buen lío.

Los jueces otorgaron a Zoey el tercer puesto, cosa que le hizo mucha ilusión porque, por lo general, nunca se clasificaba en un puesto tan alto. Fue a cambiarse, pero mantuvo la insignia del

premio prendida a la camiseta. Después del espectáculo de conejos de Pee Wee, Maeve sugirió que fueran a echar un vistazo a los puestos de artesanía y de comida y después a las atracciones, solo para distraerse del deseo que aleteaba en su pecho cuando veía a Brodie sobre el escenario. Volvió a acudir a su mente el vergonzoso término «admiradora embelesada».

Zoey, sin embargo, solo quería estar donde estuviese Brodie. Después de que Maeve intentara distraerla con las atracciones y con un trozo de tarta, volvieron directas a la zona del escenario. Las vallas colocadas para los eventos habían sido retiradas y ahora todos deambulaban libremente por delante del escenario. Allí estaba Ren con Noah, que llevaba prendida al bolsillo de la camisa la insignia del primer premio del concurso de lazo. Al ver a Zoey, dijo: «¿Ves a tu abuela ahí arriba?», y señaló al escenario, donde se preparaba para tocar la banda de Autumn Falls. Martha afinaba su guitarra Dobro. Una de las amigas de Maeve, Claudette, que trabajaba con Bella en el teatro, era la vocalista, y lucía un minivestido dorado cuyas lentejuelas reflejaban la luz como una bola de discoteca. Estaba intentando convencer a Brodie para que cantara con ella, pero él sonrió al micrófono y respondió: «Yo he venido a bailar, no a cantar».

Claudette levantó las manos en señal de fingida decepción.

Maeve se descubrió preguntándose si alguna vez habría habido algo entre ellos dos, porque habían cantado juntos un par de veces en eventos municipales. ¿Estaba celosa? Se reprendió enseguida por siquiera pensarlo. No era asunto suyo con quién escogiera fraternizar Brodie.

John-Luke, el padrastro de Bella y líder de la banda, le hizo un gesto a Brodie para indicar que estaban listos para empezar, y este gritó al micrófono: «Buscad a vuestras parejas, amigos. ¡Hora de bailar!».

De inmediato, Ren arrastró a un reticente Noah hasta donde habían instalado una pista de baile, que destellaba con los coloridos focos procedentes del escenario y estaba llena de rostros conocidos del pueblo. Zoey corrió a reunirse con algunas de sus amigas del colegio, que habían formado un grupito en la parte delantera.

Al micrófono, Brodie escrutó la multitud y dijo:

—Ahora me toca a mí buscarme una pareja. —Posó la mirada en Maeve y en su rostro comenzó a dibujarse aquella sonrisa torcida tan familiar.

Maeve negó con la cabeza.

La sonrisa de Brodie no hizo sino agrandarse. Lo vio enarcar las cejas.

No podía hacerlo. No flirteaba con la misma facilidad que él. Ella se tomaba las cosas en serio, con sensatez, las cosas significaban cosas cuando las hacía. Él, sin embargo, era un maestro de la diversión sin barreras. Maeve volvió a menear la cabeza, intentando transmitir una determinación férrea al cruzarse de brazos.

Brodie pareció captar la indirecta y siguió examinando a la multitud con la mirada, hasta aterrizar en una diminuta mujer de moño blanco ataviada con un largo vestido de flores.

—¿Y qué me dice usted, señora Hernandez?

—¡Ay, mejor no quieras bailar conmigo, Brodie Carter! —gritó ella, rechazando la oferta con un gesto de la mano—. Baila con alguien de tu edad.

Brodie se encogió de hombros, fingiendo rechazo, y dijo:

—Estoy intentando bailar con Maeve Dixon, pero no quiere.

Todas las miradas se clavaron en Maeve, situada a un lado de la multitud. Sintió que se le ponía la cara roja como el beicon.

—Ay, no, yo no bailo. —Fulminó con la mirada a Brodie, pero este se limitó a sonreír con más descaro.

—¡Vamos —gritó la señora Hernandez—, baila con Brodie, Maeve! Yo no tengo la rodilla para muchos trotes.

Maeve alzó una mano para protestar.

—Yo tampoco bailo —gritó Noah, mientras Ren lo obligaba a hacer justo eso—. ¡Y mírame!

—¡Diviértase un poco, doctora Dixon! —exclamó alguien. Maeve miró hacia allá y vio al viejo señor Zimmerman, al que le había salvado la vida tras un ataque al corazón en Año Nuevo—. ¡Si alguien merece divertirse un poco, esa es usted, querida!

Brodie se quedó plantado en el escenario con gesto inocente, la cabeza ladeada y una mueca arrogante al verla sometida a la

presión de los vecinos; todos desesperados por que su afanosa doctora se divirtiera un poco.

—¡Vamos, mamá! —gritó Zoey. Y la concurrencia al completo pareció sonreír con indulgencia.

Maeve suspiró, sabiendo que volver a negarse solo serviría para causar más furor, y dio un reticente paso hacia delante.

Al darse cuenta, Brodie encajó el micrófono en su soporte y se bajó de un salto del escenario con un brillo triunfal en la mirada.

—No —le advirtió Maeve.

—Jamás se me ocurriría —respondió él, y fracasó visiblemente en sus intentos por contener su sonrisa de satisfacción.

—Solo accedo porque, de lo contrario, llamaría demasiado la atención.

—Desde luego —dijo él rodeándole la cintura con el brazo para acercarla a su cuerpo. Ella colocó con reticencia la mano sobre su hombro y él se rio al percibir su vacilación—. Solo es un baile, Maeve.

Brodie le agarró la otra mano y la entrelazó con la suya, sus palmas frías una contra la otra, sus cuerpos a escasa distancia, la cabeza de él ligeramente agachada para mirarla a los ojos.

Maeve temía que se le hubieran puesto las mejillas como manzanas y que se le fuese a salir el corazón por la boca. No era solo un baile.

Brodie la miró sin borrar de su cara esa expresión satisfecha, sabiendo que se había salido con la suya.

—¿Qué tal en Las Vegas? —le preguntó ella mientras la banda tocaba a sus espaldas.

—Igual que siempre.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Si te soy sincero —contestó él—, me pasé la mayor parte del tiempo pensando en volver aquí para veros a Zoey y a ti.

—¡Qué mentiroso! —Le dio un manotazo en el pecho. Él le agarró la mano, apresándola en la suya, y la sujetó abierta contra su camisa.

—Te aseguro que sí —le dijo muy serio.

De pronto, Maeve sintió que se hallaba a kilómetros de la Feria del Río Redemption, quizás de nuevo en la cabaña, o más lejos aún, tal vez en la primera fila del Stanford Stadium, percibiendo el momento exacto en que sus ojos repararon en ella mientras actuaba. La misma sonrisa perezosa en su cara que cuando Piper y ella acudieron con Ethan al *backstage* y Brodie estaba allí bebiendo una botella de agua y la miró a los ojos cuando entró. El modo pausado en que volvió a enroscar el tapón del agua, se limpió la boca con el dorso de la mano y, tras secarse el sudor de la cara con una toalla, se acercó como si dispusiera de todo el tiempo del mundo. Como si en ese instante supiera ya que Maeve se iría con él esa noche.

Volver a encontrarse en sus brazos, tan cerca, tan consciente de los puntos en que se tocaban sus cuerpos, del brillo de su mirada, de la hondonada de su boca, no hizo sino recordarle lo que sucedió la última vez.

—Hueles igual —le dijo él al oído.

Maeve trató de mantener un gesto neutral.

—Como a una noche cálida. —Se quedó callado unos instantes—. ¿Quizás a jazmín?

Ella mantuvo la mirada fija en el nudo de su corbata, en la delgada línea de hilo gris que atravesaba el tejido negro.

—Creo que será el champú.

Brodie se rio de sus vanos intentos por aparentar normalidad.

—Aún recuerdo esas botas plateadas, ¿sabes? ¿Y la camiseta negra? —Lo dijo como si fuera una pregunta, pero parecía convencido.

—No me acuerdo —mintió ella.

—Pero llevabas el pelo distinto —prosiguió él de igual modo, soltándole la mano un instante para tocarle el punto donde el extremo de su trenza descansaba sobre su clavícula—. Más corto, como un hada.

Maeve tragó saliva. No podía volver a caer en el mismo error.

—No voy a mentirte, Maeve, no me acuerdo de todas —continuó Brodie—. Pero sí me acuerdo de unas cuantas. Me acuerdo de aquellas a quienes me hubiera gustado volver a ver.

—Brodie, sé que eso se lo dices a todas.

—No —contestó él llanamente negando con la cabeza.

Maeve seguía obligándose a no mirarlo a los ojos.

—Seguro que te acuerdas de lo que llevaba puesto yo —le dijo Brodie. Y ella percibió la sonrisa burlona en su voz.

«Vaqueros azules, camiseta de manga corta azul marino y Nikes blancas y rojas».

—No —respondió.

—Estás mintiendo —la rebatió él riéndose—. Creo que sí que te acuerdas.

Maeve meneó la cabeza, centrándose en el botón superior de su camisa, desabrochado, justo por encima del nudo de la corbata. Le preocupaba que pudiera oír los latidos de su corazón.

—La cosa no habría acabado bien si hubiésemos salido juntos en aquel entonces —dijo él, casi para sus adentros.

—No, no habría acabado bien —convino ella sin apartar los ojos del botón, pensando en lo que habría sido mantener una relación a distancia cuando él se encontraba en la cumbre de su carrera en solitario. Pensó en lo mucho que le había costado a ella graduarse en la escuela de Medicina. ¿Habría terminado sus estudios si, por algún casual, hubieran seguido juntos? ¿Lo habría seguido por todo el mundo con su bebé, o se habría quedado y se habría dejado la piel para lograr su sueño y titularse? No sabría decirlo con certeza, pero al pensarlo se imaginó a sí misma en el autobús de la gira, dando de comer al bebé, sola.

—En aquel entonces no estaba preparado ni de lejos —admitió Brodie, dejando escapar el aliento.

Maeve se vio a sí misma años atrás, tan llena de ambición idealista.

—Yo tampoco —confesó, agradeciendo por primera vez que sus caminos se hubieran separado. Se quedó perpleja al pensar que muy probablemente habría renunciado a su propio sueño. Qué profundo sería ahora su resentimiento mutuo.

Lo vio sonreírle, esos dientes blancos perfectos y las pecas que salpicaban su nariz. La sujetó con un poco más de fuerza. Empezó otra canción. Maeve se descubrió relajada, permitiéndose por fin seguir mirándolo.

—Sí sé lo que llevabas puesto —admitió.

—Lo sabía —contestó él con una sonrisa.

—Qué arrogante eres —lo acusó con un manotazo en el brazo.

Brodie se rio y ella sintió la vibración en el pecho y cayó en la cuenta de que estaban bailando más pegados de lo que pensaba.

—Es uno de mis múltiples encantos —dijo él.

Maeve hubo de apartar la mirada nuevamente porque, al mirarla de ese modo, no le preocupó que pudiera volver a marcharse, sino qué ocurriría si se quedaba.

Más que nada, sin embargo, deseaba que estuvieran solos. De nuevo en casa de Logan, o de vuelta en la cabaña. Quiso que la atrajera hacia sí, deseó estirar el brazo, apoyar la palma de la mano en su mejilla y acercar sus labios a los de ella. Desaparecer en aquel momento que era solo de los dos. Mayores, más sabios, y, no obstante, con la misma energía y las mismas chispas entre ellos. Al mirar sus labios, casi pudo saborearlos.

—Brodie Carter, ¿me concedes este baile? —intervino una voz junto a ellos. Se trataba de Janette, la madre de Suki Watson, compañera de clase de Zoey, esa que tan enterada estaba acerca de la reputación de Brodie.

—Desde luego —contestó él, porque, claro, habría resultado maleducado decir otra cosa, pero Maeve se vio invadida por un gélido escalofrío al abandonar el refugio de sus brazos. Al sentir la pérdida de su mano en la de ella.

En el escenario, creyó ver a la madre de Brodie fulminar a Janette con la mirada, como si estuviera interfiriendo con su plan.

Cuando Maeve se dio la vuelta, la impactó ver a Zoey mirándolos alegremente, sentada al borde del escenario con Logan y Bella, con una manzana de caramelo en la mano y las piernas colgando hacia un lado.

Se dio cuenta entonces de que el espectáculo eran Brodie y ella, y de que, por supuesto, no era solo cosa de ellos dos. El asunto resultaba mucho más complicado. Le dieron ganas de fundirse entre la multitud y desaparecer.

Capítulo treinta y cuatro

La banda se tomó un descanso, algo que le brindó a Brodie la oportunidad de darle las gracias a Janette Rogers por los muchos bailes, porque no lo soltaba, y escabullirse. La mujer quiso hacerse un selfi rápido antes de que se fuera, juntando las mejillas mientras sonreía a la cámara. Vio que Zoey la imitaba a sus espaldas y le costó no reírse. Cuando fue a reunirse con ella, le dijo:

—Tienes que dejar de hacer esas cosas o me acabarás metiendo en un lío.

—Por favor, no te cases con la madre de Suki. No quiero tener que ir a su casa en Navidad —respondió Zoey con el ceño fruncido.

Brodie imitó su gesto y se giró para apoyarse contra el escenario donde estaba sentada.

—Zoey, he bailado con ella, no vamos a casarnos. No te preocupes por pasar la Navidad en algún sitio que no sea tu casa con tu madre.

—Y contigo —declaró ella sin dudar.

Brodie recordó la sensación de claustrofobia la primera vez que la oyó decir eso, cuando le preguntó si era su padre y él lo negó. Quizá hubiera superado la barrera de la paternidad, pero, a juzgar por la presión que invadió sus pulmones, la negativa inmediata que se dibujó en sus labios y el instinto de decirle que siempre pasaba las Navidades en Saint Moritz, saltaba a la vista que no se había reconciliado con la idea de verse ligado a Autumn Falls durante la temporada navideña y más allá.

Le ahorró tener que responder el líder de la banda, John-Luke, que estaba bebiendo un café en vaso de papel durante el descanso del grupo y se acercó y le dio un toque en el hombro.

Zoey se bajó del escenario para irse a bailar con sus amigas porque ahora había un DJ tocando muchas de sus canciones

favoritas.

—Tu padre me ha dicho que podrías estar interesado en comprar el manzanar —dijo John-Luke mientras daba sorbos al café.

—Ah... —respondió Brodie, desprevenido, con una sonrisa—. Qué va..., solo bromeábamos.

John-Luke permaneció impertérrito.

—Sí que me resultó un poco extraño —confesó—. No te imagino sentando la cabeza y cuidando manzanos.

Brodie le siguió la broma con una carcajada, pero, allí parado, la idea de que su padre se hubiera tomado el comentario lo bastante en serio como para mencionárselo a John-Luke de pronto le hizo querer defender la idea.

—Aunque sí que me interesan las vides —dijo—. Tengo un viñedo en Napa.

—Comparado con eso, lo nuestro es una nimiedad, Brodie —contestó John-Luke con una risotada. Al anciano le brillaban los ojos ante la idea de que alguien como él pudiera hacerse cargo de su viejo manzanar.

De nuevo, Brodie le siguió la broma, pero de repente imaginó su porvenir de dos formas distintas. Por un lado, se veía en su yate, surcando las olas, o deslizándose por fuera de pista en Suiza con un trozo de espumillón alrededor del cuello, pasándose a visitar su viñedo cada vez que le viniese en gana. Por otro lado, se veía subido a una escalera podando manzanos y ocupándose de una pequeña parcela de vides, recogiendo a Zoey del colegio a las tres en punto todos los días, quizás derribando por fin alguna de las barreras de Maeve y consiguiendo que fuese a cenar con él, quizá incluso tener una cita, pero ¿con qué objetivo? Nunca miraba hacia el futuro, y se dio cuenta de que estaba desgranando algo que todavía no lograba concebir. Sí, se sentía atraído por Maeve. Sí, la hacía reír. Sí, lo desafiaba para esforzarse más. Pero no creía que encajara en su vida, con la gente de Saint Moritz, por ejemplo. O quizá eso fuese injusto. Quizá él no quisiera hacer pasar a Maeve y a Zoey por el trance de conocer a sus amigos esquiadores. De pronto, se le antojó todo muy infantil si Maeve estuviera allí. Si se iba a esquiar con Maeve y con Zoey, querría comer *fondue* y beber vino caliente en un

chalecito alpino. Paseos en trineo por las tardes con lucecitas titilantes, mantas de cuadros y chocolate caliente en torno a la chimenea. Tal vez, si seguía por el camino en el que se encontraba, no solo terminase yendo a casa de Maeve en Navidad vestido con un jersey hortera, sino que podría pasar allí todos los días.

Absolutamente todos.

Tragó saliva para aliviar el nudo de pánico asfixiante que le provocó la idea, notó que se le cerraba la garganta y le sudaban las palmas de las manos, pero, antes de poder pensar mucho más en ello, apareció su padre, luciendo su propia insignia del concurso de caballos, le estrechó la mano a John-Luke y le alargó a Martha un refresco que, obviamente, ella le había pedido que fuese a buscarle.

—Brodie no quiere mi manzanar, Emmett —le dijo John-Luke.

Brodie hizo una mueca y sintió de inmediato el juicio de su padre.

La única reacción de Emmett consistió en enarcar una ceja, pero bastó para empequeñecer a Brodie. Por un segundo, incluso se preguntó si su padre le habría contado a John-Luke que andaba buscando comprar el manzanar solo para vivir aquel momento, para demostrar que su hijo nunca tendría la constancia necesaria para llevar a cabo tamaña decisión.

Pensó en Maeve al decir que tal vez hacía sentir a su padre como un tonto, que quizá fuese el orgullo lo que le inducía a decir determinadas cosas, a hacerle de menos. Intentó mantener la calma y mostrarse racional, pero estaba demasiado nervioso y no pudo evitar volver a adoptar la actitud de siempre. El ansia de desafiar a su padre, de provocar por el único fin de la provocación en sí misma. Encogió un hombro, esbozó una sonrisa de suficiencia y, como si nada, dijo:

—Es que no creo que las manzanas sean lo mío.

Y, justo cuando Zoey regresaba corriendo, su padre resopló como si el niño fuese él y murmuró:

—Quizá vaya siendo hora de que decidas de una vez qué es lo tuyo.

En ese momento, Brodie pensó que tal vez sí hubiera habido veces en las que su padre había dicho cosas llevado por el orgullo, pero en el fondo sabía que aquella no era una de esas veces. Su mirada era

la de un padre hacia otro padre, poniendo en duda su capacidad para estar a la altura.

Capítulo treinta y cinco

Maeve estaba tumbada en la cama rememorando el día anterior en la feria. Bailando con Brodie delante de todos, el viejo señor Zimmerman animándola a desmelenarse y divertirse un poco. Puso los ojos en blanco mirando al techo. Entonces recordó lo que había sentido al pegarse tanto a Brodie, la mano de él envolviendo la suya, el ángulo de su mandíbula cuando ella lo miraba, la vibración que su risa le provocó en el pecho. Se tapó la cabeza con la colcha para intentar ahuyentar el cosquilleo de emoción y la vergüenza apabullante que le producía la idea de que Zoey y los Carter los hubiesen visto así.

Tomó aire para calmarse y bajó la colcha unos centímetros para poder ver de nuevo, y se quedó mirando el rosetón del techo al recordar que Brodie las había llevado en coche a casa. Le hizo preguntarse si Martha habría planeado que las llevase a la feria por esa misma razón.

Brodie las había acompañado andando hasta la puerta. Zoey entró corriendo para colocar su tercer premio en el dormitorio, y Maeve dijo:

—Creo que se lo ha pasado muy bien hoy.

Brodie se apoyó contra la columna del porche y, ladeando la cabeza, respondió:

—¿Lo ves? Es imposible que no te guste la feria.

Siguió una pausa, incómoda y expectante, suspendida entre ambos como una fruta madura.

Maeve se notó tímida, sonriendo e intentando no hacerlo. Miró hacia el interior de la casa y, al antojársele de pronto demasiado oscura y solitaria en comparación con la tensión chispeante y casi insoportable del porche, se descubrió diciendo:

—¿Te apetece entrar a tomar un café o algo?

Brodie le pareció vacilante, cosa rara en él, al oír su sugerencia, lo que la llevó a agregar:

—¡No tienes por qué!

Con la misma rapidez con la que apareció, la reticencia se esfumó, y se preguntó si habría sido producto de su imaginación, pero vio a Brodie levantar la comisura del labio y decir:

—Te agradezco el ofrecimiento... —guardó silencio durante un instante y sonrió—, pero no quiero que pienses que tengo cierta reputación.

Maeve se mordió el labio, se quedó mirando el suelo de madera lleno de arañazos y sonrió al pensar en esa broma compartida, consciente, sin embargo, de un soterrado sentimiento de decepción.

Fue entonces cuando Brodie estiró el brazo, le estrechó la mano y le besó el dorso, alzando la mirada, recuperada ya su habitual actitud seductora.

—Buenas noches, Maeve.

Después de haberla soltado, Maeve aún alcanzaba a sentir el roce de sus labios en la piel.

—Buenas noches, Brodie.

Tumbada ahora en la cama, se descubrió sonriendo como una idiota. Se incorporó y sacudió la cabeza en señal de desesperación, pero no sin antes mirarse de refilón el dorso de la mano y deslizar el pulgar sobre la piel.

Zoey seguía roncando. Brodie iba a venir a llevársela a un partido de baloncesto. Ella tenía que estar en el trabajo en hora y media.

Se había duchado y vestido ya, y estaba encendiendo la cafetera cuando consultó su teléfono.

Allí vio un mensaje detrás de otro, montones de notificaciones de amigos, gente con la que no hablaba desde hacía años, incluidas madres del colegio de Zoey. Había uno de Janette Rogers que simplemente decía: *¡Dios mío, Maeve!*, con un emoji de sorpresa y el enlace a una página web de cotilleos.

Maeve apenas se atrevió a pulsar el enlace con el pulgar. Le ardía la piel, la cabeza le iba a mil por hora. La invadió un torrente de

adrenalina mientras se cargaba el artículo y, a continuación, un súbito escalofrío al contemplar la fotografía y el titular:

*¡CHICA DEL MONTÓN ENGATUSA A BRODIE CARTER CON
UNA HIJA ILEGÍTIMA!*

Al igual que una fortaleza que se cierra, sintió que todas las barreras que tenía se levantaban una detrás de otra.

En la fotografía principal se los veía a Brodie y a ella caminando hacia el parque, con Zoey de la mano entre ellos. A la niña le habían pixelado la cara, pero era evidente que había dicho algo gracioso porque Brodie y ella aparecían riéndose y mirando con devoción a su hija.

Saltaba a la vista que habían esperado para publicar la noticia hasta tener la otra exclusiva: Brodie y ella bailando cara a cara en la feria, ella con las mejillas arrojadas y el cabello revuelto tras montarse en las atracciones, Brodie tan elegante como una estrella de cine con la camisa y la corbata, y el rostro sonriente de Zoey al fondo.

Maeve creyó que iba a vomitar.

Sonó el timbre.

Fue a abrir temiendo que fueran periodistas, pero se trataba de Brodie, que llegaba temprano para variar, y vestía de nuevo con sus habituales vaqueros azules y una camiseta blanca de manga corta.

—¿Lo has visto? —le preguntó, con la mano temblorosa sobre la cerradura de la puerta.

Brodie se encogió de hombros y respondió:

—Lo he visto.

Y entró en la casa como si no hubiera pasado nada.

—¿Hay fotógrafos ahí fuera? —preguntó ella, asomando la cabeza antes de cerrar de un portazo.

—Maeve —le dijo Brodie tras una pausa—, ¿has visto quién ha publicado las fotos? ¡No somos noticia! Si hay alguien ahí fuera, serán como mucho dos.

—¡Pues ya son demasiados! —replicó ella, incapaz de creerse su indiferencia—. Es mi vida —le dijo entre dientes—. ¡La vida de Zoey!

—Te acostumbrarás.

—No quiero acostumbrarme —respondió negando con la cabeza.

—En fin... —Brodie extendió las manos como si ya fuera demasiado tarde para eso—. ¿Hay café? —preguntó a continuación.

Maeve lo siguió hasta la cocina.

—¿Dónde está Zoey? —quiso saber él entonces.

—Sigue durmiendo.

—Ojalá yo pudiera seguir durmiendo igual que ella —comentó mientras sacaba una taza del armario—. Últimamente, cuando me despierto, no me queda otra que levantarme.

—¡Brodie!

Brodie dejó de servir el café durante un segundo.

—Perdona, ¿querías uno? Pensé que ya te lo habrías tomado. —Abrió el armario para sacar otra taza.

—¡Brodie! Nuestra fotografía está en internet. ¡Hay madres del colegio que me están mandando mensajes! ¡Gente del hospital! Dices que podría haber un par de reporteros ahí fuera, como si no fuera nada. Pues para mí sí lo es. No los quiero ahí. —Apartó una silla y se sentó con un suspiro.

Brodie dejó una taza de café frente a ella, preparado, hubo de admitir, tal como le gustaba, y después fue a sentarse en la silla situada enfrente.

—Sonríe sin más, Maeve —le dijo—. Eso es lo único que tienes que hacer. Sonríe y saluda y sigue andando. Solo se interesarán de verdad si creen que ocultas algo, eso es lo que les entusiasma. Por eso les gusta la foto de Zoey. —Dio un trago a su café y se arrellanó en la silla con un brazo estirado sobre el respaldo—. Y, en fin, eso ya está hecho, así que...

Maeve se quedó sentada con las manos en las sienes. ¿Cómo podía mostrarse tan relajado? ¿Sería por la fotografía o acaso ella estaba ocultando algo? Que el corazón se le aceleraba cuando él andaba cerca. Que soñaba con él. Que deseaba que no se fuera a Las Vegas los fines de semana, sino que se conformara con quedarse en la casa de su abuela mientras su hija hacía pulseras y dormía profundamente en el piso de arriba.

Saltaba a la vista que Maeve nunca sería suficiente para él — constituía un cliché pensar lo contrario—, pero le daba miedo que la cámara hubiera captado ese anhelo en su mirada.

Le llegaron más mensajes al teléfono, que descansaba sobre la mesa. Uno de Bella. *Sé cómo debes de sentirte, pero no te preocupes. Mañana ya se habrán olvidado del asunto, te lo prometo. Beso.* Inmediatamente después le envió otro. *Por cierto, EN ABSOLUTO eres una chica del montón!*

Brodie los leía del revés según aparecían en la pantalla, pues el teléfono estaba situado entre ellos.

—Esto es una pesadilla. —Maeve apoyó la cabeza en la mesa.

—Venga —contestó él, limitándose a reír—. Tiene gracia.

—«Chica del montón». «Hija ilegítima». —Maeve volvió a erguirse y sacudió la cabeza—. ¡Brodie, soy médica! Soy una persona normal. Esto no puede sucederme a mí.

Brodie levantó las manos a ambos lados y dijo:

—Pues te ha sucedido. —Volvió a agarrar su café y pareció disfrutar viéndola entrar en pánico.

De pronto, Maeve sintió un frío paralizante que invadía todo su cuerpo.

—Lo van a leer mis padres.

—¿Y qué?

Se le nubló un poco la vista al pensarlo. Tenía el corazón desbocado. Se inclinó hacia delante y volvió a llevarse las manos a las sientes tratando de racionalizar, de calmar su respiración.

Brodie se echó también hacia delante, con los brazos cruzados y los codos sobre la mesa.

—Te echaron, Maeve. No les debes nada. Recuerda, es el orgullo lo que les impide admitir que se equivocaron.

—Ay, solo dije eso para hacer que te sintieras mejor. —Maeve agitó una mano restándole importancia—. Pero en realidad no lo pienso. No creen que se hayan equivocado, ni por un segundo.

Brodie pareció sorprendido, dolido incluso, pero a continuación sonrió y dijo:

—Pues a mí me pareció que tenía sentido.

Maeve agarró el teléfono y volvió a mirar la foto antes de echar la cabeza hacia atrás en señal de desesperación. Siguieron entrándole mensajes. Puso el móvil en silencio.

—Maeve —dijo Brodie, firme pero amable—. Esto va a ocurrir. No puedo evitar ser quien soy, pero no sucederá con frecuencia. No como habría sucedido hace ocho años. Ya no estoy en el foco mediático. Vale, tengo una hija, ¿y a quién le importa? Solo se ha publicado porque no tenían muchas noticias hoy. Tienes que quitarle importancia. No es más que una foto.

Estaba claro que no lo entendía.

—Es que no quiero salir en las noticias contigo —dijo—. ¡No quiero que Zoey salga en las noticias! No quiero que recibamos este tipo de atención ninguna de las dos.

—¿Te avergüenzas de mí? —le preguntó Brodie entornando los ojos. Se recostó en la silla y la estudió.

—¿Qué? —exclamó ella.

—Yo creo que sí —contestó él ladeando la cabeza, evaluándola aún con la mirada—. Eres una doctora de primera y caíste presa de mis encantos.

—No digas estupideces. —Intentó restarle importancia. ¡Literalmente acababa de estar anhelando su presencia!

Pero a Brodie parecía convencerle más aquella idea.

—No soy quien quieres que sea el padre de tu hija. Ese es el fracaso, ¿verdad? —Alzó la barbilla al decirlo, como si acabara de entender a la perfección cómo funcionaba su cerebro—. Cuando menos, eso es lo que no quieres que sepan tus padres.

Maeve apartó la vista, no podía contestar. Sintió que se le encendían las mejillas ante esa posible verdad. Sus padres se quedarían horrorizados.

—No soy tan listo como tú, ya lo sabemos, pero no tienes por qué avergonzarte, Maeve. Puedo esforzarme. Me esforcé cuando estaba en la banda, y también después. Pero ahora elijo no hacerlo, sin más.

—Sí, y mírate, ¡estás muerto de aburrimiento! —replicó ella, sin poder contenerse, sabiendo que estaba atacándolo como mecanismo de defensa. Sí, le daba vergüenza que sus padres se enterasen, pero

más vergüenza le daba que él descubriera que, cada vez que lo veía, fantaseaba con que se inclinara hacia ella y la besara. Con que anunciase que le encantaría dejar atrás su vida glamurosa y sentar la cabeza en Autumn Falls con Zoey y con ella.

—¡No estoy aburrido!

—Brodie, ¡acabas de presentar la Feria de Verano del Río Redemption! ¡Claro que estás aburrido!

Él hizo girar los hombros, incómodo con el comentario. Ninguno dijo nada. Maeve alcanzaba a oír el ruido del segundero del reloj.

Estaba siendo injusta, infantil. Era capaz de hacerlo mejor.

Bajó la mirada hacia la mesa y se fijó en el café, que se le enfriaba con rapidez.

—Puede que sí que me avergüence —admitió—. Tuve un rollo de una noche con una estrella del pop. ¡Es vergonzoso! —Alzó la vista para mirarlo y lo vio allí, tan guapo y perfecto...—. Parezco una de tus admiradoras histéricas. No me avergüenzo de ti, Brodie. ¿Quién podría avergonzarse de ti? ¡Soy la puñetera chica del montón!

Eso hizo que Brodie sonriera con suficiencia a pesar de todo.

Maeve suspiró y estiró la mano para dar un trago al café, anhelando un respiro.

—Puede que sí que esté un poco aburrido —dijo él entonces, como si sintiera que le debía la misma franqueza—. Nunca antes lo había pensado demasiado.

Maeve contempló sus cándidos ojos azules y dijo:

—Eso es lo que me temo, Brodie. Que solo te resultamos interesantes debido al aburrimiento. Porque somos una novedad. —Miró su teléfono—. Hemos conseguido que salgas en las noticias.

—¡Eso es injusto! —Brodie volvió a recostarse en la silla con los brazos cruzados y resopló con incredulidad. Incluso enfadado era guapo. Qué injusto resultaba. Aunque, en cierto modo, era algo bueno, porque le recordaba quién era realmente, las diferencias que había entre ambos.

—Es posible. —Maeve se encogió de hombros, pero no estaba tan segura—. Me preocupa lo que vayas a hacer cuando se te pase la emoción de la novedad. —Lo miró a los ojos, sin tener claro qué quería que dijera.

—Eso sí que es injusto —le dijo con los ojos entornados.

—¿Qué?

—Me estás echando la culpa a mí. Sé cómo funciona tu cerebro.

—Sacudió la cabeza como si no la creyera—. Crees que puedes darle la vuelta a la situación. Parece que quieras que me vaya. Quieres que te demuestre que llevas razón para no tener que relajarte y correr el riesgo.

—Eso es ridículo —le espetó ella a la defensiva.

—¿Te he dado algún motivo para pensar que voy a marcharme? —Ladeó la cabeza al mirarla fijamente.

Siguió una pausa. De pronto el aire volvió a cargarse de tensión, pero era un tipo de tensión muy distinta a la de la noche anterior. Esta parecía más frágil, como un hilo de seda que ya se había estirado todo lo que daba de sí.

Maeve tragó saliva al fijar la mirada en sus brillantes ojos acusadores y, por un instante, se preguntó cómo sería no preocuparse, confiar en él a pies juntillas y, por voluntad propia, dar ese primer paso sobre la cuerda floja.

Pero estaba demasiado convencida de la caída.

—No —respondió negando bruscamente con la cabeza—, pero tampoco me has dado motivos para pensar que vas a quedarte.

Se oía el tictac del reloj de fondo, denotando la disolución del tiempo. De pronto, dio la impresión de que lo que se diluía era lo que habían tenido. Casi alcanzaba a verlo empequeñecido en la distancia.

—¿Vas a quedarte, Brodie? ¿Vas a vivir en Autumn Falls? ¿En tu apartamento? ¿Aquí con tu familia, con tu padre? ¿Aquí mismo? —Señaló la mesa con el dedo como si esta representara el pueblo entero.

Entonces fue Brodie quien guardó silencio. Quien dejó correr las manecillas del reloj.

Maeve le dedicó una sonrisa débil, pues, por mucho que se esperase aquella respuesta, volvió a sentirse presa de un absurdo sentimiento de decepción.

—Ahí tienes tu motivo, Brodie.

Capítulo treinta y seis

La casa de Noah estaba a medio construir. A su hermano le gustaba hacerlo todo a la perfección, y hacerlo por sí solo —con ayuda de Ren, claro—, de manera que le llevaba más tiempo que a cualquier otra persona que contratara albañiles. La casa estaba situada a orillas del lago Halfmoon, donde los hermanos solían acampar de niños; construían guaridas, echaban peleas, pescaban, hacían fogatas. Se hallaba en el lado opuesto al terreno donde se levantaba la casa principal del rancho, a los pies de los imponentes pinos del bosque y a la sombra del monte Starlight.

A Brodie tanta paz le generaba celos. Sentado en una silla de jardín de plástico sobre la hierba de la entrada, contemplaba el pico de la montaña y pensaba en las muchas excursiones que habían hecho por esos escarpados parajes, la mochila a la espalda, los sándwiches en sus envoltorios de plástico, avanzando a duras penas con el objetivo de llegar lo más arriba posible. Ahí estaba de nuevo esa palabra: objetivo.

Se arrellanó en la silla con las manos detrás de la cabeza y se quedó mirando las sombras que proyectaban las nubes sobre la montaña.

Noah salió con dos refrescos Dr Pepper y se sentó en otra silla de jardín junto a él. Era nueva y barata, y crujió al sentarse, como si fuera a romperse bajo su peso.

Noah y Ren no habían comprado aún mobiliario de exterior en condiciones, apenas habían comprado nada para el interior, la casa seguía llena de escaleras, mesas de trabajo y serrín. Pero avanzaban poco a poco. Cuando estuviera terminada, Brodie sabía que sería increíble. Muy acorde con Noah. Nada demasiado grande u ostentoso, pero hecho con precisión y rigurosidad. El revestimiento

de madera era negro y contaba con un buen aislante, el tejado estaba recubierto de paneles solares, el porche que rodeaba la vivienda estaba orientado de tal forma que todas las habitaciones recibieran la luz del sol en el momento adecuado del día. Resultaba impresionante.

Cuando Noah le entregó el refresco, salió Ren con un bote de pintura en la mano. Zoey salió detrás, con un peto enrollado en las mangas y en las perneras, y una brocha en la mano.

Cuando Ren le había abierto la puerta un rato antes, nada más verlo había dicho: «Ay, madre». Mientras Zoey echaba un vistazo a las habitaciones a medio construir, exclamando lo divertido que le parecía todo, Brodie se había mirado al espejo y respondido: «¿Qué pasa? No tengo tan mal aspecto, ¿verdad?».

Ren había hecho un puchero sacando el labio inferior en actitud de pena antes de decir: «Pareces un cachorrito triste, Brodie».

Él se había reído para quitarle importancia, pero Ren lo había enviado fuera y le había dicho a Noah que dejase de trabajar un rato y hablase con su hermano mientras ella enseñaba a Zoey a pintar. Ahora los dejó solos mientras Zoey y ella se afanaban en los marcos de las ventanas. Estaban las dos muy monas, con sus pañuelos a juego en la cabeza para protegerse el pelo de la pintura y las brochas en la mano.

—¿Qué es lo que ocurre? —le preguntó Noah antes de dar un largo trago a su lata. Llevaba trabajando en la casa desde que terminara su jornada en el rancho y tenía la ropa sudada y la cara manchada de serrín.

Brodie se echó hacia delante y rodeó su refresco con ambas manos.

—No lo sé —respondió. Y a continuación procedió a informarle de lo ocurrido el día anterior, de las cosas que se habían dicho.

Había pasado el día con Zoey, tratando de no pensar demasiado en su conversación con Maeve. No paraba de ver su cara al decirle: «Ahí tienes tu motivo». Sus grandes ojos cargados de decepción. Se creía que era un libro cerrado, pero no tenía ni idea de lo evidentes que eran sus emociones; algo que él adoraba y, al mismo tiempo, no podía soportar. Le provocaba un sentimiento de culpa al que no

estaba acostumbrado, apelaba a su deseo intrínseco de no tener ataduras ni vínculos. No estaba hecho para la vida en familia, las relaciones y el compromiso. Le gustaba actuar según le placía, no sentirse atrapado. Ansiaba una nueva aventura. O al menos eso era lo que le había sucedido siempre.

Se había llevado a Zoey a jugar al baloncesto, habían comido, habían ido a la cafetería a por un batido; si había allí algún reportero, no lo había visto. Un par de personas habían sacado fotos disimuladamente con sus teléfonos y, cuando eso ocurría, él solía sonreír, saludar y animarlos a que se acercaran para hacerse una foto en condiciones. Charlaba durante un rato, posaba con ellos; si les caía bien, sería menos probable que intentaran sacarle fotos a escondidas. Y a él le gustaba la gente, le gustaba hablar con las personas, sonreírles, no consideraba que fuese un problema que le hicieran fotos, pero no era algo que necesitara o anhelara, como lo había acusado Maeve. Casi se alegraba del sentimiento de injusticia que lo invadió al oír algunas de las cosas que ella le dijo, acusándolo de buscar la atención de los medios de comunicación. Y luego estaba la mentira, el consejo que le había dado acerca de sus padres... Eso le había permitido adoptar cierta superioridad moral, alimentar la sensación de agravio, en lugar de pensar demasiado en el resto de cosas que se habían dicho acerca de su futuro en Autumn Falls. Pero seguía allí, en la boca de su estómago, confundiéndolo y poniéndolo nervioso, cosa que, en consecuencia, lo había llevado hasta allí, hasta casa de Noah.

—¿Vas a quedarte? —le preguntó Noah.

—¡No lo sé!

Su hermano meneó la cabeza, haciendo que el pelo, que le llegaba por la mandíbula, le cayera hacia delante, de modo que se lo recogió con la mano y lo sostuvo ahí un segundo mientras lo miraba con gesto de desesperación y decía:

—Eres realmente molesto, ¿lo sabes?

Brodie se recostó, extendiendo los brazos en actitud defensiva.

—No puedo decir si voy a quedarme o no.

Ren se acercó hasta donde estaban sentados y dijo:

—Noah, ¿tienes tú el metro?

Su hermano se metió la mano en el bolsillo para sacarlo mientras, volviéndose hacia Brodie, decía:

—No veo por qué no.

—Porque puede que diga que sí y luego me despierte un día y tenga que marcharme. No puedo evitarlo. Me entra la inquietud.

Cuando Noah le entregó el metro a Ren, esta no dijo nada, pero Brodie creyó verla enarcar una ceja con gesto cómplice.

—¿Tienes algo que decir al respecto, Ren?

Ren guardó silencio, se volvió hacia él, sus ojos pequeños y brillantes como los de un pajarillo, pero fingió desconcierto ante la pregunta.

—No, Brodie, no tengo nada que decir.

Brodie se volvió hacia su hermano, entornó los ojos y preguntó:

—¿Por qué tu novia ha levantado una ceja por lo que he dicho?

—A mí no me preguntes —contestó Noah con una carcajada, negando con la cabeza—. Ren, ¿seguro que no tienes nada que decir?

—Yo no he hecho nada —dijo ella mientras dirigía sus pasos de vuelta hacia el porche—. Ni siquiera estoy aquí. Vosotros seguid con vuestra charla.

—Sería la primera vez que no tengas una opinión sobre algo, Ren —le gritó Brodie, recostándose en la silla con los brazos cruzados y las piernas estiradas.

Ella se volvió y puso los ojos en blanco como si estuviera siendo un paranoico.

—No te preocupes, si tiene una opinión —le dijo Noah—, no será capaz de guardársela mucho tiempo.

—Te he oído.

—Lo sé. —A continuación, su hermano le dirigió a Brodie una mirada como diciendo: «Espera y verás».

Así que Brodie dio un trago a su lata. Noah colocó las manos detrás de la cabeza. Hablaron un rato sobre pesca.

—Tengo que ir al baño —oyeron que decía Zoey, y cuando la niña entró en la casa, Ren se acercó corriendo hasta donde seguían sentados.

—Vale, sí —dijo.

Noah sonrió con suficiencia.

—No creo que las personas huyan de un lugar, Brodie —explicó ella limpiándose las manos con un trapo—. Creo que huyen de lo que llevan dentro.

—¿Qué coño significa eso? —preguntó Noah.

Ren mantuvo la mirada clavada en Brodie, sonriéndole con cierta tristeza.

—Significa que tienes que hacer las paces con la persona que eres..., quizá con tu padre... —hizo una pausa, dejando que asimilara sus palabras—, con la persona que quieres ser. Quizá entonces dejes de sentir esa inquietud.

Noah, sin decir palabra, lo miró con curiosidad, ansioso por ver si aquellas palabras le tocaban la fibra sensible.

Pero Brodie, como si no se enterase de nada, se limitó a negar con la cabeza.

—¿Y cómo voy a hacer eso? —preguntó, extendiendo las manos para enfatizar la pregunta.

Ren miró por encima de su hombro para comprobar que Zoey no hubiese vuelto aún. Ladeó la cabeza y sus pequeños ojos brillantes reflejaron ahora compasión al mirarlo.

—Creo que quizá deberías enfrentarte a ese sentimiento, Brodie, en vez de huir de él.

Entonces fue Brodie quien guardó silencio.

Notaba un creciente terror en el pecho ante la idea de verse obligado a quedarse quieto en lugar de tomar un avión para irse a algún sitio nuevo, a alguna isla, a alguna estación de esquí, a alguna playa con olas enormes. La mera idea de tener que pararse a ver qué era lo que había en su interior se le antojaba inimaginable. Hacía que le costara trabajo tomar aire. Así que se rio y zanjó:

—¡Me parece demasiado profundo para mí, Ren!

Antes de que ella pudiera agregar algo más, Zoey volvió a salir y gritó:

—Oye, Ren, ¿no estábamos pintando?

Capítulo treinta y siete

Ir al trabajo aquel día resultó extraño. Un poco como si fuera una pequeña celebridad. Maeve no tenía claro lo que esperaba encontrar, pero su imaginación había conjurado en los rostros de todo el mundo el prejuicio que sabía que obtendría de sus padres.

En su lugar, cuando entró, Barbara, la de recepción, chasqueó la lengua y dijo:

—Qué maliciosos son esos reporteros, que venden su alma por un poco de dinero rápido. Es asqueroso.

Cuando entró en una reunión de personal para darse el relevo, Henry, su compañero residente, hizo una broma con cierta suficiencia bienintencionada, lo que indujo a la jefa de departamento a decir: «¿Hemos venido a hacer nuestro trabajo o a cotillear sobre la vida amorosa de la doctora Dixon?», a lo que una de las enfermeras, Georgia, respondió: «¡A cotillear sobre la vida amorosa de la doctora Dixon!», algo que hizo reír a todos.

Constituyó todo ello un momento divertido e inofensivo que, de algún modo, hizo sentir a Maeve más unida a sus compañeros; incluso logró relajarse un poco y aceptarlos más como amigos. Parecían satisfechos de poder tomarle el pelo, verla relajarse y reír. Quizá, tal y como le había dicho Brodie, necesitara tomarse las cosas menos en serio en todos los aspectos de su vida.

A lo mejor le debía una disculpa. ¿Habría mostrado una actitud excesivamente defensiva y protectora? Ese, por supuesto, era su trabajo como madre, pero las consecuencias de la publicación de las fotos no fueron tan desastrosas. Recibió algunas solicitudes de entrevistas, pero las rechazó con educación. Por suerte, Barbara filtró cualquier otra solicitud que recibían a través de la centralita del

hospital, y le dio el mismo consejo que Bella: «No te preocupes, cielo, mañana ya se habrán olvidado de ti».

Fue aquella amabilidad, aquel recién descubierto sentimiento de camaradería, el permitirse relajarse, lo que hizo que la llamada telefónica la pillara por sorpresa.

Se produjo cuando iba a tomarse un café durante su descanso.

En la pantalla apareció la palabra «Papá» mientras aguardaba frente a la máquina a que terminara de llenarse el vaso.

De pronto, se le tensaron todos los músculos del cuerpo. Volvía a tener diecinueve años. Estaba aterrorizada. Le temblaban los dedos mientras se concedía unos instantes para recomponerse y responder.

—¿Diga?

—Maeve —dijo la voz de su padre, tan familiar y al mismo tiempo tan ajena—. Hemos visto las fotografías.

Nada de «¿Cómo estás?». Nada de «¿Cómo está Zoey?». Nada de «¿Te pillo en buen momento para hablar?».

Maeve apartó una silla y se sentó. La vista desde la sala de descanso la conformaba el aparcamiento de hormigón gris.

—Voy a serte sincero, estamos bastante decepcionados —prosiguió su padre.

Maeve se preguntó si era eso lo mismo que había dicho cuando descubrió que estaba embarazada; el recuerdo aparecía algo borroso.

—Muy sorprendidos —oyó decir a su madre de fondo. Cosa que le transmitió su padre.

—Estamos muy sorprendidos de que no creyeras necesario decírnoslo tú misma y de que hayamos tenido que enterarnos de esta forma.

Maeve se vio a sí misma sentada en el salón de casa de sus padres, al borde del sofá. Visualizó los palos de golf junto a la puerta, los dos perros meneando el rabo, emocionados al verla allí, sintió la humedad de las lágrimas en las mejillas. Recordó el terror asfixiante de haber descubierto que estaba embarazada, los nervios de tener que decírselo. No saber qué hacer, qué sería lo mejor, y desear que alguien la apoyara, que la rodeara con el brazo y dijera:

«No pasa nada, Maeve, te ayudaremos». Pero, en su lugar, le dijeron las mismas cosas que estaban diciéndole ahora.

«Avergonzados. Sorprendidos. Falta de criterio. Una hija nuestra». Las palabras se le metían dentro como una vía intravenosa.

Pero esta vez, mientras hablaban, descubrió que las palabras no le escocían tanto como antiguamente. Levantó la cabeza y se vio reflejada en el cristal de la ventana: profesional, con su ropa quirúrgica, el pelo bien recogido, la insignia con su nombre, el estetoscopio. Esa persona no era una adolescente embarazada. Esa persona había sobrevivido. Más que eso, había prosperado.

Oyó que sus propias palabras —las palabras de su abuela— acerca del orgullo, de admitir los propios errores, ahogaban las de su padre.

Oyó a Brodie en casa de Logan cuando se inclinó hacia ella para recogerle el pelo detrás de la oreja y dijo: «Creo que tus padres son tontos». Aquello la hizo reírse inesperadamente por la nariz.

Al otro extremo de la línea, su padre se había quedado callado un segundo.

—¿Te has reído, Maeve?

—No —mintió.

—¿Se está riendo? —preguntó su madre.

—No —dijo su padre, y continuó. Hablando como siempre, sin escuchar nunca.

Maeve se paró a pensar en lo alejados que estaban. No solo en cuestión de distancia, sino en todo. En especial, al recordar cómo Martha —e incluso Emmett— había acogido a Zoey en su familia, sin hacer preguntas.

—Os lo estáis perdiendo —dijo, cortando a su padre.

—¿Perdona?

—He dicho que os lo estáis perdiendo. Tenéis una nieta. ¿Es que no os dais cuenta?

—Esa no es aquí la cuestión, Maeve.

—¡Claro que es la cuestión! —exclamó, con más vehemencia de la que pretendía.

—Por favor, no te pongas histérica.

Estuvo a punto de reírse. Jamás podría ganar.

De pronto, le llegó desde el pabellón de Urgencias el sonido agudo de la alerta que indicaba la llegada inminente de un paciente en estado crítico. Significaba que había que ponerse manos a la obra.

Abrió la boca para decir que tenía que colgar, que ya lo llamaría luego, pero en su lugar se retiró el teléfono de la oreja, lo miró y oyó la voz de su padre como un ratoncito a través del altavoz.

En el pasillo oía a la gente correr. En ese instante, se le ocurrió pensar que ya había ganado. Tenía a Zoey. Miró a su alrededor, tenía todo aquello, tenía a los Carter. Tenía gente en su vida que deseaba que triunfara, gente que estaba de su lado.

Sin mediar palabra, dejó el teléfono sobre la mesa, mientras la vocecilla del ratón seguía hablando, y fue a reunirse con sus compañeros; sus amigos; su vida.

Antes de que se desatara el caos controlado con la llegada de la ambulancia, se concedió unos instantes para pensar en lo que acababa de hacer. En todo ese orgullo. En todo el daño que había causado. No tenía por qué sentirse condicionada por ello. Hiciera lo que hiciera, sus padres serían así. Sin importar sus éxitos o sus fracasos. No había un manantial de aceptación aguardando al final del arcoíris.

¿Y para qué lo necesitaba, de todos modos?

Como decía Brodie, «si Zoey es tu mayor fracaso, entonces, créeme, ¡lo estás haciendo mejor que bien!».

Como decía Brodie, «yo estaría orgulloso de ti si fueras mi hija».

Como decía Brodie...

Se abrieron de golpe las puertas de la ambulancia y ya todo fue frenético. No tuvo tiempo de seguir pensando en el hecho de que estaba citando todas las cosas que había dicho Brodie.

Capítulo treinta y ocho

De vuelta en casa de Maeve, Brodie era incapaz de estarse quieto, acorralado por el empapelado floral del salón, los radiantes colores primarios de la cocina y la espuma de baño de colores cambiantes. Por la ventana, alcanzaba a ver el manzanar y las montañas al fondo, y ese paisaje épico hacía que las habitaciones le parecieran jaulas. Hasta las vistas estaban ahora cuajadas de expectativas y decisiones. No había escapatoria. En el rancho, su madre le haría preguntas. En el club de polo, Logan lo arrinconaría, porque sin duda habría hablado ya con Noah. En la cafetería, Ren inclinaría la cabeza sabiamente.

Allí donde fuera en aquel pueblo, habría preguntas aguardando.

Estaba sentado a la mesa de la cocina de Maeve y se pasó los dedos por el pelo.

«Deberías enfrentarte a ese sentimiento».

No, no tenía por qué.

Se puso en pie. Tenía demasiado calor. Se notaba las piernas inquietas. No podía respirar.

—¿Te encuentras bien, papá? —preguntó Zoey.

—¡Claro!

«Papá».

Estaban haciendo Slime en la mesa de la cocina. Zoey tenía una bolsa hermética llena de pegamento y una especie de líquido mágico, purpurina y colorante alimentario que había sacado del fondo de un armario, teniendo que subirse a una silla para alcanzarlo. Brodie se había sentado a su lado, le había servido vasos de zumo de naranja, había abierto un paquete de Oreos; era algo fácil, mundano, cosas del día a día.

Ahora que se había levantado, sin embargo, contempló la escena y se preguntó si debería estar haciendo algo más. ¿Debería brindarle a Zoey más lecciones vitales? ¿Deberían estar estudiando? ¿Viendo documentales educativos? ¿Debería impartirle algún tipo de sabiduría paterna? ¿Qué sabía él que pudiera enseñarle?

Recordó cuando le había preguntado a Maeve si se avergonzaba de él. ¿Por qué no iba a avergonzarse? Nunca antes había tenido que justificarle su existencia a una mujer y, a la hora de la verdad, ¿qué podía ofrecer él?

¿Y si le arruinaba la vida a Zoey?

Llamó su madre, interrumpiendo sus pensamientos desbocados, para ver si quería pasarse a cenar. Agradecido por la distracción, Brodie contestó la llamada en el pasillo.

—No puedo —dijo—. Estoy con Zoey.

—Pues que venga ella también.

No deseaba ver a su padre, enfrentarse a más deshonra.

—No, tranquila, gracias.

Su madre no insistió.

—Bueno, vale, pues te dejo.

Brodie estaba a punto de colgar cuando se descubrió diciendo:

—Mamá.

—Dime.

Se quedó callado un instante, deslizando el dedo por una de las rayas del papel pintado del pasillo.

—¿Cómo aprendiste a ser madre?

—No aprendí —respondió ella sin dudar.

—Sí que aprendiste —insistió él poniendo los ojos en blanco—. Siempre sabías qué hacer con nosotros. —La recordó metiendo en vereda a seis niños.

—No, Brodie —dijo su madre riéndose—. Nadie sabe lo que tiene que hacer. Simplemente haces lo que te parece correcto.

Aquello no le sirvió de ayuda en absoluto. Se giró para apoyarse contra la pared y se quedó mirando los balaustres de la escalera.

—¿Y si me equivoco?

Siguió una pausa. Se imaginó a su madre pensando por un instante qué decir, quizá sentándose a la enorme mesa de la cocina,

con una taza de café en la mano.

—Brodie —dijo al cabo—, los niños no son de tu propiedad. Forman parte de tu vida durante una determinada cantidad de tiempo y tu trabajo es estar a su lado. —Percibió la sonrisa en su voz cuando continuó hablando—: Son personas independientes. Por lo general, personas interesantes, listas, dulces y divertidas con las que puede que te guste pasar tu tiempo. Lo único que tienes que hacer, Brodie, es estar ahí, guiarlos. Con eso es suficiente.

Brodie escuchó, asintiendo.

—Es cuestión de práctica —agregó ella—. Como todo.

Brodie pensó en todas las horas que había pasado con el grupo en la sala de ensayo, incapaz de estarse quieto.

—Vale —respondió, tratando de aparentar indiferencia.

—¿Estás bien? —la oyó preguntar, y se la imaginó entornando los párpados.

—Sí, sí, muy bien. —Agitó una mano para quitarle importancia.

Se despidieron y Brodie se guardó el teléfono en el bolsillo sin encontrarse mejor. Regresó a la cocina. Había Slime por todas partes. Como una explosión de pringue. Uno de los botes de colorante alimentario se había volcado y el líquido rojo goteaba sobre el suelo, donde Zoey estaba arrodillada intentando contenerlo con un trapo de cocina, aunque el tinte escarlata se impregnaba en la tela. Al verlo, lo miró con gesto culpable.

—¿Qué narices ha pasado aquí? —A Brodie la voz le salió cargada de pánico. Desencajó los ojos y levantó las manos. En la parte donde Zoey había intentado limpiarlo a toda prisa, el Slime derramado había arrancado la capa superior de barniz de la mesa. Brodie notó la mezcla de pánico y adrenalina. ¿Qué diría Maeve? Dejaba sola a Zoey durante cinco minutos y ocurría eso. Observó el chorro de colorante que se derramaba sobre el suelo. Se quedó paralizado con la boca abierta durante un segundo e, invadido por la desesperación, exclamó—: ¿Qué has hecho?

—¡Porfa, no te enfades! —Zoey parecía estar al borde del llanto, parpadeaba deprisa para contener las lágrimas igual que intentaba contener el caos del colorante.

Brodie notaba que el corazón le latía en la cabeza. Sintió la necesidad de gritar, de patalear y agarrarse un berrinche, de alzar las manos al cielo, pero entonces reparó en aquellos grandes ojos vidriosos, se oyó a sí mismo mentalmente y respondió:

—No te preocupes, Zoey. No pasa nada. —Agarró el rollo de papel de cocina y colocó una montaña justo debajo del goteo de colorante antes de hacer lo posible por recoger el pringue pegajoso que había arrancado el barniz de la mesa—. Podemos limpiarlo.

Zoey asintió sin que dejara de temblarle el labio inferior.

—Oye. —Brodie le puso una mano en el hombro—. No era mi intención gritar. Lo siento.

La práctica no hacía al maestro. Se sentía peor que en toda su vida.

Capítulo treinta y nueve

Cuando Maeve llegó a casa, esperaba que tendrían una conversación, pero Brodie mantuvo la distancia. Ella deseaba disculparse, decirle que se había puesto a la defensiva, que había reaccionado exageradamente respecto a las fotos —que no era culpa de él—, que, en lugar de dar un paso hacia delante, había dado uno, o quizá tres, hacia atrás.

Pero, antes de poder decir nada, él le dijo:

—Lo siento mucho, pero tu mesa está echada a perder. Y el suelo también. Había Slime por todas partes y...

—¡Zoey! —lo interrumpió Maeve, mirando a su hija con el ceño fruncido—. ¡Te he dicho que no jugaras con esa cosa! Ya sabes lo que hace. ¡Es una pesadilla!

Zoey parecía estar a punto de romper a llorar.

—No —la cortó Maeve—. No me vengas con lágrimas, porque sabes que ha estado mal. —Se volvió hacia Brodie—. Lo siento.

Él negó con la cabeza, parecía un conejo cegado por los faros de un coche.

—No pasa nada. Lo hemos limpiado —le explicó—. Y puedo conseguirte una mesa nueva. —Señaló de nuevo la parte donde se había levantado el barniz.

Maeve restó importancia a su preocupación con un gesto de la mano, era una mesa muy vieja y habría sufrido cosas peores.

—Gracias, pero no te preocupes. No necesito otra mesa. ¡Zoey, ese pringue estaba escondido al fondo del armario por una razón!

Zoey asintió, adoptando su mejor gesto de arrepentimiento, con los ojos muy abiertos. Maeve sacudió la cabeza para indicarle que cortara el rollo.

Brodie parecía igualmente aterrorizado, pero Maeve estaba bastante segura de que su expresión no era fingida.

—Bueno, en fin —dijo él—. Tengo que irme. ¡Adiós, Zoey!

—Siento lo del Slime —respondió ella, avergonzada, despidiéndose con la mano.

—No te preocupes —repuso.

Maeve lo acompañó hasta el recibidor. Cuando llegaron a la puerta principal, le dijo:

—Brodie, quería decirte que...

—Lo siento mucho, Maeve —la interrumpió mientras consultaba su reloj—. Tengo que salir pitando. Llego tarde. Y..., eh..., no quiero llamar la atención, ya sabes... —Señaló hacia la carretera, donde podría haber alguien aguardando a sacarle una foto abandonando la casa, aunque Maeve no creía que ese fuese el motivo de su reticencia, menos aún teniendo en cuenta su actitud hacia la cobertura mediática—. Podemos hablar mañana.

—Claro. —Ella asintió, observándolo, un poco decepcionada al verlo salir corriendo por el camino.

De vuelta en casa, Zoey se mostró inusualmente callada. Maeve fue a sentarse a su lado y le retiró el pelo de la cara.

—¿Estás bien, Zo?

Zoey asintió, pero sus grandes ojos marrones decían otra cosa. Entonces se mordió el labio un segundo y Maeve estuvo a punto de sonreír, porque sabía que su hija había aprendido ese gesto de ella.

—No quería que se enfadara.

—Bueno, el Slime es una pesadilla, Zo. —Maeve se preguntaba qué sentiría Brodie al respecto—. Y no siempre puede ser todo juegos y diversión. Es tu padre. A veces, tendrá que regañarte.

Zoey levantó la vista con el labio inferior tembloroso por la preocupación.

—Eso es lo que hacen las mamás y los papás —le dijo Maeve con una sonrisa cariñosa—. A veces, cuando has hecho algo mal, se enfadan. Eso no significa que no te quieran. Yo me enfado a todas horas y te quiero.

—Supongo.

Maeve no tenía claro si su pequeño discurso la hacía quedar bien, pero pareció funcionar en lo referente a Brodie.

—Venga —dijo—. Hora de acostarse.

Zoey adoptó su habitual actitud reticente a irse a dormir, pero, una vez arropada en la cama, quedó claro que había estado reservándose otro tema de conversación y, con la mayor seriedad, declaró:

—Por cierto, si Brodie y tú estuvierais juntos, me parecería bien.

—No vamos a estar juntos, Zoey —respondió Maeve a toda prisa, totalmente desconcertada.

Zoey frunció el ceño y apretujó su mono de peluche bajo el brazo.

—Solo digo que me parecería bien si lo estuvierais.

—Bueno —contestó Maeve cuando hubo recuperado la calma—, me alegra saberlo, gracias.

—Entonces, ¿nunca vais a estar? —insistió su hija.

—¡No! —Maeve negó con la cabeza—. Y aunque quisiéramos, que no queremos —explicó—, hay muchas cosas a tener en cuenta.

—¿Como cuáles?

Maeve se reprendió a sí misma por no estar mejor preparada.

—Por ejemplo, ¿qué pasa si estamos juntos y luego rompemos? Te pondrías muy triste.

—¿Quieres decir que no deberíamos hacer cosas si hay una posibilidad de que nos pongan tristes? —Zoey se retorció en la cama para incorporarse.

—No me refiero a eso, no. —Maeve se notaba cada vez más azorada bajo el escrutinio de su hija de ocho años—. Qué va, lo que digo es que no quiero hacer nada, de manera voluntaria, que podría ponerte triste a ti.

—Que no hagas cosas que quieres hacer me pone triste —confesó Zoey con una sonrisa traviesa. Se parecía peligrosamente a su padre.

—Ay, por amor de Dios. —Maeve se llevó la mano a la frente en señal de desesperación—. ¡Eres demasiado lista para tu edad.

Zoey se rio. Maeve volvió a recostarla en la cama hasta que su cabeza tocó la almohada y le dio un gran beso.

—Buenas noches, Zo.

—Buenas noches, mamá —respondió Zoey, todavía sonriente.

Curiosamente, Maeve se descubrió sonriendo mientras bajaba las escaleras. Se permitió a sí misma poner en duda su propia lógica. Aceptar el consejo de su hija de ocho años y preguntarse si quizá estaría siendo demasiado precavida, encontrando problemas donde tal vez pudiera encontrar la felicidad.

Se detuvo al pie de la escalera, miró por la ventana situada junto a la puerta principal, en dirección a la verja metálica y a la carretera que circulaba al otro lado, y pensó en lo liberador que le había resultado dejar a su padre colgado al teléfono. Después, reflexionó sobre todo lo que acababa de decir Zoey. Con o sin Brodie, se daba cuenta de hasta qué punto había permitido que el miedo controlara su vida.

Capítulo cuarenta

De vuelta en su apartamento, Brodie se hallaba en pie con la frente apoyada en el cristal de la ventana, contemplando el oscuro campo de polo.

¿Por qué había creído de forma instintiva que el desastre del Slime había sido culpa suya? No se le había ocurrido pensar que Zoey estuviera aprovechándose del hecho de que él no sabía que no se le permitía jugar con eso. Debería haber gestionado mejor la situación. En su lugar, había capitulado nada más ver un atisbo de lágrimas en sus ojos. Mientras que Maeve se había mantenido firme al ver el rostro compungido de su hija. Ni siquiera era para tanto, pero él se había quedado paralizado por su propia reacción, aterrorizado por haberla disgustado. Cerró los ojos con fuerza. Aquello no debía de ser más que un fragmento minúsculo de lo que implicaba la paternidad, pero le había entrado el pánico y, a continuación, había adoptado una actitud arrepentida; incluso se había ofrecido a comprarle a Maeve una mesa nueva.

No paraba de verla de pie en la puerta de entrada, a punto de decir algo importante. Se daba cuenta de que era importante a juzgar por la seriedad que veía en sus ojos. Sería algo sincero y sopesado que le habría dejado más confundido.

Ella no era como las demás. Todo en ella era real. Si decía algo, lo decía en serio. Si se reía, era porque el chiste era realmente bueno.

Si la besaba, era real.

«No pienses en besar a Maeve, Brodie».

No se trataba de un juego.

Recordó el momento en que sus labios habían estado a punto de tocarse en la planta de arriba de casa de Logan, el dulce y sutil aroma de su perfume, la suavidad de su piel, el deseo de su mirada;

el exquisito y satisfactorio instante en que bajó la guardia. Cuando ella levantó la mano con cautela y sus dedos le tocaron el cuello. Cuando bailaron en la feria y él se fijó en el diminuto corazón dorado que llevaba colgado bajo el escote del vestido, y el lugar donde los mechones sueltos de su cabello que habían escapado de la trenza le rozaban la piel clara. Y, en comparación, el vivo rubor que tiñó sus mejillas, que sabía que ella detestaría, pero que a él le encantaba; siempre que la veía, se esforzaba todo lo posible por hacer brotar ese sonrojo delator.

¿En qué estaba pensando?

Se apartó de la ventana y caminó sin rumbo por el apartamento.

«Brodie, eres idiota».

Había estado jugando con un tesoro, sin darse cuenta de que era real, subestimando su valor, todo lo que significaba. Uno no dejaba atrás a alguien como Maeve, pero eso significaba que tampoco dejaba atrás Autumn Falls.

Rememoró su sofocante vida en el pueblo antes de formar el grupo. No tenía sentido de identidad, ni valor. Pensó en quedarse allí e ir desmotivándose gradualmente otra vez. Pensó en el manzanar en venta, en el descarado desdén de su padre; siempre de fondo, juzgándolo.

Dejó escapar el aliento, de nuevo junto a la ventana, esta vez en su dormitorio, contemplando el ancho cielo azul marino, el infinito manto de estrellas. Aquel no era lugar para él. Allí no podía respirar. No podía ser él mismo.

O quizá sí pudiera. Quizá allí fuera precisamente donde sí podía respirar. Quizá fuese él mismo cuando estaba con Zoey y Maeve. Quizá fuese eso lo que tenía que ser.

Pero ¿y si salía mal? ¿Y si era incapaz de lidiar con ello? ¿Qué ocurriría cuando se plantearan problemas más graves que el Slime? ¿Y si la pifiaba, cosa más que probable? Entonces, ¿qué?

Sintió el ansia de huir creciendo en su interior.

«Tienes que enfrentarte a ese sentimiento».

Se sentó en un costado de la cama, con las manos a ambos lados, contemplando la insulsa alfombra gris pálido. Las voces comenzaron a invadir su cabeza.

«Estás aburrido».

«Te falta un objetivo».

«Huyes de lo que llevas dentro».

Volvió a levantarse y se acercó de nuevo a la ventana.

«Claro que se va a quedar. Era un bebé monísimo. Una pena que te lo perdieras».

Se dio la vuelta y apoyó la espalda contra el cristal, notando que las cuatro paredes se estrechaban, asfixiándolo.

«Lo único que tienes que hacer es estar ahí, guiarlos».

«Quizá ahora no te quede más remedio que madurar».

Antes de que los pensamientos lo abrumaran, Brodie ya había hecho la maleta, había bajado la capota de su coche y enfilaba la autopista en dirección contraria a Autumn Falls.

Capítulo cuarenta y uno

A la mañana siguiente, Brodie tardaba en llegar.

Maeve lo llamó, pero saltó el buzón de voz. Zoey estaba sentada comiendo Cheerios y consultando su reloj.

—Llegará en cualquier momento —dijo.

Maeve se quedó unos segundos en el pasillo, con el teléfono pegado al pecho, recordando la incomodidad de Brodie la noche anterior, sabiendo que había sucedido lo que se temía. Sabiendo que no iba a venir.

—¿Dónde crees que está? —preguntó Zoey, que se había puesto en pie para asomarse a la ventana y comprobar de nuevo si había rastro de su coche.

Maeve no lo soportaba. Brodie le había demostrado que estaba en lo cierto. Pero no se sentía victoriosa, se sentía fatal.

—Seguramente se haya entretenido con algo.

En internet, había una foto de Maeve tapándose la cara con la mano mientras caminaba hacia su coche en el aparcamiento del hospital. Y una de Brodie con Zoey en la cafetería, Brodie sonriente y saludando con amabilidad a la cámara, a Zoey solo se le veía la nuca. En el artículo correspondiente, figuraban algunos detalles más, pero nada sorprendente. La amplia sonrisa de Brodie parecía socavar la noticia, aparentando que tener una hija carecía de relevancia. Eso le dio ganas a ella de haberse erguido y haber dejado que la cámara fotografiara su rostro sin esconderse.

Llamó a Carole para que viniera a quedarse con Zoey.

A lo largo del día, no paraba de mirar su teléfono en el trabajo, pero no tenía noticias de Brodie. Los mensajes que le enviaba permanecían sin leer. En la tripa persistía la sensación nauseabunda de saber que no iba a volver.

Llevó a Zoey a la cafetería al llegar a casa, como premio, porque sabía que se había quedado decepcionada por lo de Brodie.

Ren estaba atendiendo las mesas.

—Hola, chicas, ¿qué os pongo?

—Un Sueño de Nata y Galletas —respondió Maeve señalando a Zoey, y por un segundo se planteó pedirse otro batido para ella, solo por diversión, pero en su lugar agregó—: y un café.

—Prueba el Alud de Chocolate, mamá —le pidió Zoey—. Brodie lo toma.

Al pensar en Brodie tomando batidos, recordó la conversación en la que él le había preguntado por su sabor favorito y a ella le había dado por pensar si habría estado conjeturando él también acerca del tema. Lo recordó diciéndole que tenía que relajarse un poco.

—Vale, un Alud.

—Buena elección —la animó Ren, revolviéndole el pelo a Zoey con cariño antes de regresar al mostrador.

Entró entonces Bella, que venía a pedir dos cafés para llevar. Al verlas después de haber hecho su pedido, se acercó a su mesa.

—Hola, Maeve. Hola, Zoey. ¿Cómo estáis? ¿Está Brodie aquí?

—No sabemos dónde está —respondió Zoey con decisión.

—Ah —dijo Bella arrugando el entrecejo—. ¿En serio? —Le lanzó una mirada de soslayo a Maeve.

Zoey asintió.

—Creo que ha tenido que marcharse un par de días —respondió Maeve con vaguedad.

—Te lo estás inventando —la acusó Zoey—. Se nota.

—No me lo estoy inventando —mintió ella.

Zoey entornó los ojos. A continuación, se volvió hacia Bella y dijo:

—Creo que es porque hicimos Slime y se esparció por todas partes y la mesa se estropeó.

—¿Qué? ¡No me lo creo! —Bella sacudió la cabeza—. Es imposible que Brodie desaparezca por el Slime. Yo diría que el Slime es lo suyo. Qué va. Siempre tiene que ir a muchos sitios, así que no te preocupes.

Maeve miró a su hija y, con gran seriedad, dijo:

—Zoey, te aseguro que no ha sido por el Slime.

De pronto, Martha estaba allí cargada con bolsas de la compra. Se acercó y las depositó en una de las mesas cercanas.

—¿Estás bien, Zoey? —preguntó. Se rio al verla—. Pareces muy molesta por algo.

—Brodie se ha ido.

—Anda.

Martha miró alternativamente a Zoey, a Maeve y a Bella, y enarcó las cejas. Maeve hizo una mueca, sabiendo que Zoey interpretaría el subtexto de la expresión.

Entró entonces Emmett, que estaba buscando a Martha. A Maeve ya solo le faltaba que aparecieran Logan y Noah para que todo el contingente Carter supiera que Brodie había desaparecido.

Sonó la campanita de encima de la puerta y Maeve levantó la vista. Allí estaba Logan. Se acercó con su uniforme de polo manchado de hierba.

—Pasaba por delante con el coche y te he visto a través del cristal —le dijo a Bella—. ¡He entrado a saludar!

Bella puso los ojos en blanco y dijo:

—¡Llegaré a casa dentro de una hora!

—Ya lo sé. —Logan sonrió y la rodeó con un brazo para darle un beso en la mejilla.

Emmett, a quien incomodaban las muestras públicas de afecto, miró a Martha y dijo:

—¿Has pedido?

—Aún no. He visto a Maeve y me ha dicho que Brodie... —Martha se detuvo al darse cuenta de con quién estaba hablando.

—¿Brodie qué? —Emmett frunció el ceño.

—Se ha marchado —le informó Zoey.

—¡Un batido de Sueño de Nata y Galletas y otro de Alud de Chocolate! —anunció Ren al regresar con unos batidos enormes para los que, de pronto, Maeve no tenía estómago.

—¿Adónde ha ido Brodie? —preguntó Logan entornando los ojos, confundido—. Si mañana habíamos quedado para jugar al golf.

Zoey se encogió de hombros y sorbió su batido de galletas y nata con la pajita rizada.

Emmett tuvo que sentarse.

—¿Te encuentras bien, Emmett? —le preguntó Ren.

Él se quitó el sombrero y dejó escapar un largo aliento.

—Estoy bien —masculló. A continuación, sacudió la cabeza y, entre dientes, agregó—: ¡Condenado muchacho!

A lo que Maeve respondió:

—¡Emmett! —Y miró disimuladamente a Zoey con los ojos muy abiertos en señal de advertencia.

Aquello llamó la atención de Emmett y, por un momento, Maeve entendió que Brodie le tuviera miedo. Pero entonces, como si acabara de ser consciente de sus acciones, Emmett se irguió y dijo:

—Seguro que...

—Seguro que vuelve pronto —lo cortó Logan—. Voy a llamarlo.

Zoey se hallaba excesivamente concentrada en su batido.

—Voy al mostrador a pedir —dijo Martha, mirando a Maeve con gesto arrepentido. Le dio un toque a Emmett en el hombro conforme se apartaba y este se levantó de la silla, recogió las bolsas de la compra y la siguió.

Logan parecía estar evaluando la situación, viendo alejarse a su padre.

—¿Necesitas ayuda o algo, Maeve? —preguntó Bella, que se había quedado allí—. Mañana lo tengo libre, por si Zoey quiere venir a pasar el rato conmigo y los caballos.

—¡Ay, sí! —exclamó Zoey, animada.

—Sería asombroso —contestó Maeve con una sonrisa—. Gracias, Bella.

—¿Así que vienes a vernos mañana, Zoey? —preguntó Logan, volviéndose de nuevo hacia la mesa.

Zoey asintió con los ojos brillantes.

—Tendremos que pensar en cosas especiales para hacer, ¿a que sí? —le sugirió Logan a Bella.

—Desde luego —convino esta—. Pasaremos un gran día. Pero de momento os dejamos disfrutando de vuestros batidos.

—¡Igual me pido uno para mí! —contestó Logan mirando con anhelo el Alud de Maeve.

—Mamá —dijo Zoey cuando volvieron a quedarse solas—, ¿Brodie va a volver?

Maeve había dado un sorbo azucarado a su batido de tres chocolates. Se limpió la boca y dijo:

—Volverá.

—¿Me lo prometes?

Maeve miró a su hija, que se había quedado mirándola con los ojos muy abiertos, sin pestañear.

En el rostro de Zoey vio con claridad a Brodie. En la franqueza de su expresión, en el atisbo de los hoyuelos cuando se ponía seria, que daban la impresión de que estaba intentando no reírse, en su forma de ladear la cabeza al hacer una pregunta y en el cabello castaño y revuelto que le caía por delante del ojo.

Maeve pensó en la vergüenza que la había embargado al ver la foto de los tres juntos, en la idea de que sus padres la vieran. En lo que pensarían. En lo que pensaría la gente. Al verla, había vuelto a creer que su noche con Brodie fue un error, cuando lo cierto era que, gracias a aquella ocasión en que había perdido el control, había recibido el regalo más maravilloso de su vida.

Pero se había empeñado tanto en considerarlo un fracaso, algo que expiar, que no se había percatado. Del mismo modo, a Brodie le daba tanto miedo la opinión que su padre tuviera de él que no había sabido ver lo que tenía. Toda esa gente —su familia— cuidando de él.

Ahora se daba cuenta de que había tenido tanto miedo a salir de su zona de confort y enfrentarse a lo desconocido que no había sabido apreciar todas las cosas buenas de su vida.

Como decía su abuela, «debes ser capaz de admitir tus errores». Maeve no podía controlar si Brodie iba a quedarse o a marcharse, pero sí podía estar abierta a la posibilidad de que tal vez se quedara. De que, si alguna vez estaban juntos, tal vez la cosa no funcionara, pero, por otra parte, podría funcionar. Había visto mucha vida y mucha muerte en el trabajo como para saber que, ahora mismo, eso era lo único de lo que tenían garantías, y tal vez Brodie necesitara más que nada alguien que creyera en él.

El orgullo y el miedo le habían impedido a ella darle una oportunidad.

Le debía una oportunidad.

—Te lo prometo, Zoey.

Capítulo cuarenta y dos

Brodie recorría de un lado a otro su casa de Malibú. Arriba y abajo como una pantera encerrada. Había hecho todo lo que hacía cuando estaba allí. Había ido a la fiesta celebrada en el club de playa de un amigo, donde había permanecido hasta que el amanecer tiñó de cobre las aguas del océano. Había cenado por todo lo alto en su mesa acostumbrada de Nobu. Había ido en coche al State Park para correr por su senda favorita. Pero nada de aquello le produjo el mismo entusiasmo que le producía habitualmente. Daba la impresión de estar matando el tiempo en lugar de viviéndolo.

Su casa se hallaba justo en la playa, con acceso directo a la arena. Contempló las insignificantes olas, demasiado pequeñas para tentarlo. Se cruzó de brazos sobre el balcón y apoyó la cabeza en los antebrazos. No sabía qué estaba haciendo, era incapaz de pensar con claridad.

Le llegó un mensaje al teléfono. Lo había tenido en silencio, ignorando las llamadas de Maeve, de sus hermanos y de su madre. Lo consultó ahora y comprobó que se trataba de un mensaje de Maeve. Seguramente sería para informarle de que no se molestara en regresar, que, por desgracia, había cumplido las expectativas que tenía de él, y que Zoey estaba muy triste. No quería leerlo. Lo hizo solo porque lo consideraba justo castigo por desaparecer sin más. Detestaba sus propios actos tanto como los detestaba Maeve.

Pinchó en el mensaje y se preparó.

No tengo claro dónde estás ni qué ha ocurrido, pero —y puede que parezca una estupidez, sobre todo si estás en Las Vegas— solo quiero que sepas que creo en ti. Como padre, como persona y como amigo. Besos. Maeve.

Brodie frunció el ceño. Cerró el mensaje y volvió a abrirlo solo para comprobar que lo había leído correctamente, que no había sido producto de una alucinación. Tuvo que ir a sentarse en el sofá y leerlo otra vez.

Como padre, como persona y como amigo.

Se dio cuenta de que se le estaban llenando los ojos de lágrimas, que se apresuró a secarse con el dorso de la mano.

Se recostó contra los cojines, perplejo. ¿Por qué? ¿Por qué creía en él? Ni siquiera él creía en sí mismo. Lanzó el teléfono sobre el cojín del sofá.

No quería que Maeve creyese en él; resultaba mucho más fácil, se daba cuenta, comportarse como un taciturno autocomplaciente.

—¡Maldita sea! —exclamó.

Suspiró y se pasó las manos por el pelo. ¿Y ahora qué? Se puso en pie, necesitaba tomar el aire. Quizá las olas fueran una mierda, pero tendrían que bastar.

Sacó la tabla y corrió hacia el agua. Surfeó algunas olas mediocres, pero no había una rompiente en condiciones, nada capaz de distraerlo.

Al final, se rindió, salió remando tumbado de la línea de olas y se quedó tendido en su tabla contemplando el horizonte.

Creo en ti.

Lo invadió una oleada de orgullo —coraje, incluso— al imaginársela tecleando esas palabras.

Coraje.

«Tienes que enfrentarte a ese sentimiento».

¿Enfrentarse a qué?

El cielo frente a él pasaba del azul al naranja, para terminar en un rosa oscuro, como un arcoíris. Las nubes se deslizaban en volutas. Las gaviotas se dejaban flotar perezosas sobre las corrientes de aire cálido.

Imágenes y recuerdos pasaban por su cabeza como la cinta de equipajes en un aeropuerto. Lanzar canastas con Zoey y Maeve, el olor del perfume de Maeve cuando bailaron juntos, ver *Harry Potter* bajo la manta. Todo eso lo hizo sonreír, apoyando la barbilla en las

manos, contemplando el balanceo del agua bajo su cuerpo, acunándolo como a un bebé.

Siguió retrocediendo mentalmente. Vio a Logan llevándolo a casa a hombros cuando era un niño y se torció un tobillo. Se vio haciendo reír a su hermana Willow con tanta fuerza mientras se comía los cereales que se le salió la leche por la nariz. Recordó sentarse junto a su madre al piano, cantar una canción que escribieron juntos.

La recordó también llorando en el funeral de su hermano Jack.

Se acordó del chocolate caliente que tomó con Maeve aquella noche de hacía ocho años. Jugar con Ethan a la PlayStation, reírse del olor del autobús de la gira después de una semana en carretera. Gastarle bromas a Jack porque siempre era el que más se enfadaba y resultaba muy emocionante hacerle perder los estribos. Aguardar bajo una trampilla debajo del escenario, escuchando el *crescendo* de los aplausos enfervorecidos, el suelo vibrando bajo sus pies. Ascender en la plataforma, que le pitaran los oídos con el ruido cada vez más intenso, abrir los brazos, absorberlo todo como si fuera un superpoder. Mirar hacia el otro lado y ver solo a sus hermanos, todos juntos en el escenario. Como si estuvieran juntos en la naturaleza. La misma cosa, distinto lugar. Solo ellos, pasándolo bien. Juntos.

Le encantaba formar parte de aquel grupo. Escribir esas canciones. Sesenta mil admiradores chillando su nombre, queriendo tocarlo, venerarlo, adorarlo. Álbumes que alcanzaban el número uno, giras mundiales, discos de platino. Todo ello gracias a letras que él escribía junto a Ethan, letras que cantaba, melodías que interpretaban sus hermanos. Era algo mágico. Daría cualquier cosa por recuperarlo. Lo que fuera.

Ese era el problema: había alcanzado el punto álgido de su vida a los dieciséis años.

¿Cómo sería posible que algo volviera a estar a la altura de eso?

¿Quién era él sin todo eso? ¿Quién deseaba ser sin todo eso?

Las preguntas y los pensamientos seguían acudiendo a su mente, agitándolo igual que las olas. Vio a su padre cuando se marcharon, dándoles la espalda mientras se montaban en la vieja camioneta, Logan al volante. Su viejo labrador, Duke, a sus pies. Recordó la burbujeante sensación de libertad que bullía dentro de él, la

absoluta alegría que le producía marcharse, emprender el viaje hacia su sueño, algo tan fuerte que le provocaba un cosquilleo en los dedos. Su libreta de canciones, las notas que apuntaba en su móvil, las ideas que le surgían copiosas como la lluvia un día de tormenta. Tan joven, tan libre. Sintió que se liberaba de las cadenas al dejar atrás las verjas del rancho Silver Sky. Se había arrellanado en el asiento, girando la cabeza para ver las montañas que se volvían pequeñas en la distancia, y había visto en el cristal de la ventanilla su propia sonrisa deslumbrante.

Tumbado en su tabla de surf en medio del océano, acudían en tropel unos recuerdos que simplemente era incapaz de contener, y notó que se le tensaban los músculos con el impulso de avanzar, de huir, de darse la vuelta y remar hasta la orilla.

Creo en ti.

Se obligó a sentirlo, a dejar que recorriera su cuerpo. Todo ese entusiasmo, la esperanza, la diversión. La mejor época de su vida. Y entonces se había esfumado, en un abrir y cerrar de ojos. Y no le quedó nada, tan solo un vacío bajo los pies, un sueño hecho añicos. Toda esa frustración y arrepentimiento. Se despertaba por las noches bañado en sudor, se quedaba tumbado en la cama contemplando la oscuridad e intentando averiguar quién era. Cuál era su identidad. Su objetivo. Su orgullo. Sus hermanos. Jack. Ethan.

Cerró los ojos y apoyó la cara contra la tabla. Saboreó el agua salada en los labios y se preguntó si estaría llorando otra vez.

Las olas se balanceaban a su alrededor con suavidad, como manos cariñosas donde su piel tocaba el agua, mientras el sol le tostaba la espalda. No supo cuánto tiempo se quedó allí, pero sintió que su vida entera había pasado ante sus ojos, cada recuerdo doloroso, también los alegres. Todo. Sin restricciones. Vergonzosos, excitantes, terroríficos, tiernos. Una cacofonía de experiencias que había mantenido encerradas en su huida hacia delante.

Apoyó la barbilla en las manos y contempló las franjas azules del océano. *Creo en ti.* Sonrió.

Fue entonces cuando oyó un silbido. Agudo y rápido, como si llamaran a un perro.

Brodie entornó los ojos y le pareció que aquel silbido le resultaba familiar.

Volvió a repetirse. Más fuerte esta vez.

Se incorporó, sentándose a horcajadas sobre la tabla, y miró por encima del hombro para ver de dónde procedía. Contempló la playa y distinguió dos figuras incongruentes de pie una al lado de la otra, una con las manos en los bolsillos, la otra con el pulgar y el índice en la mano, dispuesta a volver a silbar.

Eran Logan y Noah.

Brodie soltó una carcajada.

Logan alzó una mano al ver que Brodie había reparado en ellos.

Brodie sacudió la cabeza con incredulidad, a continuación dio la vuelta a la tabla y empezó a remar con brazadas largas y fluidas, de vuelta hacia la orilla.

—¿Qué narices estáis haciendo aquí? —gritó cuando el agua le llegaba ya por las rodillas, sujetó la tabla bajo el brazo y recorrió a pie el agua somera.

—¿Qué narices crees que estamos haciendo aquí? —repuso Logan lanzándole su toalla de playa.

—¡Hemos venido a buscarte, idiota! —respondió Noah por él.

Capítulo cuarenta y tres

Brodie llevó a sus hermanos a un bar que había playa arriba, a poca distancia de su casa, en el que ponían música *reggae* y servían cerveza fría. Se sentaron en torno a una mesa redonda, el sol incidiendo en un ángulo oblicuo a través de los listones de madera de la marquesina de fuera, con el océano a sus espaldas, de un azul casi turquesa con la luz de última hora de la tarde.

Brodie pasaba el pulgar por las gotas de condensación que se acumulaban en su vaso.

—Creo que Ren tiene razón —dijo, levantando la cabeza para mirar esos dos pares de ojos inquisitivos—. Estoy huyendo. Ya no sé quién soy. Quién deseo ser. —Se irguió, estiró los brazos por encima de la cabeza y a continuación los dejó caer sobre el regazo. Había pasado por su casa el tiempo justo de darse una ducha y cambiarse, y ahora vestía unas bermudas y una camiseta de manga corta—. Creo que mi mejor versión era la que ofrecía en el grupo. Cuando estaba en el escenario. Desde entonces todo ha sido, en fin... —se encogió de hombros, no soportaba admitirlo—, no es nada.

Tanto Logan como Noah guardaron silencio, a la espera. Ninguno de los dos se molestó en negarlo.

Brodie se bebió su cerveza, desvió la mirada para fijarse en el agua y, por un segundo, deseó seguir ahí fuera, sobre su tabla. Dejó caer la cabeza unos instantes y luego se volvió de nuevo hacia la mesa.

—Cuando regreso al rancho, me hace sentir que no soy nada. Como si no hubiera pasado el tiempo. Vuelvo a ser ese crío que no sabe lo que quiere hacer. —Hizo una pausa y vio las burbujas de su vaso subiendo a la superficie—. Solo recuerdo que me gustaba

escribir canciones y que allí no tenía un verdadero lugar para hacerlo.

Logan se echó hacia delante y apoyó la barbilla en los nudillos mientras lo escuchaba.

—Supongo que me da miedo preguntarme qué es mi vida si no es eso. Si no es el grupo, si no es hacer música. —Levantó su vaso sin mucho afán—. Quizá es que no quiero saberlo.

Noah espantó una avispa que se había posado en su vaso.

—Vale, digamos que podrías tener cualquier cosa, ¿qué es lo que deseas?

Brodie lo pensó unos instantes. Para su sorpresa, la primera imagen que le vino a la cabeza fue la de Maeve y Zoey en la cabaña. Vio a Zoey llevándole un tazón de cereales y a Maeve haciendo yoga en la planta de arriba. Pero no pensaba contarles eso a sus hermanos.

¿Qué era lo que deseaba?

—Que volviera Ethan —dijo, sin pensarlo realmente, porque fue lo que le vino a la cabeza después de Maeve y Zoey—. Volver a escribir canciones juntos.

—¿En serio? ¿Estás seguro? —Logan se recostó y lo miró con los ojos entornados como si estuviera en una sala de juntas—. Brodie, puedes recordarlo todo de color de rosa y lo que tú quieras, pero, para cuando terminó tu carrera en solitario, ya estabas más que harto.

—Sí, estaba harto de hacerlo en solitario. —Brodie percibió el tono defensivo de su voz—. Pero no del grupo.

Noah estuvo a punto de atragantarse con su cerveza.

—Ni se te ocurra pensar en volver a formar el grupo.

Brodie pensaba que lo volvería a formar en un abrir y cerrar de ojos.

Logan, sin embargo, se rascó la cabeza.

—¿Alguna vez te paras a pensar que no era la fama, ni el grupo, sino que se trataba de la música? Era tener gente que escuchara lo que habías escrito, lo que podías cantar. —Estiró el brazo para alcanzar su cerveza, dio un trago y añadió—: Todo lo demás, Brodie, solo era fama. Nada de eso es real. Nadie dice que no puedas

formar otro grupo, que no puedas escribir más canciones, ni siquiera necesitas a Ethan para eso, pero tal vez no tenga por qué ser algo tan inmenso.

—Pero ¿qué es entonces si no es inmenso? —preguntó Brodie, invadido por la incertidumbre de esa idea—. Si no se parece al éxito de Silver Sky, ¿no sería como un fracaso?

—¿O un momento de pasarlo bien? —sugirió Noah. A él nunca le habían gustado mucho las ataduras de la fama.

—O podría ser un éxito —intervino Logan—. Pero un éxito distinto. Depende de cómo lo mires, Brodie. ¿Dirías que Silver Sky fue un éxito? Ciertamente, ganamos mucho dinero, pero no nos hizo ningún bien como familia, como hermanos. Hubo veces en las que nos convertimos en personas que no creo que quisiéramos volver a ser ahora mismo. —Dejó el comentario suspendido en el aire unos segundos antes de añadir—: Es decir, tú me caes bien, Brodie, pero, cuando eras famoso, podías ser un auténtico incordio.

Eso hizo reír a Noah.

—Pero creo que todos lo éramos un poco —agregó Logan para suavizar el tono.

Brodie asintió despacio, escuchando solo a medias, porque se había ido por la tangente al pensar en lo que supondría volver a agarrar un bolígrafo. Hacer algo pequeño, pero comprometido. No una aparición estelar con la banda de Autumn Falls, sino algo en condiciones, que tuviera algún sentido. Algo con objetivo. Esa palabra le hizo imaginarse a su padre diciendo: «Te lo dije». Pero entonces se imaginó escribiendo canciones para Zoey. Quizá sobre la idea de ser padre. Sobre Maeve. Pensó en Maeve poniendo los ojos en blanco al escuchar sus canciones de amor; tendrían que ser muy buenas para impresionarla. Notó un cosquilleo de entusiasmo que le recorría la piel al pensarlo.

—Estaría bien volver a componer, y tener un poco más de control —musitó.

Noah enarcó ambas cejas y asintió como si eso se diera por hecho.

—Hacer cosas de las que me sienta orgulloso en lugar de... —Recordó algunos discos pésimos que había sacado hacia el final de

su carrera en solitario, malas decisiones tomadas por su representante y por él. Pero, sin la fama y sin el éxito, ¿volvería a sentir alguna vez el mismo subidón, el mismo ímpetu de continuar? Y, tal como había dicho Logan, ¿acaso era eso lo que deseaba?—. No lo sé. Ahora soy mayor. Quizá tenga que hacer algo distinto.

—Quizá —convino Logan—. Sé que no te gusta tener que sentarte y pensar demasiado sobre las cosas, Brodie, pero no tienes por qué decidirlo todo en este mismo instante. —Se rio con cariño, como un hermano mayor. Luego, se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos en la mesa, y lo miró con más seriedad al decir—: Ahora tienes una hija. Tienes algo por lo que merece la pena quedarse. Tienes una razón para dejar de huir delante de tus narices.

Brodie sintió una fuerte inquietud y estuvo a punto de estremecerse. Pero, a continuación, se produjo algo distinto, más amable y, al mismo tiempo, más poderoso, y se dio cuenta de que era anhelo. Quizá incluso un amor desgarrador que le atenazaba el estómago.

—Tienes un manzanar que comprar —agregó Noah por encima del borde de su casa—. Que en paz descansen esos árboles.

Brodie resopló contra su cerveza.

Logan contuvo una carcajada. Después levantó la mano para pedir otra ronda.

Sobre el océano, el sol refulgía en las olas suaves, destellando como pequeños diamantes. La gente daba paseos vespertinos, acudía a la playa después del trabajo para tomar los últimos rayos de sol, tendidos en tumbonas.

—¿No te aburres de estar aquí? —preguntó Noah mirando a su alrededor.

Brodie se volvió para contemplar la vista y después miró de nuevo a su hermano.

—Es bastante fácil no hacer nada.

Noah puso los ojos en blanco, incrédulo ante la idea.

Llegaron las nuevas cervezas. Brodie se fijó en el océano tranquilo, en la línea del horizonte, en los bañistas tendidos sobre la arena dorada, y entonces tomó aire y dijo:

—¿Y si no lo consigo? ¿Y si me marchó?

—Vendré y te llevaré de vuelta a rastras —contestó Logan sin vacilar.

—No te marcharás —añadió Noah, sonriendo, antes de dar un trago a su cerveza.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Brodie, recostándose en su asiento con los brazos cruzados.

Noah dejó su vaso sobre la mesa.

—Porque confío en ti. Y siempre que alguien te ha necesitado de verdad, Brodie, necesitarte en serio, has estado ahí. Junto a Logan cuando murió Jack... —Noah miró a Logan, quien asintió para expresar su conformidad—. Conmigo durante todo el tiempo que estuvimos en el grupo. Eres un mayor apoyo de lo que piensas. Y, sinceramente, no creo que fueras capaz de darle la espalda a algo que crees que es correcto. Abandonaste una exitosa carrera en solitario porque ya no era adecuada para ti, no porque te diera pereza. Puede que estés aquí porque necesitates un poco de espacio, pero me da la impresión de que habrías regresado por tu propio pie.

Brodie escuchaba con atención mientras Noah hablaba.

—Sí —convino—. Sí, creo que tienes razón. —Entonces sonrió, se echó hacia delante y le dio un manotazo a Noah en el brazo—. Gracias, tío —dijo con una sonrisa—. Significa..., bueno, significa algo.

—A mí me parece que mi plan era mejor —contestó Logan riéndose.

Alguien se acercó a su mesa, una mujer de treinta y tantos años con su teléfono.

—Hola, chicos, perdonad que os interrumpa, pero ¿os importaría que os hiciera una foto?

—Lo siento, lo cierto es que estamos... —comenzó a responder Logan negando con la cabeza.

Pero Brodie se incorporó de un salto y dijo:

—¡Claro! —Rodeó la mesa hasta situarse entre sus hermanos, que permanecieron sentados, y les pasó los brazos por los hombros—. Sonreíd, chicos.

La sonrisa de Noah fue más bien una mueca.

—¡Muchas gracias! —exclamó efusivamente la mujer, riéndose entusiasmada. A continuación, Brodie posó para otra foto solo con ella y a la mujer se le encendieron las mejillas al volver a darle las gracias.

—De nada, un placer —respondió él y volvió a sentarse.

Logan enarcó una ceja.

—Ya está hecho y no ha sido para tanto —contestó Brodie encogiéndose de hombros—. No os habéis muerto, ¿a que no?

—Yo un poco sí —masculó Noah.

—Pero si acabas de decir que querías parecerte más a mí —dijo Brodie con una carcajada.

—Yo nunca he dicho que... —comenzó Noah, perplejo.

Pero Brodie lo interrumpió diciendo:

—No pasa nada, Noah, todo el mundo quiere ser como Brodie.

—Eres inaguantable —zanjó Noah sacudiendo la cabeza.

Y Brodie se limitó a sonreír.

Capítulo cuarenta y cuatro

Brodie regresó a Autumn Falls la tarde del día siguiente. Mientras conducía de vuelta a su apartamento, pasó frente al desvío del rancho Silver Sky y vio las grandes verjas metálicas. Aminoró la marcha, se planteó seguir su camino, pero al final puso el intermitente y tomó el desvío.

Le daba la impresión de que, antes de hacer cualquier otra cosa, necesitaba hablar con su padre. Necesitaba decirle que, en algunos aspectos, llevaba razón, pero, en otros, estaba equivocado. Tenía que ser sincero.

Las luces de The Silver Pantry estaban encendidas. Pero, esta vez, Brodie aparcó en el extremo opuesto del camino de acceso, el más cercano al rancho. Salió del coche, cerró de un portazo y, reuniendo valor, atravesó el patio.

Las gallinas estaban rascando el suelo de tierra, peleándose por la comida. A Brodie nunca le habían entusiasmado las gallinas y las esquivó en su camino hacia el establo y el prado de los caballos.

Había un par de caballos fuera. Rocky, el perro, salió a recibirlo y le plantó las patas delanteras en el jersey, algo que habría supuesto una reprimenda por parte de Noah. A continuación, volvió a entrar corriendo en el establo.

Brodie lo siguió.

—¿Hola? —gritó al alcanzar la entrada. Estaba la radio puesta. El sol de última hora de la tarde calentaba la madera. La inquisitiva cabeza de Blue, el caballo de Noah, se asomó por encima de su compartimento. Pero de su padre no había ni rastro.

El perro ladró de nuevo y, al mirar hacia el extremo del sendero, ahí estaba su padre, tirado en el suelo, con una mano en el pecho.

—¡Papá! —gritó Brodie, corriendo hacia allá, y se lo encontró pálido, sudoroso, sin apenas poder respirar—. No pasa nada, papá, estoy aquí, tranquilo. —Con la mente presa del pánico, sacó el teléfono y llamó a emergencias—. Sí, el rancho Silver Sky. ¡Tienen que venir cuanto antes!

Se quitó el jersey y lo dobló para colocarlo bajo la cabeza de su padre. Luego, llamó por teléfono a su madre, que pasó de mostrarse alegre y animada a echar a correr, jadeando, en dirección al establo.

Brodie estaba sentado en el suelo de hormigón, sujetando la fría mano de su padre, rezando para que no se muriese. Pensando que deseaba poder hablar con él, entenderlo, conocerlo. No paraba de desviar la mirada hacia la vieja camisa zurcida de Emmett, la que solía ponerse cuando eran pequeños, descolorida ya por el paso del tiempo, con quemaduras provocadas por las chispas de las hogueras. Se quedó mirando su rostro arrugado, más suave ahora que parecía dormido, y tuvo que cerrar los ojos para ahuyentar las lágrimas.

—¡Vamos, papá, por favor! ¡Por favor!

El perro estaba fuera ladrando.

—Lo siento, papá. —Le puso una mano en la cara, pensó en todas sus respuestas defensivas y sarcásticas. Pensó en ellos provocándose, testarudos. Pero vio también de pronto algunos momentos de risas. Un vítor espontáneo por parte de Emmett cuando Brodie hizo un lanzamiento a gran distancia que les permitió ganar un partido de polo. Su sonrisa de alivio cuando, de pie en la orilla del lago Halfmoon, Brodie por fin logró dominar la pesca con mosca. Emmett brindando por ellos cuando ya habían terminado de marcar el ganado.

No todos los buenos momentos se caracterizaban por la ausencia de su padre, ahora se percataba de ello.

Pensó en los errores que había cometido y cometería con Zoey; entendió lo difícil que resultaba todo. Se dio cuenta de que su madre llevaba razón. Nadie sabe lo que está haciendo.

«Estar a su lado, guiarlos, con eso basta».

Ahora le tocaba a él hacerlo a su manera.

Mirando a su padre, le embargó una pasión abrumadora por proteger a aquel hombre, por hacerle sentir a salvo, querido, tranquilo, en un momento en que el terror le helaba la sangre en las venas.

—No pasa nada —repetía una y otra vez, sujetándole la mano con fuerza. Oyó los pasos de su madre, que se aproximaba corriendo—. Una ambulancia viene de camino. Todo irá bien —dijo, se lo creyese o no. Y al decirlo, sereno y amable, paternal, tratando de contener el pánico que sentía, notó que su padre le devolvía muy levemente el apretón.

Capítulo cuarenta y cinco

—¡Maeve! —Nada más verla, Brodie se levantó de un brinco de la silla de plástico donde estaba sentado en el hospital. Tenía muy mal aspecto. Cansado, estresado, con el pelo revuelto y ojeras—. ¿Qué sucede? ¿Qué está pasando?

—No puedo decirte nada que no sepas ya, Brodie —contestó ella mientras salía de la unidad de Urgencias.

Había supuesto una gran sorpresa que Emmett Carter ingresara con un ataque al corazón. No era paciente de Maeve, pero se había mantenido atenta a lo que pasaba, asegurándose de que recibiera el mejor trato posible.

A la primera oportunidad que tuvo, salió a ver a los Carter, sin saber quién estaría allí esperando. Se sorprendió cuando la primera persona a la que vio fue Brodie. Significaba que debía de andar cerca cuando sucedió, que había vuelto a Autumn Falls. Se le pasó esa idea por la cabeza, pero la reservó para más tarde, pues no le parecía el momento apropiado para ponerse a pensar en lo que pudiera haber entre ellos, si acaso había algo. Brodie había leído su mensaje, pero no había respondido. De no ser por las circunstancias actuales, quizá se sintiera como una idiota delante de él por habérselo mandado. Logan también estaba allí, y Noah. Martha lucía el delantal de The Silver Pantry, llevaba un clínex arrugado en las manos y tenía los labios apretados y temblorosos.

Maeve no soportaba verlos así, no poder decirles nada que pudiera calmarlos.

—Las próximas veinticuatro horas son críticas.

Brodie asintió, los ojos alerta como si estuviesen absorbiendo cada pequeño detalle, cada mínimo dato. Maeve se descubrió con ganas

de tocarlo, de ponerle la mano en el brazo, quizá rodearle el cuello, abrazarlo.

Fue Logan quien dijo:

—¿Se va a poner bien, Maeve?

—Eso no te lo puedo decir, Logan, lo siento.

Martha dejó escapar un pequeño sollozo y Noah la rodeó con el brazo.

—Lo único que puedo decir es que están haciendo todo lo posible. Se encuentra en las mejores manos. —Maeve había visto a Emmett pálido como un fantasma. De pronto, la sombra de un hombre.

—Gracias, Maeve —dijo Brodie, mirándola con gesto de gratitud—. Te lo agradecemos mucho.

—Siento no poder daros más noticias que esa.

—El hecho de que estés aquí es un alivio —contestó Brodie sacudiendo la cabeza.

Maeve sonrió. Lo veía cansado, asustado.

—Lo siento, Brodie.

Él le puso la mano en el brazo y la apartó de los demás.

—Soy yo el que lo siento —dijo cuando nadie podía oírlos—. Siento haberme marchado. Me asusté. Me entró el pánico. Siento haber...

—No, Brodie —lo interrumpió Maeve—, no es necesario que digas nada de eso ahora. —Ladeó la cabeza y lo miró, pálido y distraído. Se había enfadado con él por desaparecer, pero lo único que veía era el miedo por su padre. La futilidad de la vida delante de sus ojos hacía que resultase casi imposible mirarlo con algo que no fuera ternura—. Tú concéntrate en tu padre. No te preocupes por Zoey ni por mí. Estamos bien.

Brodie tomó aire, tembloroso, le dedicó una sonrisa de aprecio y Maeve alcanzó a ver un atisbo del antiguo Brodie.

—Gracias.

—Quédate con tu familia —respondió ella, devolviéndole la sonrisa, antes de volver a Urgencias.

La siguiente vez que Maeve vio a Brodie, fue durante un descanso. Emmett estaba siendo sometido a cirugía.

La familia al completo estaba sentada en la sala de espera, con diversas expresiones de preocupación. Había llegado también Ren, que se encontraba junto a Noah, vestida con su peto salpicado de pintura.

Cuando apareció Maeve, todos levantaron la cabeza como si pudiera darles alguna respuesta mágica, cuando lo único que pudo decir fue:

—El cirujano a cargo de la operación es uno de los mejores en su campo. Emmett no podría estar en mejores manos, lo prometo.

No fue gran cosa, pero esas pocas palabras parecieron brindarles parte del consuelo que anhelaban.

Estaba a punto de volver a marcharse, mas en su lugar, con cierta inquietud, se acercó a sentarse junto a Brodie.

—¿Estás bien?

Resultaba extraño no verlo sonriendo a todas horas.

—Me gustaría hablar con él, ¿sabes? No quiero que lo que teníamos sea lo último con lo que se quede.

—Lo sé —contestó ella con un gesto de asentimiento.

Se quedaron sentados uno al lado del otro durante unos segundos, después Maeve reunió todo su valor y, estirando el brazo, le estrechó la mano. Entrelazó los dedos con los suyos, sus palmas tocándose, piel con piel.

Lo vio mirarla y después agachar la mirada hacia sus dedos enlazados. Por un instante, temió que fuera a apartarla, que había sido un error por su parte; demasiado cerca, demasiado íntimo. Pero entonces notó que la apretaba con más fuerza y la sujetaba como si lo fuera todo para él.

Pasó el tiempo. Se quedó sentada junto a él todo lo que le permitió su descanso. Sus hermanos no paraban de levantarse, Logan daba vueltas de un lado a otro, Noah salió a tomar el aire. Martha estaba sentada con las manos apretadas y la frente apoyada en ellas.

De pronto, se abrió la puerta y entró corriendo Willow, su hermana pequeña. Un torbellino de rizos rebeldes de color castaño,

vestida con *leggings*, una camiseta con el ombligo al aire y una chaqueta de punto verde varias tallas más grande. Saltaba a la vista que había estado llorando, tenía la cara roja y los ojos hinchados.

—¿Está vivo?

Logan se acercó a saludarla.

—Está en quirófano, Willow —le explicó.

Ella se cubrió el rostro con las manos y sollozó. Logan la rodeó con los brazos en gesto protector.

—He venido en cuanto me he enterado. —A Willow le costaba trabajo tomar aire mientras hablaba, se apartó de Logan al ver a su madre y fue a sentarse junto a ella para abrazarla—. ¿Estás bien, mamá?

—Estoy bien. Sabía que estaba trabajando demasiado. Sabía que debería haberle obligado a parar. Sabía que algo no iba bien.

—Mamá —dijo Willow—, nadie puede decirle a papá lo que tiene que hacer.

Eso hizo que Martha soltara una carcajada triste.

—Lo sé, lo sé. ¿Por qué tendrá que ser tan cabezón? —Se secó una lágrima con la mano.

—Puede que después de esto baje el ritmo —la consoló Willow.

—Puede —convino Martha dándole una palmada en la mano, pero todos parecían saber lo precario que era ese «después».

Brodie se tapó los ojos con la mano.

Maeve le dio un apretón en la otra. Él la miró y sonrió.

—Gracias por estar aquí.

—Es mi trabajo —bromeó ella.

—Ya sabes a qué me refiero —contestó él, sonriendo otra vez.

Maeve asintió, contemplando esos preciosos ojos tristes, y sintió que había dado un paso sobre la peligrosa cuerda floja que los separaba, abrigando la esperanza de no estar a punto de precipitarse al vacío.

Capítulo cuarenta y seis

Emmett salió del quirófano. Su situación era aún muy delicada. Maeve sabía de sobra lo precario que era su estado y no se atrevía a ofrecer falsas esperanzas. Pasó por la UCI a ver cómo estaba. Al verlo allí tumbado, con los ojos cerrados, el pitido de las máquinas, la mascarilla de oxígeno que ocultaba parte de su rostro y el lento subir y bajar de su pecho, costó reconocer en esa figura gris e impotente al gran Emmett Carter.

Se plantó al pie de la cama, con las manos apoyadas en la barandilla, y en voz baja dijo:

—Puedes hacerlo, Emmett. —Tragó saliva y se le hizo un nudo en la garganta al recordarlo enseñando a Zoey a lanzar la cuerda—. Tienes que conocer mejor a tu nieta —agregó con un suspiro, cruzando los dedos para que pudiera oírla, porque todo se reducía a la esperanza... y a la voluntad de Emmett para seguir luchando.

Entraron entonces Martha y Logan, y Maeve se esfumó.

Volvió a asomar la cabeza por la puerta un rato más tarde, cuando pasaba por allí, pero se detuvo en seco al ver ahí dentro a Brodie. Estaba sentado en una silla de hospital, de espaldas a la puerta, sujetándole la mano a su padre. Tenía la cabeza ligeramente agachada.

Maeve se quedó observándolo, sabiendo que debería hacer notar su presencia, pero él empezó a hablar.

—Vamos, papá —dijo—. Puedes hacerlo. Eres demasiado cabezón para morirte. —Se rio mientras se secaba los ojos.

Maeve apoyó la cabeza contra el marco de la puerta.

Él se recostó en la silla y cruzó los brazos, parecía estar observando el movimiento ascendente y descendente del pecho de

Emmett. La habitación estaba en silencio. Maeve estaba a punto de marcharse y dejarlos solos, pero Brodie agregó:

—Sé a lo que te referías con lo de madurar y responsabilizarme. Lo entiendo. —Cambió de postura hasta quedar apoyado más cerca de donde yacía su padre—. Sé quién soy, o puede que no lo sepa, pero sí sé quién podría ser, quién me gustaría ser. Voy poco a poco —dijo, riéndose levemente para sus adentros por el embrollo de su explicación—. No sé por qué te cuento esto ahora. Supongo que es porque, aunque quiero que te recuperes, al cien por cien, créeme, quiero que lo sepas, por si acaso no aguantas, por si acaso... Quiero que sepas que está todo en buenas manos. Lo tenemos controlado. Cuidaremos de todo: del rancho, de mamá, los unos de los otros. —Estrechó la mano de su padre con las dos suyas—. Cuidaré de Zoey. Seré su padre. Lo haré lo mejor que pueda. Te lo prometo. No la pifiaré. Puedes confiar en mí —continuó—. Te lo prometo. Lo tengo controlado. No tienes de qué preocuparte.

Maeve se quedó en el umbral, contemplando la ancha espalda de Brodie, sus manos rodeando las de su padre, demasiado perpleja por sus palabras como para apartarse lo bastante rápido. Como si se supiera observado, Brodie se giró y sus miradas se encontraron, en silencio, sin palabras. En esa mirada, Maeve sintió todo lo que acababa de decir. Sin apartar la mirada, Brodie asintió, como si deseara confirmárselo.

Ella le devolvió el gesto. A continuación, retrocedió, avergonzada porque la hubiera pillado escuchando y, a la vez, fascinada por lo que había oído.

Capítulo cuarenta y siete

Emmett Carter se despertó a las siete de la mañana del día siguiente.

Brodie, Noah y Logan durmieron en sillas de hospital. Brodie tenía la cabeza apoyada contra el alféizar de la ventana, con el cuello torcido y la espalda dolorida, pero jamás se había alegrado tanto de oír la voz de su padre.

—¿Dónde cojones estoy?

—En el Hospital General de Jackson —explicó Logan.

Emmett puso cara de fastidio y volvió a cerrar los ojos.

Habían enviado a su madre a casa a descansar, pero, cuando Emmett despertó, acudió de inmediato, entró por la puerta y se hizo cargo de la situación, enviando a los chicos a casa para que durmieran un poco.

Brodie regresó al hospital después de que a Emmett le hubieran dado la cena. Estaba incorporado sobre la cama, vestido con la bata, pálido y con aspecto frágil, pero con cara de desear estar en cualquier otra parte que no fuera esa habitación de hospital.

—¿Qué tal la comida? —preguntó Brodie.

—Aceptable.

Brodie asintió. Se sentía un poco nervioso por entrar en la habitación y sentarse allí ahora que había disminuido el miedo inicial. Martha había llevado revistas y libros, que descansaban en una pila sobre el armario situado junto a la cama. Brodie agarró un catálogo de tractores, le dio la vuelta y volvió a dejarlo en su lugar.

La máquina a la que estaba enganchado Emmett, que representaba el latido estable de su corazón, era la misma a la que le habían enganchado a él después de saltar al río.

—Esta habitación es mejor que la que me dieron a mí —comentó, solo por tener algo que decir, porque los nervios lo ponían en tensión.

Emmett miró la máquina y después a él.

—Ya has salvado dos vidas —dijo.

Brodie sonrió, porque no se había parado a pensarlo de esa forma.

—Supongo —respondió. Y a continuación añadió—: También tendrás que darle las gracias a Rocky, porque se comportó como un auténtico Lassie, debo decir.

Emmett resopló con cariño.

—No me cabe duda. Siempre supe que ese perro era especial.

Siguió un momento de silencio. Brodie se centró en la mano de su padre, pensó en cómo se la había estrechado, en que jamás se atrevería a volver a estrechársela ahora que había despertado.

—No estaría aquí de no ser por ti —dijo Emmett.

Brodie, sin palabras, se limitó a asentir. Se sentía como un niño pequeño.

—Te lo agradezco.

Horrorizado, Brodie notó que se le sonrojaban las mejillas.

—Gracias —respondió, avergonzado e incómodo—, pero podría haberte encontrado cualquiera.

—Pero fuiste tú —insistió Emmett con franqueza, mirándolo a los ojos.

—Sí —admitió Brodie, con un nudo en la garganta sabiéndose el blanco de su dura mirada.

Emmett asintió.

Brodie hubo de apartar la vista, se quedó mirando de nuevo la mano de su padre, agrietada por el trabajo, las uñas muy cortas, las ampollas, el intenso bronceado color caoba.

Al otro lado de la puerta, en el pasillo, se percibía el fluir constante de la actividad hospitalaria. Dentro de la habitación, en cambio, daban la impresión de estar en su propio mundo aislado, todo blanco y neutro.

—Te oí, Brodie —oyó la voz de su padre, interrumpiendo la quietud.

—¿Cuándo? —le preguntó él levantando la cabeza.

—En todo momento —contestó su padre, y esta vez fue él quien apartó la mirada, incómodo—. Te oí cuando me encontraste, y te oí cuando estaba aquí.

Brodie notó que se le desbocaba el corazón y agradeció no estar conectado a la máquina.

—Me limitaba a hablar —dijo, avergonzado ahora por su efusión sentimental—, a decir cualquier cosa para que supieras que había alguien a tu lado.

Emmett asintió.

—Agradecí que dijeras que cuidaríais del rancho y de mamá.

Brodie descubrió que se había quedado sin voz.

Se sumieron nuevamente en el silencio. Un silencio doloroso y denso que no tenía claro que fuese a poder soportar. Sus músculos necesitaban moverse. Pensó en decir que iría a buscar a su madre, pero se obligó a quedarse, a esperar, a soportar el silencio.

«Tienes que enfrentarte a ese sentimiento».

Entonces, como si a él la situación se le antojase igual de incómoda que a Brodie, su padre soltó:

—Me alegra que quieras responsabilizarte de Zoey, y de ti mismo.

No era aquella la clase de conversación que Brodie solía mantener con su padre. Carente de práctica, no tenía claro cómo responder. Temía sufrir una regresión a su yo infantil. Eso había quedado atrás. Eran dos hombres hablando cara a cara. De padre a hijo.

Brodie vio que su padre se estiraba para alcanzar un vaso de agua, así que se levantó y se lo alargó. Emmett dio un trago y se lo devolvió.

—Gracias.

—De nada.

Otro silencio. Poco después, Emmett se aclaró la garganta y, no sin una evidente agitación, admitió:

—Creo que todo esto... —señaló las máquinas y los tubos— te hace cuestionarte algunas cosas. Te obliga a pensar en tu vida y en la gente que te rodea. —Se detuvo para tomar aliento—. Me preguntaste por qué no hice algo de manera distinta cuando eras pequeño.

Brodie se quedó de piedra y el corazón se le desbocó. «Por favor, no me mates».

—No sabía cómo hacerlo, Brodie. —Su padre le clavó la mirada, sus grandes ojos vidriosos—. Sabía que estaba haciendo un mal trabajo y me decía a mí mismo que la próxima vez lo haría de manera diferente, pero luego me frustraba y, en fin... —suspiró—, ahora ya sabes lo que es ser padre.

Conforme hablaba, Brodie sentía las palabras como una piedra en el estómago, en el cuerpo entero, en los pulmones, y se quedó callado mientras aguardaba y escuchaba. Se vio a sí mismo con la edad de Zoey, con una pelota de baloncesto bajo el brazo, y se imaginó qué habría pasado si su padre se hubiera sentado a su lado y le hubiera dicho eso mismo.

—Estaba ocupado y estresado, ¡y vosotros erais seis! —Emmett soltó una carcajada y dio otro trago de agua.

Brodie se imaginó con seis Zoey, todas diferentes. Seis tipos distintos de caótico Slime. Apenas era capaz de concebirlo.

Emmett suspiró y, mirando a su hijo con más seriedad, dijo:

—Sé que es una excusa lamentable, pero es la verdad. Podría haberlo hecho mejor. Sé que podría. E hiciste bien en decírmelo. —Tomó aire y apartó la mirada. Cuando volvió a mirarlo, agregó—: Lo siento, Brodie.

Brodie sintió la misma presión de las lágrimas detrás de los párpados que había sentido a la edad de Zoey. Tragó saliva para aliviarlas, como solía hacer entonces, y agachó la cabeza y se quedó mirándose las manos entrelazadas, apoyadas en el lateral de la cama, las puntas de los dedos blancas de tanto apretarlos. Se imaginó a sí mismo con sus Nike de bota y su camiseta de baloncesto, oyendo aquello. Desearía darle a ese niño el mismo abrazo —o que su padre le diese a ese niño el mismo abrazo— que deseaba instintivamente darle a Zoey, para que todo fuera mejor. Para asegurarse, por encima de todo, de que fuera feliz.

Vio, casi a cámara lenta, cómo su padre estiraba la mano, venosa, bronceada, con la cánula clavada, y la situaba sobre la suya, estrechándola un instante antes de soltarla. Se preguntó si Emmett lo habría tocado así alguna vez, con ese cariño aparente. Fue como

si un elixir le entrara en la sangre y recorriera su cuerpo. Aunque se lo arrebatara demasiado rápido.

—No te conozco, Brodie —dijo Emmett con determinación.

—No —confirmó él sacudiendo la cabeza.

Emmett asintió con gesto arrepentido para darle la razón. A continuación, señaló el monitor situado a su derecha, que representaba su pulso estable, y confesó:

—Parece que me han dado una segunda oportunidad.

—Eso parece —afirmó Brodie con una carcajada.

—Bueno, si no es demasiado tarde, me gustaría...

—No es demasiado tarde —lo interrumpió Brodie con un entusiasmo infantil, incapaz de creer lo que estaba diciendo su padre.

—Me alegro —contestó Emmett, y sonrió todo lo que le era posible sonreír.

Brodie lo recibió como un puñetazo de emoción en la tripa. Tuvo que recomponerse empleando su antigua técnica de respiración de *quarterback*. Sabía que el fútbol tendría que servirle para algo en algún momento de su vida.

—Bueno, ¿y cómo está Zoey? —preguntó Emmett, quizá para concederles a ambos un respiro tras la intensidad de la conversación.

—Está bien, creo. Tengo que ir a verla. Todavía me queda mucho por aprender sobre la paternidad —admitió Brodie con una carcajada irónica.

—Puedes aprender de mis errores —respondió Emmett.

—Creo que ya tengo bastante con los míos.

Se produjo una pausa y sintió los ojos de su padre clavados en él.

—Lo estás haciendo bien con ella —dijo entonces Emmett.

Sorprendido como estaba por el elogio, Brodie no supo qué decir y se descubrió murmurando:

—Gracias.

Vio que Emmett arrugaba los ojos en un gesto de cariño. A continuación, volvió a recostarse y los cerró.

—Será mejor que vayas a ver a tu hija —dijo.

—Eso haré —aseguró Brodie riéndose.

Capítulo cuarenta y ocho

Brodie se fue directo a casa de Maeve. Se notaba nervioso. No recordaba la última vez que se había puesto así ante la idea de ver a una mujer, lo más probable era que nunca.

Llamó al timbre. Le había llevado un regalo a Zoey, pero debería haberle comprado flores a Maeve. Normalmente se le habría ocurrido comprar flores. Antes de poder hacer nada al respecto, la puerta mosquitera se abrió y Zoey se le echó a los brazos.

—¡Has vuelto! —exclamó.

Él se tambaleó, desprevenido, pero enseguida recuperó el equilibrio y, rodeándola por la cintura, le dio un gran beso en la mejilla.

—He vuelto. Siento haber tenido que marcharme.

—No pasa nada, mamá dijo que volverías.

—¿En serio? —Brodie frunció el ceño, sorprendido por la noticia.

—Pues claro —confirmó Zoey, asintiendo con decisión, sin apartar de él sus enormes ojos—. A mí me preocupaba que hubieras vuelto a abandonarnos, pero ella me prometió enseguida que no era así, y mamá no promete cosas que no puede cumplir.

Brodie se sentía incapaz de asimilar la noticia. Le parecía inmensa, pero no tuvo tiempo de reflexionarlo porque Zoey siguió hablando:

—¿Y dónde has estado? ¿Sabes que fui a casa de Bella y Logan y los ayudé a cuidar del caballo enfermo? Logan cree que sería muy buena veterinaria. Mamá se tomó un batido. El tuyo, un Alud. —Siguió relatándole aparentemente todo lo sucedido en su ausencia.

Brodie asentía, escuchando, pero pensando también en que Maeve le había prometido a su hija que volvería. *Creo en ti.*

Zoey se soltó de sus brazos para volver al suelo y, al fijarse en la bolsa que llevaba en la mano, preguntó con timidez:

—¿Me has traído algo?

—¿Que si te he traído algo? —Brodie fingió pensarlo unos instantes—. ¿Crees que podría haber algo aquí dentro? —Levantó la bolsa—. Pero no te hagas muchas ilusiones.

Zoey se mordió el labio en señal de anticipación.

Brodie metió la mano en la bolsa y sacó una vistosa sudadera amarilla con las palabras *Hospital General de Jackson* describiendo un arco blanco sobre la pechera.

—¡Una para mí! —exclamó Zoey con un grito ahogado.

—Una para ti —confirmó él inclinando la cabeza. Le asombraba que a alguien pudiera hacerle tanta ilusión una sudadera con el nombre de un hospital, pero también le entusiasmaba saber que solo alguien que la conociera realmente sabría que le encantaría; alguien como su padre.

Zoey se la puso de inmediato. Le llegaba hasta las rodillas.

—Me encanta. Gracias. —Le rodeó la cintura con los brazos y pegó la mejilla a su vientre—. Me alegra que hayas vuelto —agregó, mirándolo desde abajo con sus grandes ojos marrones.

—A mí también. —Se agachó y la rodeó con los brazos—. A mí también —susurró de nuevo contra su pelo.

Capítulo cuarenta y nueve

Maeve habría sabido que Brodie estaba en su casa aunque no hubiera oído chillar a Zoey desde el jardín de atrás, aunque no hubiera alcanzado a oler su *aftershave* o a oír su risa. Cuando Brodie se encontraba en la casa, ella lo sabía, sin más. Lo sentía, notaba su presencia, su energía. Tenerlo allí era como encender las luces, abrir las puertas de par en par en verano o encender la chimenea en invierno. Llenaba el lugar de vida.

Aun así, tuvo que tomar aire al verlo arrodillado abrazando a Zoey. Sus grandes brazos enredados en torno a la diminuta figura de su hija.

Cuando la vio, soltó a Zoey y se incorporó.

—¡Mamá, mira mi sudadera! —gritó Zoey antes de que él pudiera decir nada.

—¡Es preciosa, Zo!

—¡Lo sé! —Zoey sonrió y a continuación miró a Brodie, que estaba mirando a Maeve. Entornó los ojos y preguntó—: ¿Te encuentras bien, Brodie?

—Sí, estoy bien —contestó él, asintiendo con rapidez.

Zoey lo condujo al salón para ver la tele y después jugar a Uno, y luego hacer pulseras, tarea que abandonaron bastante rápido porque a Brodie se le caían las cuentas sin parar. Cuando llegó la hora de acostarse, le leyó a Zoey su cuento, pero Maeve oyó a su hija decir:

—Brodie, creo que te has saltado una página.

—¡Ay, perdón, perdón!

Maeve lo esperó en la cocina. Cuando bajó, le dijo:

—Hace una noche muy agradable, ¿quieres que nos sentemos fuera, en la parte de atrás?

Brodie asintió, extrañamente callado, y la siguió al exterior. El aire era cálido y la brisa transportaba el dulce aroma del manzanar.

Maeve agarró un par de refrescos de la nevera y, con un gesto, le indicó que se sentara donde solía hacerlo ella, sobre el amplio escalón trasero.

—Tengo una mesa y sillas —explicó mientras se sentaba—, pero están en el cobertizo y las mejores vistas se aprecian desde este escalón. —Señaló los manzanos, a lo lejos, dispuestos en hileras, como centinelas, y las montañas al fondo, siluetas recortadas sobre el manto azul marino del cielo.

—Es una vista fantástica —convino Brodie.

Maeve contempló su perfil, se fijó en la aparente tensión de su mandíbula, en el sudor que perlaba su frente.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, sí —se apresuró a responder.

¿Estaría nervioso?

—Quería comprarte flores —agregó, secándose la frente con el dorso de la mano.

Maeve apretó los labios para contener una sonrisa. Resultaba divertido verlo así de nervioso cuando, por lo general, se mostraba tan seguro de sí mismo.

—No necesito flores, Brodie. —Abarcó con el brazo su jardín, donde florecían toda clase de plantas, la mayoría sin ningún control, pues rara vez disponía de tiempo para cuidarlas.

—Ah, sí, claro —contestó él al darse cuenta.

—Brodie, ¿estás nervioso? —le preguntó, sin disimular el tono burlón de su voz.

—¡Pues creo que sí! —admitió él, tirándose del cuello de la camiseta—. No sé por qué. Nunca antes había sentido esto.

Maeve se mordió el labio y recorrió con el dedo el borde plateado de su lata de refresco.

—¿El qué? —preguntó, notando un sutil aleteo en el estómago.

Brodie sacudió la cabeza y la miró, muy serio de pronto.

—Que no quiero pifiarla.

—¿Pifiar qué, Brodie? —preguntó ella con un nudo en la garganta.

—Esto —contestó él y, rodeando su rostro con las manos, se inclinó hacia delante y la besó. Suavemente al principio, casi con recelo, pero en cuanto sus labios se tocaron, desapareció cualquier rastro de duda. Le puso la mano ahuecada en la nuca, atrayéndola hacia sí con un gesto tierno, aunque besándola con urgencia, como si tuvieran todo el tiempo del mundo pero, al mismo tiempo, se les estuviera acabando.

A Maeve le martilleaba el corazón con una mezcla de entusiasmo, alivio y exquisita felicidad. Le rodeó el cuello con los brazos, pegándose a él como si llevara años esperando aquello, toda una vida. No deseaba soltarse, enredó los dedos en su pelo y deslizó la palma de la mano por debajo del cuello de su camiseta. Brodie olía a vacaciones de verano, a aire libre, y tenía el mismo sabor que ocho años atrás, pues sus besos habían quedado grabados en su mente como ningún otro. Eran iguales y a la vez mejores. Como si por fin hubiera vuelto a casa. Sintiendo sus labios pegados a los suyos y los brazos alrededor de su cintura, sintió que estaba donde debía estar. Un lugar en el que permanecería para siempre si pudiera.

Cuando finalmente Brodie la soltó, Maeve se sintió abandonada y sin aliento, y con el corazón desbocado le dijo:

—No la has pifiado.

Vio la sonrisa asomar a sus labios.

—No.

Maeve adivinó también su propia sonrisa en respuesta a la de él y trató de contener el atolondramiento que invadía su cabeza. Lo vio estirar el brazo y estrecharle la mano, juntaron las palmas y ella dejó que sus dedos se entrelazaran.

Se mordió el labio inferior, observándolo, fijándose en su rostro, menos cansado que en el hospital, el pelo echado hacia un lado, el cuello holgado de la camiseta por haber estado dándolo de sí, el tono bronceado de su piel. Y sus ojos clavados en ella.

—Así que has vuelto —comentó.

—Sí, señora —confirmó él con un gesto de asentimiento.

—¿Y vas a quedarte? —le preguntó con un nudo en la garganta.

—Eso espero.

Maeve asintió, embriagada por su cálido aroma familiar, el brillo de su mirada, el lento batir de sus pestañas. Se inclinó hacia él y lo besó en los labios, despacio, imbuida de deseo. Le soltó la mano y colocó las dos suyas con ternura sobre su cara, sintió el contorno afilado de sus pómulos, la suavidad de su cabello rizado por encima de las orejas, la piel sedosa de sus sienes bajo las yemas de los dedos.

Inspiró su aroma, el momento, el sabor, la caricia, la emoción cuando él enredó los dedos en su pelo. Y entonces, con la misma suavidad con que lo había besado, apartó los labios, le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo hacia sí, se pegó a los ángulos firmes y cálidos de su cuerpo, con la misma familiaridad que si hubiera estado allí toda su vida, casi para recordarse a sí misma que aquello era real. Y él la rodeó también con los brazos, extendió las palmas de las manos sobre su cintura, agachó la cabeza y pegó los labios a su cuello.

—Me quedo —murmuró.

Maeve se apartó y sintió la sonrisa en sus ojos. ¡Aquel era Brodie Carter!

—¿Sí?

—Sí —convino él, ya con una sonrisa.

Agradecimientos

Muchas gracias, como siempre, al equipo de One More Chapter, en especial a Charlotte, a Sofia y a Kara. Unas mentes creativas extraordinarias. Y gracias a mis agentes para este libro, Rebecca Ritchie y Euan Thorneycroft.

También quiero dar las gracias a mis grandes amigas: Emily, por mostrarse tan entusiasmada con *Autumn Falls*; y Lucy, por dejarme acompañarla a pasear al perro cuando me quedo bloqueada con algo y tener siempre alguna idea brillante que me ayuda a resolverlo.

Mención especial para mi hijo por realizar el cuestionario de Harry Potter más veces de las que debería estar permitido y, aun así, no lograr ser un Gryffindor.

Y, sobre todo, gracias a todos los lectores y críticos por entrar conmigo en el mundo de *Autumn Falls* y tomarse el tiempo de conocer a estos personajes. Confío en que os gusten tanto como a mí.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta
apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta
la última página.

HQN

Los
CEREZOS *de*
CENTRAL PARK

MAYTE ESTEBAN



Table of Contents

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Mapa

Playlist

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Capítulo catorce

Capítulo quince

Capítulo dieciséis

Capítulo diecisiete

Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve

Capítulo veinte

Capítulo veintiuno

Capítulo veintidós

Capítulo veintitrés

Capítulo veinticuatro

Capítulo veinticinco

Capítulo veintiséis

Capítulo veintisiete

Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Capítulo cuarenta y ocho
Capítulo cuarenta y nueve
Agradecimientos
Si te ha gustado este libro...